HARTMUT LEPPIN

TEODOSIO



Herder

Hartmut Leppin, nacido en 1963, estudió historia, latín, griego y ciencias de la educación en Marburgo, Heidelberg y Pavía. Doctorado en 1990, obtuvo la cátedra universitaria el año 1995 y es, desde 2001, profesor de Historia Antigua de la Universidad Johann Wolfgang Goethe de Fráncfort del Meno. Ha publicado numerosas obras sobre la Antigüedad tardía.

¿Se sirvió el Dios cristiano –ya hegemónico en el siglo IV– de un emperador nacido en Hipania y afincado en Constantinopla para afirmar en el orbe conocido la fe verdadera trinitaria? ¿O bien fue el emperador segoviano quien, desde el extremo oriental del Imperio, se sirvió de una fe única en un único Dios trinitario para consolidar la unidad de su Imperio, a ejemplo de su predecesor Constantino?

Esta biografía del emperador Teodosio es también, y sobre todo, un inmenso tapiz en el que bulle la efervescencia del Imperio romano en el último tercio del siglo IV de nuestra era. Descomunales personajes diseminados por el espacio mediterráneo de los cuales –bajo el bisturí impasible del historiador– uno puede deslindar hasta qué punto fueron héroes y santos o bien meros usurpadores y estrategas: obispos como Ambrosio de Milán, Dámaso de Roma, Cirilo de Jerusalén, Demófilo y Nectario de Constantinopla, Petros de Alejandría, Gregorio de Nacianzo; usurpadores como Máximo y Eugenio; paganos y cristianos herejes de todo pelaje y distinta grandeza: apolinaristas, eunomianos, homoiusianos, maniqueos, priscilianistas; bárbaros del Este presionados por el hambre y las guerras y finalmente asimilados a los ejércitos imperiales: godos, alanos, hunos...

¿Y a todo esto, en qué consiste la grandeza de Teodosio? Fueron muchos los temas en los que Teodosio siguió de cerca los pasos de sus predecesores. Lo novedoso en su gobierno parece situarse en la capacidad de servirse del cristianismo, que se había convertido en una potencia social de primer orden, para afirmar su poder.

Herder
www.herdereditorial.com

Hartmut Leppin

Teodosio



Traducción:
Marciano Villanueva

Herder

Diseño de la cubierta: Claudio Bado

Título original: Theodosius der Grosse
Traducción: Marciano Villanueva
Ilustraciones: Octavi Navarro

ISBN: 978-84-254-2534-9

Imprenta: Reinbook
Depósito legal: B - 14.602 - 2008
Printed in Spain - Impreso en España

Herder
www.herdereditorial.com

Índice

PREFACIO ... 9

PRÓLOGO ... 11

I. INTRODUCCIÓN: EL IMPERIO DE LA DIVERSIDAD ... 13

II. LA JUVENTUD DE UN SOLDADO ... 31

III. LOS PRIMEROS AÑOS: UN EMPERADOR EXTRANJERO EN ORIENTE (379-382) ... 37
La elección imperial bajo la sombra de la derrota: la batalla de Adrianópolis y sus consecuencias ... 37
La paz con los godos ... 49
La conquista de Oriente ... 60

IV. ASEGURAR LO CONSEGUIDO (383-388) ... 101
En el camino hacia la unidad del Imperio ... 101
La estabilización de la situación interna ... 133

V. LA EXTRAÑEZ DE LO FAMILIAR: TEODOSIO EN OCCIDENTE (388-391) ... 157
Camino de Milán ... 157
En la antigua capital ... 166
Regreso a Milán, humildad y poder ... 180

VI. REGRESO A CONSTANTINOPLA (391-394) ... 197
La lucha por la fe verdadera ... 197
Tensiones persistentes: Teodosio y la administración del Imperio de Oriente ... 212
La génesis de la capital: Constantinopla ... 220
Paz aparente: la política exterior y las relaciones con Occidente ... 236

VII. De nuevo en Occidente (394-395) 241
La segunda usurpación: Arbogasto y Eugenio 241
El contragolpe 249
La campaña milagrosa 253
La muerte del emperador y el camino hacia la escisión 258

VIII. Teodosio el Grande 269

Anexos
Mapas 286
Notas 291
Glosario 313
Bibliografía 317
Índice de personas, lugares y conceptos 325
Procedencia de las ilustraciones 333

Prefacio

Dada la actual situación de la investigación, una nueva biografía de Teodosio no necesita justificación. Mi decisión por enfrentarme al desafío de esta tarea es una respuesta a las sugerencias de mi colega de Fráncfort, Manfred Clauss, que ha dado impulso a mis trabajos bajo todos sus aspectos, los grandes y los pequeños, y por encima de todas las diferencias en lo referente al contenido. Martina Erdmann me ha asesorado en el manuscrito y, con una impresionante dedicación personal, lo ha enriquecido con numerosas propuestas de mejora. Nicole Strobel ha llevado adelante el trabajo con energía en una difícil situación. Han prestado eficaz ayuda en la búsqueda de ilustraciones Daniel Gejic y Helmut Schubert. Simone Eff, Manuela Kessler y René Meininger me han ahorrado el esfuerzo de varios trabajos rutinarios.

No se ha intentado en este libro una aportación exhaustiva de datos sobre la bibliografía y las fuentes. Se ha renunciado asimismo, en la medida de lo posible, a discusiones pormenorizadas en las notas sobre temas concretos. Por lo que respecta a las notas que se han mantenido y que pretenden prestar ayuda a los interesados especializados, he utilizado las abreviaturas habituales en esta disciplina.

Me ha parecido una pérdida de tiempo intentar la uniformidad en la transcripción de las formas nominales griegas. Los nombres de las personas que desarrollaron actividades intelectuales se dan preferentemente en griego, los de las consagradas a actividades políticas en latín. En los casos dudosos he seguido el criterio que, en cada caso, me ha parecido más adecuado.

Dedico este libro a mi padre, que despertó en mí, desde fechas tempranas, el amor por la historia.

HARTMUT LEPPIN
Nieder-Erlenbach

Nota del traductor

En esta versión española se aceptan las grafías de los nombres personales y de los topónimos ya admitidas como propias del idioma en la literatura general, así como las derivadas de ellas por procesos lingüísticos basados en evidentes analogías. Aun así, se dan en el castellano, como ocurre en el original alemán, algunos pocos casos en los que existe un margen para la opción personal. La identificación de personas y lugares es siempre, de todas formas, sencilla e inequívoca.

Prólogo

Aquel invierno, una opaca niebla se había abatido sobre la llanura del Po durante muchos días. El tiempo cuadraba bien con la ocasión, que había congregado a soldados romanos, ciudadanos corrientes y la corte imperial, aquel 25 de febrero del año 395, en una iglesia de Milán: Teodosio, el emperador que acababa de derrotar a un usurpador, el hombre que había ejercido el dominio sobre todo el Imperio Romano, desde la frontera oriental hasta el Océano, aquel Teodosio que había alcanzado su última victoria enteramente bajo el signo de la cruz, había muerto.[1]

¿Qué ideas cruzaban por las mentes de los asistentes? A Honorio, el hijo del emperador, de diez años de edad, se le permitió tomar asiento junto al altar, una distinción honorífica para cualquiera que no perteneciera al clero. Aquel niño ostentaba ya el título de *augustus* y estaba destinado a ser el emperador de Occidente, mientras que su hermano mayor, Arcadio, que tenía su residencia en Constantinopla, sería el emperador de Oriente. ¿Pensaba Honorio en la responsabilidad que recaía sobre sus hombros, o dirigía más bien sus pensamientos, mientras estallaba en sollozos durante el sermón del obispo, al padre que había perdido? Tal vez algunas miradas oblicuas se deslizaban hacia Estilicón, un militar de origen germano, que sabía desenvolverse con gran soltura en la atmósfera romana y formaba, sin duda, parte de la comitiva fúnebre. Era, en aquel momento y en aquel lugar, el hombre más poderoso, como esposo de la hija adoptiva del emperador y como tutor de Honorio. Se hallaban también allí, probablemente, los cónsules del año, Olibrio y Probino, descendientes de una de las más distinguidas familias romanas, aunque privados de poder real. Debían a Teodosio su ascenso al alto cargo. ¿Dispensarían los próximos soberanos un trato tan amistoso a los senadores?

Pronunciaba la oración fúnebre –algo todavía inusual en aquellos círculos– un obispo, el célebre Ambrosio. Situó en el centro de su discurso sus relaciones personales con Teodosio y demostró su capa-

cidad retórica cuando citó repetidas veces la expresión «he amado» que había sido leída en el salmo durante el oficio litúrgico:

> He amado al hombre compasivo, humilde en su poder y de corazón puro... He amado al hombre que, al final de sus días, con sus últimas fuerzas, me hizo llamar. He amado al hombre que, cuando se debilitó su cuerpo, se preocupaba más por la situación de la Iglesia que por sus propias aflicciones. Le he amado, lo confieso, y por eso el dolor ha penetrado hasta lo más profundo de mi corazón.[2]

Todos los presentes lo sabían: las relaciones entre el obispo y el emperador habían sido de hecho tensas e incluso durante cierto tiempo estuvieron rotas. Todavía pocas semanas antes, Teodosio había dejado sentir al obispo las secuelas de su irritación. Y, sin embargo, Ambrosio supo difundir la imagen de un emperador cristiano incansable promotor de la verdadera fe en armonía con los verdaderos obispos y, sobre todo, en concordancia con él mismo. El camino trazado por Ambrosio hizo que, al cabo de poco tiempo, la Iglesia viera en el fallecido a Teodosio el Grande.

Pero ¿mereció verdaderamente el calificativo? Una mirada más atenta descubre en su vida debilidades y carencias. Tuvo con frecuencia fallos personales, aunque luego la buena suerte acudió en su ayuda. Su fe era firme, pero era más firme aún su conciencia del poder, y se tiene a menudo la impresión de que puso a la Iglesia al servicio de sus intereses. En todo caso, ésta es la imagen que se obtiene del emperador a través de lo que se dirá en las páginas que siguen.

I. Introducción: El Imperio de la diversidad

El Imperio Romano tenía dilatadas fronteras.[1] A mediados del siglo IV se extendía desde el Éufrates hasta el Atlántico y desde Britania hasta el Sáhara. Este enorme espacio parecía estar dotado de una organización singularmente uniforme. En todas partes estaba en vigor el derecho romano. En todas partes actuaba una administración marcada por lo latino. En todas partes pululaban funcionarios ufanos de los mismos sonoros títulos. En todas partes circulaban monedas enteramente iguales. Quien se trasladaba de una ciudad a otra, aunque dejara a sus espaldas miles de kilómetros, podía habituarse rápidamente al nuevo entorno.

Pero esta imagen de uniformidad es engañosa. No habían llegado a nivelarse en aquel Imperio las diversidades étnicas del espacio mediterráneo. Ni siquiera siglos de dominación romana pudieron eliminar enteramente las peculiaridades regionales, e incluso en ciertas zonas surgían regionalismos nuevos. Se hablaban muchas lenguas en el Imperio y hasta hubo algunas que, como el siríaco, despertaron en la Antigüedad a una vida nueva. Ascendía la importancia del griego en Oriente, mientras que descendía lentamente la del latín. Las formas y estilos de vida eran muy diferentes y las mentalidades muy dispares.[2] Mientras algunas ciudades nadaban en la abundancia y podían permitirse, como por ejemplo la siria Antioquía (hoy la turca Antakia), el lujo de la iluminación nocturna en las calles, o exhibir, como Tréveris o Tarraco, suntuosos edificios *(figura 1)*, otras estaban sumidas en la miseria y no podían ofrecer ni juegos ni baños públicos a los ciudadanos.

También la cercanía de la frontera marcaba diferencias en las condiciones de vida. En las comarcas interiores del Imperio, como Italia o Hispania, no había ya o, por mejor decir, no había aún, que temer los asaltos de pueblos extranjeros. Pero en las provincias fronterizas, sobre todo en las occidentales, había que contar con la posibilidad de ser víctimas de estos ataques. Es verdad que aquellas incur-

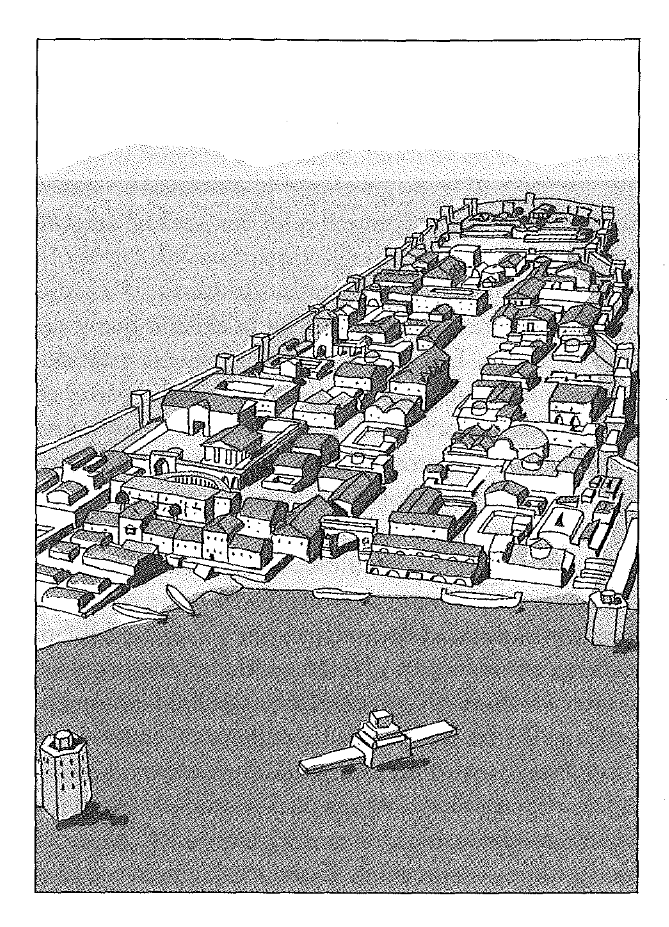


FIGURA 1. Reconstrucción, en parte hipotética, de la ciudad de Tarraco en la Antigüedad tardía.

siones no se proponían destruir el Imperio ni apoderarse de algunas de sus regiones, pero para los nativos resultaban opresoras y a menudo mortales. Ya sea en el Rin o en el Danubio, en Egipto o en la por aquel entonces África romana, las fronteras no disponían de segura protección. Eran cada vez más numerosas, y cada vez más adentradas en el interior, las ciudades que tenían que protegerse tras murallas y los grandes latifundios organizaban sus propias instalaciones defensivas.

En la mayoría de las fronteras, los romanos tenían que negociar con tribus o, mejor dicho, con federaciones tribales que a menudo se componían de etnias diferentes, aunque los romanos les asignaban nombres colectivos, como godos o mauritanos. A veces estas agrupaciones eran de corta duración, pero en la mayoría de los casos tenían una gran capacidad ofensiva, dado que vivían de la guerra y de las incursiones de pillaje. En el Éufrates, por el contrario, las fuerzas romanas se enfrentaban a otro gran Imperio, perfectamente organizado, con un ejército regular, el Imperio Persa que, en caso de guerra, podía desplegar un poderoso potencial, aunque de ordinario solía respetar fielmente los acuerdos de paz. Los soldados romanos se veían, pues, permanentemente envueltos en las diversas fronteras en pequeñas y grandes batallas, que consumían sus energías, aunque en términos generales casi siempre se alzaban con la victoria cuando se trataba de confrontaciones militares de gran envergadura.

La seguridad de las fronteras era, pues, la misión principal del aparato militar romano. No cabía pensar seriamente en políticas expansivas.[3] Mientras que los pueblos extranjeros recibían un aflujo de hombres de reservas de población al parecer inagotables, la predisposición de los habitantes del Imperio a servir en el ejército era, en términos generales, limitada. Mediante medidas coactivas de muy diverso género –los hijos de los veteranos deberían alistarse en el ejército, los grandes terratenientes deberían proporcionar soldados de entre las filas de sus campesinos y algunas otras– la administración procuraba reclutar un mayor número de romanos, aunque con modestos resultados. Sólo podía motivarse a los jóvenes, en el mejor de los casos, a incorporarse al ejército en las provincias fronterizas directamente amenazadas, pero con frecuencia estos soldados no estaban dispuestos a prestar servicio en zonas distantes. Se iba configurando, cada vez más claramente, una especie de milicia campesina con fuerte enraizamiento regional (*limitanei*). De este modo, el ejército, que había actuado en el pasado, en virtud de su movilidad, como grapa de unión del Imperio, acentuaba ahora la tendencia a la regionalización. Existían, de todas formas, otras unidades: un ejército de desplazamiento rápido (*comitatenses*) de soldados de elite, cuyas formaciones acudían con celeridad a los escenarios de combate más amenazados y estaban a menudo estrechamente vinculadas al emperador, además de una guardia palaciega, separada en el aspecto orga-

nizativo de las tropas ordinarias, que permanecían constantemente al lado del soberano.

El mantenimiento de las tropas, que podía exigir elevados desembolsos, constituía un grave lastre para las arcas del Estado. A este renglón destinaban los emperadores la mayor parte de sus ingresos. Porque sin ejército no eran nada. El alto coste del ejército originó un comportamiento que podría fácil, pero erróneamente, interpretarse como tendencia pacifista, si no ya como cobardía. Pocas veces aceptaban los romanos batallas en las que, incluso en caso de victoria, tuvieran que asumir la pérdida de valiosas fuerzas. A menudo preferían, con cálculos razonables, entablar negociaciones.

Eran muchas, y en número creciente, las incorporaciones al ejército de soldados no romanos. Las tribus germanas en particular proporcionaron un gran número de combatientes a Roma. Pero no debe exagerarse la importancia de este factor. El concepto, gustosamente utilizado, de "barbarización del ejército" transmite una impresión equívoca. Los enfrentamientos entre germanos y romanos no eran como una guerra entre el Imperio Romano y una nación germana. Los germanos buscaban su interés particular, que de ordinario consistía en llegar hasta las ollas de carne del Imperio Romano, y en el fondo les daba igual que esto se alcanzara mediante incursiones de pillaje o entrando al servicio del ejército regular romano.

Los germanos que se alistaban en el ejército romano debían acomodarse al equipamiento y a la estructura de mando romanos y, no en último término, a la lengua en que se impartían las órdenes: el latín. Aunque de ordinario tenían prohibidos los matrimonios con mujeres romanas, no se sentían, al parecer, como un cuerpo extraño. Hubo quienes, procedentes precisamente de las elites germanas, se integraron tanto en el ámbito social como en el cultural. Así por ejemplo, Libanio, maestro de retórica, que mantenía en alto en Antioquía los ideales de la cultura clásica y escribía en un griego de elevada complejidad, sostenía correspondencia con un germano aculturado, el jefe del ejército Hellebich. Algunos germanos contrajeron vínculos de parentesco con la familia imperial. Sólo cuando las unidades germanas tuvieron sus propias y específicas estructuras de mando y se independizaron se convirtieron en un peligro para el Imperio.

La organización militar estaba sólidamente jerarquizada, desde los suboficiales de rango inferior, pasando por los altos mandos de las

provincias, hasta el jefe superior o general del ejército (*magister militum*). Existían los mandos de *magister peditum* para la infantería y de *magister equitum* para la caballería, aunque con frecuencia esta diferencia sólo tenía carácter formal y las diversas agrupaciones de tropas se hallaban bajo un mando único, de modo que se hizo cada vez más habitual el título de *magister utriusque militiae*, es decir, de jefe supremo de las dos secciones de tropas, o simplemente de *magister militum*. En la época de Teodosio, estos generales o bien tenían el mando de un distrito que abarcaba varias provincias, o bien podían estar directamente al lado del emperador y desempeñaban las funciones de una especie de Alto Mando o Cuartel General. De ordinario, en el Imperio había más de dos jefes de ejército, de modo que se actuaba en contra de la tendencia a concentrar el poder en una sola persona.

Aunque la jerarquía militar era muy rigurosa, existían múltiples posibilidades de ascenso, que iban desde la antigüedad hasta el principio del ascenso «por méritos». Fueron muchos los extranjeros que pudieron escalar los rangos supremos, entre ellos el ya mencionado jefe del ejército Hellebich. Esta circunstancia es una prueba de la disposición a la integración por ambas partes. Para los romanos apegados a sus tradiciones, el importante papel desempeñado por los germanos era un horror; para la defensa del Imperio; una bendición. De todas formas, los extranjeros no detentaron nunca bajo ningún concepto el monopolio de la capacidad de rendimiento militar. También los romanos podían alcanzar en el ejército poder y prestigio, compensando por esta vía unos orígenes humildes. Proporciona en este sentido un buen ejemplo la familia del propio Teodosio.

Junto a la elite militar, étnicamente mixta, del Imperio, existía también, claramente separada de aquélla, la elite civil, es decir, la administración, integrada exclusivamente por romanos, y cuya jerarquía estaba asimismo ramificada con finos matices.[4] El nivel más bajo de la administración lo formaban las ciudades que, a diferencia de la Edad Media, no estaban jurídicamente separadas del territorio circundante. Venía a continuación el nivel de las provincias, que formaban, a su vez, unidades superiores, y, en el nivel más elevado, la corte imperial o, mejor dicho: las cortes imperiales. Había de ordinario varios emperadores, con residencia en distintas ciudades, por ejemplo Tréveris, Sirmio, Constantinopla o Antioquía.

La administración de la Antigüedad tardía se esforzó, con pocos colaboradores en comparación con la Edad Moderna, y con muy menguados recursos a menudo, por poner remedio a las penosas circunstancias, cuando se descubrían. Aquí eran pocas las veces en que las altas autoridades del Imperio asumían la iniciativa. De ordinario, se limitaban a actuar en respuesta a las demandas de los funcionarios. Las respuestas formales, que han llegado hasta nosotros a través de varias compilaciones legislativas, tenían el valor de ley.[5] Entre los problemas centrales a que tenían que hacer frente se cuentan la recaudación de los impuestos y la provisión de víveres para la población. Para el desempeño de sus tareas, la administración procuraba ganarse la cooperación de los diversos escalones de la cadena de aprovisionamiento –campesinos o arrendatarios (*coloni*), molineros o panaderos (*pistores*) y armadores de naves (*navicularii*). Por aquel entonces, la mayoría de los campesinos eran ciudadanos libres y el número de esclavos que desempeñaban tareas agrícolas había experimentado un considerable retroceso, pero aun así, los que cultivaban la tierra estaban, ellos y sus familias, cada vez más atados a ella, de modo que no podían elegir dónde desempeñar sus actividades. Eran, por tanto, muchos los que huían de sus campos. Se oye con frecuencia la frase *agri deserti*, campos abandonados, aunque también seguía habiendo, como en épocas anteriores, zonas florecientes, con una población campesina consciente de su propia importancia.

Parecida a la de los *coloni* era la situación de los *pistores*, que tenían prohibido cambiar de oficio y estaban obligados a traspasarlo a sus hijos, o incluso a sus yernos. Tampoco los armadores podían abandonar su peligrosa aunque potencialmente lucrativa profesión. De todos modos, no debe exagerarse la trascendencia de estas cláusulas en la vida cotidiana. Se insiste una y otra vez en ellas, lo que significa, por un lado, que la administración las consideraba importantes y, por otro, que no lograba imponerlas. Ya sólo por ello, resulta inadecuado hablar de un Estado coactivo en la Antigüedad tardía.[6]

En las ciudades, eran los miembros del Consejo, a quienes se aplicaba la denominación de decuriones o curiales, los encargados de tramitar las gestiones. Su misión principal radicaba en la obligación de responder de la recaudación de impuestos asignados a su ciudad y al territorio circundante. Si con la recaudación ordinaria no conseguían los ingresos asignados, la administración imperial les obligaba a res-

ponder personalmente por las cantidades restantes. Había ciudades ricas, en las que los concejales podían cumplir sin dificultad esta tarea, pero en las ciudades pobres los decuriones hacían cuanto estaba en su mano por rehuir estas cargas. A través de innumerables leyes se esforzaban los emperadores por vincular, mediante halagos y promesas, a los decuriones de origen social heterogéneo al cumplimiento de sus funciones, con resultados cada vez más mediocres. La pertenencia al Consejo de la ciudad, alto título de honor en otras épocas, se había convertido ahora para muchos en pesado lastre.

Resultaba mucho más atrayente el servicio en la administración imperial. Podían alcanzarse aquí poder y altos ingresos, regulares o irregulares. Como en el servicio militar, también en el civil tenía una considerable importancia para el éxito personal la capacidad de rendimiento. Era el estudio del derecho y de la retórica, sobre todo de la latina, lo que más ayudaba a los jóvenes ambiciosos a escalar posiciones. Contribuían también al éxito contar con buenos valedores y el alto origen social. El camino hacia posiciones elevadas pasaba, aquí de modo parecido al del ejército, por numerosos escalones minuciosamente regulados por leyes de relaciones jerárquicas. El favor imperial podía acelerar los trámites de una fulgurante carrera y su disfavor ponerle rápido y definitivo punto final. Valentiniano I (364-375) se había ganado fama de favorecer a los «trepadores», sobre todo cuando se trataba de personas originarias de su Panonia natal, con descontento de los senadores de antigua raigambre.

El campo de juego de los gobernadores de provincias era de ordinario poco amplio. Por un lado, el tiempo en el cargo era sólo de aproximadamente un año, de modo que no podían alcanzar un conocimiento a fondo del país; por otro lado, en muchas provincias los gobernadores civiles estaban flanqueados por comandantes militares, a menudo, en la práctica, con mayor poder que ellos. Por encima de los gobernadores provinciales se situaban los vicarios, cuya principal función consistía, al parecer, en descargar a los prefectos de los pretorianos del peso de las causas de apelación presentadas ante sus tribunales. Ocupaba aquí una posición singular en el espacio sirio el *comes Orientis*, que desempeñaba tareas parecidas a las de los vicarios, pero con superior rango jerárquico.

La cúpula de la administración la ocupaba el prefecto de los pretorianos. Con este título se había designado en épocas anteriores al

comandante de la guardia de Roma, pero ahora sus portadores estaban vinculados a todo tipo de funciones de mando militar. También recaía sobre ellos la misión de garantizar el avituallamiento del ejército y de supervisar, por consiguiente, el ingreso de los impuestos correspondientes, que de ordinario se pagaban en especie. Eran también, y sobre todo, los jueces supremos. El cargo garantizaba poder real. Había de ordinario tres o cuatro prefectos de pretorianos, y a veces incluso más, con competencias sobre grandes áreas geográficas, por ejemplo, el Cercano Oriente y Egipto, o el Ilírico, Italia y África.

Existían otros cargos palaciegos que conferían capacidad de influencia. El *magister officiorum* dirigía la administración de la corte y regulaba los contactos con las legaciones. Tenía, además, el mando de la guardia de palacio y, bajo Teodosio, se le encomendó la inspección de las fábricas de armas. El *comes sacrarum largitionum* administraba los ingresos estatales, que debían ser entregados en metálico. El *comes rerum privatarum* controlaba las posesiones imperiales. Debe mencionarse finalmente, entre los altos funcionarios de la corte, al *questor sacri palatii,* que ya no tenía nada que ver con el magistrado que en la época de la República llevaba esta misma denominación, sino que recibía la misión de dar la última redacción literaria a las leyes imperiales y gozaba, al parecer, de tan amplio espacio de juego en este campo que algunos investigadores opinan que pueden descubrirse en las leyes, a través del estilo individual, a los cuestores concretos. Se desconocen las repercusiones que este margen de libertad pudo provocar en la materia legislada.[7]

Pero la mirada no puede detenerse sólo en las competencias formales de los titulares de los cargos. Por encima de ellas, tenía importancia la cercanía personal al emperador. Las personas de su entorno inmediato podían influir directamente en él y dirigir, por tanto, las cosas según su parecer. Cerca del emperador se movían además otras muchas personas, por ejemplo, sus mujeres o los eunucos. En los medios tradicionales se consideraba ilegítima esta influencia, pero gozaba de creciente aceptación, por ejemplo cuando las esposas de los emperadores se convertían en abogadas de los débiles. La posición de los eunucos estaba formalizada en el cargo de *praepositus sacri cubiculi,* una especie de gran chambelán o camarero mayor. Tenía mucha mayor importancia, y de hecho aportaba un factor nuevo, la circunstancia de que en el curso del siglo IV algunos obispos concre-

tos consiguieron ejercer influencia personal sobre los soberanos; una influencia que, obviamente, no era bien acogida por sus adversarios religiosos.

Los titulares de los cargos palatinos eran con frecuencia de origen humilde, por ejemplo curiales, y adquirían automáticamente rango senatorial. También podían ser incorporados a este estamento otros servidores del Estado de destacados méritos. Se acentuaba así la falta de homogeneidad, por otro lado ya presente desde etapas anteriores, del cuerpo senatorial, en el que, junto a los miembros de los grandes linajes tradicionales, figuraban individuos recién ascendidos en la escala social. Seguían existiendo los celebérrimos cargos antiguos de la República, como los de pretor y cónsul, pero habían perdido sus anteriores competencias y su función ya sólo tenía carácter ceremonial. Eran nombrados por los emperadores, no por los ciudadanos. Había ganado mayor importancia, mientras tanto, la prefectura de la ciudad, sobre todo en Roma, que administraba los negocios y los asuntos de la vida cotidiana de los ciudadanos. Hacía ya mucho tiempo que el Senado había agotado su tiempo de servicio como gremio político y tan sólo una minoría de senadores solía ocupar sus asientos en el Senado. Es verdad que el antiguo Senado se reunía en su noble sede, pero estaba muy alejado de los centros de poder. Raras veces visitaban los emperadores la antigua capital. De todas formas, seguía siendo de buen tono que informaran al Senado acerca de las disposiciones imperiales. El Senado, por su parte, procuraba influir en el soberano por medio de escritos y legaciones, aunque pocas veces lograba imponer sus puntos de vista. El Senado de Constantinopla estaba más cerca del emperador en lo relativo a la distancia física. Podía ser escuchado con mayor frecuencia en el ámbito de las declaraciones imperiales y expresar, según los diversos grados de satisfacción, la intensidad de su imprescindible asentimiento, pero como gremio no tenía ningún poder.

Aunque sólo un puñado de senadores ejercía influencia en la corte, todos ellos pertenecían a la elite social del Imperio. Se distinguían por su elevado nivel de vida y, a menudo, por sus amplios contactos en las provincias, en las que más de uno disponía de poder real y de capacidad de resistencia frente a los gobernadores imperiales; al mismo tiempo, vinculaban firmemente, como personas concretas, a las provincias con los centros políticos.

No era solamente la cercanía geográfica al emperador lo que diferenciaba a los senadores de Constantinopla de los de Roma, sino también su composición. Los senadores romanos proclamaban con orgullo, aunque la mayoría de las veces sin razón, ser los descendientes de los grandes linajes de la República romana. Los advenedizos topaban aquí con mayores dificultades y las antiguas creencias se mantuvieron en vigor por más tiempo, aunque en la época de Teodosio los cristianos constituían ya la mayoría.[8] En Constantinopla, el ascenso social se presentaba tendencialmente como más fácil que en Occidente, porque allí la elite senatorial no podía invocar en su favor antiquísimas tradiciones: el Senado oriental se remontaba a Constantino el Grande (306-337) y a su hijo Constancio II (337-361), y se le había conferido casi el mismo rango que al de Roma. Muchos de sus miembros habían sido admitidos en este gremio como recompensa por sus méritos como servidores del emperador, de modo que sus linajes eran relativamente recientes.

En la cumbre se situaba el emperador con su corte.[9] El soberano se elevaba por encima de la población en virtud de un fastuoso e impresionante ceremonial cortesano transido de reverencia. Poseía un poder excepcional y disponía sobre la vida y la muerte de sus súbditos. Y fueron muchos los emperadores que así se lo hicieron experimentar precisamente a los miembros de la elite. También aquí puede mencionarse el ejemplo de Valentiniano I, cuya crueldad frente a los senadores era universalmente temida. El soberano mismo no tenía que ser necesariamente de noble origen. El padre de Valentiniano I había sido promovido desde el campesinado a un alto cargo oficial. Y el hijo ascendió al trono imperial desde el simple puesto de oficial superior. Reaparece aquí de nuevo la notable movilidad de aquella sociedad.

El emperador era, sin duda, poderoso, pero no debe supravalorarse el ámbito de su libertad de acción. Tenía que ganarse la aceptación de las elites y conservarla, y más en concreto, la de los militares y la de los ciudadanos del Imperio. De entre las masas de la población, las más temibles eran las urbanas, propensas a las agitaciones y los tumultos, porque podían suponer una amenaza para el gobierno. La población campesina, en cambio, estaba en su mayor parte sujeta a una opresora dependencia y no disponía ni de espacio de juego ni de la posibilidad de organizarse para evadirse de aquella situación.

La vida política de la población urbana se focalizaba en el hipódromo, el lugar de las carreras de carros. Al organizar los juegos, el emperador demostraba su magnanimidad frente al pueblo. Era ésta, por lo demás, una de las pocas ocasiones en que los ciudadanos podían ver al emperador en persona. En Constantinopla existía una comunicación inmediata desde el palacio al hipódromo. El emperador y su séquito accedían directamente a sus tribunas, desde las que seguían el desarrollo de las carreras. Al aplaudirle el pueblo, en señal de agradecimiento, y poder contemplar las carreras junto con el emperador, se fortalecía el vínculo de unión entre gobernantes y gobernados. También, por otra parte, la presencia en el hipódromo proporcionaba ocasión para manifestar discrepancias. A menudo, la población criticaba, a través de los coros hablados, la conducta de los emperadores: en este sentido, el hipódromo actuaba como barómetro de la opinión. El soberano disponía de la oportunidad de ver consolidada su popularidad o de corregir medidas controvertidas. La aceptación del emperador por las elites era, además, confirmada por el hecho de que, de acuerdo con la norma, el soberano no tomaba sus decisiones en solitario, sino a una con su Consejo, el sacrum *consistorium*. Formaban parte del mismo los altos cargos palaciegos, los *magistri militum praesentales* y otras personalidades convocadas por el emperador. A veces se menciona –pero en son de burla– la participación de las mujeres del emperador o de los eunucos. Por supuesto, el emperador no estaba ni mínimamente vinculado al parecer del Consejo. Nada ni nadie podía impedir que pasara por alto la opinión de sus consejeros, aunque fuera unánime. Pero tampoco podía tensar demasiado el arco si quería asegurarse la lealtad de su entorno.

Mucho más difícil le resultaba al soberano controlar las regiones de tan vasto imperio. El control era firme allí donde el emperador se encontraba físicamente presente. Pero donde no lo estaba, en las numerosas provincias lejanas y en las dilatadas fronteras, tenía que confiar en que funcionarios leales, militares y obispos defenderían su causa. También aquí, el reiterado endurecimiento de leyes una y otra vez repetidas es un indicio de la debilidad del poder central. Si se hacía, además, necesario amonestar a los funcionarios para que pusieran en práctica las disposiciones o para que se atuvieran exclusivamente a ellas, se aprecian las dificultades a que tenía que enfrentarse la reclamación de poder de los emperadores.

Ésta fue una de las razones en que se basaba la división del poder imperial en la Antigüedad tardía. O bien gobernaban, unos junto a otros, varios emperadores (*augusti*), entre los que el de mayor antigüedad gozaba de cierta preeminencia ceremonial como *senior augustus*, o bien un *augustus* nombraba a varios así llamados *caesares*, claramente subordinados a él, que representaban el poder imperial en sus respectivas zonas de dominio. Cuando había varios hermanos, podía distribuirse el poder entre ellos: así, el emperador Valentiniano I (364-375), que, en un primer momento, era soberano único, elevó al poco tiempo, evidentemente bajo la presión de su entorno, a su hermano Valente (364-378) a la categoría de cosoberano. Valentiniano retuvo el dominio en el Occidente del Imperio; Valente, en Oriente.

Aunque en este caso se procedió a una separación formal de los consejeros, los soldados y las cortes, no debe sobrevalorarse la importancia de esta división del Imperio. En primer lugar, no era entendida como de larga duración, sino que se orientaba de acuerdo con las coyunturas personales. Así, por ejemplo, tras la muerte de Constantino, el Imperio quedó dividido en tres zonas. Pero nunca se renunció a la idea de la unidad: las leyes, por ejemplo, eran formalmente promulgadas por todos los emperadores, aunque de ordinario sólo uno de ellos era el responsable y sólo eran aplicadas en su parte del territorio. Los contemporáneos no podían prever que aquella división en un Imperio de Oriente y otro de Occidente acabaría por consolidarse como definitiva en el transcurso del siglo V.

Es también buena prueba de la debilidad del poder imperial en las regiones el gran número de usurpaciones que azotaban una y otra vez el Imperio. Podía entonces eliminarse por algún tiempo la unidad, pero nunca era seriamente puesta en duda. Los usurpadores aspiraban, en general, a llegar a un acuerdo con el soberano en ejercicio. Ninguno de ellos proclamó un imperio separado para él, todos ellos se consideraban, desde su personal punto de vista, legítimos *augusti*.

Desde la época de Constantino el Grande, todos los soberanos, con la única excepción de Juliano (361-363), se declaraban seguidores de la fe cristiana, al menos en el sentido de que veían en el Dios Cristo a su poderoso protector. De ahí que, a lo largo del siglo V, junto a la elite administrativa y militar, fuera ganando creciente importancia una tercera, la clerical, que, al igual que la de los funcio-

narios en la administración, actuaba en diversos frentes. Toda ciudad de cierta importancia tenía un obispo.[10] Su poder era absolutamente de este mundo, porque era la cabeza de las iglesias de su ciudad, que mientras tanto, y en cuanto receptoras de donativos y herencias, podían haber llegado a ser muy ricas y habían sabido vincular con ellas, merced a sus limosnas y obras de caridad, a la amplia masa de la población. En los servicios litúrgicos, en los que de ordinario sólo al obispo le estaba permitido el uso de la palabra, tenía éste la oportunidad de manifestar su opinión acerca de los asuntos profanos, a menudo en una atmósfera henchida de emoción en virtud de los cantos eclesiales y de ceremonias impregnadas de misterio. También les era posible a los obispos ejercer su influencia mediante sus contactos personales con los ciudadanos más distinguidos, con los altos funcionarios de la administración o del ejército o incluso con el propio emperador. Frente a los empleados de la administración imperial disfrutaban de una ventaja decisiva: permanecían de por vida en el mismo lugar, conocían a fondo, por tanto, la situación real y sabían con quién hablar y sobre qué. En numerosos conflictos, los obispos demostraban estar por encima de los representantes del poder profano, sobre todo en las ciudades donde no existían unidades policiales o militares con las que los funcionarios pudieran defender con eficacia sus puntos de vista.

La adquisición de poder por parte de los obispos corría paralela al cambio de su origen social. Al principio, procedían típicamente de familias curiales: el que de entre ellos conseguía el cargo de obispo era, bajo todos los aspectos, más poderoso que todos sus antiguos compañeros de rango social – y, además, quedaban exentos de las obligaciones fiscales. En el último tercio del siglo IV fueron cada vez más numerosos los obispos procedentes del estamento senatorial, comenzando por Ambrosio (desde el año 274, obispo de Milán). Sobre este telón de fondo, los obispos supieron utilizar de una manera singularmente acertada el potencial del cargo, de suerte que se acrecentaba el poder del ministerio episcopal. Los obispos sustituyeron, en medida rápidamente creciente, a las antiguas elites locales como patronos y promotores de sus respectivas ciudades.

Pero no a todos complacía el nuevo poder de la Iglesia. Hubo hombres de hondas convicciones cristianas que se alejaron de la vida mundana para llevar como ascetas, en los desiertos o en las mon-

tañas, una existencia entregada a Dios. A menudo estos hombres y, aunque en menor medida, mujeres se imponían pesadas cargas, como ayunar durante largos periodos de tiempo, ceñirse el cuerpo y caminar con cadenas de hierro, guardar silencio y otras severas restricciones. Justamente su apartamiento del mundo les proporcionaba influencia y prestigio, no sólo porque se les atribuían poderes taumatúrgicos, sino porque la aureola de santidad les permitía hablar con independencia mucho mayor. Así, estos hombres, a menudo de muy humilde origen y a veces carentes de cultura y formación, podían convertirse en defensores de los débiles y en interlocutores de los miembros de las elites, lo que constituye una nueva y convincente prueba de la movilidad social de aquella época. Pero no era únicamente complacencia lo que estos monjes difícilmente controlables despertaban en los obispos, porque poseían un carisma personal y propio y su incómoda presencia podía mermar notablemente el prestigio de los clérigos.

Por lo demás, el poder de los obispos y de la Iglesia estaba restringido por el hecho de que la población del Imperio Romano era, bajo el aspecto religioso, sumamente heterogénea y variopinta. Seguían existiendo en diversos lugares numerosos seguidores de los antiguos cultos, que conservaban su capacidad de influencia, porque consiguieron mantener la adhesión de muchos de los miembros de las elites. Todos aquellos cultos fueron clasificados por los cristianos, globalmente y sin excepciones, como «paganos», aunque presentaban grandes diferencias entre sí: junto a los sencillos cultos campesinos, existían sistemas filosóficos sofisticados; al lado de las antiguas divinidades romanas, cultos mistéricos como los de Deméter o Isis. Unos practicaban sacrificios cruentos, mientras que otros se contentaban con la simple contemplación, y estas diferencias se multiplicaban arbitrariamente. Es verdad que fue en aumento entre los paganos un sentimiento de común pertenencia, pero nunca llegó a cuajar un frente pagano común y cerrado para oponer resistencia al cristianismo.

La religión judía, que contaba con seguidores en todo el Imperio Romano, en su inmensa mayoría grecoparlantes, gozaba de una posición especial que la administración romana respetaba en principio. Los judíos disponían en parte de su propia administración de justicia y pagaban tributos específicos. En la figura de los patriarcas

judíos disponía la administración imperial de interlocutores investidos de un rango equiparable al de un prefecto de los pretorianos. La cristianización del Imperio no acarreó en un primer momento un deterioro inmediato de la situación de los judíos, pero los cristianos veían en ellos, mucho más acentuadamente que en los paganos, rivales, de donde se derivaba una cada vez más fuerte presión social sobre ellos en la vida cotidiana. Con creciente frecuencia, las tensiones derivaban en actos de violencia que eran mal vistos por la administración imperial, cuya principal preocupación era siempre mantener la paz y el orden en el interior, pero que no eran consecuentemente reprimidos, porque el castigo de los cristianos podía desencadenar nuevas agitaciones.[12] Cuanto más crecía el poder de las personas y de las instituciones cristianas, más precaria se tornaba la situación de los judíos.

Era impreciso el estatus de la religión de los maniqueos, que muchos entendían como una especie de creencia cristiana, porque en su sistema religioso desempeñaba Jesús una cierta función. El maniqueísmo había surgido en Persia, en el siglo III, y enseñaba un riguroso dualismo entre el bien y el mal. El creyente podía acercarse al bien a lo largo de varios estadios. Al igual que el cristianismo, también el maniqueísmo se guiaba por escritos sagrados y poseía estructuras parecidas a las de la Iglesia cristiana. Justamente a causa de su éxito, el maniqueísmo se contaba, ya antes de Constantino el Grande, entre las religiones que habían tenido que soportar las más duras persecuciones, porque también ella suscitaba recelos y suspicacias en el ámbito de la política: había quienes veían en los maniqueos una quinta columna de los persas, con los que Roma mantenía una hostilidad plurisecular.

Resultaba irritante para el clero cristiano, e incluso peligrosa, la praxis de la fe tal como se la vivía en la vida cotidiana en numerosos lugares. Había algunos, entre ellos asiduos visitantes de las iglesias, que no tenían ningún reparo en acudir también a otros centros de culto. Estos creyentes veían en las diferentes religiones una especie de ofertas del mercado, de entre las que se elegía de acuerdo con las necesidades. Pero esta conducta entraba en abierta contradicción con la reclamación del cristianismo de ser la única e inequívoca religión verdadera, en la que insistían los teólogos coherentes con sorprendente frecuencia.

Pero el auténtico punto débil de la Iglesia se hallaba, ante todo y sobre todo, en el seno mismo de la cristiandad, es decir, en las numerosas escisiones que se producían tanto en la doctrina como en la práctica cristiana.[13] Como aquellas controversias siguen conservando en parte significación teológica incluso en nuestros días, desde el punto de vista del historiador sería deseable la máxima imparcialidad terminológica posible. Pero resulta inalcanzable, a la vista de la complejidad de las controversias y de los múltiples deslizamientos entre los diversos grupos. Con el objetivo de conseguir una cierta neutralidad, renuncio, en lo que se refiere a la posición de la «Gran Iglesia», a los conceptos de «católico» (universal) y «ortodoxia» (creencia recta), teñidos de tintes partidistas en ambos bandos, y prefiero aplicarles la denominación de nicenos, porque es la apelación a la confesión de fe del concilio de Nicea (325) la que constituye la base común de sus doctrinas.

No puedo evitar el concepto de «herejes» para los adversarios de los nicenos. También estos grupos sostenían, por supuesto, la pretensión de ortodoxia y se clasificaban a sí mismos, en este sentido, de ortodoxos, de modo que la denominación de «herejes» no encaja bien con su autoconcepción, pero es menos áspera que el giro de no nicenos o antinicenos. En todo caso, es preferible al concepto de «arriano», porque es inabarcable la diversidad de direcciones que los nicenos trazaron en torno a la polémica contra Arrio, un controvertido teólogo de principios del siglo IV, y muchas de ellas no tienen nada que ver con Arrio.

La controversia teológica puede resultarle extraña al observador actual, pero para muchos de los contemporáneos tenía un alcance fundamental: se desarrollaba en primer lugar el torno al tema de la relación entre Dios y Cristo, y más en particular acerca de cómo debe valorarse la parte humana en Cristo, en quien se habían unido (y en esto existía amplio consenso) lo humano y lo divino. Mientras que los nicenos utilizaban el concepto de *homousios* (en griego: «de igual esencia»), y por eso recibían la denominación de «homousianos», había un grupo que lo rechazaba, porque no figura en la Biblia, y prefería declarar a Dios y a Cristo *homoiousioi* («de esencia parecida»), lo que para los nicenos se quedaba demasiado corto.

La fórmula de compromiso más adecuada entre los homousianos y los anomeos (modalidad extrema del arrianismo, cuyo principal

representante era Aecio, para quien la esencia o naturaleza de Cristo no tiene absolutamente nada que ver con la divinidad), parecía ser la de «homoiusianos». Los emperadores Constancio II (337-361) y Valente (365-378), ambos gobernantes en Oriente, interesados por la pacificación de la Iglesia, la apoyaron, mientras que los emperadores occidentales Constantino II (337-340), Constante (337-350) y, con claras reservas, Valentiniano I (364-375) simpatizaban más con los nicenos. Sólo bajo el mando único de Constancio II (350-361) sobre todo el Imperio se registraron algunos breves intentos por imponer también en Occidente la doctrina de los homoiusianos.

Pero ni siquiera el enérgico apoyo imperial a favor de estos últimos consiguió eliminar a los nicenos. Numerosos obispos, conscientes de su fuerza y progresistas en teología, apoyaban esta doctrina y desarrollaron una acusada sensibilidad frente a las injerencias imperiales en los asuntos eclesiásticos. No es fácil explicar por qué los nicenos consiguieron finalmente imponerse. Tuvo importancia, sin duda, el fracaso de Constancio II, que fue sustituido por un usurpador de su propia familia, pero mucho más aún el de Valente, cuyo mandato llegó a su fin como consecuencia de una severa derrota militar, lo que, en la mentalidad de la época, era señal de que Dios le había retirado su favor. Pero antes de describir estos acontecimientos parece aconsejable lanzar una ojeada a la juventud de Teodosio, con cuya ayuda consiguieron imponerse los nicenos.

II. La juventud de un soldado

Teodosio no había nacido para emperador. Cuando vino al mundo, el 11 de enero del año 347, en Cauca (hoy Coca, cerca de la actual Segovia, España), probablemente el menor de varios hermanos, gobernaban en el Imperio Romano dos de los hijos de Constantino el Grande, el primer emperador de orientación cristiana, y de quien, dada su juventud, había que contar con más descendientes. Pero incluso en el caso de que esto no ocurriera, había otros miembros del mismo linaje, Galo y Juliano, también en plena juventud y henchidos de esperanzas de futuro, que deberían asegurar, de acuerdo con todos los cálculos humanos, la continuidad de la dinastía.

La familia de Teodosio pertenecía evidentemente a una elite regional. De alguna manera, su situación debía de ser próspera y abierta a lo nuevo, como demostraba su orientación al cristianismo. De su seno habían surgido ya varias importantes personalidades, y más en concreto el propio padre de Teodosio, también llamado Teodosio.

El joven Teodosio desplegó sus capacidades allí donde más posibilidades de ascenso social existían para personas de altas prendas: en el ejército. Como suele suceder en tales casos, los primeros pasos de su carrera se hunden en la oscuridad.[1] Probablemente se inició en la región del Bajo Rin, en batallas contra los francos o contra los sajones. Hacia el año 368 se le confió a Teodosio el Viejo un alto puesto de mando en Britania. El emperador Valentiniano I (364-378) le encomendó la tarea de restablecer el orden en la región. Grupos de tropas romanas rebeldes, aliadas con los nativos, habían derrotado a los mandatarios romanos y todavía no se había conseguido recuperar el control. Se le entregaron para esta misión tropas escogidas. Formaba parte de su Estado Mayor su hijo Teodosio. No sólo no había en ello nada de reprobable, sino que respondía a la costumbre: se adiestraba y estimulaba a los miembros de la propia familia y de este modo se le brindaba al joven Teodosio la oportunidad de acumular también experiencias militares.

Merced a una combinación de conducta enérgica y habilidad diplomática consiguió Teodosio hacerse rápidamente dueño de la situación, de modo que muy pronto pudo restablecerse la administración civil. Aplastó una conjura de romanos dirigida contra él, reconstruyó las fortificaciones y reestructuró la defensa. Se reorganizó de nuevo y por completo toda una provincia, la de Valentia, al noroeste de Inglaterra. También reforzó, al parecer, la muralla de Adriano.[2] Teodosio ofrecía, pues, la imagen victoriosa y eficaz de los grandes generales de la República.

Ésta es, al menos, la impresión que produce el historiador Amiano Marcelino, que escribió durante la soberanía del emperador Teodosio y tenía evidentemente en cuenta y secundaba sus deseos de ensalzar la figura de su padre. Ya la simple introducción a la descripción de las cualidades de Teodosio el Viejo ilustra la tendencia de su exposición:

> Teodosio había alcanzado fama a causa de sus éxitos militares, se atrajo a la valerosa juventud de las legiones y se puso rápidamente en camino, precedido por su brillante reputación.[3]

Incluso admitiendo que Amiano exagera, los éxitos alcanzados por Teodosio fueron lo bastante impresionantes como para que el año 369 se le concediera el rango de jefe del ejército, con competencias, al parecer, sobre las provincias galas, de nuevo con su hijo en el Estado Mayor. Su actividad se desarrollaba ahora en un segundo punto neurálgico de la política defensiva romana, a saber, en la frontera del Rin, en lucha contra los alamanes que, aprovechando cualquier punto o momento débil de la defensa romana, y a despecho de la reconstrucción de las fortificaciones, llevaban a cabo una y otra vez incursiones de pillaje en las regiones interiores del Imperio.

De nuevo menciona Amiano una victoria que, no obstante, bajo atento análisis, pierde brillo. El suceso debió ocurrir hacia el año 371. Partiendo de Retia, Teodosio avanzó contra los alamanes, en un momento en que había estallado una guerra entre germanos. Habría hecho muchos prisioneros de estas tribus y los habría asentado en el norte de Italia.[4] Pero esto no pudo pasar de ser una pequeña *razzia*, aprovechando la momentánea debilidad de los germanos. Cuando intentó apoderarse, a favor de la oscuridad, de un rey de los alamanes, la tentativa fracasó, porque no se pudo contener el estruendo de

los soldados entregados al saqueo. Y aunque Amiano descarga toda la culpa sobre los soldados, hay aquí una patente muestra de falta de capacidad para imponerse.[5]

Pero el fracaso no tuvo repercusiones negativas para el jefe del ejército. El año 373, posiblemente tras una acción contra los sármatas, se le confió una nueva e importante misión, ahora en África, una y otra vez castigada por las incursiones de pueblos extranjeros. Allí, un cierto Firmo, movido al parecer por intereses básicamente personales, había acometido la tarea de romper los vínculos de la provincia africana con el poder romano, y tal vez incluso había llegado a proclamarse emperador. Aquel descendiente de una familia de príncipes mauritanos había sabido agrupar con habilidad a su alrededor a los descontentos. Se hacía necesaria una inmediata intervención, porque el abastecimiento de trigo de Roma dependía de África.

Teodosio se puso en marcha, evidentemente también ahora acompañado por su hijo, desde Arlés hacia África y desembarcó cuando nadie lo esperaba. No fue Firmo el único enemigo al que tuvo que enfrentarse, sino también a Romano, que, en su condición de *comes Africae*, era, junto al propio Teodosio, el funcionario de más alto rango de la zona. En un primer momento, Teodosio lo envió a la frontera, para mantenerlo allí bajo arresto, junto con su Plana Mayor, porque evidentemente consideraba que había tenido complicidad en la usurpación. Pero los hechos posteriores demostraron que esta decisión fue un error táctico de fatales consecuencias, porque con ella se había ganado un enemigo vengativo e influyente.

Mediante una maniobra de diversión, Teodosio entretuvo a Firmo; dispuesto a entablar negociaciones de paz, organizó sus tropas y se esforzó por ganarse el aprecio de la población nativa, a la que condonó, además, el deber de aprovisionar a los soldados. Consiguió, a lo largo de una serie de enfrentamientos, alzarse con la victoria y finalmente sometió a Firmo. Pero con esto no estaba cerrado el caso. Teodosio tuvo que acometer durante varios años campañas militares de amplio alcance para asegurar totalmente el país, sobre todo porque Firmo consiguió evadirse. No faltaron derrotas. Con todo, a finales del año 374 Teodosio alcanzó un triunfo decisivo. Los amotinados sufrieron duros y a veces brutales castigos y Firmo perdió la vida.

El joven Teodosio no pudo vivir personalmente estos acontecimientos. El año 374, el futuro emperador llevó a cabo la primera

acción militar bajo su responsabilidad directa. Recibió el cargo de *dux Moesiae*, es decir, comandante militar de la provincia de Mesia, situada a orillas del Danubio, en la actual Bulgaria, que también estaba amenazada por ataques.

Combatió con éxito a los jinetes de la tribu irania de los sármatas, que realizaban incursiones de pillaje en el Imperio. Amiano informa con minuciosidad y tono laudatorio:

> Cuando ellos (los sármatas) penetraron desde el otro lado en nuestros territorios fronterizos, él (Teodosio) los rechazó repetidas veces. Les infligió pérdidas y los aniquiló en varios combates seguidos. Y aunque ofrecieron una resistencia extremadamente valerosa, los presionó con tal fuerza que con el incontable número de los caídos sació, así como con cebo, a las aves y a las fieras salvajes. A los demás los abandonó el valor y temieron que el propio jefe, con su innegablemente extraordinaria capacidad, en sus primeras marchas en su región, destruiría sus masas de combate, de modo que emprendieron la huida y se mantuvieron ocultos en las guaridas de los bosques. Tras haber emprendido una serie de vanos intentos de penetración, ahora habían perdido la confianza en su capacidad combativa, suplicaron perdón y presentaron disculpas por lo sucedido. Como habían sido vencidos en el momento oportuno, no se mostraron en modo alguno contrarios al tratado de paz que se les ofrecía, pues les invadía el temor, porque se aproximaba un fuerte contingente de tropas galas para proteger el Ilírico.[6]

Hay aquí ciertamente mucha exageración. Se trata de sucesos cotidianos de soldados en la frontera, que Teodosio pudo, al parecer, manejar con buenos resultados. El propio Amiano permite entrever que el comandante romano no contaba con fuerzas suficientes para atacar la región de los sármatas y menciona, además, una nueva razón para el éxito: se acercaba un fuerte contingente al que los sármatas no habrían podido enfrentarse. En todo caso, para entonces Teodosio ya acumulaba las dos cosas: experiencia militar y buenos contactos. Parecía quedar así trazada su línea ascendente en el ejército romano.

No se sabe cuándo y dónde le alcanzó la noticia que parecía proyectar una negra sombra sobre sus perspectivas de futuro. Hacia el

año 375/376, su padre fue acusado, o cuando menos calumniado, de alta traición.[7] Tras la maniobra estaba aquel Romano a quien Teodosio había hecho prender en sus campañas de África, pero que mientras tanto había sido puesto en libertad, junto con sus amigos. No es fácil reconstruir el curso exacto del proceso. Existe toda una serie de relatos detallados, pero todos ellos adolecen de la tendencia a dibujar a un Teodosio como víctima totalmente inocente, sólo preocupado por el bien común, y a sus enemigos, por el contrario, como conjurados alevosos únicamente guiados por el egoísmo, que envolvieron al emperador en la maraña de sus mentiras. La tendencia tiene una fácil explicación: el núcleo del relato, más tarde una y otra vez repetido, surgió bajo el gobierno del emperador Teodosio el Grande. Los historiadores modernos carecen de información sobre el punto de vista de la otra parte.

Es evidente que se libraba una lucha oculta en torno a la capacidad de influencia en la corte, que no hizo sino acentuarse aún más tras la muerte de Valentiniano I, el 17 de noviembre de 375. Aconteció entonces algo que iba en contra de los deseos del emperador fallecido y de su sucesor en el gobierno, Graciano (375-383): un grupo de hombres influyentes procuró que fuera proclamado emperador el hijo más joven de Valentiniano I. El elegido, hoy conocido como Valentiniano II, era por aquel entonces un niño, fácil presa, por tanto, de quienes lo promovían a emperador. Tal vez Teodosio el Viejo se contaba entre los que reprobaban aquel proceder y era, por consiguiente, necesario reducirlo a la impotencia.[8] Por lo demás, no carecían del todo de fundamento las acusaciones de sus adversarios. Según todos los indicios, Teodosio había procedido por su propia voluntad contra un alto funcionario romano y usurpado así, en parte, la autoridad imperial. Esta conducta podría calificarse de hecho como alta traición y podía acentuarse la sospecha de que Teodosio había actuado en África de una manera tan sorprendente con el objetivo de ganarse el favor de la población. Es significativo que ni siquiera las fuentes más favorables digan nunca que las acusaciones contra Teodosio fueran infundadas. Sea como fuere, Teodosio fue condenado a muerte y ajusticiado en Cartago, a principios de 376, tras haber recibido el bautismo, o así lo afirma, al menos, una tradición piadosa.[9]

Para el joven Teodosio era una catástrofe personal. Había perdido a su padre y parecía haber llegado a su punto final una carrera

no particularmente impresionante, pero sí prometedora. Se retiró a Hispania. Tal vez contaba ya con pasar el resto de sus días en la provincia como aristócrata local, en una existencia sin gloria y también, posiblemente, sin peligros. Se casó con una mujer de su tierra, llamada Flaccilla, y tuvo su primer hijo, Arcadio. Gobernaba mientras tanto en Occidente Graciano, el joven hijo de Valentiniano I, rodeado de sus consejeros. Valentiniano II desempeñaba una función claramente subordinada. Regía el Imperio de Oriente el emperador Valente. Parecía, pues, asegurada la permanencia de la dinastía valentiniana. No era mucho lo que de ella podía esperar Teodosio. Tal vez saludó con satisfacción el hecho de que algunos de los enemigos de su padre perdieron pronto el favor imperial. Y antes de que pasara mucho tiempo serían de nuevo reclamados sus servicios.

III. Los primeros años: un emperador extranjero en Oriente (379-382)

La elección imperial bajo la sombra de la derrota: la batalla de Adrianópolis y sus consecuencias

«Aquella batalla fue el inicio del terror para el Imperio Romano de entonces y de más tarde», anotaba, poco después de 400, el historiador de la Iglesia Rufino, cuando volvía la mirada hacia aquel 9 de agosto del año 378, al día de la derrota romana de Adrianópolis.[1] Tan sólo a unos pocos días de marcha de Constantinopla, los germanos habían derrotado a un ejército romano y aniquilado a cerca de la tercera parte de sus hombres. El emperador Valente, a quien estaba llamado a suceder Teodosio, había perecido en el combate. La victoria de los bárbaros sobrevino de una manera completamente inesperada y es de difícil explicación. No hay una causa determinante, y mucho menos estructural. Se dio, más bien, una acumulación de pequeñas negligencias que desembocaron en una gran catástrofe. ¿Qué fue, pues, lo que sucedió?

La amalgama de pueblos en las regiones al Norte del Danubio había sido desde siempre inestable, pero en los últimos años aquéllos habían entrado en una etapa de viva ebullición. El cambio lo desencadenaron los temidos hunos, un pueblo de jinetes procedentes del interior de Asia, presionados a su vez hacia Occidente. No se sabe bien qué buscaban aquí los hunos. Es probable que su preocupación primaria fuera simplemente la supervivencia de su pueblo y de sus dirigentes. No tenían mucho que perder y, en consecuencia, procedían con total ausencia de consideraciones. Su brutalidad se ha convertido en proverbio. En inglés pervive hasta el día de hoy el término *hunus* para designar a los pueblos orientales que actúan como bárbaros.

Entre las víctimas de los hunos se contaban los alanos y los greutungos, ambos avasallados ante sus ataques devastadores. Siguió a

continuación otro pueblo germano, el de los tervingos, que, en el curso de sus movimientos migratorios, acabarían por convertirse en «visigodos».[2] Por aquella época tenían su zona de asentamiento en la actual Rumania, al norte del Danubio, que formaba la frontera del Imperio Romano. De todas formas, debe emplearse aquí con cautela el término «pueblo». No se sabe hasta qué punto o en qué medida los que ahora, con mirada hacia el pretérito, actuaban como «pueblo» se sentían de hecho como formando parte de una comunidad étnica claramente definida frente a otras. Tal vez fue la común experiencia de la expulsión lo que les llevó a la idea de grupo común y a definirse como pueblo. Tal vez fue la fidelidad a un jefe único del ejército o a un rey lo que les aglutinó y los mezcló a lo largo de la huida. O tal vez fue la percepción de los demás, la de los romanos, la que hacía que aquella volátil asociación actuara como un pueblo. Pero bajo ningún concepto cabe imaginarse como grupo sólidamente articulado a los hombres que, ante la presión de los hunos, partían de las regiones de la actual Rumania hacia metas desconocidas. Sólo con mirada retrospectiva convirtieron los godos su pasado en la historia de un pueblo con dilatada continuidad, y con demasiada frecuencia los han imitado los historiadores modernos.

Fue, de todas formas, en los decenios anteriores a la acometida de los hunos cuando se fortalecieron las estructuras de los posteriores visigodos. Existía una dinastía real capaz de mantenerse a lo largo de varias generaciones y de guiar los destinos de los tervingos, a pesar de su heterogénea composición, por encima de las crisis. Incluso en una guerra contra los romanos como la librada bajo Valente (367-369), pudieron afirmarse bajo la jefatura de Atanarico. Este éxito es tanto más reseñable cuanto que su gente estaba escindida también en el terreno religioso. Una fracción fuerte había sido evangelizada por cristianos homoiusianos, mientras que otra se atenía a las creencias tradicionales. Incluso a propósito de las persecuciones de cristianos, en los que había participado el propio Atanarico, se oyen voces discrepantes. Todos estos factores mermaban la cohesión de los diferentes grupos. Un rival de Atanarico, llamado Fritigern, que se había convertido al cristianismo, se fue distanciando poco a poco, con sus seguidores, de los restantes.

Bajo la presión de la acometida de los hunos, el año 376 se produjo una escisión total de los tervingos.[3] Algunos de ellos, a las órde-

nes de Atanarico, gobernante desde el año 365, retrocedieron hacia los Cárpatos, de difícil acceso, mientras que otros, la mayoría (se habla de 200.000 hombres, aunque la cifra es exagerada[4]), guiados por Fritigern y un cierto Alaviv, penetraron en el Danubio inferior. A estos grupos, lo mismo que a los hunos que los presionaban, lo único que en un primer momento los movía era el mero instinto de supervivencia. Necesitaban alimentos y un espacio nuevo –dondequiera que fuera– para su asentamiento. Y esto es lo que les ofrecía el Imperio Romano, con sus sólidas estructuras y sus abundantes riquezas. Allí, querían trasladarse como amigos.

Así pues, Alaviv y sus seguidores presentaron a los romanos la solicitud de cruzar el Danubio inferior. Deseaban vivir en paz con ellos en el futuro y servir en el ejército romano en calidad de tropas auxiliares. La proposición no tenía en sí nada de excepcional y cuadraba bien con los intereses romanos, porque de esta manera conseguían asentar en una región fronteriza relativamente poco poblada a contingentes de campesinos; es decir, de potenciales contribuyentes y reclutas, que pondrían, además, todo su empeño en defender el territorio adquirido contra las presiones de otros pueblos. Bien es verdad que los casos precedentes de regulaciones de asentamientos habían estado precedidos de victorias romanas.[5] En este sentido, la oferta de los tervingos implicaba un cierto riesgo para los romanos.

Tras intensas consultas, Valente permitió a los solicitantes cruzar el Danubio. Pero el paso se produjo en caóticas circunstancias. El número de personas que cruzó el río era superior al calculado. No se produjo el desarme previsto. Fallaron las medidas de aprovisionamiento de víveres. Oficiales romanos corruptos intentaron explotar a los inmigrantes. Superando todas las penurias, los tervingos, a quienes se les designaba poco a poco como visigodos, lograron conservar su cohesión y se dispusieron a defenderse. Los romanos movilizaron tropas tanto de Oriente como de Occidente, pero aun así, y a pesar de algunas derrotas parciales, los godos devastaron durante dos años las regiones balcánicas. Valente tomó, por fin, la decisión de intervenir personalmente y con energía. Se paralizó la campaña prevista contra los persas, se puso fin a la persecución contra los obispos nicenos y se permitió el retorno de los que habían sido desterrados.[6] Era evidente que el emperador se proponía concentrar todas las fuerzas. Graciano envió soldados experimentados, entre ellos a Ricomero,

que se convertiría con el tiempo en uno de los más destacados colaboradores de Teodosio y avanzaría más tarde desde Occidente con tropas adiestradas. Pero los godos no se dejaron amedrentar. A pesar de todos los enfrentamientos y de varias derrotas, no se habían dispersado y habían conseguido incluso atraerse a los habitantes del Imperio.[7] No retrocedieron ni siquiera cuando el poderoso ejército de Valente –las diversas apreciaciones oscilan en torno a los 40.000 hombres– inició la marcha. Entablaron negociaciones dilatorias, posiblemente con el propósito de retrasar los combates, porque todavía carecían de caballería. Valente intercambió mensajes con ellos, mientras crecía el nerviosismo entre sus propios soldados, que sufrían las consecuencias de la escasez de víveres.

Y entonces irrumpió, brotando desde las montañas, la caballería goda dirigida por Alaviv y Safrax, y apoyada por los alanos, y provocó un terrible baño de sangre dondequiera que topaba con romanos. Ahora se iniciaba la gran batalla. El historiador moderno podría describirla con dramáticas palabras, porque Amiano Marcelino ha dejado un impresionante relato. Pero es justamente la brillantez con que este corresponsal ha configurado los pasajes correspondientes lo que suscita desconfianza: se diría que hay algo en la narración que responde más a la voluntad artística que a los hechos objetivos.[8] Queda siempre, de todas formas, un poso que es obligado admitir: los debilitados y sorprendidos romanos opusieron resistencia a los bárbaros que se precipitaban sobre ellos y no les abandonó del todo la suerte. En algunos puntos consiguieron incluso avanzar, pero les faltó coordinación. Y era evidente, sobre todo, que no estaban capacitados para enfrentarse a los rápidos movimientos de la caballería goda.

Pronto pudo advertirse que no les quedaba otra opción que una retirada ordenada o prolongar tanto la línea de combate que pudieran romper el contacto con el enemigo sin graves pérdidas. Ambas posibilidades fracasaron y por la tarde aconteció algo que superaba los peores temores: el emperador romano había caído o, más bien, había desaparecido. Nadie supo qué ocurrió en realidad. Nunca se encontró su cadáver, tal vez consumido por el fuego que devoró el cortijo al que fue trasladado cuando cayó herido. Severamente diezmados, sin jefes, los restos del ejército romano retrocedieron hasta Adrianópolis. Un tercio de los que habían partido no regresó jamás.

Puede comprenderse fácilmente que se descargara sobre Valente la responsabilidad de esta devastadora derrota y que se le condenara por ello. Pero la verdad es que se habían cometido varios errores en el trato con los godos. Los funcionarios del Danubio habían actuado demasiado a su libre arbitrio y gobernado a su capricho, pero esto era aplicable a casi todos los funcionarios romanos y la corrupción era un factor de la administración de la Antigüedad tardía que pocas veces faltaba.[9] Se había descuidado además el adiestramiento de las tropas, que estaban miserablemente equipadas. Por otra parte, las circunstancias justificaban totalmente la decisión de Valente de aceptar el riesgo de una batalla. Por supuesto, si hubiera aguardado hasta la llegada de Graciano, el ejército romano habría sido más fuerte; pero, ¿por qué debería mostrarse débil frente a un enemigo que los exploradores calculaban en 10.000 hombres? Un prolongado aplazamiento, ¿no habría desmoralizado a las tropas romanas, alentadas por los éxitos iniciales? ¿No era la ausencia de la caballería goda una ventaja poderosa? ¿No era legítimo, dentro de la lógica del poder romano, que Valente quisiera alcanzar éxitos personales, sobre todo cuando en los últimos tiempos Graciano se había granjeado renombre militar?

Los errores decisivos se cometieron en vísperas de la batalla. Resulta difícilmente comprensible por qué no se pensó en un adecuado avituallamiento de los soldados. Tal vez Valente seguía confiando en que, a la vista del ejército romano perfectamente desplegado en orden de batalla, entrarían en razón los bárbaros. Este error de cálculo explicaría por qué prolongó durante tanto tiempo las negociaciones previas al combate y por qué no utilizó la ventaja de la ausencia de los jinetes godos. La derrota no era inevitable.

El desastre provocó una conmoción entre los contemporáneos. En el mismo suelo del Imperio, y no lejos de Constantinopla, los romanos habían sufrido una humillante derrota y nadie podía prever las consecuencias. El emperador había desaparecido, habían perecido muchos altos oficiales, incluso algunos generales. Los bárbaros recorrían todo el país causando estragos, saqueando y destruyendo, y presionaban nuevas hordas, algunas de las cuales consiguieron penetrar incluso hasta los Alpes.

Amiano, el historiador más reflexivo de su tiempo, puso fin a su obra histórica con la descripción de esta batalla y de sus consecuencias

inmediatas. La compara con la de Cannes,[10] aquella severa derrota de los romanos a manos del cartaginés Aníbal, el año 216 a.C., que actuó durante siglos como un trauma. Pero justamente en la comparación alentaba la esperanza. Pues en efecto, en aquella batalla los romanos habían perdido muchos soldados y una parte sustantiva de su clase dirigente, pero luego renovaron su imperio y pusieron los cimientos del dominio universal. No tiene, por tanto, nada de sorprendente que este historiador ponga punto final a su obra con el recuerdo de algunos primeros éxitos defensivos de los romanos, y menos aún que mencione –con evidente tono laudatorio– la última acción de un romano que alude a la matanza alevosa de los godos que habían sido admitidos en el Imperio.[11] Tal es, en su opinión, el trato que debe darse a estos pueblos. Y en esta posición –extremadamente dura para la sensibilidad moderna– no estaba solo: el año 400 se produjo de hecho una matanza de los godos asentados en Constantinopla.

Pero en la provincia pululaban las especulaciones. Libanio, profesor pagano de retórica en Antioquía, sin experiencia militar, formulaba en un discurso sus conclusiones sobre las causas de la derrota de Adrianópolis: no eran los soldados romanos los culpables: habían sido tan valerosos como siempre.[12] La derrota había sido provocada por un dios, porque permanecía impune el asesinato del emperador pagano Juliano.

¿Y los nicenos? ¿Estallaron en gritos de júbilo por la derrota de su perseguidor, que demostraba bien a las claras que se había hecho odioso a Dios? Probablemente (todavía) no,[13] porque también los cristianos perseguidos se sentían romanos. Además, en los últimos tiempos, Valente les había hecho algunas concesiones y, ¿quién podía adivinar qué candidato le sucedería? El sentimiento de catástrofe, que todavía resuena en Rufino, era universal.

Aunque debe tomarse en serio aquel estado de ánimo como expresión del sentir general y como indicación del horizonte que se abría ante los actores, no deben exagerarse las repercusiones a largo plazo de la batalla. Es cierto que el año 378 marca una fecha de fácil recurso mnemotécnico cuando en los exámenes se pregunta por el momento exacto en que se inicia la «invasión de los bárbaros», pero aquella batalla era la consecuencia de movimientos migratorios que se habían iniciado mucho tiempo atrás. Y, vistas con sobria objetividad, sus repercusiones fueron de limitado alcance.

Los godos intentaron tomar por asalto la ciudad de Adrianópolis, que prometía rico botín. Y fracasaron. Intentaron conquistar Constantinopla. Y fracasaron. Ni siquiera intentaron en serio el asalto a Perinthos (Heraclea). Los romanos consiguieron, mediante una serie de acciones por sorpresa, una especie de contención del enemigo. En ningún punto consiguieron establecerse sólidamente los godos y, tras haber saqueado y arrasado el territorio, volvieron a faltarles los víveres. Se vieron una vez más condenados al hambre. Al mismo tiempo, avanzaba desde Occidente, en dirección a Adrianópolis, un nuevo ejército romano con probada capacidad de combate. Además, como se dirá más adelante, en el lapso de unos pocos años Teodosio pudo pacificar por algún tiempo los Balcanes. Que más adelante no se sintieran ya los godos vinculados a la fidelidad al Imperio pertenece a otra página y está, además, relacionado con nuevos errores políticos. Los acontecimientos de Adrianópolis constituían un presagio tan fatídico como el *menetekel* del pasaje bíblico de Daniel, pero todavía podían resolverse los problemas del momento.

El historiador que trabaja muchos siglos después puede permitirse una fría mirada que les faltaba a los coetáneos. Es perfectamente comprensible la sensación generalizada de catástrofe, de inferioridad, en las semanas siguientes a la batalla de Adrianópolis. El emperador de Occidente, Graciano, había conseguido algunas victorias, pero todavía no gozaba de gran prestigio y a muchos les parecía demasiado joven. El otro *augustus*, Valentiniano II, era todavía un muchacho. Se había podido comprobar, por otra parte, que a ninguno de los emperadores le había sido posible imponer su dominio único y personal en todo el Imperio Romano. Se necesitaba alguien capaz de controlar la situación. Y entonces apareció Teodosio.

> Por aquel entonces gozaba de alta estima Teodosio, tanto por la fama de sus antepasados como por su valor personal. Y como quiera que provocaba la envidia de sus iguales y la de los de su misma alcurnia, se retiró a Hispania. Allí, en efecto, había nacido y había sido educado. El emperador [Graciano], no sabiendo qué decisión tomar pues, deslumbrados por su victoria, los bárbaros eran y parecían invencibles, entendió que la concesión del cargo de jefe del ejército a Teodosio era la solución para los males. Hizo venir, pues, inmediatamente al hombre desde Hispania, lo

elevó a jefe del ejército y le envió, con todo el ejército reunido. Él, fortalecido por la fe, actuó con ánimo valeroso. Penetró en Tracia, avistó a los bárbaros que marchaban contra él y dispuso al ejército en orden de batalla. Cuando se iniciaron las escaramuzas, no aguantaron [los enemigos] el choque y abandonaron la línea de combate. Ya decidida la suerte, los unos huían mientras los otros los perseguían con determinación. Los bárbaros sufrieron severas pérdidas. Pues, en efecto, no murieron sólo a manos de los romanos, sino también a las de su propia gente. Y así, la mayoría fue vencida y unos pocos, que lograron esconderse, cruzaron el Danubio.

El brillante general distribuyó inmediatamente al ejército a sus órdenes entre las ciudades cercanas, mientras que él se ponía al punto en camino hacia el emperador Graciano, para ser el mensajero de su propia victoria. Hasta al mismo emperador le parecía increíble y estaba como fuera de sí por lo sucedido. Pero los mortificados por el aguijón de la envidia afirmaban que él había huido y que el ejército había sido aniquilado. Teodosio pidió entonces que sus enemigos despacharan mensajeros que vieran con sus propios ojos la multitud de bárbaros vencidos. Pero que se podía calcular más fácilmente el número a la vista del botín. El emperador accedió a estas palabras y despachó gente para que vieran lo acontecido e informaran de los resultados.

El excelso general se quedó allí y tuvo una maravillosa aparición que le fue revelada sin duda por el Dios todopoderoso. Creía, en efecto, estar contemplando al divino Melecio, obispo de la Iglesia de Antioquía, que le ponía las vestiduras imperiales y adornaba su cabeza con la correspondiente diadema. Comentó a un familiar, al día siguiente, lo que había visto aquella noche. Éste le dijo que el sueño era claro y que no había nada de misterioso ni de ambiguo. Al cabo de pocos días regresaron los que habían ido a investigar lo sucedido y declararon que habían muerto muchas miriadas de bárbaros. El emperador quedó convencido de que aquel nombramiento como jefe del ejército había sido una magnífica decisión. Le elevó a la dignidad de emperador y le entregó el mando sobre los territorios del Imperio de Valente. Él regresó a Italia y envió a aquél a tomar posesión de sus dominios.[14]

Llegó, vio, venció – y, a diferencia de Julio César, Teodosio fue emperador con la ayuda de Dios. Tal es la dramática descripción de los acontecimientos en torno a su ascensión al trono que ofrece Teodoreto, historiador de la Iglesia, a mediados del siglo V. La lección del relato salta de inmediato a la vista: un general tan victorioso tenía simplemente que ser nombrado emperador. Pero precisamente porque, al igual que Amiano, sabe presentar los sucesos con pinceladas dramáticas y resueltas, no es un autor exento de sospecha. No se siente únicamente interesado por la fiabilidad de los detalles, sino que procura hacer perceptible la intervención de Dios en la historia. Y podría servir como ejemplo, entre otros, el glorioso gobierno del niceno Teodosio.[15] Frente a tan elevada meta, pasa a segundo plano la prosaica fidelidad de los pormenores. Los estudiosos modernos tachan con excesiva ligereza a estos autores de mendaces, pero este juicio es ahistórico. Por supuesto que la Antigüedad conocía perfectamente los elementos de la crítica histórica tal como los utilizan en nuestros días los investigadores, pero precisamente los cristianos se orientan hacia otros niveles de la verdad distintos de los de los hechos.

En cualquier caso, el observador actual debe intentar destilar de las fuentes todo lo que es relevante según los modernos criterios profanos, lo que, dicho de una manera descarnada, significa que hay que desmontar el montaje de Teodoreto. Para ello, el primer paso puede ser analizar el texto en sí mismo para compararlo luego con otras fuentes y situarlo en un contexto más amplio. Un trabajo laborioso que tiene carácter detectivesco y promete, por tanto, tensión dramática. ¿Qué es lo que podemos averiguar?

Llama la atención, en primer lugar, que en la narración de Teodoreto figure un elemento absolutamente innecesario: la aparición del obispo Melecio. Era uno de los varios obispos que luchaban por la supremacía en la Iglesia de Antioquía. Es más que dudoso que Teodosio lo conociera personalmente.[16] Pero es que, además, hasta donde hoy alcanzamos a ver, Melecio tampoco era al principio un familiar del emperador. Es evidente que fue Teodoreto, o algún predecesor, quien se inventó esta historia. Y a los nicenos de Antioquía les interesaba que se contara en estos términos. Con ayuda de este tipo de anécdotas podían, en efecto, resaltar a los ojos de la dinastía teodosiana la importancia de su obispo, que debía enfrentarse a diversos rivales.

Pero quedan los siguientes puntos: el nombramiento de jefe de ejército, la victoria en una batalla y la elevación a emperador. Todos ellos están confirmados por un cierto Pacato quien, el año 389, es decir, diez años más tarde, y en Roma, esto es, en un lugar muy distante, pronunció un panegírico en honor de Teodosio.[17] También según Pacato, en una situación de crisis se recurrió de inmediato a él y logró hacerse dueño de la situación gracias a una victoria. Hay aquí una importante confirmación de la versión de Teodoreto, porque Pacato procedía de un medio distinto al del historiador de la Iglesia. Teodoreto descendía de una familia acomodada, aunque no de muy destacada posición social, y había llevado una existencia consagrada al servicio de la Iglesia de Antioquía. Pacato, por el contrario, pertenecía a la elite occidental y sabía, al menos, tratar con deferencia a los paganos. Si dos testigos independientes narran el mismo hecho, se apoyan mutuamente. Tenemos, además, otro panegirista que parece indicar que Teodosio fue nombrado jefe de la caballería (*magister equitum*).[18]

Pero hay otras fuentes: poco antes de Teodoreto, los nicenos Sócrates y Sozomeno escribieron sendas historias de la Iglesia. Los tres autores coinciden de ordinario en los puntos decisivos, pero en lo relativo a los primeros pasos de Teodosio hay una considerable desviación: Sócrates y Sozomeno quien, por otra parte, depende en grandes secciones de Sócrates, hablan primero del nombramiento de Teodosio como emperador y sólo después mencionan su victoria sobre los bárbaros.[19] Además, las victorias alcanzadas por Teodosio son mucho menos espectaculares. No se dice que hiciera retroceder a sus enemigos hasta la otra orilla del Danubio. De hecho, necesitaría aún varios años más para controlar a los godos e incluso entonces se vio obligado a concederles asentamientos al sur del Danubio. Teodoreto ha exagerado hasta la desmesura los éxitos del emperador.

¿Es, entonces, falsa la secuencia de los acontecimientos que Teodoreto nos transmite? No necesariamente. Al contrario, hay varias razones que hablan a favor de la hipótesis de que Teodosio, que no estaba emparentado con la familia imperial, tuvo que dar sólidas pruebas de su capacidad militar antes de escalar tan encumbrada posición. Y con una mirada sobria y objetiva, una victoria sobre los bárbaros invasores no era una empresa tan difícil. Era relativamente sencillo capturar y expulsar a grupos o partidas aisladas; así lo habían demostrado ya algunos comandantes romanos en los prolegómenos de la

batalla de Adrianópolis. Teodosio pudo haberse distinguido con alguna victoria antes de su encumbramiento a emperador. Otras fuentes, algunas de ellas contemporáneas, confirman que consiguió un triunfo sobre los sármatas que, irrumpiendo desde la región del Tisza, creaban inseguridad en los Balcanes.[20] Tal vez fue éste el pueblo que se vio forzado a retroceder al otro lado del Danubio. En tal caso, Teodoreto habría estado muy cerca de la verdad, aunque con sus observaciones sugiere una victoria de envergadura mucho mayor.

Puede conseguirse certeza por lo menos en un punto, esto es, cuándo tomó Teodosio posesión del cargo. En efecto, las crónicas de aquel tiempo retienen con minuciosidad la fecha del acontecimiento: fue el 19 de enero del año 379,[21] en Sirmio del Save, en la actual Serbia, un centro político del Imperio en el que habían residido ya antes varios emperadores. El público pudo estar representado por las tropas reunidas, que en la Antigüedad podían ser el sustitutivo de las manifestaciones populares y cuyo principal deber en tales ocasiones era prorrumpir en una unánime exclamación de júbilo.

Pero justamente esta fecha, tan sólidamente atestiguada, plantea un nuevo problema. Valente había sucumbido el 8 de agosto de 378. Transcurrieron a continuación varios días de incertidumbre sobre su destino. Una vez confirmada la noticia de su muerte, de dar fe a la exposición de los hechos de Teodoreto y Pacato, Graciano y sus consejeros llegaron al acuerdo de nombrar jefe del ejército a Teodosio, a pesar de que se hallaba en un lugar muy distante. Habrían despachado mensajeros a Hispania, Teodosio habría cabalgado desde allí hasta los Balcanes, habría derrotado a los sármatas y habría tenido que convencer a continuación a Graciano de que en efecto había alcanzado una victoria. Y entonces se habría tomado la decisión de proclamarle emperador. ¿Es realmente verosímil, dadas las condiciones de los viajes en la Antigüedad? ¿En invierno? Surgen fuertes dudas.

Se abre paso y gana mucha credibilidad la hipótesis de que Teodosio se hallaba ya en el círculo de Graciano o incluso en la región de los Balcanes desde mucho antes.[22] Habría tenido ocasión, tanto antes como después de Adrianópolis, de acumular méritos militares. Es posible que los partidarios de Teodosio lo hayan silenciado para que no recayeran sobre él sombras de sospecha de haber tenido algún tipo de participación en la severa derrota de su antecesor. Y pueden también relacionarse las razones del encumbramiento de Teodosio

con otro factor, aunque las fuentes nada dicen sobre este aspecto: enfrentado a la crisis del Imperio y a las graves pérdidas de personas con capacidad de mando, Graciano debió de verse en la necesidad de rodearse del mayor número posible de hombres cualificados, incluidos enemigos potenciales, como en el caso de Teodosio, cuyo padre había sido ajusticiado hacía poco. No se debe olvidar, por otro lado, que su tío Euquerio y su lejano pariente Siagrio formaban parte, antes y después de Adrianópolis, del entorno del emperador. Pudieron muy bien deslizar una palabra a favor de aquel hombre de acreditadas pruebas de capacidad, que en el cuarto decenio de su vida se encontraba, según los criterios de la época, en la plenitud de su fuerza varonil.

¿Qué es lo que puede afirmarse con seguridad? El punto firme y seguro lo configura la fecha del encumbramiento a emperador, el 19 de enero de 379. Es indudable que Teodosio había sido ascendido a jefe del ejército algunas semanas antes. Podemos suponer que antes de su nombramiento alcanzó algunas victorias militares, sobre todo teniendo en cuenta que conocía bien aquella región. También es posible que tuviera alguna influencia en la decisión de Graciano su origen familiar. Es muy posible que hubiera estado en aquellas comarcas ya en vida de Valente. No era, pues, un relampagueante «vine, vi, vencí» lo que provocó el éxito de Teodosio, sino un conjunto de factores favorables para él, en parte debidos al azar.

Es notable la brevedad del plazo hasta su encumbramiento como emperador. Al parecer, Graciano opinaba que Oriente necesitaba una mano fuerte con autoridad personal. ¿O tal vez Teodosio y sus partidarios contaban ya con poder suficiente para imponer una decisión al emperador?[23] A Graciano no tuvo que serle nada fácil la elección. Al inclinarse por Teodosio, nombraba a un colega que le superaba en edad y en experiencia, que contaba con un notable número de partidarios en Occidente, es decir, en la parte del Imperio del propio Graciano, que tenía ya –y no era el menor de los factores a considerar– un hijo y podría, por consiguiente, abrigar pretensiones dinásticas. Tal vez le tranquilizaba la circunstancia de que el nuevo emperador no contaba con partidarios en Oriente. Y hay que preguntarse, finalmente, si quedaba alguna otra alternativa a Teodosio, una vez tomada la decisión de proclamar de inmediato un emperador para Oriente. Puede, en todo caso, afirmarse con seguridad que en el entorno de Graciano, y frente a la arriesgada tarea que se le encomendaba al can-



FIGURA 2. El emperador Teodosio. La inscripción en torno al retrato dice en el anverso: D(OMINUS) N(OSTER) THEODOSIUS P(IUS) F(ELIX) AUGUSTUS: *Nuestro Señor Teodosio, el Piadoso, el Feliz, Augusto.* En el reverso: VICTORIA AUGG (Victoria, dos augustos) en torno a una armoniosa pareja imperial.

didato, se registraron vivas discusiones, pero acerca de los detalles sólo caben especulaciones.

Teodosio recibió la dignidad imperial (*figura* 2) y Graciano se vio obligado a permanecer en Occidente, donde se ceñía la amenaza de una guerra contra los alamanes. Teodosio ejerció el mando en Oriente sin colegas. Tenía que enfrentarse a dos graves problemas, sin tiempo de preparación: a una guerra que devastaba la región de los Balcanes y a la tarea de hacerse con partidarios en Oriente, donde era un desconocido y donde se vería asediado por numerosos conflictos internos. Aunque ambos problemas se superponían y entremezclaban, aquí se analizarán por separado. Primero el de los godos.

Paz con los godos

El 17 de junio de 379 está testificada la presencia de Teodosio en Tesalónica, en una residencia construida con esplendor imperial. Evidentemente la situación en Tracia se había apaciguado hasta tal punto que pudo dirigirse a esta ciudad costera para trasladarse desde allí rápidamente al escenario de la guerra.[24] En Tesalónica acudieron en

audiencia ante el emperador muchos solicitantes y delegados de diversas corporaciones. Incluso fue, al parecer, molestado por litigios en torno a una cátedra de retórica en Antioquía;[25] los hombres de las regiones interiores seguían teniendo, ahora igual que siempre, problemas distintos a los de los defensores de las fronteras.

Pero también recibió el recién nombrado emperador una destacada visita: Temistio, que había sido bajo Constancio II (337-361) y Valente uno de los panegiristas de mayor prestigio, se dirigió, en nombre del Senado de Constantinopla, a Teodosio para presentarle un saludo de adhesión. Ya antes, tal vez todavía en Sirmio, el Senado había felicitado –en cumplimiento de un deber– a Teodosio por su encumbramiento a emperador. Pero en aquella ocasión Temistio se hallaba indispuesto. Lo más probable es que, simplemente, prefirió viajar a una ciudad más segura.

El principal propósito de Temistio era despertar el interés de Teodosio por Constantinopla, pero, fiel a su deber, no olvidó las alabanzas al emperador.

> Por ti solo, y contando con un reducido contingente de soldados no especialmente seleccionados, has rechazado al pueblo de los sármatas, que arrasaban todo el territorio junto al río [Danubio].[26]

Al igual que más tarde Teodoreto, Temistio sugiere aquí una victoria inmediata y decisiva del nuevo emperador, pero menciona un nombre fidedigno. Pues en efecto, con la victoria sobre los sármatas no se solucionaba todavía, obviamente, el problema de los godos.

De todas formas, la situación había mejorado un tanto, porque Teodosio no había permanecido inactivo y había reclutado un ejército, aunque ciertamente variopinto. Se habían agrupado aquí, con la máxima celeridad posible, campesinos, mineros y algunas unidades regulares de las fronteras del Imperio. Varias leyes tenían el objetivo de aumentar el número de reclutas romanos y de poner una barrera a los intentos de evitar los alistamientos. No tiene nada de sorprendente que un número considerable de godos entrara al servicio del bien pagado ejército romano. La idea de lealtad «nacional» era muy ajena a estos pueblos. Con individuos pertenecientes a diferentes tribus, Teodosio parece haber conseguido formar unidades étnica-

mente compactas que no eran secciones de tropas regulares, sino que servían en calidad de *foederati*.

Resulta extremadamente difícil reconstruir la secuencia de los acontecimientos de los años siguientes, porque nuestra principal fuente de información, Zósimo, junta dos tradiciones diferentes y parece no advertirlo cuando refiere dos veces un mismo evento. Debe además contarse siempre con la posibilidad de que se deje vencer por su hostilidad hacia Teodosio y que falsifique en este sentido sus fuentes. Se han conservado, hasta cierto punto, en buen estado, las crónicas de las principales ciudades de aquellos años, pero están expuestas a la sospecha de signo contrario, a saber, la de maquillar los hechos. Parece, de todos modos, aconsejable comenzar por ellas. Según esto, el 17 de noviembre de 379 se proclamaba en Constantinopla una victoria sobre los godos, los alanos y los hunos. El año 380 vuelven a mencionarse victorias tanto de Graciano como de Teodosio. El 24 de noviembre habría hecho Teodosio su entrada triunfal en Constantinopla.[27]

Tales anuncios de victorias no son en aboluto sorprendentes. Formaban parte de la rutina diaria de los centros. Lo auténticamente llamativo ocurrió el año 381: ninguna proclamación de victorias. En cambio, el año 382 se lee: *Todo el pueblo de los godos, junto con su rey, se entregó al Imperio Romano.*[28] ¿Un grandioso éxito romano, no precedido, al parecer, por ninguna victoria en el terreno militar?

Con sus anuncios de victorias la crónica transmite una impresión excesivamente favorable. Para los años siguientes al 379 se habla de acontecimientos bélicos fluctuantes. Al parecer, el mayor éxito corrió a cargo del general Modares, un hombre de origen godo, tal vez incluso emparentado con Atanarico, y ciertamente con más combates victoriosos en su haber que el propio emperador. Logró aniquilar, probablemente el año 380, una gran unidad de saqueadores godos, aunque, de creer a Zósimo, sólo gracias a un ardid: sorprendió a los godos borrachos y dormidos.[29] El año 381 consiguió Teodosio personalmente expulsar al otro lado del Danubio a grupos de esquiros, hunos y carpódacos, pero la hazaña no fue tan importante que mereciera ser mencionada en las crónicas de las capitales. Parece, además, que la retirada de los godos fue forzada por algún tipo de peste.

Hasta aquí los éxitos romanos. Pero también tuvieron que encajar graves derrotas: el año 380, el propio Teodosio estuvo a punto de

ser capturado por los godos, si sus soldados, con una resistencia heroica hasta la muerte, no le hubieran facilitado la huida. El ejército imperial de nueva formación fue en parte exterminado y en parte dispersado. Teodosio tuvo que retroceder hasta la fortificada Tesalónica y aseguró a las restantes ciudades frente a los ataques. Los bárbaros penetraron profundamente hacia el Sur, pero una vez más demostraron ser incapaces de llevar a cabo asedios con maquinaria y métodos apropiados.

Este episodio y algunas otras observaciones no arrojan una luz favorable sobre la capacidad militar de Teodosio, pero hay que decir en su descargo que el déficit crónico de soldados ejercitados paralizaba sus acciones. El año 380 aún no habían podido surtir efecto sus disposiciones para completar el ejército con reclutas adecuados. Tras su derrota de aquel año frente a los godos, que habían diezmado su conglomerado de tropas, no se le ahorró a Teodosio lo más embarazoso: tuvo que solicitar la ayuda de su colega Graciano. El hombre que había sido nombrado emperador para enderezar la situación en Oriente parecía haber fracasado en el terreno militar. Y, además, contrajo, al parecer, una grave enfermedad.

Graciano proporcionó a su colega una generosa ayuda. Tomaron el mando de las tropas los experimentados generales Bauto y Arbogasto, una vez más dos germanos, que consiguieron rechazar a los godos hacia el Norte.[30] Parece ser que el propio Teodosio participó en esta campaña, pero no se le atribuyen a él los éxitos decisivos. Y de nuevo los godos avanzaron hacia el Sur. Era evidente que había que renunciar definitivamente al objetivo principal de expulsar a este pueblo al otro lado del Danubio o de tornarlos inofensivos con medios violentos. Si Teodosio hubiera fallecido entonces, las opiniones habrían sido hasta el día de hoy unánimes: Graciano había elegido a un hombre totalmente inadecuado.

Los acontecimientos tomaron un rumbo más favorable en el Ilírico, que era uno de los escenarios bélicos asignados en principio a Teodosio.[31] Un grupo de godos había avanzado aguas abajo del Danubio, para caer desde allí sobre el Imperio y presionar hacia el Oeste. Los romanos consiguieron algunos éxitos defensivos y el emperador de Occidente llegó a un acuerdo con ellos (¿380?). Es posible, aunque no probable, que estos godos fueran asentados en el espacio de Panonia.[32] En cualquier caso, se había preferido la solución diplomá-

tica a la militar. Los bárbaros podían sentirse satisfechos. Ahora vivían dentro del espacio de prosperidad del Imperio Romano y los romanos, por su parte, se ganaban súbditos capacitados para su defensa. Los funcionarios romanos no incurrieron ahora en el error que precedió al desastre de Adrianópolis. Cabe imaginar que se sintiera la pacificación de Iliria como una solución modélica.

Mientras tanto, Teodosio podía exhibir un éxito poco menos que sensacional: justamente aquel Atanarico que había forzado a Valente en el pasado a un compromiso, hacía su entrada en Constantinopla el 11 de enero de 381. Antes de cruzar el Danubio se había separado de Fritigern y también, y por conflictos internos, de su propia gente. Por caminos desconocidos, se pasó a los romanos. Así pues, aunque Teodosio no había conseguido vencer a Fritigern, tenía ahora en su poder al celebérrimo jefe de los godos. En tono triunfal escribe Temistio:

> Del mismo modo que el imán, sin moverse, atrae hacia sí al hierro, así atrajiste tú, sin fatiga, al soberano godo. Por libre decisión, aquel en otro tiempo desmedidamente altivo, acudió a ti, como suplicante, a la ciudad imperial.[33]

Teodosio reaccionó con soberana magnificencia. Recibió a Atanarico con todos los honores y no ahorró el gesto de salir a su encuentro con todo respeto. Tal vez podría recurrir a él gustosamente como intermediario ante los godos, tal vez podría convertirlo en un rival frente a Fritigern y sembrar la división entre los godos que ocupaban suelo romano. Pero el destino hizo borrón y cuenta nueva en sus cálculos. Atanarico falleció catorce días después de su entrada, tal vez de muerte natural, porque era de edad avanzada. Teodosio le honró con un grandioso funeral oficial. Ya no podía utilizar a aquel dirigente como marioneta, pero daba así a entender a los godos, como mínimo, su voluntad de paz y su disposición a la reconciliación. La lección que impartía era que quien se sometiera a los romanos podía contar con un trato honroso.

Las palabras de Ambrosio, obispo de Milán, que atribuye el triunfo diplomático de Teodosio a su recta fe, permiten conocer el sentimiento de júbilo que provocó, mucho más allá de Constantinopla, la acogida de Atanarico:

> Al enemigo mismo, a quien el juez de los reyes (es decir, Constantinopla) se había acostumbrado a temer, le vio como a sometido, le acogió como a suplicante, le arropó como a moribundo, tomó posesión de él como sepultado.[34]

Más adelante tendría ocasión Teodosio de conocer a este Ambrosio, pero desde una perspectiva muy diferente.

Un gesto como el de los honores tributados a Atanarico no era una victoria militar. Los godos habían acumulado experiencia acerca de la fidelidad de los políticos romanos y siguieron saqueando, porque carecían de medios de subsistencia y aún no les había sido posible establecerse firmemente en una región. Pero se inició el diálogo: y la ausencia (realmente curiosa) de noticias de victorias el año 381 se explica tal vez precisamente como consecuencia de estas tentativas de paz. Es posible que se registraran algunos enfrentamientos entre romanos y godos en algunos puntos, pero ambas partes estaban interesadas en limitar el conflicto.

Teodosio confió las negociaciones a Saturnino, su general de mayor antigüedad en el servicio, que había amasado mucha experiencia con este enemigo. Finalmente, el 3 de octubre de 382 se concluyó un tratado entre los romanos y los godos. Es curioso que no figure el nombre de Fritigern. ¿Había muerto mientras tanto? ¿O se debe atribuir esta omisión a las notorias lagunas de nuestras fuentes? La pregunta sigue abierta. Teodosio mostró su agradecimiento al jefe de las negociaciones. El año 383 Saturnino fue elevado a la dignidad de cónsul. Era en sí una valiosa recompensa, más realzada aún por la circunstancia de que el emperador renunciaba personalmente a la dignidad consular que le habría correspondido aquel año por coincidir con el jubileo de su quinquenio en el gobierno. Era muy grande en Constantinopla el sentimiento de alivio, y Temistio supo darle expresión con vivas palabras en un discurso que pronunció, en presencia de la corte y del Senado, y también de algunos godos, con ocasión de la toma de posesión del cargo por Saturnino:

> Apenas llegó [Saturnino] y mostró el favor de su delegante, se le sometió su atrevida audacia; desapareció su osadía y se apaciguó su ardor. Dejaron caer por sí mismos la espada de sus manos. Le siguieron, cuando los guió al emperador como para una comi-

tiva festiva, pisando reverentemente aquella misma tierra que antes habían devastado, y respetaron las ruinas como sagrado santuario. Sólo llevaron consigo los suplicantes las espadas que deseaban entregar al emperador a modo de ramos de olivo. Por lo demás, acudían desarmados y deseosos de paz, empujados por la convicción, no por coacciones físicas.[35]

Hay en el discurso algo de operación de cosmética. Temistio se permitía afirmar que los godos se habían sometido, pero lo que sabemos acerca del contenido del acuerdo apunta en una dirección completamente distinta. Es patente que, a pesar de los reveses sufridos, los godos seguían teniendo una posición de fuerza en las negociaciones y arrancaron a los romanos importantes concesiones. Y esto comenzaba ya por el derecho, mencionado por el propio Temistio, a llevar las espadas consigo, y se prolongaba a través de algunos puntos esenciales del tratado que es posible reconstruir.

De las fuentes, dispersas y con frecuencia poco precisas, pueden extraerse los siguientes datos:[36] los godos eran aceptados en el Imperio en calidad de *foederati*, y no en territorios lejanos, como por ejemplo Egipto, sino en la región del Danubio, probablemente sobre todo en la *Moesia secunda*, y posiblemente también en Macedonia. Y, además, no se les daba el mismo trato que a los restantes *foederati*: podían vivir de acuerdo con sus propias leyes y se les concedía una zona de asentamiento libre de impuestos en la comarca provincial entre el Danubio y el Haemus, donde ya estaban de hecho instalados. Tal vez se alojaban en casas romanas y vivían de lo que éstas producían. Recibían una suma de dinero anual. Asumían la obligación, y esto era lo esencial para los romanos, de acudir, bajo determinados supuestos que no pueden precisarse con seguridad, como auxiliares cuando los romanos reclamaran su ayuda, y en los niveles superiores actuarían bajo las órdenes de comandantes romanos. En conjunto, el acuerdo era muy oneroso para Roma. Los principales perjudicados eran los habitantes de los Balcanes, que debían soportar la vecindad de poderosos y peligrosos pueblos extranjeros. El Estado romano adquiría, a cambio, lo que para él era lo más importante: nuevos soldados.

Este tratado, en virtud del cual los godos mejoraban sustancialmente la situación que se les había otorgado el año 376, es considerado como un paso decisivo hacia la disolución del Imperio Romano:

jamás hasta entonces se había establecido en territorio romano un pueblo tan numeroso. Pocas veces se había permitido que los bárbaros se instalaran tan cerca de sus antiguos lugares de asentamiento al otro lado de la frontera y formando un conjunto relativamente unido y compacto. También las restantes cláusulas, y sobre todo la amplia autonomía, eran inusualmente favorables. Pero una vez más es preciso precaverse frente a exageraciones.[37] Debe procederse con especial precaución cuando se trazan las grandes líneas de la historia del derecho de gentes romano. Lo que se formulaba en los tratados de paz del siglo IV no respondía a un propósito de sistematización jurídica, sino a circunstancias concretas. Con el tratado del año 382, Teodosio reaccionaba por un lado ante el hecho de que se enfrentaba a adversarios invencibles que, por otra parte, ya se hallaban de hecho en suelo romano, y, por otro, a su imperiosa necesidad de soldados adicionales. Y tenía que conseguir lo mejor en aquella precaria situación. Existían, además, precedentes que preveían el asentamiento de pueblos extranjeros en suelo romano, tal vez el más reciente el de Iliria. El acuerdo se movía, por tanto, hasta donde las fuentes dispersas permiten entrever, en el marco de una praxis ya desarrollada, si bien hasta entonces sólo había sido aplicada a poblaciones menos numerosas. Cuando, al cabo de poco, Iliria quedó unida a la prefectura de Italia y sujeta, por tanto, al gobierno occidental, se estaba señalando el camino hacia la normalidad.[38]

Al convertir los romanos a los godos, de cuya fortaleza militar estaban plenamente convencidos, en sus soldados, aumentaban su poder y conseguían una cierta seguridad para el Imperio. No había otra manera de solucionar el problema fundamental. La cuestión goda quedaba simplemente superada. Se debe tener en cuenta, por otro lado, que los romanos consideraban que el tratado era provisional. Se alimentaba incluso la esperanza de que los aliados acabarían por convertirse, de alguna manera, en contribuyentes. En Constantinopla se escenificó el acuerdo como una victoria romana y como sometimiento de los godos, lo que posiblemente era correcto bajo el aspecto formal. Los dirigentes godos entregaron, en efecto, simbólicamente, algunas espadas, aunque todo el mundo sabía que los recién llegados seguían armados.

En su discurso en honor de Saturnino, Temistio sitúa el acuerdo de paz en un contexto más amplio y le confiere una dimensión filo-

sófica. Como nuevo emperador, Teodosio habría descubierto, tras las graves derrotas sufridas por los romanos, que su fortaleza no radicaba ya en las armas, sino en su superior inteligencia. Habría comprendido que *el perdón de las malas acciones es más razonable que la lucha hasta el extremo.*[39] Por eso habría enviado a Saturnino y, al igual que en el pasado el cantor mítico Orfeo había amansado con sus cantos incluso a las fieras salvajes, ahora Teodosio, por medio de Saturnino, había aquietado a los bárbaros. El emperador no se habría propuesto como objetivo la aniquilación de los enemigos, sino hacerlos mejores.

> ¿Habría sido, acaso más razonable llenar Tracia de cadáveres en lugar de campesinos, cubrirla con sepulcros en vez de con hombres, caminar por parajes selváticos en lugar de por tierras cultivadas, contar los muertos en vez de los aradores?[40]

A estas preguntas, el observador moderno responde con un no placentero y rápido, pero aquéllas pueden resultar sorprendentes cuando se las contempla sobre el trasfondo del universo violento de la Antigüedad tardía. De todas formas, no eran nuevas en Temistio. El concepto de filantropía, de amor a los hombres, era uno de los temas dominantes de su pensamiento y en él incluía no sólo a los súbditos romanos, sino también a los bárbaros.[41] La justificación de la política de Teodosio por Temistio no nacía, pues, tan sólo de la necesidad del momento ni se la puede rechazar, sin más, como adulación.

Teodosio encajaba bien en este marco conceptual. De hecho, su conducta puede comprenderse, en varios aspectos, desde el trasfondo de la idea de la filantropía, y le complacía presentarse como emperador clemente. Pero tampoco vacilaba, en determinadas circunstancias, en ordenar matanzas. Cuando invocaba la filantropía, lo hacía con una finalidad concreta, como en este discurso, en cuya formulación Temistio tenía sin ningún género de duda en la mente las ideas del emperador. Para empezar, no se había conseguido una clara victoria en el campo militar y la idea de la filantropía proporcionaba la posibilidad de maquillar un éxito parcial y preservar a los romanos su sentimiento de superioridad. La solemne disertación finalizaba con un himno al gobierno pacífico y clemente de Teodosio, tras el que se ocultaban sus debilidades.

Las celebraciones por la paz marcaron durante varios días el ritmo de la vida en Constantinopla, pero luego había que poner en práctica los compromisos adquiridos. Aquí, hasta los más escépticos debieron quedar, en un primer momento, impresionados. Al participar el emperador en persona en un banquete común con los godos, se les atraía aún más, sobre todo cuando las diversas facciones godas rivalizaban entre sí. También había aquí un nuevo estilo en el trato con los bárbaros que, por lo demás, contó con pocos imitadores.

El éxito a medio plazo del acuerdo es indiscutible. Durante los nueve años siguientes, los Balcanes se mantuvieron relativamente tranquilos, aunque no pudieron evitarse algunas acometidas de los bárbaros.[42] Los colonos visigodos respetaron la paz, lo que concordaba con sus intereses primarios, y pusieron además gran empeño en la defensa de la frontera del Danubio. Al igual que los romanos, no querían ser víctimas de los ataques de pueblos venidos de los espacios situados al otro lado de los límites del Imperio. Incluso tras la derrota de Adrianópolis les seguía pareciendo atractivo a los inmigrantes el Imperio Romano, pero su fuerza militar permanecía intacta y rechazaron sin pérdida de tiempo a los huéspedes indeseados. No pudieron evitarse, de todos modos, algunas incursiones bárbaras, sobre todo cuando las aguas del Danubio se helaban.

Puede, de todos modos, darse por descontado que, a pesar de la prometedora colaboración, las relaciones entre romanos y godos no estuvieron exentas de fricciones. Así lo ilustra un episodio transmitido por Zósimo y ciertamente exagerado en algunos aspectos: en Tomi, a orillas del mar Negro, había una guarnición de tropas romanas al mando de un cierto Geroncio. En las afueras de la ciudad se había estacionado una unidad de elite de los godos que, curiosamente, no se acuartelaban dentro de los muros. ¿Se pretendía, tal vez, mantener bajo control romano una red de fortificaciones, inconquistables para los godos, para la eventualidad de una rebelión? Pero incluso con esta medida de precaución, que discriminaba a los godos, los romanos se sintieron perjudicados: los godos estaban mejor abastecidos, y tal vez también provocaban envidia los collares de oro que les había regalado el emperador como donativo honorífico. Además, oprimían a los provincianos y se insubordinaban frente a los comandantes romanos a los que estaban formalmente subordinados. Geroncio no estaba dispuesto a tolerarlo por más tiempo, pero sus

propios soldados vacilaban ante la idea de enfrentarse a aquellos peligrosos bárbaros.

Entonces, era el año 386, Geroncio tomó la determinación de apostarse, a la cabeza de un puñado de partidarios, ante la muralla de la ciudad y atacar a los godos. No tardó en generalizarse el combate. *A la vista de su éxito y de su valentía, los que desde la muralla seguían las heroicas acciones de sus capitanes recordaron el nombre glorioso de los romanos.* También ellos acudieron a la muralla y llevaron a cabo una matanza entre los sorprendidos godos. Al final surgió algo así como una victoria romana, aunque sobre aliados nominales. Geroncio se sintió como una especie de campeón frente al peligro godo y esperaba la correspondiente recompensa. Pero Teodosio estaba profundamente irritado. A duras penas consiguió Geroncio evitar la pena capital, al parecer tan sólo porque empleó toda su hacienda en sobornar a los eunucos del círculo del emperador.[43]

Zósimo se muestra aquí escandalizado por el comportamiento de Teodosio y demuestra así que comprendía muy poco la lógica del dominio romano. Si hubiera dejado impune una matanza contra los godos, el emperador habría perdido a quienes, de acuerdo con todas las experiencias, eran los únicos capaces de mantener de alguna manera bajo control los acontecimientos de los Balcanes. Además, ningún oficial romano tenía la facultad de emprender una acción de aquella envergadura por su propia cuenta, sin haber obtenido el permiso del emperador. Según los criterios de la época, Geroncio merecía la pena capital, y pudo darse por contento con el desenlace de la situación.[44]

Incluso los habitantes de Constantinopla, entre los que vivían muchos godos, y no sólo soldados, pudieron experimentar a su propia costa la deferencia del emperador en lo concerniente al trato con los godos: cuando los constantinopolitanos lincharon a un godo y lo arrojaron al mar, negándole incluso una sepultura digna, el emperador les cortó el suministro regular de grano. Es cierto que algunas horas después revocó la orden, pero hasta en Antioquía se dejó sentir la conmoción por aquel suceso tan preocupante.

El compromiso imperial frente a los godos parecía, visto en su conjunto, rentable. El año 388, algunos contingentes godos apoyaron al ejército de Teodosio contra el usurpador Máximo, aunque hubo otros que se mostraron rebeldes. El año 391/392, pudo aplastarse

–no sin mucho esfuerzo– un levantamiento. Merece la pena destacar que Teodosio no aprovechó aquella oportunidad para liquidar a las tropas godas, sino que concluyó un acuerdo con ellas. El año 394, en el curso de una nueva guerra civil, esta vez contra el usurpador Eugenio, los godos marcharon al lado de las tropas de Teodosio y pagaron un elevado tributo de sangre. Por lo demás, aquellas severas pérdidas irritaron, al parecer, a los godos. Tras la muerte de Teodosio, el año 395, se desencadenó la catástrofe. Los Balcanes y Grecia fueron saqueados y, a continuación, contingentes godos avanzaron hacia el Oeste, el año 410 conquistaron Roma y fundaron finalmente, en las Galias y la Península Ibérica, un reino propio. Es dudoso que pueda achacarse la responsabilidad de esta evolución de los acontecimientos –desastrosa desde la perspectiva romana– al tratado de 382. En 383 nadie podía poner en duda que Teodosio había conseguido conjurar un peligro insidioso. Pero si alguien, en la distante Antioquía, alardeaba de que el emperador había convertido a los godos en sus esclavos,[45] subestimaba el poder godo. Siguieron siendo un importante factor de la política y así llegaron a saberlo, por su propia y dolorosa experiencia, los romanos.

La conquista de Oriente

Hemos avanzado mucho en el tiempo. Debe ahora hacerse luz sobre los primeros años de la política interna de Teodosio. Su ascensión al trono se hallaba bajo malos signos. No sólo tenía que rechazar a uno de los peores enemigos del exterior, sino que debía además imponerse en una zona del Imperio Romano con la que no estaba familiarizado. A cuanto sabemos, nunca antes había visitado la zona grecoparlante del Imperio. Su griego no debía ser particularmente bueno. No tenía, según todas las probabilidades, contactos personales importantes en las regiones orientales.[46] Y esto constituía un factor de mucho peso en una sociedad en la que los vínculos personales configuraban un medio decisivo de poder.

Nadie podía ciertamente negarle legitimidad. Teodosio había sido nombrado por el emperador reinante en presencia de la asamblea del ejército y había sido reconocido por el Senado. Por lo demás, lo que se esperaba de un emperador es que diera pruebas de su capacidad. Eran

justamente las victorias militares las que testificaban que contaba con el favor de los dioses o de Dios. La verdad es que los méritos de Teodosio en el aspecto guerrero pueden calificarse de modestos. Un emperador podía, por supuesto, exhibir en sus estandartes como propios los triunfos alcanzados por los generales bajo sus órdenes –como el caso de Modares– y podía también, como hizo el propio Teodosio, proclamar en Constantinopla victorias dudosas, pero los entendidos sabían bien a qué atenerse. Teodosio tenía que equilibrar, pues, un punto débil y debería proceder con mucha cautela.

El nuevo emperador adoptó un estilo que le distanciaba claramente tanto del colérico y brutal Valentiniano I como del iracundo Valente. Tuvo un comportamiento amistoso, aspecto que ni sus enemigos le niegan, y ello a pesar de que se dejaba traslucir de vez en cuando en su carácter una cierta tendencia a súbitos arrebatos de ira. Esto le diferenciaba de la imagen tradicional y muy unilateral de los emperadores de la Antigüedad tardía: se señala a menudo que se alejaban de una manera acentuada y deliberada de sus súbditos, que adoptaban actitudes hieráticas e inmóviles. Sólo a través de muchos escalones era posible acceder hasta ellos, todo estaba planificado para mantenerlos apartados de la esfera terrena, y hay mucho de verdad en ello. El complejo palaciego de Constantinopla, por ejemplo, se había desarrollado con la idea de configurar un espacio que infundiera en el visitante respetuosa veneración al emperador. Pero esto es sólo una de las muchas facetas de la automanifestación imperial. Justamente desde este trasfondo causaban sensación y constituían un gesto cargado de significación política las ocasiones en que el emperador se dirigía con afabilidad y benevolencia a los hombres. Teodosio podía confiar en ganarse los corazones de la población si lograba imponerse sin tener que recurrir a métodos militares.

Había otras muchas medidas que reforzaban la impresión de buen soberano. Renunció, al parecer, al menos durante los primeros años de su soberanía, a pronunciar sentencias capitales. Siempre se esperaba de los emperadores un gesto así, pero pocas veces se veía cumplida esta esperanza. Las ejecuciones formaban parte del canon corriente de las sanciones de la Antigüedad tardía. Teodosio escenificó su benignidad con mayor claridad aún mediante la indicación de que incluía en esta renuncia a penas capitales no sólo a los cristianos, sino también a los paganos. Tampoco ahondó en sus enemista-

des. No se sabe que se vengara de los que tenían sobre su conciencia el ajusticiamiento de su padre, probablemente por la simple razón de que ya habían sido derrocados.

Pero esto sólo –por muy simpático que resulte ser desde la óptica moderna– no habría sido suficiente para convencer a sus súbditos de sus buenas cualidades como gobernante. Teodosio tenía que tomar medidas concretas para persuadir no sólo a las elites militares y civiles, sino también a la masa de la población.

En primer lugar a las elites militares: tenían una excepcional importancia para el Imperio Romano. Y precisamente, el punto débil de Teodosio se situaba en el campo de sus escasas dotes estratégicas, por más que hubiera sido encumbrado a emperador en virtud precisamente de su victoria sobre los sármatas. Es cierto que le favorecía la feliz circunstancia de que no había en Oriente nadie que pudiera seriamente disputarle el trono. Ni siquiera el victorioso Modares podía hacerle sombra. Procedía de noble linaje y era general del ejército romano, pero su origen godo le cerraba el paso al trono del Imperio. Más bien, por el contrario, era Modares quien dependía del apoyo de Teodosio, porque los romanos de pura cepa le despreciaban. Los otros jefes militares victoriosos, Bauto y Arbogasto, eran también germanos y, además, súbditos de Graciano. No asomaba ningún peligro por aquel lado. Y otro tanto puede decirse de Hellebich, que asumió el cargo el año 382/383 en sustitución de Julio y que tal vez tuvo que acometer la tarea de apaciguar a los godos, irritados por las matanzas que Julio había llevado a cabo contra ellos.[47]

Por lo demás, Teodosio determinó mantener en sus cargos a los jefes militares que habían sobrevivido a la batalla de Adrianópolis y se pronunció, por tanto, a favor de la continuidad. Destacaban entre ellos dos nombres ya mencionados con anterioridad: Saturnino y Ricomero. Saturnino era, al igual que el padre de Teodosio, un romano que había escalado posiciones destacadas en el ejército. Es cierto que sólo disponía de una modesta base de poder, porque no procedía de ninguna de las grandes familias, pero había prestado grandes servicios en sus campañas militares. Por lo demás, era ya demasiado viejo para alimentar ambiciones sobre el puesto de emperador. En todo caso, accedió de buena gana a vincularse a la política de Teodosio. Fue él quien encabezó, el año 382, las negociaciones de paz con los godos, por lo que fue recompensado con el consulado del año 383.

El segundo general, más joven, era Ricomero, que se había distinguido en las primeras fases de la batalla de Adrianópolis. Ya a comienzos del año 383 le había promovido el emperador al consulado del año 384, no se sabe bien en recompensa a qué méritos concretos. En todo caso, también él quedó integrado en la elite dirigente. Para Teodosio era evidentemente más importante contentar a un militar de alto rango que apaciguar los sentimientos de los senadores, que veían sin duda con disgusto cómo encumbraba a un hombre de origen no romano a una dignidad que era la viva encarnación de las más ancestrales tradiciones romanas. Ya de antemano instalaba Teodosio a su propia gente y desde el año 383 la cúpula militar estaba copada exclusivamente por teodosianos.

Teodosio adoptó otras medidas que contaron sin duda con la complacencia de todos los oficiales de rango superior. Así, desde 379/380 se promulgaron, como ya se ha dicho, varias leyes que tendían, con mayor determinación que bajo Valente, a conseguir reclutas capacitados y a mantener alejados del ejército a los elementos indignos. El emperador amenazaba además con severos castigos a los que rehuían el servicio militar mediante autolesiones, así como a los desertores y a los que se ocultaban –más de un terrateniente aceptaba gustoso a un soldado huido para remediar, con la adquisición de un hombre joven y vigoroso, la notoria penuria de fuerzas laborales. Se tuvo buen cuidado en aclarar que estas leyes estaban dictadas exclusivamente por las necesidades militares, pero tenían también, sin duda, otra función: demostraban a los militares con qué seriedad asumía el emperador sus problemas y con qué energía se preocupaba por su solución. No puede saberse hasta qué punto aquellas disposiciones consiguieron aliviar la precaria situación. Se trataba de un problema estructural, que no podía remediarse con medidas aisladas.

Un enigmático pasaje de Zósimo suscita la impresión de que Teodosio aumentó el número de altos cargos militares y de que fomentaba así la corrupción. Dados nuestros conocimientos, sólo relativamente buenos, sobre la cúpula militar del Imperio, no es posible verificar empíricamente esta hipótesis, aunque tampoco puede desecharse.[48] Pero de ser cierto que Teodosio había llevado a cabo un notable incremento de puestos de mando militares, habría actuado con una prudente táctica, porque así satisfacía muchos deseos y, al

mismo tiempo, mermaba el poder de cada uno de los comandantes concretos.

Quedan todavía muchos signos de interrogación, pero puede consignarse un elemento decisivo: por parte del ejército oriental nunca le surgió a Teodosio, en ninguna fase, un peligro para su gobierno. Y, en este sentido, su política tuvo éxito. Que, además, beneficiara al Imperio es una cuestión sobre la que resulta difícil emitir un juicio.

Junto a la elite militar, en el Imperio Romano debía tenerse en cuenta la elite civil. Sus miembros, cuando desempeñaban cargos, residían en parte en las provincias, en los diferentes puestos administrativos, y en parte en la administración central, en el palacio. Eran escasas las superposiciones entre ambas elites. Se daban, con todo, casos de militares que ejercían cargos civiles. Así, por ejemplo, el cónsul Saturnino, que podía, en todo caso, invocar en su favor sus éxitos diplomático-militares, había desempeñado con anterioridad un alto cargo palatino. Pero abundaban mucho los hombres que ocupaban cargos civiles y entraban a formar parte del Senado sin tener ningún contacto con el estamento militar.

Los altos cargos de la administración civil tenían, en términos generales, una excelente formación, disfrutaban de abundantes riquezas y contaban a menudo con sólidos apoyos y buenos contactos en sus solares de origen. Pero su peso específico ante el emperador era muy inferior al de los militares con mando sobre las tropas. Si, de acuerdo con las posibilidades de intervención política, buscaban cargos, dependían del beneplácito del emperador: éste aceptaba, por supuesto, los consejos de su gente de confianza y seguía gustosamente sus recomendaciones, pero era de su exclusiva competencia la atribución de los empleos. ¿Qué actitud tomaría Teodosio frente a ellos? ¿Otorgaría sus preferencias a un solo linaje? ¿Discriminaría a unas determinadas orientaciones religiosas? ¿Concedería una oportunidad a los aspirantes de las escuelas jurídicas, optaría por los vástagos de las familias ilustres? ¿Habría que contar con la presencia de occidentales que apenas sabían griego?

En las familias ilustres de Constantinopla, en los foros y en el hipódromo, en las iglesias y en los antiguos lugares cúlticos debieron de hacerse, en los primeros meses de gobierno de Teodosio, múltiples cábalas. El nuevo señor era para los constantinopolitanos de

alcurnia una página en blanco, precisamente por su amplia carencia de contactos en Oriente. Se conocía probablemente la carrera de su padre y su repentino y dramático desenlace. Pero esto decía poco sobre el hijo.

El Senado de Constantinopla no había participado, por supuesto, en el nombramiento de Teodosio como emperador. De acuerdo con la tradición, los senadores de la ciudad se sentían responsables del encumbramiento imperial, y así lo testificaba su proclamación, a través de una decisión senatorial formal. En todo caso, se apresuraron a enviar una delegación para testificar su confirmación de la elección, acompañada de calurosas congratulaciones.

En los círculos que desviaban hacia sí la percepción de algún que otro impuesto, debió de recibirse con ceño fruncido la noticia de que las primeras leyes de Teodosio afectaban a cuestiones fiscales y pretendían aumentar los ingresos estatales mediante una organización más estricta. Aquellas medidas eran en parte la consecuencia ineludible de la guerra. Teodosio las impuso con singular energía. Pero esto hacía aún más urgente la tarea de establecer estrechas vinculaciones en torno a su persona. Aquel mismo verano pronunció, como ya se ha dicho, un discurso en la residencia imperial de Tesalónica, el gran orador Temistio. No quiso limitar sus palabras al protocolo de las congratulaciones, sino que presentó también algunas solicitudes. Se invitaba al emperador a visitar Constantinopla para confirmar los antiguos privilegios de la ciudad y para equiparar a su Senado con el de la antigua Roma.

Eran deseos realizables y Teodosio se sintió a cubierto. Pero en un primer momento tuvo que postergar su viaje a Constantinopla, porque era más necesaria su presencia en las cercanías del escenario de la guerra. No pudo hacer su entrada en la ciudad hasta el 24 de noviembre de 380. La indicación de que ya había estado allí en fechas anteriores, concretamente en noviembre de 378, no es convincente.[49] El entonces general en jefe del ejército, enfrentado a la precaria situación del Imperio, tenía cosas más urgentes que hacer que visitar una ciudad ciertamente muy importante en el terreno administrativo, pero no en el militar. Además, Temistio no habría dejado de mencionar este acontecimiento en su discurso.

Con su entrada en Constantinopla se iniciaba una larga historia de revalorización de la ciudad, que Teodosio convirtió en su resi-

dencia y que sólo abandonaría en casos de imperiosa necesidad. Puede afirmarse que al final de su gobierno Constantinopla era de hecho la capital del Imperio Romano de Oriente, rango que conservaría hasta el final del Imperio Bizantino. Pero esto no era previsible en aquellos primeros años.

Tuvo que resultar frustrante para los altos señores de Constantinopla el curso de la provisión de cargos. Teodosio otorgaba a hombres de Occidente todos los puestos decisivos.[50] Tal vez en su preferencia por occidentales se plegaba a los deseos de su colega. En todo caso, su primer prefecto de los pretorianos para Oriente, Quinto Clodio Hermogeniano Olibrio, había sido compañero de armas de Valentiniano I, lo mismo que su sucesor Neoterio, que, acabado el tiempo de su servicio, retornó a Occidente. Tal vez aquellos hombres, de la confianza de Graciano, mantendrían una mirada vigilante sobre el nuevo emperador, sobre el que resultaba difícil emitir un juicio. No puede en modo alguno excluirse, y es incluso probable, que Teodosio otorgara elevados cargos a una serie de hombres de su personal confianza.

Teodosio colocó en puestos elevados a gente procedente de Hispania. El nepotismo estaba muy lejos de constituir una excepción en las sociedades antiguas. En numerosos lugares se esperaba justamente que los que alcanzaban el éxito se preocuparan por sus parientes y familiares, y Teodosio no defraudó estas expectativas. Tanto el año 381 como el 382 recibieron personas de su entorno el puesto de cónsul, el único título que el emperador de Oriente podía conferir para Occidente. En lo concerniente a la provisión de las necesidades de sus familias, podía darse en Teodosio una nueva razón, a saber, su bien justificada desconfianza respecto de los funcionarios orientales.

No debe olvidarse que tras la batalla de Adrianópolis transcurrieron varios meses antes de que la autoridad imperial pudiera volver a funcionar con eficacia. Es cierto que la bien ejercitada administración imperial pudo seguir desempeñando sus tareas, se cobraron los impuestos, se administró justicia, se procuró el mantenimiento del orden público, pero los funcionarios tenían la oportunidad de liberarse en buena medida de los controles imperiales y gobernar por su cuenta. De aquí podían derivarse desagradables consecuencias y, al parecer, Teodosio llegó a experimentarlas. Pero para aclarar este punto, debo tomar el hilo desde bastante atrás.

Ya he mencionado en páginas anteriores que lo último que narra Amiano en su obra histórica, con tonos laudatorios, es una matanza de godos ordenada por el general Julio, en Asia Menor. El relato está confirmado en sus puntos esenciales por otra fuente.[51] Amiano da a entender que la matanza se produjo poco después de la batalla de Adrianópolis, es decir, el año 378, antes de la toma de posesión del cargo por Teodosio. Pero algunos indicios señalan el año 379, es decir, en un momento en que ya Teodosio ejercía el poder. Si esta fecha posterior es correcta, Julio habría actuado en contra de la política imperial, que buscaba un acuerdo con los godos. Esta sospecha está confirmada por la circunstancia, mencionada por Zósimo, de que Julio habría obviado expresamente al emperador y habría solicitado el permiso del Senado, que le habría concedido libertad de acción.[52] No se han transmitido con absoluta seguridad los detalles de este episodio, pero resultan dignas de mención las libertades que podía permitirse un alto funcionario en los primeros meses de gobierno de Teodosio.

Así pues, la primera tarea de Teodosio consistía en hacerse con el control de la cúpula administrativa. Y el mejor modo de conseguirlo era situar en los puestos clave a personas de su confianza, no sólo en los cargos consulares, de elevado prestigio pero fundamentalmente representativos, sino también en los altos empleos de la administración. Hubo, de todas formas, un personaje de Oriente que pronto se destacó por su gran cercanía a Teodosio, el ya varias veces mencionado Temistio.[53] Aunque no desempeñaba ninguna función destacada ni descendía tampoco de ningún linaje especialmente distinguido, se contaba entre los hombres más influyentes de Constantinopla. Lo debía a su porte de filósofo y a su oratoria, con la que supo ganarse también al emperador.

Cuando actuaba en su condición de filósofo, afirmaba que sólo se guiaba por el criterio del servicio a la verdad y que no estaba para nada interesado en los éxitos mundanos, fueran fama o dinero. Y precisamente en virtud de esta actitud se sentía llamado a actuar como panegirista del emperador. Bajo esta reclamación de filósofo se había encontrado por primera vez con Constancio II (337-361). En varios discursos declaró que este emperador cristiano encarnaba el ideal de un rey filósofo y que sería por ello recompensado con honores y riquezas. Entre otras cosas, Constancio le nombró miem-

bro del Senado y le confió la tarea de intervenir en la elección de nuevos senadores. Por supuesto, el filósofo afirmó que todo esto para él no significaba nada.

Tal vez Constancio se habría sentido menos halagado si hubiera llegado a saber que al menos Joviano (363-364), Valente (364-378), Graciano (375-383) y finalmente el propio Teodosio le acompañaban en el deleite de oírse alabar por boca de Temistio como reyes filósofos, punto en el que a veces mencionaba al propio Constancio para dar realce. Bajo todos estos emperadores cristianos brilló Temistio –que se mantenía fiel a las tradiciones del paganismo–, a todos los cuales dedicó idénticas alabanzas.

Esta conducta puede parecer despreciable según las concepciones modernas: oportunismo puro. De hecho, nadie afirmó que en su estilo de vida se atuviera Temistio a sus principios filosóficos. No era pobre, y disfrutaba evidentemente con los honores que se le tributaban. Pero ponía empeño en rechazar los regalos que le ofrecían y en renunciar a los posibles cargos, de suerte que podía escenificar una y otra vez con infinita vanidad su proclamación filosófica de modestia. No obstante, todo esto no debe inducirnos a ignorar el hecho de que Temistio exponía con regularidad algunas ideas: se contaba entre ellas la pretensión de que la filosofía no debería tener repercusión tan sólo en los círculos privados, sino también en el espacio de la vida pública; la concepción de un emperador filósofo cuyos méritos no se situarían en el campo militar, sino en el ético; el concepto de la filantropía, el amor a los hombres, por el que debería orientarse la actuación del emperador y que –como ya se ha dicho– incluía también a los no romanos. Estas afirmaciones de Temistio no le impedían, por supuesto, celebrar las victorias militares, pero nunca las traicionó, aunque por otra parte supo adaptarse muy bien a la propaganda imperial.

Resulta difícil juzgar hasta qué punto Temistio actuaba con libertad en sus discursos. Iría en contra de las reglas de la comunicación con la clase aristocrática que los encargados imperiales le pusieran al dictado, por así decirlo, los discursos en la pluma. Pero por otra parte debía conocer a fondo las ideas del emperador. Tal vez deba determinarse en cada discurso concreto la relación entre la aportación propia y la influencia imperial. A veces, Temistio figura como el encargado de comunicar al Senado decisiones desagradables del emperador;

otras, actúa como representante del Senado que intenta suscitar en el emperador la comprensión por las veleidades de los altos señores y otras, en fin, parece haber presentado al emperador serias propuestas, incluidas algunas que no encajaban en las concepciones imperiales. Al parecer, Temistio sondeaba caso por caso su espacio de juego libre. Actuaría, pues, como correa de transmisión de las difíciles relaciones, marcadas por la puntillosidad, entre el emperador y el Senado. Pero deben rehuirse los paralelismos con fenómenos modernos tales como los de director de la oficina de Prensa, *spin doctor,* o incluso Ministerio de Propaganda, porque los panegiristas de la Antigüedad permanecían mucho más vinculados a su universo familiar que los funcionarios contemporáneos, puestos al frente de determinadas situaciones laborales o revestidos de determinados cargos.

Ahora bien: ¿qué es lo que podía mover a los emperadores cristianos a promocionar a un Temistio pagano respecto del cual justamente el emperador pagano Juliano (361-363) había mantenido una relación más bien distante? Todos y cada uno de los soberanos se veían en la precisión de ganarse el reconocimiento y la confianza de las elites tradicionales. A lo largo de todo el siglo IV, una parte considerable de estas elites estaba todavía vinculada a las antiguas tradiciones. Aunque iba en aumento el número de cristianos que nutrían sus filas, todavía la mayoría de los convertidos se sentían obligados a las tradiciones educativas marcadas por el paganismo. Por eso precisamente los emperadores debían transmitir a estos círculos la impresión de que trataban con respeto aquellas tradiciones que algunos cristianos de poderosa voz condenaban o incluso rechazaban en bloque. Si un alto representante del paganismo se movía en las cercanías del emperador, era escuchado y convertido incluso en su panegirista, podía confiarse en el respeto del soberano por las ideas tradicionales. Temistio procuraba por su parte evitar un choque frontal con los cristianos. Los cristianos podían aceptar la fórmula de la filantropía en el sentido del precepto del amor al prójimo, sus alusiones a lo antiguo eran muy genéricas e incluso en ocasiones incluía –aprobándolas– citas de la Biblia.

Este hombre se había acercado por su propia voluntad a Teodosio y pronunció en su presencia un discurso en Tesalónica, seguido de otro, en enero de 381, en Constantinopla. Y vino a continuación un tercero, el 1 de enero de 383, en honor de su antiguo mecenas Satur-

nino, pero también del emperador, y algunos más, todos ellos en sus puntos esenciales laudatorios para el soberano: en el otoño de 383, con ocasión de su propio nombramiento como prefecto de la ciudad, y finalmente, en 384 o 385. Ya esta simple secuencia ilustra la proximidad entre el filósofo orador y el emperador.

Pero es que además, por vez primera en su vida, Temistio fue investido de un cargo político, el recién mencionado de prefecto de la ciudad de Constantinopla, según todas las probabilidades para el año 383 o 384. Al aceptar el cargo, traicionaba de una manera clara y patente sus principios y se convirtió en blanco de virulentos ataques. ¿Fue debilidad senil? A partir de 385 ya no vuelve a figurar su nombre y murió tal vez por estas fechas ¿Fue vanidad? ¿Fue un acto de voluntad deliberado –ante la decidida orientación política cristiana del emperador– por salvar lo que todavía se pudiera? ¿Quiso poner un dique a la errónea conducta de algunos senadores a los que se alude en un pasaje?[54] ¿Deseaba, para garantizar su prestigio también en la vejez, este puesto, tan altamente valorado?[55] Temistio defendió en varias ocasiones su conducta. En todos los textos predominan las declaraciones genéricas acerca de la necesidad de que los filósofos se impliquen en actividades políticas, y citaba casos y ejemplos pertinentes de sus predecesores.

Para Teodosio significaba un destacado éxito haber podido tener de su parte a Temistio, de un lado porque sabía que así disponía de los servicios de un destacado comunicador y, del otro, porque Temistio contaba con múltiples contactos y era venerado por muchos senadores como su modelo y patrón. Desde Constancio II, en efecto, los nombramientos senatoriales pasaban, cuando se mantenían los procedimientos legales, por el «bufete» del Senado. Con una hábil maniobra, Teodosio había conseguido vincular con su persona a una figura clave de los ambientes constantinopolitanos.

Para la mayoría de la alta sociedad de Constantinopla el encumbramiento de Teodosio significaba un obstáculo en su carrera.

Mientras que se cuidaba con mimo a los militares, los funcionarios civiles estaban condenados a contemplar cómo se les adelantaban los amigos y familiares del emperador. Hubo, con todo, algunos, como Eutropio, prefecto de los pretorianos de Iliria del año 380/381, que supo acumular experiencias en Oriente y seguía vinculado a las tradiciones paganas, pero esto en nada modificaba el hecho de que

procedía de Occidente. Tan sólo el prefecto de la ciudad de Constantinopla y los gobernadores de Oriente pertenecían al *establishment* oriental. No se trataba de un pequeño puñado de puestos y algunos de ellos podían conferir, además, mucho prestigio, pero les proporcionaba escaso poder a nivel del Imperio.

Pudo tal vez haberse generado en estos círculos un considerable descontento sobre el emperador, pero no entrañaba ningún peligro. El bienestar económico de los senadores dependía de la corte, mientras que la corte, por el momento, no dependía del Senado. Podían conseguirse sin mayores dificultades colaboradores capacitados, porque los ambiciosos jóvenes procedentes de las escuelas de retórica y de derecho deseaban y buscaban, igual que antes, la corte imperial para obtener capital, en el sentido literal del término, de su formación profesional.

El comportamiento de Teodosio revelaba claramente una acusada conciencia de poder. Los funcionarios civiles orientales no podían causarle dificultades. Podía darles fríamente la espalda y no tenía por qué temer la pérdida del control sobre la administración. Cuando dictaba severas medidas para regular la jerarquía y su vestimenta, reducía notablemente el espacio de juego libre de la alta sociedad, porque eran numerosas las formas de apariencia externa de las personas –por ejemplo, en lo relativo a la indumentaria lujosa– reguladas por ley. Teodosio conseguía por ese camino que tanto las elites militares como las civiles observaran la conducta adecuada. De todas formas, ni la elite militar, aunque favorecida, ni la administrativa, desplazada a un segundo plano, podían sentirse plenamente felices con el nuevo emperador. Al igual que con ocasión de su toma de posesión del cargo, también ahora Teodosio se beneficiaba de la circunstancia de que no existía alternativa. Era, desde luego, escrutado y analizado con mirada crítica, pero no tenía que temer posibles competidores y podía moverse con seguridad. Ya no dependía de las ayudas de Occidente.

Pasemos ya al resto de la población. Nuestras fuentes se refieren casi exclusivamente a la población urbana. Aunque la máxima parte de los súbditos del Imperio Romano vivía en el campo, había también muchas ciudades, algunas de ellas muy populosas. Las más importantes eran las que contaban con residencias imperiales, porque sus moradores podían ejercer presión directa sobre el emperador. Era,

además, en las sedes del gobierno donde mejor podía obtenerse una visión de la política del soberano, mientras que en las provincias era incomparablemente más difícil.

Así lo ilustra, por ejemplo, uno de los discursos de Libanio, que se contaba entre los oradores más prestigiosos de su tiempo. Desde su patria de Antioquía mantenía intensos contactos epistolares con Constantinopla y podía, por consiguiente, estar relativamente bien informado sobre la situación del momento. Y, sin embargo, en el mencionado discurso, pronunciado poco después de la toma del poder por parte de Teodosio,[56] muestra una sorprendente ignorancia. Pensaba que podría incitar a Teodosio a vengar la muerte del emperador pagano Juliano. La creencia de Libanio de que podría conseguir buenos resultados en su intento choca frontalmente con la imagen que a menudo se ofrece de Teodosio como enérgico paladín del cristianismo; una imagen que, por lo demás, está necesitada de retoques. En todo caso, la petición de Libanio estaba fuera de lugar si se tienen en cuenta y se concede importancia –como hace el autor de este libro– a los factores tácticos de la política de Teodosio. En efecto, si se hubiera decantado por Juliano, se habría concitado la oposición de peligrosos grupos: los cristianos de todas las confesiones.

También los habitantes de las regiones interiores del Imperio vivieron en sí mismos las consecuencias de los problemas militares, sobre todo bajo la forma de exacciones fiscales y en la presión de las leyes para el aumento de reclutas. Algunas zonas del interior tuvieron experiencias directas del contacto con los godos. Teodosio había ordenado un intercambio de tropas: los godos que en número considerable habían penetrado como un torrente en los Balcanes serían trasladados del Danubio a Egipto, donde no contaban con la menor oportunidad de coaligarse con las capas superiores de la población nativa. Mientras que las tropas egipcias llevaron a cabo con disciplina su marcha –pero sobre este episodio informa únicamente Zósimo, hostil a los godos[57]– los godos se permitieron una y otra vez ataques contra la población civil. Ambas unidades confluyeron en Filadelfia de Lidia, próspera zona del Asia Menor. Se registraron algunos altercados, que derivaron en una refriega que, al parecer, costó la vida a más de doscientos godos. A continuación se ordenó una separación de las tropas mayor. Pero los habitantes de Filadelfia tuvieron así un barrunto de la clase de gente con la que tenía que contender el emperador.

El pueblo llano de Constantinopla debería sentir, ante las largas ausencias del emperador, no menos preocupación que el Senado y que Temistio. ¿Elegiría esta ciudad como residencia, para proporcionarle así la magnificencia de la autopresentación imperial? ¿O sería Antioquía el lugar preferido por Teodosio, como había ocurrido con Valente? El 17 de noviembre de 379 se anunció una victoria que implicaba ciertamente festejos, pero éstos sólo podrían celebrarse en todo su esplendor cuando el emperador estuviera presente. Otro tanto cabe decir para la celebración del 1 de enero de 380. El título de cónsul recayó en esta ocasión en los emperadores Graciano, por quinta vez, y Teodosio, por vez primera, pero ninguno de los dos se hallaba en el Bósforo.

Teodosio hizo su primera entrada en Constantinopla en noviembre de 380. Celebró allí una victoria, con las habituales concesiones de donativos y de fiestas para el pueblo. En enero de 381 contemplaron los constantinopolitanos el espectáculo de la entrada de Atanarico, nueva ocasión de fiestas. Su repentina y pronta muerte debió provocar una conmoción. Aun así, Teodosio aprovechó la oportunidad para escenificar solemnes honras fúnebres que sin duda causaron sensación no sólo entre los godos, sino también entre los habitantes de Constantinopla.

Ya he mencionado que a finales de 381 no hubo anuncios de nuevas victorias. No obstante, en aquel mismo invierno, y concretamente el 21 de febrero de 382, hubo una importante ceremonia: los funerales por Valentiniano I, cuyos restos mortales habían sido trasladados hacía ya varios años a Constantinopla. Quien daba sepultura a otro entablaba, de acuerdo con la tradición, una relación cercana con él, y precisamente los soberanos podían vincular a este acto pretensiones y reclamaciones sucesorias. Teodosio, que no estaba relacionado por lazos matrimoniales con la dinastía valentiniana, mostraba de esta manera hasta qué punto se sentía unido a este linaje del que procedía su colega y –en medida cada vez más acentuada– rival. Aprovechaba así, con su característica habilidad propagandística, las posibilidades que le proporcionaba su dominio sobre Constantinopla, la nueva Roma.

En efecto, en un mausoleo junto a la iglesia de los Apóstoles de esta ciudad se hallaba el lugar en que estaban enterrados los emperadores romanos, y donde habían hallado su último reposo Constan-

tino el Grande y Constancio II.[58] Esta circunstancia confería a Constantinopla una significación particular para las dinastías imperiales. Aunque Valentiniano no había sido sepultado, al parecer, en aquel mausoleo, sí, en todo caso, en aquella ciudad, convertida en el punto establecido para los enterramientos de emperadores.[59] Las honras fúnebres –sobre cuyos detalles no se nos ha transmitido información– debieron tener sello cristiano.[60] Tal vez en esta ocasión no hubo grandes manifestaciones festivas, pero sí alguna que otra dádiva o concesión del emperador al conjunto de la población. En todo caso, a través de este acontecimiento los constantinopolitanos veían confirmada la incomparable prestancia de su ciudad.

También el siguiente invierno, concretamente el 19 de enero de 383, ofreció nuevas ocasiones para festejos. No es sólo que Teodosio pudo celebrar el jubileo de su gobierno. Es que, además, en aquel mismo mes de enero había nombrado *augustus*, y conferido, por tanto, un título imperial, a su hijo Arcadio, nacido antes de la proclamación de Teodosio como emperador. En el aspecto formal, el niño se situaba a la altura de Graciano, Valentiniano II y el propio Teodosio. El hecho no tenía ninguna repercusión práctica, pero Teodosio enviaba una señal inequívoca a Graciano: el dominio que me has concedido y reconocido debe permanecer en mi familia. Graciano lo entendió perfectamente y se negó a reconocer a Arcadio como *augustus*. Se abría una brecha entre Oriente y Occidente. Pero para el pueblo llano el encumbramiento del joven a emperador significaba sin duda una hermosa fiesta ya que, en el caso de fallecimiento de Teodosio, prometía un pacífico cambio de gobierno.

También aquel mismo año 383 celebró Teodosio otro acto solemne –una vez más un entierro– que le vinculaba con Constantino el Grande. Hizo trasladar a Constantinopla los restos mortales de su hija Constancia. Había sobrevivido muchos años a su padre y había desarrollado una destacada actividad política en varios campos. Al reposar ahora junto a un soberano, subrayaba su legitimidad. No podía hacer más por Teodosio. Pero, al preocuparse por sus restos mortales, el nuevo emperador anunciaba su pretensión de vincularse con la casa de Constantino.

Es poco lo que se sabe sobre el desarrollo de estas primeras festividades celebradas por Teodosio. Pero aunque poco, transmiten una primera impresión: Teodosio se esforzaba por ofrecer una imagen

clara y concreta al pueblo: quería ser visto como emperador victorioso, entrar en la tradición de aquellos primeros buenos emperadores de los tiempos pasados y labrar un futuro a su linaje. Puso empeño, ya desde el primer momento, en crearse un perfil bien definido y en presentar su soberanía como duradera.

Pueden descubrirse hasta cierto punto las medidas administrativas del emperador a través de los textos legales, al menos en lo concerniente a sus intenciones. Al parecer, desarrolló una especial actividad legislativa en sus primeros años de gobierno. Abordaba los habituales campos de problemas: la fastidiosa administración de las finanzas y la posición de los curiales a los que, tanto a través de sus privilegios como mediante medidas de presión, se les exigía llevar a cabo el cumplimiento de sus deberes en el ámbito de la recaudación fiscal. También a quienes procuraban rehuir este cargo mediante su entrada en el estado de clérigos –libres de impuestos– se les obligó al cumplimiento de sus tareas originarias, sin que la lealtad del emperador respecto de la Iglesia le impidiera tomar estas medidas. Tampoco el ingreso en el cuerpo senatorial eximía a quienes alcanzaban este puesto del cumplimiento de los deberes fiscales del estamento del que procedían. Esto provocó sin duda intranquilidad en el cuerpo senatorial, pero al mismo tiempo Teodosio elevó su prestigio mediante el recurso de expulsar a los ineptos, lo que aumentaba el valor y la reputación de los que conservaban sus puestos.

Se percibe una y otra vez en la tarea legislativa de Teodosio el ostensible y deliberado propósito de comportarse debidamente con los súbditos y de no pedirles nada que no fuera justo. Era, por consiguiente, importante para él demostrar que combatiría los abusos de la autoridad, lo que, por otro lado, le ofrecía la posibilidad de ejercer presión sobre los funcionarios. Aunque en su actividad legislativa se presentaba –al igual que había hecho la mayoría de sus predecesores– como soberano benigno, no por ello descuidó los intereses de la administración, sobre todo los financieros, sino muy al contrario. Hasta qué punto pudieron llevarse a la práctica en los lugares concretos las cláusulas de las leyes es algo que escapa a nuestro conocimiento. Pero no hay razones que permitan albergar un especial optimismo.

Todo lo que se ha venido diciendo hasta ahora acerca de los primeros años del gobierno de Teodosio no tenía nada de sorprendente

en un soberano de aquella época. Teodosio avanzaba por sendas transitadas. No se ofrecía para su actuación ninguna otra alternativa. El campo más difícil y más controvertido de la política, aquel en que se demostraba el arte de gobernar, era el de la política religiosa. Afectaba, por supuesto, a todas las capas de la sociedad, pero sobre todo a la población urbana, que con mucha frecuencia se dejaba arrastrar a desmanes en los conflictos religiosos.

La apasionada lucha en torno a las verdades de la fe le parece extraña al observador moderno y, en consecuencia, le resulta difícil comprender las razones de aquellas controversias. A ello se añade que no tenían únicamente una dimensión religiosa, sino que revestían también carácter político y estaban condicionadas por celos y rivalidades personales, aunque no se las puede reducir sólo a éstos. No es tarea sencilla desenredar los hilos de esta madeja, pero tiene su peculiar atractivo, porque por esta senda se llega cerca de aquello que realmente movía a los hombres de aquel tiempo y lo que les diferencia de los hombres de nuestros días.

Todos daban obviamente por supuesto que el emperador era cristiano. Judíos y paganos se habían organizado de alguna manera a partir de esta situación. Tampoco Teodosio, por su parte, hizo, ya desde el primer momento, ningún secreto de sus sentimientos cristianos. Así, el 27 de marzo de 380 promulgó una ley para impedir que la celebración de procesos penales profanara el tiempo sagrado de los ayunos prepascuales. La disposición no iba, de hecho, en perjuicio de nadie, pero impulsaba el lento proceso de cristianización de la sociedad romana.[61] Más adelante, los obispos supieron apreciar el gesto del emperador que les eximía de la obligación de declarar como testigos en los juicios.

Por otro lado, Teodosio no vacilaba a la hora de anteponer los intereses profanos a los religiosos. Así ocurrió, por ejemplo, en el caso de los curiales que abrazaban el estado eclesiástico, a los que no dispensó de sus deberes fiscales. Prohibió los enterramientos en Constantinopla a flor de o sobre el nivel de la tierra y ordenó el traslado fuera de la ciudad de las urnas y los sarcófagos afectados por la prohibición, incluso aunque hubieran sido depositados junto a apóstoles y mártires.

Aun así, es indudable que favoreció a los cristianos. Y, sin embargo, el que se declaraba cristiano corría el peligro de verse

envuelto en complejas dificultades. En efecto, las diferentes confesiones, sobre todo las de los homoiusianos y los nicenos, se combatían sin cuartel. Quien se decidía por una confesión se convertía en enemigo de todas las demás, y quien buscaba compromisos debía asumir el riesgo de concitar la hostilidad de todos.

Los debates en torno a la naturaleza de Cristo no eran tan sólo problemas de teólogos, sino que desbordaban los círculos de los ambientes clericales. También los laicos seguían con gran apasionamiento las controversias. Exhausto y, por tanto, no sin cierta exageración, describe Gregorio de Nisa la opinión de la calle:

> Si preguntas a alguien por el precio de una mercancía, se explaya razonando sobre «engendrado» y «no engendrado». Si quieres averiguar el precio del pan, oyes decir que el Padre es superior y que el Hijo le está subordinado. Si preguntas si están ya preparados los baños, el encargado te replica: «El Hijo de Dios ha sido creado de la nada».[62]

No se trataba de debates de salón. En torno a los defensores de las diferentes orientaciones religiosas se agrupaban partidarios dispuestos a recurrir a medios violentos y, con frecuencia, las confrontaciones ya no giraban en torno a los contenidos, sino sólo en torno a las personas. Los debates derivaban en querellas, las querellas en tumultos, los tumultos en revueltas. Se registraron situaciones cercanas a guerras civiles y no sólo en las grandes metrópolis, sino también en poblaciones pequeñas. Incluso en la campiña, algunas figuras carismáticas, en particular los monjes, podían provocar escenas de violencia contra los que profesaban otras creencias. Quien, pues, quisiera ganarse al pueblo llano no sólo debía organizar fiestas populares, sino qué debía encontrar también un *modus vivendi* en la política eclesiástica que no pusiera en peligro la paz interior.

Algunos emperadores habían mostrado en el pasado cómo podía desactivarse el problema: Joviano (363-364), que, por lo demás, sólo gobernaría unos pocos meses, y Valentiniano I (364-375) sencillamente no tomaron partido y procuraron garantizar una situación pacífica. Valente, por el contrario, se inclinó por el partido de los homoiusianos y provocó con su decisión permanentes conflictos en su mitad del Imperio.

Debía contarse, por tanto, en el caso de Teodosio con una táctica de moderación frente a los debates confesionales entre los cristianos. Sólo auténticos fanáticos podían esperar que un emperador reciente e inesperadamente elevado al trono, que tenía que rechazar en las fronteras a enemigos incontrolados, se dejaría enredar en las disputas de los clérigos y tomaría clara posición, ya desde fechas tempranas, por uno de los bandos.

Pero las cosas tomaron un rumbo diferente. A los pocos meses, Teodosio dio a entender claramente no sólo que apoyaba al cristianismo en un sentido global, sino que sentía inequívoca simpatía por los nicenos. ¿Cómo explicar esta conducta, a primera vista tácticamente tan imprudente?[63] Parece lógico introducir aquí un factor cuya importancia en la Antigüedad tardía no se debe subestimar: el de la piedad personal. Tal vez Teodosio estaba tan profundamente convencido de la verdad de la fe nicena que estaba dispuesto a poner en un segundo plano las consideraciones tácticas. Un suceso muy comentado parece venir a confirmar este supuesto.

El historiador de la Iglesia Sócrates, cuya ausencia de fantasía le garantiza una cierta objetividad, narra la siguiente anécdota para el año 380:

> Tras su victoria, Teodosio, en camino hacia Constantinopla, llegó a Tesalónica. Al caer enfermo, deseó poder recibir el bautismo. Sus antepasados eran cristianos y él también lo era desde el principio y seguía la fe del *homousios*, pero ahora, ante la presencia de la enfermedad, le apremiaba el bautismo. Hizo llamar al obispo de Tesalónica y le preguntó ante todo qué creencia seguía. Cuando éste le dijo que la fe de los arrianos no había penetrado en la provincia de Iliria, que las novedades propugnadas por esta gente no habían podido erradicar a las Iglesias allí existentes, que habían conservado intacta la fe transmitida desde el principio por los apóstoles y confirmada por el concilio de Nicea, el emperador, muy contento, recibió el bautismo de manos del obispo Acolio.[64]

Nadie pone en duda que Teodosio fue bautizado el año 380. Debió de tratarse de una enfermedad grave, que implicaba riesgo de muerte, porque por aquella época todavía seguía siendo norma habi-

tual entre los laicos diferir el bautismo hasta la hora de la muerte. Se esperaba poder presentarse así ante Dios purificados al máximo de los pecados que inevitablemente acompañan a las actividades de la vida profana.

Tampoco existen dudas acerca de la circunstancia de que Teodosio fue bautizado en Tesalónica por Acolio. Era el obispo de aquella sede episcopal, y a él había que dirigirse en estas circunstancias. Dejemos sin respuesta la pregunta de si, dada la ocasión, tuvo Teodosio tiempo suficiente para informarse de la situación eclesiástica de Iliria. En todo caso, del relato de Sócrates se desprende la impresión de que fue un episodio personal, a saber, la crisis existencial provocada por una enfermedad que entrañaba riesgo de muerte, lo que fundamentó el patrocinio decidido de la fe nicena.

Si hemos de creer al erudito jurista Sozomeno, que, apoyándose en Scrates, escribió una nueva historia de la Iglesia, Teodosio promulgó, con ocasión de su bautismo, un edicto para los habitantes de Constantinopla en el que daba a conocer su orientación hacia la fe nicena. Según esto, el bautismo tuvo también derivaciones políticas. Conocemos el edicto a través de un código legal.[65] ¿Qué mejor confirmación de esta tradición de los historiadores antiguos de la Iglesia que esta coincidencia? Pero justamente esto es lo que no hace la mencionada ley. Pues, en efecto, es una ley perfectamente fechada: 28 de febrero de 380. Ahora bien, Sócrates explica que pocos días después de su restablecimiento, el emperador se hallaba ya en Constantinopla, y este día aparece mencionado en diversos lugares: Teodosio visitó por primera vez su futura capital el 24 de noviembre. Lo cual significa que estaba convencido de la verdad de la fe nicena ya antes de su enfermedad. Y significa, además, que Sozomeno ha retorcido la verdad. Surgen dudas acerca de la veracidad de su exposición en su conjunto.

Se plantea, pues, de nuevo la pregunta inicial: ¿Por qué esta temprana y clara confesión de Teodosio a favor de la fe nicena? Para dar una respuesta adecuada a la pregunta, es preciso remontarse aguas arriba. La decisión a favor de la fe nicena no significa en modo alguno el afianzamiento sobre una confesión languideciente. Lo que en realidad se había debilitado era la influencia de los homoiusianos. Bajo la presión de la crisis goda, Valente se había visto forzado a permitir el retorno de los obispos desterrados de sus sedes. Por otro lado, se

habían instalado nuevos obispos, por ejemplo en Constantinopla, cuyo último titular niceno había sido enviado al destierro en 370. En esta misma ciudad desarrollaba sus actividades, desde la primavera del año 379, Gregorio de Nacianzo, aunque de momento sólo en un pequeño ámbito cúltico.

En otras zonas, eran los nicenos los que habían tenido el predominio incluso bajo el gobierno de Valente, por ejemplo, en Capadocia, región importante para la política exterior, porque los obispos de Armenia –disputada entre Persia y Roma– estaban sometidos al metropolita de Cesarea. También en Siria, sobre todo en su porción palestina, y en Egipto, dos territorios nucleares del Imperio, gozaban los nicenos de una sólida posición. Además, poco después de la muerte de Valente habían intentado unir sus fuerzas, aunque con modestos resultados. En el otoño de 379 se reunió un sínodo en Antioquía de Siria, bajo la dirección de su obispo Melecio, que intentaba reforzar los lazos teológicos con Occidente, aunque no consiguió restablecer la unidad.[66]

Había también nicenos entre los rangos más elevados del ejército y de la administración. Puede ponerse en duda que el emperador, no especialmente interesado por las cuestiones intelectuales, alcanzara a comprender el peso de la posterior evolución de la teología nicena merced a las aportaciones de los grandes teólogos capadocios –Basilio de Cesarea, Gregorio de Nacianzo, Gregorio de Nisa, Anfiloquio de Icono– la así llamada teología neo-nicena. Pero sí sabía, con toda certeza, que aquellas enseñanzas movilizaban amplias capas de seguidores.

Es probable que en aquellos enfrentamientos sólo una minoría se sintiera interesada por la teología en sentido estricto. Pero tampoco se trataba simplemente de mera política. Se trataba de la experiencia de la intervención de la divinidad en el mundo, de la experiencia de la recompensa y el castigo. La aniquiladora derrota de Valente poseía mayor capacidad de prueba que cualquier sermón. Los homoiusianos habían sido refutados en la figura de su patrocinador. Eran numerosos los cristianos que, al igual que los paganos contemporáneos y sus antepasados, estaban persuadidos de que las victorias militares eran una prueba del apoyo de los dioses o de Dios a favor de la recta fe. Bajo tales signos, la derrota de Valente sólo podía interpretarse como palpable demostración de que había sido rechazado por

Dios. La confesión que le había tenido por su paladín perdería inexorablemente seguidores.

Si, pues, Teodosio se mostraba abiertamente ahora como amigo de los nicenos, tenía evidentes razones tácticas para ello: se ganaba a una muy fuerte fracción cristiana. Se añadía además otra circunstancia: los nicenos se habían acostumbrado a mirar hacia Occidente, donde apenas habían podido asentarse las doctrinas homoiusianas. Si no contaban con el apoyo eficaz de Teodosio en Oriente, existía el riesgo de que depositaran sus esperanzas en el emperador de Occidente, Graciano, o que le instaran incluso a intervenir, porque se había puesto claramente de su parte y, al parecer, había tomado ya algunas medidas que les favorecían.[67]

Al principio, Graciano había mantenido, al igual que su padre Valentiniano I, una política de neutralidad en cuestiones eclesiales, aunque con perceptible simpatía por los nicenos. Tras la muerte de Valente, tomó, al parecer, una disposición, erróneamente denominada «edicto de tolerancia», que permitía el retorno de los obispos que Valente había desterrado, aunque excluía a los representantes de algunos grupos minoritarios. Surge, por supuesto, la impresión de que esta ley se refería única y exclusivamente a la situación de Iliria. En cualquier caso, Graciano conectaba aquí con las decisiones tardías de Valente y demostraba su amistad hacia los nicenos, que eran los grandes beneficiados por estas medidas.

El 3 de agosto de 379 obligó Graciano a todas las confesiones hasta entonces prohibidas a guardar silencio y a sus titulares a suspender sus actividades. Sólo estaba permitida la Iglesia «católica», aunque no la definía con mayor precisión. Puede sospecharse que tras las expresiones generales se hallaba la confesión nicena. Los adversarios principales aquí situados en el punto de mira eran los donatistas, un grupo que sólo tenía representación en África.[68] Aunque no se trataba de una ley aplicable a todo el Imperio, Graciano revelaba claramente qué confesión gozaba de sus simpatías. Teodosio tenía que mejorar la apuesta. Y así lo hizo, al momento y, además, de varias maneras.

Quedaba excluida una modificación brusca y radical de las relaciones de poder eclesiásticas, pero con el acceso al trono de un emperador tan favorable a su doctrina, los nicenos conseguían un amplio espacio de juego libre. Gregorio de Nacianzo, que hasta entonces

había sido obispo nominal en la más distante de las provincias, pudo formar de nuevo la comunidad de Constantinopla, aunque en opresivas circunstancias y arrostrando peligros personales. A muchos se les antojaba un promotor de disturbios y, por eso, fue interrogado por las autoridades de la ciudad, aunque no acusado ante los tribunales. A pesar de todas las hostilidades, el obispo niceno había logrado establecerse en la capital. Él y su comunidad se aprovecharon de la crisis y Teodosio pudo establecer una conexión entre su política y el curso de los acontecimientos. Al parecer, la popularidad de Gregorio iba en aumento entre la población. En todo caso, según él mismo relata, procuró evitar su elección como obispo, aunque deja en dudas la legitimidad del acto y más tarde guarda silencio.[69]

Era, de todas formas, esperanzador para Gregorio el edicto imperial *Cunctos populos* («Todos los pueblos») de 28 de febrero de 380. Aquella disposición ponía, en términos generales, los cimientos de la política religiosa de Teodosio. Se ha llegado a hablar incluso, a este propósito, de una ley coactiva en materia de religión.[70] Se lee en el mencionado edicto:

> Es nuestra voluntad que todos los pueblos dirigidos por nuestra clemencia vivan en la fe que el apóstol Pedro enseñó a los romanos, tal como la muestra hasta el día de hoy la fe por él mismo enseñada y es claramente seguida por el papa Dámaso y por el obispo de Alejandría, Petros, varón de apostólica santidad. Es decir, que de acuerdo con la instrucción apostólica y la doctrina de los evangelios, creemos en una única divinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en igual majestad y bajo la pía Trinidad. Ordenamos que quienes siguen esta ley puedan denominarse «cristianos católicos», mientras que los restantes –a quienes consideramos como dementes y enajenados– deben llevar el estigma de una doctrina herética y a sus lugares de reunión no puede aplicárseles el nombre de «iglesia». Deberán someterse en primer lugar al castigo divino y luego también a la venganza de nuestro proceder, que derivamos del juicio divino.

Como elemento complementario se dictó que cualquier ofensa –ya fuera voluntaria o involuntaria– inferida a la fe católica sería considerada delictiva.[71] Dado que esta última cláusula sólo ha sido trans-

mitida bajo una formulación muy concisa, el telón de fondo permanece en la penumbra. Tal vez se refería a los clérigos de la campiña faltos de experiencia.

En la sección central del edicto, el emperador no dejaba ni el menor resquicio de duda acerca de su confesión personal, que era la nicena, y sólo a los niceos consideraba católicos. Era obligatoria la creencia en el Espíritu Santo.[72] Pero la amenaza de castigo que se cierne sobre los demás es difusa. El castigo de Dios queda fuera del alcance imperial y sobre las restantes sanciones quería tomarse un tiempo de reflexión. Ya sólo por ello resulta excesivo hablar de una fe coactiva. Con todo, los adversarios de Nicea se veían expuestos a sensibles desventajas. Merece señalarse la cláusula sobre las iglesias. Los lugares de reunión de los herejes no podían en adelante ser considerados iglesias, con lo que perdían los correspondientes privilegios. Tal vez aquí pueda avanzarse un poco más; los lugares que eran conocidos y reconocidos como iglesias, y por aquella época las había en gran número, no podían ya ser propiedad de los grupos que el emperador había marcado como heréticos. Con esta ley, se les confería a los funcionarios la potestad de decidir a quién de entre los numerosos hombres de la Iglesia que rivalizaban entre sí en las ciudades deberían asignarse los edificios. Tal vez fuera éste uno de los objetivos fundamentales de la norma.

Queda, finalmente, otro aspecto a considerar: es cierto que el emperador declara que todos los pueblos deben orientarse hacia la fe verdadera, pero de una manera directa su edicto sólo afectaba a los constantinopolitanos. Era aquí donde quería, ante todo, dejar las cosas claras: su residencia no debía estar abrumada por discusiones entre los cristianos. Es difícil calcular hasta qué punto se sintió afectada la población, pero hay que partir del supuesto de que no tenían ningún conocimiento a fondo del texto ni de su importancia. De hecho, en la Antigüedad tardía la mayoría de las leyes sólo eran conocidas por los funcionarios o en los lugares a los que se remitían. El edicto era un indicio de la actitud imperial, pero no un fanal de su política religiosa.

Tal vez, para muchos, tuvo mayor importancia otro factor: Teodosio ordenó trasladar a la ciudad las reliquias de Pablo, el anterior obispo de Constantinopla. Pablo era considerado el campeón de la causa nicena y sufrió varios destierros durante la soberanía de Cons-

tancio II. Se dice que fue asesinado en Ancyra por los secuaces de Macedonio, quien seguía desarrollando sus actividades en Constantinopla incluso bajo el gobierno de Teodosio. Ahora el emperador se proponía rehabilitarlo y trasladarlo a la antigua iglesia de Macedonio, que en adelante llevaría el nombre de Pablo, un visible triunfo del movimiento niceno. Los obispos salieron a recibir las reliquias en Calcedonia, las acompañaron hasta la ciudad, pasaron una noche dedicada a los cantos, y finalmente las depositaron en su sepulcro.

Los nicenos podían sentirse felices. Su situación había experimentado una mejoría esencial. Con todo, también tuvieron que beber alguna que otra gota del cáliz de la amargura. La afirmación de *Cunctos populos* según la cual el emperador estaba cerca de Dios, de quien recibía la orden de los castigos, era sumamente cuestionable. Desde la perspectiva cristiana, habría sido, en todo caso, preferible la intermediación de un clérigo. Esta observación indicaba que Teodosio no había interiorizado los matices y las sutilezas de la teología eclesial o, para citar las palabras de su correligionario Gregorio de Nacianzo, había entendido la teología «en la medida en que está al alcance de los espíritus sencillos».[73]

Pero es que, además, la orientación de la política de Teodosio no era plenamente nicénica. Y no podía serlo, dada la pluralidad religiosa del Imperio. Otro tanto ocurre con una de las primeras leyes de Teodosio concernientes a los árboles sagrados de los paganos, que podían ser tratados según el procedimiento tradicional. Al invocar la tradición, elegía el lenguaje con el que solían legitimarse las medidas favorables a los paganos. El año 381 celebró Teodosio, como ya se ha dicho, magníficos funerales por Atanarico, un pagano que, además, había perseguido a los cristianos. A ello se añade que Temistio gozaba de un elevado prestigio entre los círculos cercanos al emperador. Todo esto podía tranquilizar a los paganos.

Ni siquiera los grupos catalogados como heréticos estaban existencialmente amenazados y, al parecer, siguieron intentando ejercer influencia en el emperador. La siguiente anécdota es buena prueba de la preocupación que esta circunstancia provocaba entre los nicenos: Eunomio, jefe de los anomeos, había intentado conseguir una entrevista con el emperador. Los nicenos procuraban impedir el encuentro, por temor por un lado a su elocuencia, y por otro, a la versatilidad del emperador. Sólo pudieron conseguirlo gracias al apoyo de Flaccilla,

esposa del Teodosio, mujer de sólidas creencias. Así pues, en aquellos primeros años eran muchos los aspectos que aún no estaban cerrados. Gregorio de Nacianzo, en definitiva promovido por el emperador, alude a la actitud reservada del soberano.[74]

Desde la atalaya moderna no puede juzgarse con seguridad si en su política eclesiástica Teodoro actuaba movido por profundas convicciones personales. Pero no puede pasarse por alto el dato de que todas sus actuaciones pueden explicarse por razones tácticas. Y esto habla en contra de la hipótesis que sitúa como factor determinante de sus decisiones su fe personal. Que su fe y su táctica avanzaran en paralelo era algo que ciertamente le complacía.

Pero aunque Teodosio pudiera llevar adelante una táctica tan hábil, sus cuentas no resultaban tan redondas, porque los nicenos estaban divididos entre sí y rivalizaban por las sedes episcopales. Constantinopla proporcionaba un buen ejemplo. Se mencionaba el nombre de Gregorio de Nacianzo como futuro obispo, debido a los méritos contraídos en la reconstrucción de la comunidad. Se le consideraba el hombre de Teodosio y mantenía buenas relaciones con las familias distinguidas de la ciudad. Cuando el 26 de noviembre, exactamente dos días después de la llegada del emperador, los homoiusianos, dirigidos por Demófilo, tuvieron que desalojar, por orden suya, los templos de la ciudad –fuera de los muros se permitía la celebración de los servicios divinos– el propio Teodosio, con su empeño personal, llevó a Gregorio, en tumultuosas circunstancias, a su iglesia, ocupada por soldados. Quedaba así patente ante todos que el emperador le consideraba el obispo designado.

La decisión a favor de Gregorio era problemática por varias razones: se trataba de una persona muy sensible, poco apegada al poder, y a su elección se oponía una cláusula del derecho canónico, porque el concilio de Nicea había prohibido cambiar de una sede episcopal a otra. Además, a los hermanos en el espíritu les habría gustado haber podido deslizar alguna pequeña palabra. Había uno singularmente descontento: el obispo de Alejandría, Petros, a quien Teodosio había mencionado en su edicto *Cunctos populos* como autoridad en las cuestiones de fe. Petros había enviado a Constantinopla a un hombre de su confianza, llamado Máximo, que, aunque cristiano niceno, iba de un lugar a otro, con andrajosos vestidos, al estilo de los cínicos, y con su exhibición de que carecía de necesidades difundía en su

entorno el aura de la santidad. Había corrido el rumor de que Máximo tenía la misión de apoyar a Gregorio, y así lo hizo, con tan gran celo que el propio Gregorio llegó a pronunciar un discurso en alabanza del egipcio.

Pero Gregorio ignoraba por completo los verdaderos planes de Petros. Había enviado a varios obispos a Constantinopla para otorgar a Máximo la sede de la ciudad apenas se presentara una ocasión favorable. Y surgió aquí una novela de truhanería en toda regla. Aprovechando que Gregorio estaba enfermo, los obispos egipcios penetraron durante la noche en su iglesia y lo prepararon todo para la consagración episcopal de Máximo. Pero se propaló la noticia, la plebe nicena se agolpó en tono amenazante y los alejandrinos se dieron a la fuga. Volvieron, con todo, a reunirse en un domicilio privado y llevaron a cabo la consagración. Aunque el procedimiento era discutible, lo cierto era que Constantinopla tenía ahora un obispo que cumplía los requisitos y había sido consagrado de una manera formalmente correcta. Al parecer, Gregorio había sido superado en astucia.

Ahora bien, pese al derecho canónico, el obispo de una ciudad tan importante necesitaba la aprobación del emperador. Máximo lo sabía perfectamente y emprendió al momento el camino a Tesalónica para ganarse el apoyo de Teodosio. Pero éste se mantuvo fiel a su aliado; habría perdido la cara si hubiera tolerado semejante acto de arbitrariedad. Máximo no regresó directamente a Constantinopla, sino que primero pasó por Alejandría. Pero con esto no se resolvía el problema del derecho canónico. Constantinopla tenía ahora un obispo proniceno, instalado conforme al derecho, aunque no contaba con el apoyo del emperador, y probablemente tampoco con el del pueblo, y se enfrentaba además, en la persona de Gregorio de Nacianzo, a un hombre considerado por la opinión pública como titular designado. Fue ahora, como muy tarde, cuando Teodosio debió de comprender que en el fondo de la política eclesiástica había, en definitiva, luchas por el poder y rivalidades personales.

Este episodio enfrió las relaciones entre el emperador y el obispo de Alejandría, lastradas por un nuevo problema. En Antioquía, la tercera ciudad más importante de Oriente después de Constantinopla y Alejandría, se había abierto en las filas de los nicenos la grieta de un cisma. Uno de sus protagonistas era aquel Melecio de quien sus

amigos afirmaban que se le había aparecido en sueños a Teodosio. El otro se llamaba Paulino. Los argumentos más sólidos hablaban a favor de Paulino. Poseía el poder fáctico sobre las iglesias de Antioquía, mientras que Melecio había permanecido largo tiempo en el destierro. Nadie ponía en duda la ortodoxia de Paulino, mientras que sobre Melecio parecía flotar la sospecha de que debía su elección a los homoiusianos que, al parecer, desconocían sus verdaderas creencias. A ello se añade que Paulino contaba con el apoyo de Dámaso de Roma y de Petros de Alejandría, cuya autoridad en las cuestiones de fe había sido reconocida por el propio Teodosio. Melecio tenía de su parte el favor de sus amigos, los influyentes Capadocios, y el de todos aquellos para quienes la influencia de Roma era excesiva.

Tras la muerte de Valente, Melecio había regresado a su sede episcopal y había congregado en su entorno numerosos partidarios, tal vez fascinados por el hecho de que había soportado por dos veces el destierro. Paulino intentó en un primer momento hacerle el vacío, pero más adelante se vio obligado a un acercamiento que desembocó en un compromiso: en principio, ambos deberían ser considerados obispos. Cuando uno de ellos muriera, no debería asignársele sucesor. De este modo, el cisma tendría un desenlace natural. Pero el compromiso tapaba la brecha de una manera muy precaria, porque de alguna manera el emperador tendría que decidirse por uno de los dos pretendientes.

El 10 de enero de 381 promulgó de nuevo Teodosio una ley a favor de los nicenos, cuya fe era definida, en cuanto al contenido, como trinitaria.[75] A los adversarios se les designaba, en términos generales, como herejes, y se mencionaban expresamente tres confesiones prohibidas: la de los fotinianos, la de los arrianos y la de los eunomianos, aunque era incuestionable que se tenían en cuenta algunas más. Sólo los nicenos podían poseer edificios eclesiásticos, sólo ellos podían celebrar reuniones intramuros. Los herejes que promovieran alborotos dentro de la ciudad deberían ser expulsados de ella. Es obvio que en el punto central de esta ley se situaba la propiedad de los edificios eclesiásticos. La pregunta clave era quién podía disponer de ellos y de sus propiedades, en constante aumento en virtud de donaciones y herencias. Ahora se establecía expresamente –y en este sentido la ley iba más allá de las anteriores disposiciones– que se entregaran los edificios a los nicenos. No se puede olvidar, por otra

parte, que las leyes antiguas de ordinario tenían alcance limitado: la aquí promulgada sólo afectaba, al parecer, a Iliria. Así pues, no se veían directamente afectadas Constantinopla, Asia Menor, Siria ni Egipto.[76]

En torno a los años 380/381, los nicenos constituían la fracción fuerte, o cuando la menos incuestionable, de todas las confesiones de Oriente. Pero a pesar del favor imperial, la situación distaba mucho de la pacificación. Había discusiones internas y regiones en las que los nicenos eran más débiles. En numerosos lugares actuaban «falsos» obispos. Es, por consiguiente, comprensible que, con el propósito de subsanar estas deficiencias, Teodosio decidiera abrir otro camino, el del concilio, es decir, la reunión o asamblea de los obispos, que podía tomar decisiones acerca de los problemas y de las cuestiones de fe de toda la Iglesia. Pero Teodosio no podía ignorar que copiosas asambleas eclesiásticas, sobre todo bajo Constancio II (336-361), no habían conseguido poner fin a las controversias religiosas. Y es probable que tampoco se le escapara que Valente y Valentiniano habían renunciado a la celebración de grandes asambleas eclesiásticas.

Aun así, decidió convocar, para mayo de 381, una asamblea eclesiástica, sorprendentemente casi al mismo tiempo que Graciano, de tal modo que hubo, poco más o menos por la misma época, un concilio oriental y otro occidental. Adquiere consistencia la impresión de que fue la dinámica propia de las rivalidades imperiales lo que impulsó la promoción de la fe nicena. El objetivo de la asamblea de Oriente consistía en poner fin al cisma de Constantinopla y afianzar y llevar adelante la fe de Nicea.[77] Había también quienes abrigaban la intención de asegurar la autonomía de las Iglesias orientales frente a las intenciones de los prepotentes amigos de Occidente. El número de asistentes no fue elevado, unos ciento cincuenta, frente a los trescientos que se habían reunido en el concilio de Nicea. Entre los obispos reunidos en Constantinopla había algunos que mantenían relaciones con la Iglesia de Occidente, entre ellos, y destacadamente, Acolio de Tesalónica, que llegó con retraso, pero no había obispos genuinamente occidentales. Tampoco era igualitaria la representación de las regiones del Imperio de Oriente y, además, los obispos de Egipto sólo llegaron ya una vez iniciadas las deliberaciones. Aun así, este concilio de Constantinopla entraría en la tradición eclesial como el segundo Concilio Ecuménico.

El emperador demostró a los representantes del cristianismo su buena voluntad cuando, en el inicio del concilio, impuso a los apóstatas, es decir, a los cristianos renegados, como los maniqueos, las restricciones del derecho privado. Estas medidas respondían, sin duda, a los deseos de los Padres conciliares, pero no implicaban una prohibición total.

A diferencia de Constantino el Grande, Teodosio renunció a participar personalmente en el concilio, pero vigilaba de cerca y no se abstuvo, al parecer, de saludar a los obispos, de trabar contactos personales con algunos de ellos y de intervenir incluso en algunas ocasiones. Esto fue suficiente para que el resultado de la asamblea respondiera a sus deseos.

No poseemos información sobre el curso de los debates porque, a diferencia de los concilios posteriores, faltan las actas. Ya de entrada, había tomado el emperador una decisión importante al confiar la presidencia al obispo Melecio de Antioquía. Esta tarea le correspondía propiamente al obispo local pero, al parecer, las circunstancias que habían rodeado la elección de Máximo impidieron que desempeñara esta función. Si Teodosio se hubiera inclinado por el obispo de Alejandría, habría ofrecido un juicio anticipado en favor de aquel discutido personaje. De entre los restantes obispos orientales, ninguno revestía la importancia del de Antioquía. Melecio era uno de los obispos legítimos de la sede antioquena y el que, además, en razón de su edad, parecía más capacitado para los esfuerzos físicos.

No puede juzgarse hasta qué punto con esta medida pretendía Teodosio tomar posición respecto del conflicto intraantioqueno, o en qué medida buscaba la seguridad de un curso ordenado del concilio con la ayuda de una personalidad carismática.

El primer problema a que se enfrentaban los asamblearios era el concerniente a la provisión de la sede episcopal de Constantinopla. Aquí cosechó Gregorio de Nacianzo un claro éxito. Se declaró nula la elección de Máximo y todo cuanto había realizado en su condición de obispo. Gregorio recibió, con general aprobación, el cargo de obispo de la residencia imperial y fue consagrado por Melecio. Había que dar por descontado que el papa Dámaso no aprobaría aquel procedimiento, pero flotaba en el ambiente el deseo de sustraerse a la influencia de Occidente.

Por lo demás, había problemas más urgentes. No era Constantinopla la única sede necesitada de un nuevo obispo niceno. Era preciso llevar a cabo sustituciones en todos los puntos en los que, bajo Valente, habían conseguido imponerse los homoiusianos, pero ¿cómo saber si podía confiarse en todos cuantos ahora se declaraban por Nicea? Y así se inició en la sagrada asamblea un trapicheo, un toma y daca, un regateo, improperios y griterío. Finalmente, los nicenos pudieron hacerse con el botín y contar con cargos. El Concilio se transformó en un bazar de dignidades eclesiásticas.

Y entonces se abatió sobre la asamblea una catástrofe inesperada: la muerte de Melecio. ¿Quién debería ocupar ahora la presidencia? ¿Y qué sucedería en Antioquía? El problema de la presidencia tenía una solución relativamente sencilla. Competía al obispo del lugar asumir esta función. Tan sólo la especial coyuntura de Constantinopla lo había impedido en el pasado. Ahora, Gregorio de Nacianzo contaba con una sólida posición como obispo de la residencia imperial. Podía en adelante asumir la dirección del Concilio.

Habría sido igualmente fácil la solución del problema de la sucesión en Antioquía si se hubiera mantenido aquel (¿supuesto?) compromiso entre Paulino y Melecio. Según este acuerdo, a la muerte de Melecio habría quedado Paulino como titular único de la sede episcopal. Ahora bien, en opinión de los participantes en el concilio –al menos de los que pensaban según parámetros políticos– Paulino arrastraba una grave mácula: era el candidato de Roma, el candidato de Dámaso, respecto del cual querían justamente mantenerse las distancias. En consecuencia, la mayoría de los Padres se inclinó por elegir a Flaviano, hombre de confianza de Melecio, como nuevo obispo de Antioquía, lo que significaba perpetuar el cisma.

Entre los contrarios a esta solución se encontraba Gregorio de Nacianzo, que intentaba taponar la brecha con Roma, movido también, y no en último término, por el objetivo de conseguir el reconocimiento del Papa para su propia elección. Esta conducta le granjeó muchos enemigos incluso entre sus antiguos partidarios. Al verse expuesto a vivos ataques, intentó imponerse mediante su gran capacidad retórica, pero se produjo el efecto contrario, es decir, provocó la repulsa de los menos ilustrados. En la discusión sobre el nuevo nombramiento para la sede de Antioquía se puso sobre el tapete la legitimidad del propio Gregorio como obispo de Constantinopla,

porque había cambiado de sede, en contra de lo establecido en la legislación canónica. Entonces Gregorio decidió jugárselo todo a una carta: declaró que renunciaba al cargo. Nadie se pronunció en contra. Ni siquiera el emperador, que durante tanto tiempo le había mostrado su apoyo. Profundamente dolido, Gregorio se retiró y escribió su autobiografía, llena de resentimiento contra sus hermanos en el ministerio y por eso mismo de tan amena lectura.

Vacaba, pues, de nuevo, la sede de Constantinopla y no podía contarse con la candidatura de ninguno de los obispos presentes, dado que Gregorio había sido destituido precisamente por haber cambiado de sede. Entonces intervino el emperador en persona. Se hizo traer –de creer a Sozomeno–[78] una lista de todos cuantos habían sido propuestos para el cargo y se pronunció a favor de una candidatura sorprendente, la de Nectario, un personaje no enteramente desconocido, al menos para el emperador.

Nectario ni siquiera estaba bautizado y menos aún había recibido la consagración sacerdotal, pero contaba con una ventaja: recientemente, este hombre de Tarso de Cilicia había ofrecido al pueblo de Constantinopla, en su cargo de pretor, fastuosos juegos. Es decir, poseía experiencia política y podía contar con el favor de las masas en la residencia imperial. Sabía, además, moverse en los ambientes palatinos. Teodosio, apoyado en su experiencia con los obispos orientales, pendencieros y poco pragmáticos, esperaba haber encontrado en él al hombre con el que hablar en términos razonables. Gregorio de Nacianzo felicitó a su sucesor en una carta agridulce. No dejó, más adelante, de impartir a Nectario, con aire condescendiente, consejos sobre el modo de combatir a los herejes, en los que le prevenía sobre todo contra los apolinaristas, que se sentían cercanos a los nicenos, pero de los que se iban distanciando poco a poco.[79]

Por encima de todas las renuencias, Nectario era ahora el obispo de Constantinopla y asumió, al parecer, la dirección de la asamblea. Su principal tarea consistía en conseguir la elección de Flaviano, para la que se mostraba favorable la mayoría del Concilio. Por encima de todos los obstáculos, se hallaban ahora al frente de los importantes obispados de Antioquía y Constantinopla dos hombres que disfrutaban de amplio reconocimiento entre los obispos nicenos y ambos, Flaviano y Nectario, supieron llevar a buen término destacadas tareas en sus respectivos puestos.

De todas formas, la asamblea de los obispos no se dedicó únicamente a distribuir cargos, sino que adoptó otras decisiones. Una de ellas estaba llamada a tener repercusiones singularmente decisivas. Se situaba a Constantinopla en el primer puesto, frente a todas las restantes sedes episcopales de Oriente. Después de Roma, el obispo de Constantinopla sería el de más alto rango. Esto significaba una provocación para Alejandría, que había reclamado siempre este puesto para su sede, y un distanciamiento respecto de la tradición eclesial, que hasta entonces había vinculado la importancia de las sedes episcopales a su grado de relación con los apóstoles: el largo proceso de equiparación de las estructuras eclesiásticas a las estatales alcanzaba así una conclusión provisional. Se prohibió, además, la intervención de los obispos en las cuestiones de política eclesial más allá de las fronteras de sus propias diócesis. También esta medida afectaba a la autoconciencia de poder de los alejandrinos.

Esto: pero hubo, además, conclusiones dogmáticas. Se confirmó el concilio de Nicea y se amplió su credo. Los Padres acentuaron de modo especial la importancia del Espíritu Santo como tercera persona de la Trinidad.[80]

La asamblea llegó a su fin el 9 de julio de 381 y los Padres conciliares retornaron a sus sedes. Teodosio, de acuerdo con su cargo, confirmó todas las conclusiones y les confirió de este modo validez. Se había alcanzado en Constantinopla el consenso niceno, que fue suscrito incluso por Cirilo de Jerusalén, oportunista defensor de opiniones en cierto modo equidistantes.

En varias ciudades estallaron tumultos como consecuencia de la sustitución de sus obispos por candidatos nicenos. No eran los homoiusianos los únicos que se veían afectados: había algunos grupos confesionales cercanos a los nicenos que no podían asumir las conclusiones de Constantinopla. Se contaban entre ellos los macedonianos, una confesión sólidamente asentada en Asia Menor, que bajo el gobierno de Valente se había acercado a las posiciones de Nicea, pero que ahora, tras el anuncio de libertad religiosa del emperador, se iban distanciando de ellas. La diferencia capital radicaba en la valoración del Espíritu Santo, a quien los macedonianos consideraban inferior a Cristo y a Dios. A pesar de todos sus denodados esfuerzos durante el Concilio, Teodosio no había conseguido acercar esta confesión a las posiciones de los nicenos, de modo que tenía que contar

con un fuerte grupo de disidentes de la fe en una zona nuclear del Imperio.

Incluso dentro del campo de los nicenos reinaba el malestar: Timoteo, sucesor de Petros en la sede de Alejandría, se sintió desplazado por Nectario a un segundo puesto. Además, Flaviano estaba muy lejos de ser aceptado por todos como obispo legítimo de Antioquía. Tampoco, en definitiva, Gregorio de Nacianzo podía sentirse feliz en su situación y puso en circulación, en su entorno, escritos que criticaban de una manera más o menos velada la política imperial. No se había conseguido la unión de la Iglesia en Oriente. El propio emperador, por otra parte, tampoco consideraba que su orientación nicena le impidiera mantener contactos con el obispo godo homoiusiano Ulfilas, más tarde sepultado en Constantinopla con universal aceptación. Una vez más se mostraba muy voluble en lo tocante a su política personal.

Pero no sólo en Oriente, sino que también entre las dos mitades del Imperio hacía estragos una contienda de la política eclesiástica que adquiriría también, sin tardanza, una dimensión política. Confluían en ella dos factores: en Occidente seguían adelante, bajo la égida de la pluma de Ambrosio de Milán y con el apoyo de Graciano, los preparativos para el concilio de Aquileya. Tuvo que provocar irritación la noticia de que Oriente no sólo renunciaba a participar en él, sino que estaba celebrando una asamblea propia y aún más concurrida.

Un segundo elemento contribuía a aumentar aún más el descontento en Occidente. Máximo, el depuesto obispo de Constantinopla, había buscado refugio, en un primer momento, en Egipto, pero allí rompió con su patrocinador Petros y se trasladó a Occidente, donde trabó contacto con el propio emperador Graciano. Exhibiendo cartas de Petros –tal vez absolutamente falsificadas– pudo legitimar su posición y sembró preocupación entre los obispos occidentales con noticias estremecedoras acerca del desarrollo de las deliberaciones de Constantinopla. Se llegó incluso a cuestionar la validez de la totalidad de las decisiones constantinopolitanas: Gregorio de Nacianzo habría sido elegido en contra de las normas del derecho canónico, Flaviano en contra de lo acordado con Paulino (el candidato de Occidente) y al laico Nectario no podía considerársele aspirante legítimo para el elevado puesto de obispo que se le ofrecía. El belicoso obispo

de Milán, Ambrosio, contando con el apoyo de Graciano, envió a Teodosio una carta común con todos sus hermanos en el episcopado, en la que abogaba firmemente por Máximo.[81] El concilio de Aquileya, que se inició el 3 de septiembre de 381, con el objetivo fundamental de combatir a los homoiusianos de Iliria, criticaba los acontecimientos de Oriente con la máxima contundencia que le permitía el escaso número de participantes. Volvía a destacar aquí de nuevo Ambrosio, cuya conducta no produjo precisamente ninguna impresión favorable en el emperador de Oriente. Teodosio no podía ignorar que su política pronicena le había aportado hasta el momento escasos dividendos.

De todas formas, en Aquileya se formuló la propuesta de celebrar una asamblea conjunta de eclesiásticos de Oriente y Occidente, concretamente en Roma. Pero la idea no pudo materializarse, sobre todo porque las guerras contra los godos hacían inseguros los caminos entre las partes oriental y occidental del Imperio. Con todo, los obispos volvieron a congregarse, al mismo tiempo, el año 382, pero en dos escenarios distintos, en Roma y en Constantinopla. El Concilio de Roma podía ufanarse de contar entre sus asistentes, en la persona de Paulino de Antioquía, acompañado hasta Chipre por Epifanio de Salamina, con uno de los obispos más destacados de Oriente. Con el apoyo de Graciano, se invitaba a los restantes obispos orientales a trasladarse del Bósforo al Tíber. Pero éstos se remitieron a los sufrimientos padecidos durante la persecución de Valente y declararon en términos amistosos que coincidían con sus hermanos occidentales en todas las cuestiones relacionadas con la ortodoxia, pero que preferían, con todo, atenerse a sus elecciones de obispos y lamentaban no poder emprender aquel largo viaje. La negativa, a pesar de su tono afable, suponía una afrenta para los obispos occidentales y para el propio Graciano. Y los obispos orientales no se habrían atrevido a hacerlo si no hubieran contado con la aprobación de Teodosio. Al menos en su enfrentamiento con Occidente, los nicenos de Oriente habían adoptado una postura unánime y Teodosio agrupaba en torno a sí a su gente.

Junto a sus relaciones con Occidente, Teodosio seguía teniendo en el punto de mira la situación confesional de su zona de dominio: su política frente a los homoiusianos era menos severa que la de Occidente, sobre todo porque esta confesión gozaba de amplia difusión

entre sus nuevos amigos, los godos. Parece incluso que les concedió un edificio religioso que, de acuerdo con su propia legislación, se hallaba, por supuesto, extramuros de la ciudad: la iglesia de Mokios.[82] En todo caso, poco después del concilio de Constantinopla, el 19 de julio de 381, había promulgado Teodosio una nueva ley sobre los herejes por la que se les prohibía no sólo, como hasta entonces, construir iglesias dentro de la ciudad, sino también en el campo. Y ordenaba la secularización de los centros de culto existentes.

Mayor amenaza suponía para los heterodoxos otro nuevo edicto que Teodosio promulgó el 30 de julio de 381, es decir, unos pocos días después, destinado al procónsul de Asia, en cuya zona de gobierno ningún obispo había suscrito las conclusiones del Concilio. Se mencionaban aquí los nombres de los obispos cuya fe debería servir de pauta. En su primera declaración sobre esta materia había reconocido esta posición a Dámaso de Roma y a Petros de Alejandría, pero ahora se añadían nuevos nombres, entre ellos el de Timoteo, sucesor de Petros, que firmaba en armonía con su rival Nectario.[83] Quien estuviera de acuerdo con los obispos mencionados sería tenido por ortodoxo y adquiriría poder en la Iglesia. También aquí –y ahora lo mismo que antes– ocupaba el centro de esta legislación contra las restantes confesiones cristianas el problema laico de la propiedad sobre los edificios eclesiásticos. Tal vez esta disposición respondía al deseo fundamental de Teodosio de crear claridad y paz, pero era una cláusula incendiaria, porque, de acuerdo con ella, algunos obispos eminentes podían destituir, cuando bien les pareciera, a sus hermanos en el ministerio mediante el simple recurso de afirmar que seguían otra fe. Así no podía restablecerse la paz eclesial.

Teodosio, que, a diferencia de muchos de sus predecesores, no había asumido el título romano de *pontifex maximus*,[84] adoptó una conducta mucho más mesurada frente a los paganos. Es cierto que a finales de año establecía, con gravísimas palabras, castigos contra quienes intentaran utilizar los templos para sacrificios paganos. La penalización era severa, a saber, la proscripción. Sobre el trasfondo de la situación política de aquel entonces, los sacrificios paganos podían entenderse, en efecto, en cuanto interpretación del futuro, como rozando los límites de la traición. Pero la anécdota de que permitió que siguiera abierto un templo pagano en Edesa, aunque no los sacrificios, para las ocasiones solemnes, con el argumento de que había ser-

vido como lugar de reuniones –evidentemente de los representantes de la ciudad– y de que las estatuas allí exhibidas estaban al servicio del arte, no del culto, nos permite concluir que la conducta de Teodosio frente al paganismo incluía muchos matices. Esta concesión resulta sorprendente y probablemente perseguía una finalidad táctica. Afectaba, claro está, a Osrhoene, un territorio situado en la amenazada frontera oriental del Imperio, donde no se quería ciertamente permitir ningún tipo de alboroto. Por otra parte, declaró que la aceptación de la siriarquía, cargo que se remontaba a la tradición pagana, era voluntaria, lo que implicaba una cierta debilitación del paganismo, pero tal vez pretendía también aligerar la carga fiscal de los decuriones de Antioquía. Así pues, los paganos no tenían en frente a un enemigo cegado por el odio.

Teodosio volvió a tomar medidas contra los maniqueos, pero estableciendo ciertas diferencias.[85] Mientras que algunos se veían expuestos a simples pérdidas de bienes materiales, sobre los seguidores más radicalizados pendía la amenaza de sentencias de muerte, una medida de inusitada dureza, aunque sólo afectaba a un grupo marginal. Además, quienes celebraran la fiesta de la Pascua según el cómputo judío serían considerados culpables según la ley.

En 383 se registró un nuevo planteamiento en el campo de las confesiones cristianas. Era patente que Teodosio, que no había conseguido imponer la paz en la política eclesiástica ni por medio de las leyes ni mediante los concilios, quería una clara decisión. Invitó a todas las confesiones a un diálogo en Constantinopla, que fue declarado debate abierto, y de hecho fueron numerosos los eclesiásticos querellantes que se trasladaron a la capital. Este tipo de intercambios religiosos es una evidencia en la época actual de los diálogos ecuménicos, pero en el siglo IV constituían un acontecimiento excepcional. Puede parecer sorprendente que los heterodoxos fueran capaces de depositar alguna esperanza en una reunión convocada por Teodosio, pero no debe olvidarse que en los círculos homoiusianos se le seguía considerando una persona con la que se podía razonar.[86]

Un consejero avisado, de orientación nicena, habría señalado a Teodosio –si hemos de creer a nuestra fuente principal–[87] un camino para que pudiera formarse su propia opinión. Debería sencillamente preguntar a los correspondientes grupos qué posición adoptaban respecto a la tradición de los Padres. Dado que la mayoría de las

confesiones habían surgido en una época relativamente reciente, había que contar con que sus respuestas a la pregunta serían titubeantes. Teodosio planteó la pregunta y tuvo que reconocer que había subestimado en gran medida la capacidad litigante de los teólogos. Una cuestión tan concienzudamente elaborada no redujo a nadie al silencio, sino que desencadenó vivos debates.

Pero no eran debates lo que el emperador quería, sino unanimidad y, además, rápidamente. Pidió que, sin demora, cada grupo redactara su propia confesión de fe. Luego se retiró, con los textos, para orar y pedir a Dios que le señalara la confesión verdadera. Y, en efecto, la inspiración acudió sin tardanza. Volvió a congregar a los obispos y les declaró que Dios le había señalado la confesión de fe nicena. Todas las restantes estaban desviadas. En adelante, tan sólo los novacianos, que coincidían en su credo con los nicenos, aunque se atenían a ciertas normas diferentes en el capítulo de la praxis de la fe, podían disfrutar de libertad de acción.

Si alguno de los no nicenos se sintió sorprendido por aquella decisión en favor de los nicenos debía estar poseído por una singular confianza en Dios. El camino que había llevado a aquella decisión era curioso y, desde el punto de vista eclesial, discutible. El emperador reclamaba para sí haber sido henchido de la voz de Dios lo suficiente como para poder determinar sobre la verdad de la fe. Con esta pretensión, los clérigos pasaban a un segundo plano y los concilios perdían su valor. Es evidente que los nicenos recibieron la decisión con rechinar de dientes, sobre todo porque el emperador los consolaba con una enérgica ley que enumeraba una larga lista de comunidades religiosas que no podrían en adelante celebrar reuniones.

Teodosio confirmó en diciembre estas normas y añadió a la lista, probablemente por influencia de Gregorio de Nacianzo, a los apolinaristas. El acento era ahora aún más acuciante. Los «errados en la fe» que tuvieran en adelante la osadía de celebrar reuniones deberían ser desterrados. Pero, además, se ponía claramente el dedo en la llaga en el capítulo de la aplicación práctica de las leyes: a los funcionarios que no vigilaran con suficiente celo estos hechos se les apercibía ahora con castigos.

Aquel mismo año se dictaron nuevas leyes contra las restantes confesiones: pendía de nuevo sobre los apóstatas la amenaza de restricciones en el derecho hereditario. Tampoco esta vez –al igual que

en el pasado– se permitían desviaciones respecto de Nicea y aumentaban –sobre todo en el caso de los herejes y no tanto en el de los judíos– las consecuencias negativas, se acortaba la cuerda, había que contar con nuevas tribulaciones. Con todo, el emperador adoptó una actitud que el historiador de la Iglesia Sozomeno define con las siguientes palabras:

> Fijó severas sanciones en las leyes, pero no las puso en práctica, porque no pretendía castigar a sus súbditos sino infundirles temor para que, en lo concerniente a las cosas divinas, compartieran su opinión, pues también alababa a quienes por su propia voluntad se convertían.[88]

Existía, pues, una fuerte presión, pero no coacción religiosa, sobre quienes se desviaban de la ortodoxia.

Lancemos una mirada retrospectiva: Teodosio llegaba, como nuevo emperador, a una región que le era extraña y se esforzó por asegurar el terreno. Como primera medida, hizo importantes concesiones al ejército. En la elección de los altos cargos apostó por hombres de su confianza. La elite civil de Constantinopla, que se veía obligada a contemplar la meteórica carrera de los amigos de Teodosio, podía consolarse con la idea de que el emperador fijaría su residencia permanente en su ciudad, con la consiguiente revalorización. Además, a través de la promoción de Temistio, señalaba su voluntad de respetar las tradiciones culturales de impregnación pagana. El pueblo llano disfrutó de las fiestas que, con razones más o menos bien fundadas, les concedía el nuevo soberano. En conjunto, se transparenta aquí un planteamiento integrador, un esfuerzo por tener en cuenta y respetar los intereses de todos los grupos sociales.

En la política eclesiástica, Teodosio se preocupó, al parecer, por clarificar la situación externa, sobre todo en lo concerniente a los edificios de la Iglesia. Es evidente que no advirtió las profundas tensiones dentro del campo niceno. Pero a más tardar ya con el Concilio de Constantinopla, logró imponer una clara decisión. En las dos sedes episcopales de referencia, Antioquía y Constantinopla, se situaban, en las personas de Flaviano y Nectario, dos hombres que parecían perfectamente capacitados para gobernar con energía sus obispados y que debían el cargo al emperador Teodosio, y cuya designación resultaba

ser, además, impugnable, lo que acentuaba su dependencia respecto del favor imperial. De este modo afianzaba también considerablemente Teodosio su propia posición, aunque a costa de desencadenar un conflicto con el obispo de Alejandría.

Ahora bien, sólo pudo conseguir una cierta pacificación de la situación eclesial mediante masivas intervenciones personales. Con ocasión del diálogo religioso de 383, el emperador –que en una ley anterior se había apoyado en los obispos Dámaso de Roma y Petros de Alejandría– reclamaba para sí el puesto de juez en la fe, dado que –bajo la afirmación de que así se lo había inspirado Dios– decidía que la confesión de fe verdadera era la de Nicea. Pero al actuar de este modo usurpaba una posición cuasi-sacerdotal.

Procuró al mismo tiempo suplir la ausencia de poder familiar de que adolecía en Oriente mediante la promoción consciente y deliberada de determinados eclesiásticos y determinados dogmas, con los que construir redes de partidarios que le demostraron su lealtad. Son escasas, en los años siguientes, las noticias acerca de los adversarios de Nicea. Hubo, igual que antes, disidentes, pero la superioridad de los nicenos quedaba ya sólidamente establecida. Y esto resultaba tanto más notable cuanto que Teodosio no recurrió a prohibiciones, sino que se limitaba a imponer a los heterodoxos desventajas materiales –aunque gravosas–, por ejemplo, en la renuncia a la propiedad de edificios religiosos y limitaciones en el derecho hereditario. Era una política eclesiástica moderada que bajo numerosos aspectos recordaba más la de Valente que la de Constancio II, que dictó numerosas condenas de destierro.[89]

Durante los primeros años del gobierno de Teodosio, los paganos no ocuparon el centro de la política. Pudieron mantener hasta cierto punto sus posiciones, algunos se movían incluso dentro del círculo íntimo del emperador, pero se hacía cada vez más claramente perceptible el proceso de cristianización del Imperio.

Merece destacarse la circunstancia de que en el ámbito de la política eclesiástica Teodosio tuvo que asumir –aunque sin fomentarla– una delimitación respecto de Occidente, la zona del Imperio de su colega Graciano. En todo caso, no tenía que temer que éste ganara influencia en Oriente a causa de sus posiciones religiosas, porque ambos emperadores se habían decantado por los nicenos, por más que con distintos acentos. Ya el año 381 pudo percibirse nítidamente

esta situación con ocasión de los dos concilios, uno en Occidente y otro en Oriente. La coincidencia dogmática básica de los emperadores no cristalizó en una política eclesiástica unitaria.

En 383, con el nombramiento de Saturnino, alcanzaba por primera vez el cargo de cónsul un hombre que no provenía de Hispania ni era pariente del emperador, indicio claro de que ahora Teodosio se sentía más seguro en Oriente. De hecho, el cambio de año de 383 cerraba la fase de inicio de su gobierno: había puesto bajo control el problema de los godos, había marcado claras señales en la política eclesiástica, había expulsado de las ciudades a los adversarios de Nicea y se había emancipado de Graciano. Llegaba el momento de perseguir metas más ambiciosas. Podía pensarse, por ejemplo, en el viejo enemigo, Persia. Si alguien quería buscarse preocupaciones podía tal vez pensar que Teodosio había ido demasiado lejos en su voluntad de autonomía frente a Graciano y que podía perfilarse la amenaza de una escisión del Imperio en el futuro. De hecho, la brecha se inició en el año 383, pero las coyunturas personales introdujeron un cambio radical.



IV. Asegurar lo conseguido (383-388)

En el camino hacia la unidad del Imperio

Usurpación en Occidente

Si, en el cambio de año 382/383, hubiera lanzado Teodosio una mirada retrospectiva hacia el pasado, habría tenido motivos suficientes para sentirse satisfecho. Habían desaparecido los dos grandes peligros que amenazaban su política de paz: había concertado con los godos un tratado y había esclarecido la situación de la Iglesia en beneficio de los nicenos. Iban, en cambio, en aumento los conflictos en dos puntos: en el Este, en la frontera siempre amenazada por el Imperio Persa, y en el Imperio de Occidente, cuyo soberano, Graciano, se distanciaba cada vez más de Teodosio.

En primer lugar el Este: ya el año 378 Valente había hecho preparativos para una guerra contra los persas[1] cuando, forzado por la invasión goda, tuvo que acudir apresuradamente a Tracia. Curiosamente, los persas no se aprovecharon de la precaria situación romana. Sobre la razón sólo caben especulaciones: posiblemente sus fuerzas estaban comprometidas en enfrentamientos en otras fronteras, o tal vez su rey Sapor II, que murió algunos meses más tarde, el año 379, se encontraba demasiado débil para acometer grandes empresas. A su muerte, las fuerzas del país estaban absorbidas por los tumultos que acompañaban casi siempre a todo cambio de soberano en Persia; fuera como fuere, el frente persa se mantuvo tranquilo durante varios años. De nuevo la fortuna sonreía a Teodosio, aunque nunca era posible entregarse al ocio. Ni siquiera se había concluido un tratado de paz ni tampoco, aunque se hubiera firmado, podía darse por garantizada la seguridad plena.

Se oían, por lo demás, voces en el bando romano que instaban a la guerra con los persas. En su discurso a Saturnino, el primero de enero del año 383, Temistio se manifestaba agresivo y optimista: Mientras nosotros nos afanamos de esta manera y multiplicamos

nuestros esfuerzos, del mismo modo que hemos vencido a los godos sin derramamiento de sangre y sin lágrimas, también atraeremos a nosotros, antes de que pase mucho tiempo, a los persas, nos ganaremos también de nuevo a los armenios, recuperaremos la región de Mesopotamia que otros abandonaron.[2] Este filósofo erudito, habituado a la blanda vida urbana, ayuno de toda experiencia militar, propagaba aquí un rumbo expansionista no ciertamente sin el consentimiento de la corte y con total certeza con la mirada puesta en el ambiente tradicionalista de la capital. Por este tiempo, algunos aliados árabes intentaron, al parecer, llevar a cabo un conato de deserción que fue abortado.[3] Así pues, se imponía, como primera tarea en Oriente, asegurar y consolidar lo conseguido.

De hecho, a comienzos de 384 Teodosio marchó hacia el Este para entablar negociaciones con los persas. Ahora podía tratar con su poderoso enemigo desde una posición de fuerza, aunque el emperador prefería probablemente una solución pacífica que le permitiera economizar sus recursos. Pero se le ahorró la necesidad de una decisión.

Por aquellos días le llegó, en efecto, una noticia alarmante. En Britania, un cierto Máximo se había proclamado emperador y alcanzado rápidos éxitos militares. La posición de Graciano estaba seriamente amenazada. Como en vísperas de Adrianópolis, había que postergar la campaña persa, porque otro foco de crisis reclamaba la presencia de sus tropas.

La caída de Graciano provocó, sin duda, un sobresalto en Teodosio, pero su reacción no debió estar exenta de cierta malignidad. Es verdad que Graciano había sido su patrocinador, pero eran claramente perceptibles las señales de una incipiente y progresiva crisis entre Oriente y Occidente. A la política eclesiástica severamente antihomoiusiana cultivada en Occidente contraponía Teodosio medidas que ciertamente favorecían a los nicenos, pero que no cortaban la respiración a los restantes grupos.

Pero es que, además, ambos emperadores se habían infligido ofensas en cuestiones políticas. El 19 de enero de 383, Teodosio proclamó *augustus*, como ya se ha dicho, a su hijo Arcadio, a quien Graciano se negó a reconocer. Su acuñación de moneda, con la que se pretendía celebrar a los emperadores legítimos, simplemente ignoró este acontecimiento, y con muy buenas razones, porque con

aquel nombramiento Teodosio se aseguraba su sucesión y se proponía la fundación de una dinastía, mientras que el joven Graciano sólo podía contar con niños de corta edad. Tal vez quiso ser un gesto de reconciliación el hecho de que Graciano concediera a su colega el título de cónsul para el año 383, pero si perseguía este objetivo fracasó. Teodosio, en efecto, renunció al cargo y se lo traspasó a Saturnino. Y procuraba, además, fomentar las buenas relaciones con los senadores de la ciudad de Roma que no estaban de acuerdo con algunas de las medidas de política religiosa de Graciano.[4]

Pudo revivir entre los más ancianos el recuerdo de otros colegios de gobernantes que finalmente acabaron en enfrentamientos bélicos. Hubo incluso hermanos que se combatieron hasta la muerte. También ahora había que contar con esta posibilidad, pues en definitiva ambos emperadores estaban unidos por intereses a veces coincidentes y otras divergentes. Y justo en este momento era derrocado Graciano.

¿Qué cabe decir del hombre que se atrevió a hacerlo? Se llamaba Magno Máximo[5] y Teodosio le conocía desde mucho tiempo atrás. Ambos procedían de Hispania, aunque Máximo descendía, al parecer, de una familia de menor rango que la de Teodosio. Como otros muchos contemporáneos, Máximo buscó y halló fortuna en la milicia. Su promotor y benefactor no fue otro que Teodosio el Viejo. Máximo le había acompañado en los inicios de su carrera como jefe del ejército en Britania y tal vez también incluso en su campaña africana contra Firmo de 373/374. La muerte de Teodosio no parece haber torcido el curso de su carrera militar y en todo caso siguió desempeñando una destacada función militar en suelo británico como *dux Britanniae*. Seguía la confesión de fe nicena y tal vez recibió incluso el bautismo, como el propio Teodosio.[6]

Entre finales de 382 y mediados de 383 sus soldados le proclamaron emperador, al parecer con sorpresa suya y en contra de su voluntad. Tal vez la ocasión la proporcionó una victoria sobre los pictos y los escotos, en la frontera septentional, alcanzada poco antes. Pero las raíces eran más profundas.

Graciano, que por aquel entonces se hallaba en los inicios de la veintena, había conseguido escasa autoridad. Las repetidas noticias de victorias sobre los alamanes demuestran, precisamente por su regular repetición, que no eran decisivas. Parece, además, que aquel

inexperto hijo del emperador no consiguió acomodarse a la psicología de los soldados romanos. Se habla incluso de que de entre las tropas que combatían en el ejército de Roma sentía predilección por los aliados alanos y que se presentaba en público con el atuendo propio de esta tribu.[7] Y esta impresión de predilección por un pueblo extranjero tenía que enajenarle forzosamente la simpatía de los soldados romanos.

Máximo consiguió trasladarse rápidamente de Britania al suelo continental y ganar para su causa a las tropas de la frontera y, pronto, también a las de otras regiones. Graciano, que en el momento de la invasión se había trasladado a Italia septentrional y estaba envuelto en guerras en Retia, se dirigió sin pérdida de tiempo a las Galias con la intención de librar un combate en las cercanías de París. Al principio todo se redujo a escaramuzas, pero al ejército del usurpador se le iban añadiendo nuevas unidades, sobre todo de la caballería mauritana. Graciano buscó refugio en el Sur, con un puñado de tropas leales –se habla de 300 jinetes– y sin respaldo alguno: las ciudades le cerraron las puertas. Tal vez se proponía cruzar los Alpes y llegar a la zona de soberanía de Valentiniano II. Pero Máximo lanzó en su persecución a sus partidarios, bajo la dirección del general Andragatio, que le dieron alcance y muerte, cerca de Lyon, el 25 de agosto de 383.

Al cadáver se le dio el mismo ignominioso trato que los soberanos legítimos solían dar a los usurpadores. Le cortaron la cabeza y la expusieron a la vista del público para que todos pudieran comprobar con sus propios ojos su derrota. Pero Máximo era un hombre precavido y ordenó de inmediato poner fin a estos excesos provocadores.

La vertiginosa victoria de Máximo constituye un enigma. Es cierto que en tales acontecimientos el azar desempeña siempre una función. Si Graciano hubiera conseguido alcanzar Italia, podría haber organizado el contraataque y la usurpación no habría pasado de simple episodio. Pero el recurso al azar no pasa de ser una solución intelectual a falta de mejor hipótesis. No existe una explicación convincente.

Aunque las fuentes acentúan con términos tan expresivos la predilección de Graciano por los jinetes alanos, no debe asumirse y compartirse sin reservas este motivo, porque este género de interpretaciones responde a la tendencia de los autores antiguos a resumir en

peculiaridades personales las causas de los acontecimientos históricos. Es, de todos modos, cierto que el episodio de los alanos pone al descubierto un problema estructural. El ejército romano carecía de homogeneidad, también, y sobre todo, en el aspecto étnico. Todos los emperadores se veían en la precisión de dar palpables muestras de su simpatía por los contingentes de procedencia extranjera y fue esto –y no una singular idiosincrasia– lo que pudo haber inducido a Graciano a presentarse con vestimenta alana. Pero, al parecer, no consiguió transmitir la significación de este gesto de manera correcta y adecuada. Esta incapacidad pudo aumentar en su entorno la preocupación por su falta de experiencia para el cargo. Una valoración de este tipo haría verosímil la traición de altos mandos que, además, pudieron verse motivados por desengaños personales. Al parecer, en París el general y dos veces cónsul Merobaudes se habría distanciado de su emperador. De todos modos, diversos indicios señalan que aquel influyente y prestigioso hombre del entorno de la dinastía valentiniana fue una de las primeras víctimas de Máximo.[8] Fuera como fuere, sus tropas se pasaron al usurpador.

Pero hay otra persona, aún más importante, sobre la que cae la sombra de la sospecha de haber contribuido al derrocamiento de Graciano: el propio Teodosio. Ya se ha mencionado antes que estos acontecimientos le resultaban oportunos. Está testificado además con suficiente claridad que Máximo se vanagloriaba de sus relaciones con él.[9] La posterior política de Teodosio transmite la impresión de una cierta simpatía por el usurpador. Pero si envió señales a Máximo de estar de acuerdo con él, se esforzó hasta tal punto en mantenerlas ocultas que ni ahora ni entonces es posible emitir un veredicto seguro. Lo cierto es que no podía dirigir desde la distancia el curso de los acontecimientos. Tal vez se limitó simplemente a mantenerse a cubierto.

Máximo consiguió victorias contundentes que él –y probablemente numerosos contemporáneos– interpretaba como señal de la complacencia divina. Tras las Galias, cayó rápidamente en su poder Hispania. Era evidente que Valentiniano II, que residía en Italia, no podía ofrecerle una sólida resistencia. Se registraron algunas escaramuzas, pero sin grandes derramamientos de sangre. Máximo hizo ver, desde el primer momento, que aquel poder conseguido con un audaz golpe de mano tenía vocación de permanencia cuando otorgó



FIGURA 3. Moneda de Máximo. La inscripción en torno al retrato dice en el anverso: D(OMINUS) N(OSTER) MAG(NUS) MAXIMUS P(IUS) F(ELIX) AUGUSTUS: *Nuestro Señor Magno Máximo, El Piadoso, el Feliz, Augusto.* En el reverso: VICTORIA AUGG (*Victoria, dos augustos*) en torno a una armoniosa pareja imperial.

a su hijo Víctor el título de *caesar*, es decir, de futuro sucesor. Y, por supuesto, acuñó moneda con su propio nombre (*figura* 3).

Había surgido así una nueva constelación en el Imperio Romano. En Occidente –en Britania, las Galias e Hispania– regía, en la persona de Máximo, un hombre que no estaba emparentado con la dinastía reinante y que incluso había ordenado asesinar a uno de sus miembros. Valentiniano II gobernaba en Italia y África. Era el emperador más antiguo en el cargo y, en este sentido, superior a los otros, pero también, de hecho, el más débil, porque era palpable que carecía de la energía suficiente para actuar por su propia iniciativa. El poder más sólido estaba en manos de Teodosio, el emperador de Oriente. Era también el que mayores beneficios obtenía de la usurpación urdida por el antiguo camarada de su padre. Como había ocurrido en su encumbramiento al poder, también ahora resultaba ganador en una situación de crisis. No podía ciertamente configurar los acontecimientos a su gusto, pero sabía explotarlos con habilidad y eran muchas las cosas con que le sonreía la suerte; con absoluta y entera razón, pensaba probablemente en su fuera interno, porque se entregaba a Dios con profunda piedad.

El Imperio tripartito

Aunque Teodosio pudo seguir con calma el proceso de usurpación de Máximo, no podía perder de vista los acontecimientos de Occidente para llegar a un acuerdo con el nuevo soberano sin aparecer como traidor a Graciano. Tenía que vigilar de cerca, por otra parte, los dos focos de crisis más amenazantes: el espacio balcánico y la frontera persa. Teodosio había conseguido pacificar hasta cierto punto las regiones al Sur del Danubio. En circunstancias normales, los visigodos asentados en ellas tenían como mínimo tanto interés, o incluso más, que los propios soldados romanos por impedir la penetración de tribus extranjeras y por garantizar una situación estable. Aquí no había, por el momento, ninguna necesidad de pasar a la acción.

Es verdad que los años 385/386 algunos grupos, cuyo núcleo básico estaba constituido por greutungos, se arriesgaron a penetrar, bajo la jefatura de Odoteo, en suelo romano. Promoto, por aquel entonces jefe del ejército, les tendió una trampa con ayuda de godos fieles a Roma y aniquiló a muchos de ellos. Teodosio trató con magnanimidad a los supervivientes y los asentó en Frigia. Se anticipaba así al peligro de posibles enfrentamientos entre diversos grupos godos y se ganaba al mismo tiempo potenciales soldados. La victoria fue festejada con un triunfo; al parecer, el primero de los celebrados en Constantinopla. Su recuerdo se conserva en la columna erigida en el Foro de Teodosio, por entonces en estado embrionario.

Se presentaba bajo un signo distinto la relación con los persas. Ya se ha mencionado que a comienzos de 383 Teodosio había emprendido el camino hacia el Este, con la evidente intención de llevar a cabo algunas iniciativas –ya sea mediante acciones bélicas o con la conclusión de tratados–, pero que la usurpación de Máximo le forzó a retroceder. Aunque el emperador seguía siendo por entonces el mandatario más poderoso, tenía que concentrar sus fuerzas en Occidente para anticiparse a posibles ataques del usurpador. Y precisamente por eso era necesario descubrir un camino por el que poder llegar a un acuerdo con los persas.

Una vez más la suerte vino en ayuda de Teodosio, ahora bajo la forma de un nuevo cambio de gobierno. El año 383 fallecía el rey Artajerjes y le sucedió su (presunto) hermano Sapor III. Estallaron

las habituales agitaciones y luchas por la sucesión al trono, acaso en esta ocasión agudizadas por las incursiones de pueblos extranjeros en las regiones orientales de Persia. Así pues, el Imperio persa estaba paralizado en un momento favorable a los romanos. El emperador romano quiso hacer palpable su presencia en el Este de una manera simbólica mediante la fundación de una ciudad muy cerca de la frontera, a la que llamó Teodosiópolis.[10]

Era evidente que existía un cansancio generalizado derivado de las incesantes discordias. Se entablaron negociaciones. Los romanos enviaron varias delegaciones a la corte persa y al menos por dos veces se registró la presencia de embajadores persas en el Imperio Romano, tal vez motivadas por la razón evidente de un cambio de soberano en Persia, pero tal vez también comisionadas para negociaciones sobre puntos concretos. Nada se sabe sobre los detalles de las conversaciones. Teodosio renunció, al parecer, a reclamar la devolución de Nísibe, perdida en 363 por Joviano, y mantuvo una actitud moderada también respecto de Armenia. En todo caso, en 387, en vísperas del enfrentamiento con Máximo y bajo la presión, por tanto, de conseguir buenos resultados, concluyó un tratado de paz que así lo sugería. En lugar de un rey, se nombraron dos en Armenia, ambos del linaje real de amplia tradición de los arsacidas. Uno de ellos dominaría sobre aproximadamente las cuatro quintas partes del territorio, bajo obediencia persa, mientras que el hombre de los romanos tenía que conformarse con lo restante. La división se produjo como consecuencia de conflictos intraarmenios. Parece, además, que hubo unidades territoriales menores directamente sometidas bien a los romanos o bien a los persas. No era mucho lo que Teodosio conseguía, pero significaba un paso adelante respecto del año 383, sobre todo porque, al parecer, el soberano persa prometía poner fin a la persecución de los cristianos.[11] El romano salvaba la cara y aseguraba por el momento la frontera oriental con un tratado de paz, porque se cernían sobre Occidente los nubarrones de una amenaza de guerra.

Se esbozará aquí a continuación, con pinceladas anticipadas, la evolución, poco espectacular, de los acontecimientos en esta región: al parecer, el año 390 los romanos sustituyeron a su «rey» por un funcionario, llamado *comes Armeniae*, de origen armenio. Más adelante, la zona quedó más firmemente integrada en la administración romana. Estos acontecimientos despertaban tan escaso interés que apenas

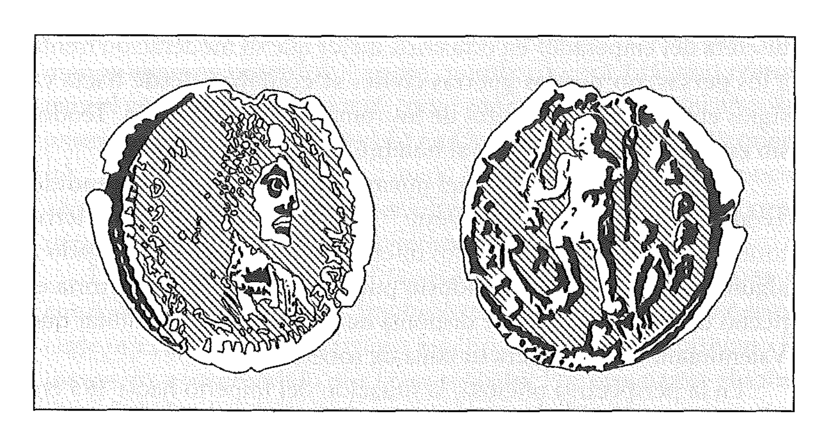


FIGURA 4. Moneda de bronce para la campaña contra Máximo. El anverso muestra a Teodosio, con la misma inscripción que en la figura 2; en el reverso, un emperador, en pie, en la proa de una nave, con la inscripción VIRTUS AUGGG (*Fortaleza, tres agustos*).

aparecen mencionados en las fuentes. En estos años no se registraron graves enfrentamientos bélicos, porque las energías militares de ambos imperios estaban empleadas en otros puntos y sus soberanos se daban por contentos con no tener que abrir nuevos frentes. De todas formas, había un notable número de soldados romanos en las guarniciones de la frontera persa, porque a pesar de todos los tratados no podía bajarse la guardia frente a un enemigo tan poderoso.

Es evidente que hombres de la casta de Temistio debían sentirse desilusionados ante la política del emperador frente a Persia. Teodosio no había aprovechado la paz del Danubio para exhibir su fortaleza en el Este, porque antes que la expansión militar prefería la conservación de su tropas. Y ni siquiera podía justificar su conducta con el pretexto de que sus fuerzas estaban absorbidas por la actitud agresiva de Máximo.

Porque en efecto, la conducta de Teodosio frente a este tercer nuevo foco de crisis era titubeante. Después de la usurpación, se difundió, al parecer, en algunas monedas, la noticia de la recuperación de Britania (*figura 4*),[12] pero no hubo en el terreno de la práctica ninguna iniciativa. Si alguien esperaba un llamamiento inmediato a las armas o cuando menos una enérgica protesta, quedó desilusionado. Muy probablemente la elite romana comprendía la actitud

discreta del emperador en esta crisis mejor que su moderación frente a los persas, porque las guerras civiles se contaban desde hacía ya siglos entre los peores azotes de los romanos. Por otro lado, Teodosio estaba obligado a vengar al hombre a quien debía el trono.

De todos modos, ya aquel mismo año 383 había emprendido Teodosio la marcha hacia el Oeste,[13] aunque sin penetrar en el territorio de Máximo. Al parecer, los diferentes partidos habían llegado a algún tipo de acuerdo y Teodosio pudo apuntarse como victoria el hecho de que Máximo, que disponía de mayor potencial militar que Valentiniano, no invadiera su zona de soberanía.

En la perspectiva oficiosa, la situación del Imperio hacia 385 era la siguiente:

> Él [Teodosio] domina en casi toda la tierra y el mar, gracias a él se somete el Este a los romanos y el Oeste se mantiene en calma. Todos los pueblos le veneran.[14]

El Este alude ciertamente a Persia, mientras que por Oeste el orador entendía la zona de dominio de Máximo. Mientras que este texto presenta a los persas, que estaban en negociaciones con los romanos, como súbditos, la caracterización del Oeste deja traslucir las escasas pretensiones de Constantinopla en este aspecto. Bastaba, al parecer, con que hubiera durante algún tiempo paz para demostrar la supremacía del emperador.

Merece la pena reseñar que durante todo este periodo Valentiniano II seguía siendo considerado soberano formal de Italia y África. Se trataba claramente de una *quantité negligeable.* Incluso los senadores de Roma se inclinaban cada vez más abiertamente por Teodosio. Se decidió rehabilitar la memoria de su padre y erigir estatuas en su honor. Al parecer, se llegó incluso a la consagración.[15] El hecho está en consonancia con la conducta de los eclesiásticos que ya hemos conocido: buscar el apoyo de la autoridad de Teodosio, cuya superioridad estaba fuera de discusión.

El hallazgo de algunas escasas monedas permite una interpretación de las relaciones entre Teodosio y Máximo que va más allá del testimonio de las fuentes escritas. Teodosio llegó incluso a reconocer, durante algún tiempo, a Máximo como emperador legítimo –en la medida en que la denominación de usurpador aquí empleada es discutible– e hizo acuñar monedas con su nombre. Concluyeron

entre ambos un tratado –tal vez incluso dos– o concertaron al menos algunos acuerdos. Evodio, nombrado por Máximo cónsul para el año 386, fue reconocido por Oriente en el curso del año, del mismo modo que fue reconocido en Occidente el mandatario oriental.[16] Pero el entendimiento acabaría por romperse al cabo de pocos años, porque Occidente no se mantuvo en calma y Teodosio, por su parte, tenía objetivos más ambiciosos.

En un primer momento, Máximo pudo sentirse aliviado ante el curso de sus relaciones con Teodosio, el hombre fuerte. Debió parecerle, en cambio, un adversario mucho más débil Valentiniano II, inexperto y sorprendido por la usurpación. Por otra parte, el soberano de Italia dependía de la benevolencia de Máximo, porque éste retenía bajo su poder el cuerpo de Graciano, cuyas honras fúnebres figuraban entre los deberes más señalados de su hermanastro.

Pero el usurpador había subestimado a Valentiniano y su corte. Ya en 383 se presentó ante él, como representante de Milán, el obispo de esta ciudad, Ambrosio, que, en su condición de antiguo gobernador, estaba capacitado para navegar por las aguas revueltas de la política y apenas se sentía paralizado por rigurosas consideraciones morales cuando estaba en juego el logro de metas más elevadas que, milagrosamente, siempre concordaban con sus personales intereses.[17] Ambrosio podía enfrentarse a otras instancias no sólo apoyado en su autoridad espiritual, sino también en su estima personal de descendiente de un noble linaje. Conocía, además, los mecanismos del poder hasta en sus más mínimos detalles. Su fama se prolongaría durante siglos (*figura 5*).

No tiene, pues, nada de sorprendente que fuera precisamente Ambrosio el comisionado para aquella embajada de gran contenido político; se recurría preferentemente y cada vez con mayor frecuencia, para este tipo de misiones, a clérigos intocables. El propio Máximo tuvo que vivir la amarga experiencia de sus grandes capacidades. Máximo había pedido a Valentiniano y a su madre que se trasladaran desde Milán a su residencia imperial de Tréveris y estaba, al parecer, plenamente convencido de que obtendría una respuesta afirmativa. Esto habría significado un reconocimiento y poco menos que la subordinación de Valentiniano, de acuerdo con la situación real de poder, aunque no con la autoconcepción del que era, a tenor de su rango, el augusto de mayor antigüedad.[18]

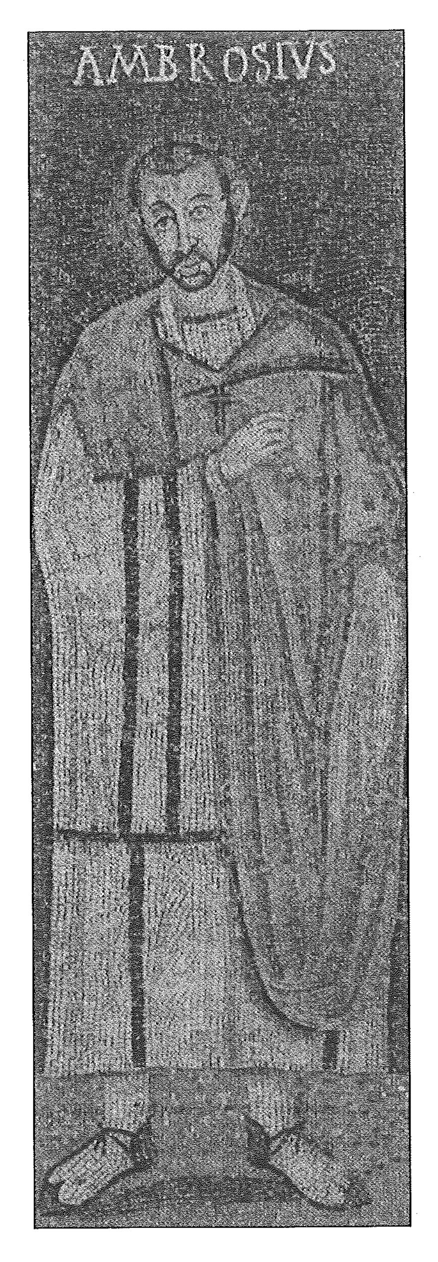


FIGURA 5. Ambrosio. Representación idealizada, en mosaico, de la iglesia de Sant'Ambrogio, Milán. Inicios del siglo V.

A primera vista, podía parecer sorprendente que Ambrosio, el enérgico campeón de los nicenos, interviniera en favor del homoiusiano Valentiniano, y el hecho debió de impresionar al niceno Máximo. Pero resultaba evidente que el obispo no actuaba así movido por criterios confesionales. Al defender la causa de Valentiniano, demostraba su lealtad a la casa imperial y acentuaba al mismo tiempo el rango de Milán como ciudad de la residencia imperial. Sólo en un lugar así podía confiar en ejercer, como obispo, influencia sobre el emperador.

El objetivo secreto del embajador episcopal consistía, al parecer, en conseguir, mediante su autoridad, oratoria y conocidas artimañas, que Máximo se mantuviera inactivo mientras Bauto, el jefe del ejército de Valentiniano, alistaba y adiestraba sus tropas y aseguraba los pasos de los Alpes. Y lo consiguió. Es cierto que ya durante la estancia de Ambrosio en Tréveris, tuvo Máximo barruntos de aquella maniobra de diversión, pero no le quedaba otra solución que permitir el regreso del obispo a su patria. De regreso, Ambrosio se encontró con nuevos enviados de Valentiniano que a todas luces intentaban evitar una ruptura.

No hay respuesta para la pregunta de si bastó aquella finta de Ambrosio para paralizar las iniciativas de Máximo. Es posible que interviniera también Teodosio. Además, el hermano de Máximo, Marcelino, se hallaba, al parecer, en la zona de Valentiniano, lo que le convertía prácticamente en un rehén.

Tal vez Máximo sufrió una desilusión por no haber conseguido la sumisión de Valentiniano II, pero no tenía por qué sentirse amenazado, de modo que pudo seguir actuando sin estorbos en su territorio. Se logró, al parecer sin grandes dificultades, el traspaso de la administración. Con su decisión de instalar su residencia en Tréveris, demostraba su buena voluntad a la aristocracia gala. Apenas le estorbaban dificultades en política exterior: las fronteras en Germania y Britania se mantenían, en sus líneas esenciales, seguras, a pesar de que durante la etapa de la usurpación Máximo había desguarnecido la isla. Tan sólo un ataque de los jutos provocó algún nerviosismo, pero las mayores dificultades surgían en la zona de dominio de Valentiniano II.

Ya los años 384/385 o algo después,[19] tuvo Ambrosio la osadía de presentarse de nuevo ante Máximo como embajador. Llevaba consigo un escrito de Valentiniano en el que solicitaba la devolución de los restos mortales de Graciano, que seguían en poder de Máximo. El obispo fracasó, debido, y no en último término, a que Máximo recor-

daba demasiado bien la primera embajada. Ambrosio redactó un informe detallado para su emperador sobre la conversación, en el que procuraba justificar su fracaso y destacar el empeño que puso en la tarea. Aunque resulta, por tanto, necesario tachar algunas líneas, surge la impresión de la existencia de una atmósfera glacial entre Milán y Tréveris y, a la vez, una estampa de cómo deben imaginarse los debates en el entorno del emperador de aquel entonces, en los que los miembros de la corte no se sentían en modo alguno intimidados por la severas normas del ritual.

En un primer momento, Ambrosio solicitó una audiencia personal con Máximo, invocando para ello su dignidad sacerdotal, pero se le indicó que debería exponer su causa ante el *Consistorium* (el Consejo Imperial). Ambrosio tuvo que doblegarse, le gustara o no.

> Apenas tomó asiento en el Consistorio, entré yo. Él se levantó para darme el ósculo. [Era evidente que Máximo quería comenzar con un gesto conciliador, pero Ambrosio se hizo rápidamente con el mando de la situación:] Me quedé en pie, entre los miembros del Consistorio. Los demás comenzaron a instarme a que me acercara [al trono imperial]. Y él empezó a gritar. Yo contesté: «¿Por qué quieres besar a quien no has reconocido? Porque si me hubieras reconocido, no me verías en este lugar». «Estás excitado, obispo», dijo él. «No por el agravio –respondí–, sino por la vergüenza, porque me encuentro en el lugar equivocado». «También en tu primera embajada –dijo él– fuiste al Consistorio». «Pero eso –repliqué– no puede atribuirse a un error mío. Es falta del que invita, no del que entra».
>
> [Tras esta serena respuesta, Máximo renunció a una disputa sobre el protocolo.] «¿A qué has venido?» –preguntó–. «Lo mismo que aquella vez solicité paz para los más débiles, querría ahora hacer lo mismo para los de igual rango». «¿Merced a la gracia de quién es de igual rango?» –dijo él. [Es evidente que Máximo había confiado en conseguir una confirmación de su superioridad y en obtener alabanzas por su renuncia al ataque, pero recibió una respuesta que por un lado era demasiado genérica y, por otro, escapaba a toda discusión.] Yo repliqué: –escribe Ambrosio– «Merced a la gracia de Dios Omnipotente, que ha preservado el Imperio que concedió a Valentiniano». Finalmente explotó y declaró:

«Porque tú me diste largas. Y ese Bauto, que quiso apoderarse del cargo imperial bajo la figura de un niño, que llegó incluso a enviar a los bárbaros para invadir mi territorio, como si yo no tuviera a quien poder recurrir, cuando tengo bajo mis órdenes a tantos miles de bárbaros a quienes pago su soldada. Si entonces, cuando viniste a mí, no me hubiera contenido, ¿quién habría podido oponerse a mí y a mi determinación?»

A continuación informa Ambrosio cómo justificó su conducta anterior y describe finalmente las acusaciones que quiso formular contra Máximo, acusaciones que incluían incluso el cargo de asesinato. Y luego abandonó la presencia del irritado emperador, que poco más tarde le ordenó abandonar el país.[20]

Si la exposición de Ambrosio es correcta, dio sin duda muestras de gran valor en presencia de un hombre poderoso; y Máximo, por su parte, que dejó marchar sin castigo al obispo, de moderación y autodominio. Por lo demás, se habría hecho reo de un grave delito si hubiera ultrajado a un hombre que era al mismo tiempo clérigo y embajador.

Los problemas más acuciantes para Máximo surgían en el campo de la política religiosa. El usurpador estaba lealmente vinculado con Teodosio cuando favorecía con medidas positivas la fe de los nicenos.[21] El hecho resulta aún más sorprendente por la circunstancia de que Valentiniano II, legítimo emperador de la parte central del Imperio, se inclinaba por las doctrinas homoiusianas. Probablemente Máximo esperaba conseguir, a través de su política, la posibilidad de influir en Italia, donde actuaban prestigiosos obispos nicenos, como Dámaso de Roma y Ambrosio de Milán.

En su propia zona de poder, se vio enfrentado Máximo a una doctrina que los nicenos tachaban de herética: el priscilianismo, cuyo centro se situaba en la Península Ibérica.[22] Prisciliano –de quien toma su nombre esta doctrina– enseñaba una severa praxis ascética que para él tenía evidentemente una importancia mucho mayor que las sutilezas dogmáticas. En todo caso, quería permanecer en comunión con la Gran Iglesia, buscó y encontró seguidores incluso entre los obispos y él mismo llegó a recibir la consagración episcopal. Pero creció a la vez el poder de sus adversarios, que lograron finalmente que los concilios le expulsaran formalmente y le condenaran como hereje.

Sólo en sus grandes líneas se sabe con claridad qué es lo que promovió tan severa condena. Debido a su estricta separación entre el bien y el mal, las enseñanzas priscilianistas tenían el tufo del maniqueísmo. Constituían un importante factor las rígidas prácticas ascéticas a que se entregaban sus seguidores, porque proyectaban una luz nada favorable sobre las debilidades de los clérigos corrientes, a menudo mundanizados. El tono del grupo se tornaba tal vez aún más autoconsciente –¿o habría que decir más arrogante?– debido a que muchos priscilianistas procedían de familias ilustres y trataban con desdén a los arribistas, ampliamente representados en las filas del clero. Solían, además, celebrar sus reuniones en recintos privados expresamente reservados para ellos, fuera de la comunidad. Y había, en fin, un aspecto del comportamiento priscilianista que provocaba una especial irritación y resultaba particularmente escandaloso para los nicenos: la posición destacada de las mujeres y, más en concreto, su proximidad física a los hombres durante las oraciones y las ceremonias litúrgicas comunitarias.

Entre los priscilianistas y sus adversarios se inició una pugna por hacerse con el favor de las autoridades. Ambos partidos mantenían contactos con altos funcionarios, de acuerdo con la orientación religiosa que se les atribuía, y las decisiones fueron fluctuantes. Durante algún tiempo se decretó que los priscilianistas debían abandonar sus iglesias y marchar al destierro, pero luego, gracias a la intercesión del mayordomo (*magister officiorum*) Macedonio –de quien los nicenos afirmaban, obviamente, que había sido sobornado– consiguieron la revocación del edicto. Prisciliano fracasó, en cambio, en su tentativa de poner de su parte al papa Dámaso y al obispo Ambrosio. Pero el simple hecho de que lo intentara demuestra una vez más que no abrigaba la intención de separarse de los nicenos.

El derrocamiento de Graciano implicaba una nueva oportunidad para los enemigos de Prisciliano. Convocaron un concilio en Burdeos con el fin de condenar al disidente. Prisciliano se dirigió entonces al nuevo emperador, Máximo, en Tréveris. Y así fue como éste se vio de pronto arrastrado a la función de juez en cuestiones religiosas, tal como ya le había acontecido con anterioridad a Teodosio.

Tras largas experiencias con los emperadores cristianos, los hombres de la Iglesia se habían tornado muy susceptibles. Se llegó así en Tréveris a una situación que a Máximo tuvo que parecerle paradójica.

Ahora no sólo tenía que sentenciar entre Prisciliano y sus enemigos, sino también entre dos grupos distintos del bando de estos últimos: mientras unos pedían la pena de muerte, otros exhortaban a la moderación. Entre los que aconsejaban la vía de la mansedumbre se encontraba el célebre Martín de Tours, santo que, en su condición de gran asceta, podía medirse con los priscilianistas en su propio terreno. Al parecer, Máximo le prometió que no se pronunciarían sentencias capitales.

Pero finalmente, cuando Martín abandonó Tréveris, Máximo trasladó el proceso a su prefecto de los pretorianos, Evodio. Éste creyó haber encontrado una solución salomónica al condenar a muerte a Prisciliano y a algunos de sus seguidores, pero no por motivos religiosos, sino como consecuencia de la comisión de ciertos delitos sujetos a la competencia penal del poder secular y castigados, desde siempre, con la última pena. Se mencionaban en concreto prácticas de hechicería y delitos contra la moral. El año 385/386 se ejecutaron las sentencias.

Con el propósito de liquidar el conflicto, Máximo tomó una iniciativa que revelaba su autoconciencia de emperador: convocó un concilio en Tréveris, que decretó nuevas medidas contra los priscilianistas, aunque luego –gracias a una nueva intervención de Martín de Tours– fueron revocadas. No debe juzgarse este tornadizo comportamiento de Máximo únicamente como reacción a crisis regionales. Máximo perseguía otro objetivo, a saber, situarse al mismo nivel que Teodosio. Y así como éste había convocado un concilio para ayudar a los nicenos a alzarse con el predominio, esto mismo hacía ahora Máximo. Podía imaginarse que de este modo se igualaba con el emperador de Oriente, si no ya con el mismo Constantino el Grande.

Máximo podía, además, hacerse la ilusión de que con su enérgica intervención a favor de las doctrinas de los nicenos se ganaría sus simpatías. Pero sucedió lo contrario – clara señal de los grandes progresos que había conseguido mientras tanto la reflexión acerca de las relaciones entre el poder estatal y la Iglesia. Su injerencia en las cuestiones de fe le acarreó el rechazo de los nicenos y fue, una vez más, el muy renombrado Martín de Tours quien empleó sin miramientos su carisma contra el soberano. También Ambrosio y el papa Siricio, adalides de los nicenos en Italia, expresaron su desaprobación. En los años siguientes, los nicenos más ilustres se mostraron

reservados frente a Máximo, que seguía acosando a los priscilianistas. Gozaban de poco respeto los obispos a quienes Máximo protegía. Todavía a comienzos del siglo V, el cronista Sulpicio Severo registraba con gran simpatía la posición de Martín al acentuar que las instancias seculares no deben interferirse en los asuntos religiosos.[23]

Pero justamente el presupuesto que aquí aduce Sulpicio Severo era el que no se daba, al parecer de Máximo, porque los procedimientos contra los priscilianistas se habían definido como un proceso criminal que caía, sin discusión, dentro del área de las competencias de la jurisprudencia del Estado. El clero niceno, que había ido escalando niveles cada vez más elevados de autoestima, no se contentaba ya con meras alusiones a los procedimientos jurídicos. Era patente que, para hombres de la talla de Ambrosio, el Estado carecía de competencias para decidir en procesos dirigidos contra eclesiásticos o surgidos a consecuencia de un conflicto eclesial. Consideraban como evidente que todo cuanto podía ser de alguna manera definido como cuestión eclesiástica caía bajo su dominio. Más adelante, el propio Teodosio tendría que aprender por sí mismo esta dolorosa lección de la reclamación de poder por parte del clero, que en Oriente era mucho más débil, aunque apenas puede admitirse que ya por entonces se hiciera reflexiones a propósito de las experiencias que estaba viviendo Máximo en el lejano Occidente.

Si bien en su conflicto con Máximo, Valentiniano II tenía de su parte al más seguro de su propio valor de entre todos los obispos, a saber, Ambrosio, el milanés era, en cambio, su más avezado adversario en las cuestiones de política eclesiástica. La coyuntura era parecida a la que se daba con Máximo. En política exterior, en Italia y las provincias alpinas, que constituían el núcleo de su zona de dominio, imperaba la paz. Un ataque de los sármatas a finales de 384 fue rápidamente rechazado y la victoria fastuosamente celebrada en 385. Por lo demás, parece ser que Valentiniano había perdido el control de África, provincia de destacada importancia para el aprovisionamiento de cereales. Aquí fue reconocida la autoridad de Máximo, que llegó incluso a enviar a su hijo Víctor como *caesar*. Al parecer, el comandante militar supremo de la zona (*comes Africae*), Gildo, hermano del usurpador Firmo, derrotado por Teodosio el Viejo, practicaba una política de amplia autonomía, aunque sin incurrir en el error de declararse formalmente independiente. El hecho de que por aquella misma

época se registraran en Roma crisis de abastecimiento pudo ser consecuencia de la autonomía de Gildo, quien pudo haberse negado a suministrar cereales. Por lo demás, quedaban excluidos los enfrentamientos militares, tal vez porque Milán se sentía demasiado débil, o tal vez porque se descubrió algún otro *modus vivendi* con Gildo. En cualquier caso, la política africana no era ningún indicio de fortaleza.

Como Máximo, también Valentiniano tuvo que soportar conflictos singularmente graves en el ámbito de la política religiosa. No se trataba de enfrentamientos que cuestionaran su posición como soberano, pero sí revelaban su debilidad. Dado que Ambrosio, que todavía encontraba tiempo para escribir acerca de todos sus éxitos, tuvo un papel destacado en los acontecimientos, los historiadores disponen de información detallada (aunque no necesariamente bien detallada). No es cometido de este libro describir pormenorizadamente el curso de estos enfrentamientos, pero es preciso mencionarlos en la medida en que son el presupuesto de las disensiones a que tuvo que enfrentarse Teodosio.

En la época del gobierno de Valentiniano II pueden detectarse dos líneas de conflictos: los que se daban entre paganos y cristianos, y los librados entre los nicenos y los homoiusianos. El resultado de la pugna entre paganos y cristianos había alcanzado ya un punto de no retorno. Era perceptible en todos los ámbitos el predominio del cristianismo. A pesar de ello, o tal vez precisamente por ello, numerosos paganos, y en primer lugar senadores que ocupaban altos puestos, se aferraban a ciertos símbolos que encarnaban tanto la religiosidad pagana como la gran tradición de Roma.

El más importante de todos ellos giraba en torno al altar de la Victoria, que se alzaba en el edificio del Senado y en el que, al inicio de las sesiones senatoriales, podía ofrecerse un sacrificio. Constancio II (337-361) ordenó su desalojo, pero el emperador pagano Juliano (361-363) lo devolvió a su lugar originario. A la muerte de Juliano, el altar simplemente siguió en aquel lugar, hasta que Graciano volvió a quitarlo a pesar de las protestas de algunos senadores. Aquellos mandatarios confiaban ahora en que el joven e inseguro Valentiniano II permitiría la reinstalación del altar.

El año 384, una delegación senatorial se dirigió, con gran pompa, a Milán, para presentar un ruego. Su jefe, Símaco, por entonces prefecto de la ciudad y famosísimo orador de su tiempo, pronunció un

impresionante discurso en el que abogaba con gran vigor por la tolerancia. Aquella súplica, presentada con magnificencia estilística, ha despertado la admiración de las generaciones posteriores, punto en el que se olvida que la tarea de un defensor de la tolerancia es tanto más fácil cuanto más débil es su posición. Símaco fue prudente y digno. Su discurso se ganó el aplauso incluso de los miembros cristianos del Consistorio, pero su petición fue desestimada. Valentiniano, a cuya conciencia había apelado con anterioridad Ambrosio, pudo parecer vacilante, o darlo a entender, para demostrar a Símaco su buena voluntad, pero al final se pronunció en contra de las antiguas creencias.

Frente a la intervención de Símaco, Ambrosio, que no formaba parte del Consejo Imperial pero que ya en tiempos de Graciano había combatido a los partidarios del altar de la Victoria, reaccionó con dos cartas,[24] la segunda de las cuales ofrece una respuesta concreta a los argumentos de Símaco. Los discursos están estilísticamente a la altura del resplandor del discurso de Símaco, pero su contenido es más original. Contra todos los usos precedentes, Ambrosio le negaba al emperador el derecho a intervenir en aquellas cuestiones sin contar con el parecer de los obispos. Reclamaba, además, para la fe cristiana ser la verdadera mantenedora y continuadora de la tradición romana. Aducía la superioridad espiritual del cristianismo en el Occidente latino frente a los círculos tradicionalistas. Pero éstos no estaban totalmente vencidos. Así, en un calendario festivo puede comprobarse que podían seguir hasta cierto punto cultivando sus tradiciones.[25]

Más enmarañada que la lucha de Valentiniano contra los paganos resultaba su relación con los homoiusianos. Había en la corte, en efecto, círculos que apoyaban esta orientación de la fe, seguida también, al parecer, por una parte del ejército. Para nuestras fuentes, estos círculos se personificaban en Justina, la madre del emperador. De todas formas, ante las opacas relaciones en el seno de la corte, los autores antiguos tendían siempre a atribuir a las mujeres –o alternativamente a los eunucos– todos los aspectos rechazables, y más en concreto las influencias negativas, y los escritores cristianos acentuaron aún más estos prejuicios aludiendo a los relatos paleotestamentarios, por ejemplo, los relativos a la impía reina Jezabel.

Con todo, poderosas figuras respaldaban a los homoiusianos. Al enfrentarse con esta confesión, asumía Ambrosio ciertos riesgos,

sobre todo porque su propia sede, Milán, había sido dominada hasta hacía todavía pocos años por la corriente homoiusiana. Al parecer, la contienda estalló por una nimiedad. En contra de lo establecido por las leyes, al menos en Oriente, Valentiniano concedía libertad de reunión a todos los grupos confesionales y se propuso hacer cumplir esta norma también en su residencia de Milán, donde promovió la construcción de una iglesia para los homoiusianos. En los años 385/386 puso en marcha una serie de iniciativas, pero todas ellas fracasaron ante la oposición del obispo, que no tuvo el menor reparo en permitir que su gente ocupara una iglesia. Aunque el emperador amenazó con la intervención del ejército, al final tuvo que ceder y renunció a la iglesia. La decisión le fue facilitada por la circunstancia de que, en el momento más oportuno, Ambrosio descubrió los cuerpos de dos santos, Gervasio y Protasio, que parecían venir a confirmar sus derechos: ni siquiera la emperatriz pudo negarse a presentar sus respetos a las milagrosas reliquias.[26] La autoridad supraconfesional de los santos desplegó su eficacia pacificadora.

En el contexto de la controversia confesional milanesa hizo acto de presencia, una vez más, Máximo. Aprovechó la ocasión para intervenir ante Valentiniano en una carta altiva, divulgada también en otros lugares,[27] en la que exhortaba a su «colega» a ser más justo con los verdaderos fieles, y le recordaba la estrecha vinculación religiosa que él, Máximo, mantenía con los nicenos, tan influyentes en Italia. Valentiniano II y sus consejeros captaron muy bien el sentido de los amenazantes tonos deslizados entre líneas. ¿Es que Máximo se sentía obligado a proteger, incluso por la vía militar, la confesión nicena?

Parece que por aquella época surgieron síntomas de disgregación en la corte milanesa. A principios de 386 falleció el leal Bauto. Se apoderó de la jefatura del ejército Arbogasto, que había sido hasta entonces subordinado y pariente próximo de Bauto, tal vez incluso hijo suyo, y había prestado ya sus servicios a las órdenes de Teodosio. Forzó a Valentiniano a confirmarle en el puesto. Una cosa así nunca había sucedido antes y se convertía en prototipo de acontecimientos futuros. Aquel mismo año, Neoterio, hombre de confianza de Teodosio y con experiencia en Occidente, fue nombrado prefecto de los pretorianos de Italia... con la evidente misión de controlar más de cerca al joven emperador.

Además, algo más tarde, en 386/387, apareció en la corte el general Timasio, también estrechamente vinculado con Teodosio, no se sabe muy bien con qué función. Se trataba, en todo caso, de un hombre muy influyente.[27] Era el interlocutor indicado para cuantos necesitaban protección. Toda persona previsora se distanciaba de Valentiniano. Por añadidura, el orador oficial de gala de Valentiniano, magníficamente dotado y ambicioso, renunció de una manera totalmente inesperada a su cargo. Había caído dentro de la esfera de influencia de Ambrosio y estaba llamado a alcanzar más adelante fama universal como Padre de la Iglesia, con el nombre de Agustín de Hipona.

Asalto a Occidente

La presión sobre Valentiniano se acrecentó en el cambio del año 386/387. Su debilidad era demasiado patente. Todo el mundo sabía que los soberanos determinantes eran Máximo y Teodosio. Y ahora, además, se cernía la amenaza de un grave conflicto fronterizo en Panonia, que pertenecía a su zona de dominio. Al parecer, habían sucumbido ya varias ciudades, algunas de ellas importantes. A pesar de todas las tensiones, Valentiniano parece haber confiado en el correcto comportamiento de Máximo, o al menos en su respeto frente a Teodosio. Fuera como fuere, el joven emperador solicitó, según Zósimo, la ayuda del usurpador.[29] Dado que Máximo tenía la decisión ya tomada desde tiempo atrás, aprovechó la oportunidad para invadir, el año 387, el territorio de Valentiniano, a quien aquella reacción sin escrúpulos pilló completamente desprevenido.

No le quedó otro recurso que huir a Oriente, por mar, hasta Tesalónica, en compañía de su hermana Gala y de su madre Justina. Es cierto que allí permanecía todavía en su zona de soberanía, pero ahora dependía por entero de la ayuda de Teodosio, a quien envió, sin pérdida de tiempo, mensajeros. Teodosio tributó al joven emperador –superior a él en el aspecto formal, dada su condición de mayor antigüedad en el cargo– el honor de ir personalmente a su encuentro, junto con los senadores, a Tesalónica, donde se iniciaron intensas negociaciones. Al parecer, el emperador de Oriente se mostraba titubeante, argumentando que una guerra civil implicaba muchos horrores y peligros, y que tal vez podría conseguirse lo mismo por



FIGURA 6. *Missorium* de Teodosio. Vista completa.

otros medios, por ejemplo, mediante la conversión de Valentiniano a la fe nicena[30] y el reconocimiento de su situación subordinada, algo que, de todos modos, tendría que admitir en algún momento posterior. En todo caso, Teodosio se ganó a Gala como esposa. Si fue cautivado por su belleza, como afirman las fuentes antiguas, o movido por el cálculo frío y realista de vincularse firmemente a la dinastía valentiniana –lo que al autor le parece evidente– es pregunta cuya respuesta queda al arbitrio del lector.

Aquel momento de grave crisis del Imperio y de estancia en Tesalónica coincidió con las decenalias, es decir, las fiestas que marcaban el décimo aniversario del gobierno de Teodosio. La celebración tuvo lugar probablemente el 19 de enero de 388. En su contexto se sitúa el origen de una de la obras de arte más emblemáticas y más ilustrativas de la era teodosiana, el llamado *Missorium* de Teo-

dosio (*figura 6*).[31] Se trata de una gran lámina de plata plana (diámetro 74 cm; grosor 4-8 mm), descubierta en Almendralejo, relativamente cerca de Mérida (Badajoz), como parte de un servicio de mesa de gala, durante algún tiempo oculta y parcialmente saqueada. Es evidente que sus primeros descubridores quisieron modificar la pieza y, en todo caso, intentaron despedazarla con un objeto romo.

La lámina contaba originariamente con un soporte, del que se conserva el anillo de la base. Aparece grabado en griego un dato sobre el peso, que alcanzaba las 50 libras romanas (es decir, 16 kg), lo que implica un elevado valor material. Su lugar de origen debe buscarse en Oriente. El punto más indicado parece ser la rica ciudad de Constantinopla, aunque también podía haber sido Tesalónica.

Al igual que en las monedas, también aquí hay una inscripción alrededor de la imagen, redactada en latín, que era la lengua oficial: D(OMINUS) N(OSTER) THEODOSIUS PERPET(UUS) AVG(USTUS) OB DIEM FELICISSIMVM X: *Nuestro Señor, Teodosio, Augusto perpetuo, por el día felicísimo de las decenalias*. Puede completarse con una fórmula como «lo ha donado», o algo parecido.

Aparecen en bajorrelieve, en el mayor de los dos segmentos de la imagen, tres miembros de un colegio de soberanos, sentados bajo un frontispicio sustentado por cuatro columnas, que es probablemente una copia de la arquitectura palaciega contemporánea. Están sentados en tronos sin respaldo y los pies descansan en banquetas. La figura central, a todas luces Teodosio, ya que es el único mencionado en la inscripción, aparece resaltada mediante el recurso del tamaño. En las pechinas del frontispicio se balancean, flanqueando la cabeza de Teodosio, dos amorcillos desnudos que ofrecen frutas sobre paños.

Las figura de Teodosio es de tales dimensiones que ha sido necesario elevar el arquitrabe sobre su cabeza. Mira de frente, mientras entrega a un personaje en pie, de tamaño considerablemente más pequeño, y vestido con hábito civil, un díptico cerrado con una banda, que recibe con las manos cubiertas para no mancillar a la majestad imperial. Se supone, con razón, que se trata de una escritura de nombramiento y que el receptor del documento, que no aparece individualmente representado, lo es también del *Missorium* (*figura 7*).

La cabeza de Teodosio aparece ceñida por una diadema de perlas, con una joya frontal de excepcionales dimensiones. Detrás se distingue un nimbo, el «signo de la santidad». El emperador lleva vesti-

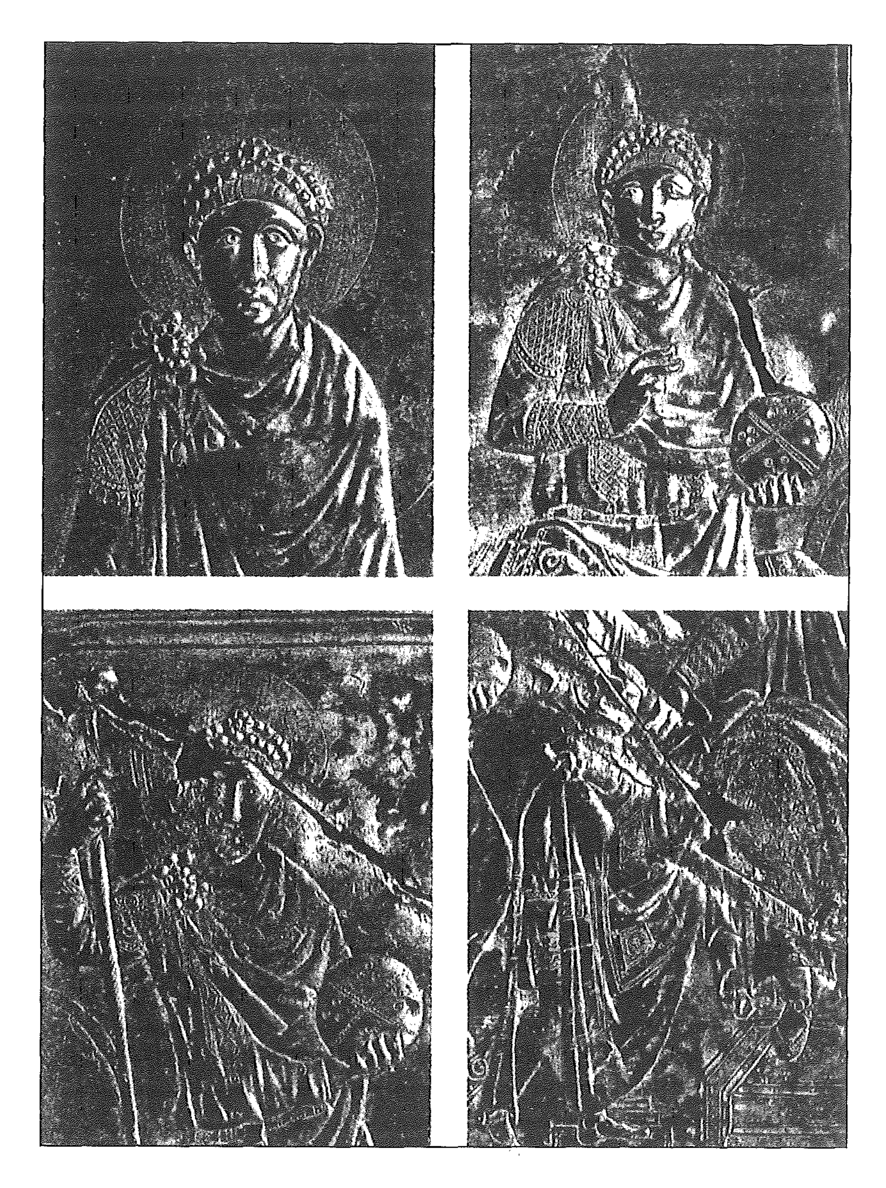


FIGURA 7. *Missorium* de Teodosio, detalles. Los tres emperadores y entrega del díptico a un funcionario.

duras imperiales, que constan de zapatos, pantalón, túnica y manto: la clámide, sujeta con una fíbula que tiene engastadas piedras preciosas. Hay que imaginar en la realidad todos estos componentes fabricados a base de los más preciosos materiales y ornamentados con abundante púrpura y piedras preciosas, de todo lo cual la reproducción en plata sólo puede transmitir un lejano trasunto.

En la figura que aparece a la derecha de Teodosio, es decir, en un lugar honorífico, puede verse a Valentiniano II. Seguía siendo, en la óptica oficial, el *senior augustus* y en los textos legales, por ejemplo, muy correctos en este tipo de asuntos, se le nombraba antes que a Teodosio. Pero en poder real quedaba muy rezagado respecto de su colega, y así lo expresa plásticamente y de forma inequívoca la representación imperial. De todas formas, también Valentiniano viste ropas imperiales y lleva diadema, aunque la joya frontal es más pequeña y, además, él mismo aparece representado con menor tamaño y sólo en el margen. Sostiene con la mano izquierda un globo, como señal del poder universal, y con la derecha un cetro de inusual longitud: ¿tal vez para recordar su posición formal?

El tercer emperador, a la izquierda de Teodosio y muy en segundo plano, debe ser identificado como el tercer *augustus*, Arcadio. Lleva un ropaje parecido al de Valentiniano y sostiene igualmente un globo en su mano izquierda, mientras que mantiene alzada la derecha con gesto de orador, una nueva forma de representación que subraya la competencia intelectual del muchacho para el ejercicio de su cargo. Puede resultar molesta, desde el punto de vista del observador moderno, la ausencia de detalles individualizadores en las representaciones y la carencia de perfiles de los cuerpos, pero responde al ideal artístico de la Antigüedad tardía y no es, en ningún sentido, fruto de incapacidad artesanal.

El grupo está flanqueado por dos miembros de la guardia a cada lado. Visten ropaje germánico, llevan largos cabellos y collares y están armados de lanza y escudo. Debajo del grupo humano, en el segmento circular mas pequeño, aparece representada la ubérrima Tellus, la tierra personificada en su fecundidad, cuyas señales son la corona de frutos, el cuerno de la abundancia y los granos en germinación que aparecen a su alrededor. Reposa sobre el suelo y dirige su mirada al emperador del centro. Tres muchachos desnudos, bajo los que cabe imaginar amorcillos, giran en el entorno y ofrecen al empe-

rador, en diversas actitudes, flores y frutos. Esta parte se sitúa en una tradición escultórica –bien conocida sobre todo por el *Ara pacis* de Augusto (27 a.C.-14 d.C.)– que califica de feliz la época del respectivo gobernante. Así lo expresa también lingüísticamente la palabra *felix* de la inscripción.

En esta obra de arte no hay, en efecto –muy comprensiblemente–, ni el más mínimo atisbo de situación de crisis. Que por la época de las decenalias Occidente se hallaba en manos de un usurpador es algo que se le oculta al observador. Los globos insinúan más bien un dominio universal.

No hay nada que permita deducir la confesión religiosa del soberano. En el *Missorium* no aparece ni un solo símbolo de la nueva religión. El motivo de la *Tellus* tiene incluso carácter pagano, aunque no es preciso identificarla con una diosa, sino que debe ser entendida como alegoría. Su cuerpo parcialmente desnudo –en el que, en todo caso, los brazos ocultan los pechos– no despertó probablemente la complacencia de obispos severos. Pero de aquí tampoco puede deducirse que el destinatario del *Missorium* fuera pagano. Esta forma religiosamente neutra de representación imperial responde más bien a lo que se sabe, por ejemplo, a partir de los panegíricos, sobre el modo que tiene Teodosio de presentarse a sí mismo ante las elites funcionariales: no se sujeta a clichés fijos, porque debe integrar en la administración y en el estamento militar a hombres de diferentes orientaciones religiosas. La manifestación expresa de una creencia era, por el contrario, un medio para situar a los eclesiásticos.

El rasgo más característico del *Missorium* es su reproducción realista de las relaciones de poder. Quien contemplara esta obra artística advertía que Teodosio deseaba ser visto como el soberano determinante, por encima de todas las formalidades. Queda, al mismo tiempo, meridianamente clara la situación de sumisión del alto funcionario bajo el emperador mediante el tamaño respectivo de las figuras. Por otro lado, se le ha ahorrado a este miembro de la elite representarle en la escena de la *proskynesis*. Se expresa así el respeto del emperador hacia los altos cargos de la administración.

Se desconoce el destinatario del *Missorium*. Sus ropas sólo indican que se trataba de un funcionario civil de alto rango y el valor del presente le cualifica como una importante personalidad. No es posible averiguar más detalles sobre su posición. De todas formas, el lugar

del hallazgo induce a sospechar que se trataba de un familiar del emperador, de origen hispano, singularmente distinguido con ocasión de la gran fiesta.

Pero por encima y a despecho de la magnificencia de la representación, Teodosio no podía ignorar la amarga realidad. Tuvo que ponderar desde el primer momento la opción de una guerra contra Máximo. Diez años después de Adrianópolis, disponía de un ejército numeroso, aunque heterogéneo, en el que supo poner a contribución numeros contingentes de tribus extranjeras. No eran, al parecer, necesarios los alistamientos de tropas provinciales. Con todo, los preparativos concretos, tanto propagandísticos como militares, exigieron casi un año. El hecho se explica por las dificultades logísticas para la movilización de los antiguos ejércitos. Pero es preciso, además, tener en cuenta que Teodosio se proponía enfrentarse a toda la capacidad combativa intacta de Occidente con un ejército que todavía acusaba las pérdidas de Adrianópolis. En política exterior se procuró la máxima seguridad que la situación le permitía[32] y en este contexto se sitúa su flexible tratado con los persas.

En el nivel del personal, el emperador se labró un amplio respaldo. Hasta entonces había puesto al frente de los cargos decisivos casi exclusivamente a hombres occidentales. Pero ahora, para el tiempo de duración de la campaña hacia el Oeste, debía tener las espaldas cubiertas y a partir de 387/388 recurrió en mayor medida a personas orientales,[33] por ejemplo, al prefecto de los pretorianos, Tatiano, originario de Lidia (Asia Menor), que bajo Valente había destacado como agresivo perseguidor de los nicenos y a quien, poco antes, había colocado Teodosio en un elevado puesto de la administración de las finanzas en calidad de *comes sacrarum largitionum*, antes de despedirle, el año 380/381 y readmitirle poco después. Puso al frente de los mandos militares a jefes de gran reputación: Timasio, Ricomero, Promoto y Arbogasto, este último un hombre formalmente de Valentiniano; de ordinario había ahora más generales que en las etapas anteriores.

En las monedas pudieron redescubrir los habitantes de Oriente un motivo que ya habían encontrado pocos años antes: la imagen del emperador en la proa de una nave (v. fig. 4). Estas acuñaciones habían anunciado en 383/384 los agresivos propósitos de Teodosio contra el usurpador británico y ahora volvían a despertar aquellos

sentimientos, si bien en esta ocasión tras los anuncios seguían los hechos. Fueron, en cambio, retiradas de la circulación las monedas que Teodosio había mandado acuñar en honor de Máximo.[34] Ahora volvía a ser oficialmente usurpador.

Más enmarañada le resultaba a Teodosio la decisión de emprender la guerra desde la óptica de la política religiosa. Todo el mundo sabía, por supuesto, que debería cumplir las obligaciones dinásticas frente a Valentiniano y preservar al mismo tiempo sus intereses de poder político, que no le consentían permitir la presencia de un poderoso rival en Occidente. Pero, por otro lado, el niceno Teodosio se disponía a combatir a Máximo, que también era un soberano de orientación nicena.

Con su acostumbrada habilidad, Teodosio se sirvió una vez más de las posibilidades de la propaganda religiosa. Agustín informa al respecto:

> Este desenlace [la excelente acogida dispensada por Teodosio a Valentiniano, que, huyendo de Máximo, se había refugiado en Tesalónica] encendió peligrosamente la cólera de Máximo. Teodosio, en medio de sus angustiosas preocupaciones, no cayó en curiosidades sacrílegas e ilícitas: envió mensajeros a consultar a un tal Juan, ermitaño en el desierto egipcio, siervo de Dios, cuya fama se iba extendiendo, y que llegó hasta él como dotado de espíritu de profecía. Éste le predijo una victoria segura.[35]

Así pues, Teodosio utilizó la autoridad del asceta, inatacable y situada por encima de las discusiones entre las diferentes confesiones, para dar mayor énfasis a su propaganda triunfal. También los emperadores paganos habían acaparado presagios antes de sus campañas importantes y habían interpretado en su beneficio las señales precursoras para transmitir a sus seguidores seguridad acerca del resultado de la contienda. Y esto mismo hacía ahora Teodosio, desde premisas cristianas.

En todo caso, emprendió la campaña contra Máximo mejor equipado en el terreno del espíritu que en el aspecto militar. Su enemigo había hecho cuanto había estado en su mano para demostrar su lealtad: reconoció en su zona de dominio a su adversario bélico Teodosio como cónsul; hizo incluso celebrar, al parecer, una fiesta en honor

de Valentiniano II y envió mensajeros hacia Oriente con la misión de ofrecer garantías acerca de sus intenciones pacíficas. ¿Contaba acaso con la posibilidad de que Teodosio diera buena acogida a estos esfuerzos? Sus emisarios debían llevar a cabo, de todas formas, una política dilatoria.

Máximo se hallaba en una posición insegura. Acababa de concitar en su contra a Ambrosio y a la gente de su misma mentalidad al llamar al orden a los romanos que habían entregado a las llamas una sinagoga. Francos y sajones estaban invadiendo las Galias, de modo que estaban comprometidas en aquellas regiones tropas valiosas. Tampoco consiguieron resultados duraderos sus tentativas por sembrar agitación entre los bárbaros de los Balcanes. Y aunque durante la etapa de preparación de su adversario, Máximo había penetrado profundamente en Panonia, en el extremo oriental de su zona de soberanía, retrocedió a continuación a Siscia del Save. Dejaba tras de sí sus depósitos rebosantes de provisiones, de modo que pudo saquearlos Teodosio, que estaba muy lejos de haber previsto con tanta minuciosidad el avituallamiento previo de sus tropas. Tampoco esta vez le abandonó la suerte, a pesar de haberse hecho culpable de una errónea planificación de la campaña. En Ambrosio, que hace que sea Dios quien le dirige la palabra, se oye lo siguiente:

> Carecías de cereales para alimentar al ejército. Y por medio de las manos de tus enemigos te he abierto las puertas, te he abierto los almacenes. Tus enemigos te han entregado las provisiones que habían preparado para ellos.[36]

La incapacidad del emperador se trueca aquí en prueba de la benevolencia divina.

Contaba, pues, Teodosio con excelentes razones para escenificar en esta campaña su piedad personal. Promulgó en Tesalónica una ley contra los herejes que perseguía como objetivo especial a los apolinaristas, y otra en Stobi de Macedonia por la que se prohibían las actividades religiosas de los herejes. Enviaba así una señal a la población de Iliria, una considerable parte de la cual era de tendencia homoiusiana, para advertirles claramente que debían mantenerse en calma. Hizo promulgar, además, la prohibición de controversias religiosas en toda la zona de Oriente.

Dividido en dos columnas se aproximó a Occidente el ejército de Oriente, cuya vanguardia contaba con el apoyo de una flota. Tenía, sin duda, bajo el aspecto militar, una importancia determinante –y hay aquí la prueba de una cierta capacidad estratégica– la iniciativa marítima, merced a la cual los hombres de Teodosio, bajo el mando de Valentiniano II, avanzaron hasta ocupar la retaguardia de Máximo. Tal vez la ya mencionada retirada de las tropas de Panonia tenía la finalidad de apoderarse de esta flota, pero no pudo ser localizada, porque operaba muy al Sur. Así, la infantería de Teodosio pudo avanzar sin estorbos hasta el Save. Un ataque por sorpresa –su caballería cruzó a nado este río– sembró el terror entre los enemigos, que se dieron a la fuga. Debieron de ser tropas bárbaras las que ejecutaron aquella atrevida maniobra. Ya su simple presencia debió de infundir pavor a los hombres de Máximo.

Pero aquel golpe de mano no era todavía el combate decisivo. Las tropas de Máximo se reagruparon bajo el mando de su hermano Marcelino. Se libró una batalla en Poetovio (Pettau), en la actual Eslovenia, que, aunque con esfuerzo, pudo Teodosio decidir a su favor. Comenzaba a perfilarse su victoria.

Algunos de los contingentes de Máximo se pasaron a Teodosio y los restantes carecían de potencial suficiente para cerrar los pasos de los Alpes. Emona, la actual Laibach, que podía haber defendido los accesos a la montaña, abrió sus puertas al emperador de Oriente, en medio de grandes festejos. Pronto se alcanzó Italia septentrional y se puso cerco a Aquileya, donde residía Máximo. Se acercaba la batalla decisiva.

Pero no hizo falta. Ya sea que sus propios soldados le entregaran, o que él mismo se presentara ante las tropas de su adversario, o que fuera capturado en el asalto a Aquileya, el resultado final fue que el emperador de Oriente se apoderó de Máximo sin sufrir graves pérdidas. Poco después, el 28 de julio o de agosto de 388, encontró Máximo la muerte. Los panegiristas insisten en que Teodosio había pensado concederle su gracia, pero que fue linchado por sus propios soldados:[37] el cristiano bautizado no podía mancharse las manos de sangre y conseguía, de todas formas, eliminar a un enemigo. De ahí que la acción autónoma de los soldados –que podría habérsele reprochado al emperador como signo de debilidad– llegara en un momento muy oportuno para Teodosio, sobre todo porque de este

modo Máximo ya no contaba con ninguna oportunidad de sacar a relucir eventuales contactos anteriores.

Ante la noticia del fin de su señor, el jefe del ejército del usurpador, Andragatio, eligió el suicidio. Poco después, Arbogasto, el autoproclamado jefe del ejército de Valentiniano, dio muerte en las Galias a Víctor, a quien Máximo había proclamado su heredero. Con pérdidas notablemente reducidas y en un espacio de tiempo asombrosamente corto, había eliminado Teodosio a un usurpador poderoso y hasta entonces acompañado de grandes éxitos, que había compartido con él durante varios años la soberanía del Imperio.

Los habitantes de las provincias occidentales debieron esperar con previsible preocupación la llegada de Teodosio. Avanzaba, en efecto, a la cabeza de tropas bárbaras. ¿Qué cabía esperar de él? ¿Venganzas y castigos para los numerosos funcionarios que se hallaban en situación comprometida en virtud de su cooperación con Máximo?

Teodosio era demasiado prudente y bastante previsor para actuar de ese modo. Llevó adelante su táctica política de planteamientos integradores y de esfuerzos en pro de la reconciliación. Siguiendo los usos de la Antigüedad tardía, las tropas de Máximo fueron indultadas e incorporadas al ejército vencedor. Se llevó consigo a Oriente una parte sustancial de los soldados, precisamente las unidades de elite, de modo que esta zona quedaba así, desde el punto de vista militar, considerablemente fortalecida.[38] Ofreció su amparo a la familia de Máximo, al parecer desde tiempo antes ampliamente emparentada con la de Teodosio. Concedió el perdón a Símaco, que había pronunciado un panegírico en honor de Máximo, y que, ante su precaria situación, había buscado refugio en una iglesia.

En el aspecto formal, Valentiniano II obtuvo de nuevo la soberanía de su zona de dominio y añadió además los territorios de Máximo que habían pertenecido con anterioridad a Graciano. Ahora su extensión igualaba a la de su padre Valentiniano I. Pero Teodosio permaneció todavía durante algunos años en Italia y no permitió ni la más mínima sombra de duda sobre el hecho de que el verdadero poder estaba en sus manos. Tan sólo en las Galias gozaba su colega de una cierta autonomía, e incluso allí se hallaba sujeto al control de Arbogasto, quien, al parecer, seguía haciendo su propio juego. En la práctica, Teodosio el Grande era soberano único y el Imperio estaba reunificado.

Los años 383-388 fueron una época de paz exterior. El Imperio de Teodosio no se comprometió en ninguna empresa bélica y parece incluso que el emperador sentía aversión por los conflictos armados. Tan sólo la invasión de Máximo le puso en campaña y sólo actuó militarmente cuando no le quedaba ninguna otra alternativa. Es evidente que su actuación se guiaba por el principio de conservar lo recibido y no por el de ampliar sus territorios mediante nuevas conquistas. Con una sola y decidida acción contra Máximo había conseguido poner el Imperio de Occidente bajo su dominio. Desde Juliano (361-363), ningún emperador había tenido el control único de tan vastos territorios. Teodosio se había alzado con la victoria obligado por la necesidad.

La estabilización de la situación interna

DURAS PALABRAS Y BLANDOS HECHOS: LA POLÍTICA INTERIOR

Si la política exterior de Teodosio pudo defraudar las expectativas de los ambientes tradicionalistas, su política interior debió apagar, sin duda, los temores que pudieron haber surgido en estos mismos medios. Estaba dictada, por una parte, por la voluntad de reconciliación y de integración y guiada, por otra, por el deseo de mantenerse cerca de los medios nicenos más influyentes y, no en último término, por la necesidad, absolutamente realista y utilitarista, de más dinero y de un ejército más fuerte exigida por el Estado.

Tras una etapa inicial, en la que Teodosio recurrió a colaboradores de su personal confianza, a partir de 383 adoptó una actitud más abierta e incorporó a círculos más amplios en el aparato de la administración. Es especialmente reseñable que ocuparon puestos de gran responsabilidad varios paganos representantes de aquella religión con tanta energía combatida en los primeros años, en virtud de una serie de leyes. El emperador consentía incluso, en su presencia, la invocación de los dioses antiguos.

Temistio fue nombrado prefecto de la ciudad de Constantinopla. En 384 ascendieron al consulado dos paganos, Ricomero y Clearco. De todas formas, no todas estas decisiones deben interpretarse en

clave de política religiosa. En el nombramiento de Ricomero, por ejemplo, fueron sin duda determinantes sus méritos militares.

Teodosio cultivó relaciones amistosas con la aristocracia pagana de la ciudad de Roma, que debió, por su parte, sentirse fortalecida mediante una política de nombramientos que situó en puestos honoríficos a varios paganos. Pero no todos lo merecían. El joven Nicómaco Flaviano, vástago de uno de los linajes más prestigiosos del Imperio, fracasó en su cargo de gobernador de Asia. Tras haber ordenado azotar a un decurión, huyó en barco hacia Occidente, porque temía el castigo imperial. De todas formas, era patente que Teodosio deseaba mantenerse en contacto con los ambientes tradicionalistas adictos a las antiguas creencias y con todo lo relacionado con ellas.

El mismo objetivo perseguía su ostensible interés por la cultura y la historia romanas. El historiador Eutropio se identifica claramente con aquel Eutropio que el año 380/381 ocupó una prefectura de los pretorianos y el año 387 el consulado.[39] Teodosio demostró también su disposición a colaborar con el Senado. Hizo que sus representantes participaran en las negociaciones con Valentiniano II en el tema de la respuesta a la invasión de Máximo. Quiso poner bien en claro que concedía mucha importancia a su respeto formal por las decisiones senatoriales. Los senadores con posesiones en el espacio balcánico convulsionado por las guerras fueron beneficiados con reducciones fiscales. Se acentuó el respeto hacia los símbolos estamentales cuando el emperador decretó que determinados carruajes de singular prestigio sólo estaban a disposición de los altos funcionarios.

Se redujo la presión fiscal que gravaba a muchos senadores. Así, por ejemplo, se aumentó hasta ocho el número de pretores obligados a costear juegos, de modo que ahora eran dos lo que debían asumir los gastos que antes corrían a cargo de uno solo. De todas formas, esta reducción de costes también tenía su reverso. Al poner límites a los dispendios de los juegos, el emperador privaba a los senadores auténticamente acaudalados de la oportunidad de hacer ostentación de su riqueza ante los ciudadanos y de acrecentar su popularidad.

El emperador pudo haber intentado estrechar, mediante una política matrimonial, sus lazos con algunas de las familias más distingui-

das de Constantinopla. Curiosamente, no lo hizo. El año 384 casó a su sobrina Serena, a la que se sentía personalmente muy unido y a la que adoptó como hija, con un hombre de origen vándalo, llamado Estilicón, que se convertiría más adelante en una figura clave de la política. Pero esto no era imaginable en aquel momento, cuando había destacado únicamente como miembro de una delegación y también, sin duda, por su capacidad militar. No se sabe qué motivos pudieron inducir al emperador a consentir, por lo menos, este matrimonio. Tal vez descubrió con anticipación su potencial, porque por lo demás se inclinaba a vincularse mediante alianzas matrimoniales con los militares de alto rango[40] – más importantes que los senadores en situaciones conflictivas.

Los homoiusianos padecían todo tipo de restricciones y postergaciones. No se conoce ni un solo alto funcionario de esta confesión. En un determinado momento decretó Teodosio que los herejes no podían desempeñar cargos en las cancillerías y en la policía judicial, ni ocupar puestos palaciegos. Hubo un cierto Eunomio, cuyas enseñanzas eran mucho más radicales que las de los homoiusianos, que mantenía abiertamente contactos con la corte. Apenas lo supo Teodosio, expulsó a los eunomianos de su entorno y envió al destierro a su jefe espiritual, que hasta entonces había residido en Calcedonia, cerca de la capital. Cuando el primer lugar de destino del desterrado, junto al Danubio, fue arrasado por los bárbaros, ordenó su traslado a Cesarea de Capadocia. Pero dado que Eunomio estaba enemistado con el muy venerado obispo de la ciudad, Basilio el Grande, se le permitió retirarse a sus posesiones e incluso recibir visitas. Se trataba, en definitiva, de un exilio relativamente confortable y un nuevo ejemplo de la moderación de Teodosio en el campo de las aplicaciones prácticas, a pesar del rigor teórico de sus leyes, y señal tal vez también de que Eunomio contaba con buenos contactos en la corte.

Se reactivaron las antiguas leyes contra los herejes pero, a cuanto sabemos, no se promulgaron otras sustancialmente nuevas. Los homoiusianos intentaron incluso suscitar la impresión de que contaban con el favor de Teodosio, pero el emperador lo persiguió como un abuso. Los nicenos, por el contrario, divulgaron el rumor de que el emperador era excesivamente condescendiente con los herejes.[41] Tal vez les molestaba su propósito de considerar ortodoxos al mayor

número posible de grupos confesionales y procuraba, por ejemplo, la integración de los nicenos radicales que, desde Occidente, habían buscado refugio en Constantinopla.[42]

Merece la pena señalar la descripción del historiador de la Iglesia Sócrates, cuando habla sobre los herejes:

> Debe saberse que el emperador Teodosio no intentó perseguir a ninguno de ellos, salvo cuando ordenó el destierro de Eunomio, que mantenía reuniones en Constantinopla en domicilios privados, en las que exponía sus escritos, como persona que con sus enseñanzas perjudicaba a muchos. Pero no importunó a nadie más ni forzó a nadie a mantener tratos con él, sino que permitía que todos conservaran sus puestos en las asambleas y defendieran las enseñanzas del cristianismo tal como cada cual las entendía. Permitió que los otros edificaran sus casas de oración fuera de la ciudad y ordenó que los novacianos, cuya fe concordaba con la suya, tuvieran, sin ningún inconveniente, sus propias iglesias en las ciudades.[43]

Aquí diluye un tanto Sócrates la predilección por los nicenos, pero destaca, con razón, que a las restantes confesiones se les concedió plena libertad para el ejercicio de su fe.

En conjunto, se refuerza la impresión de que el emperador procedente de Occidente y los senadores orientales, así como el resto de la población de Constantinopla, habían encontrado, en los años posteriores a su llegada a Oriente, un punto de confluencia constructivo: durante casi todo aquel periodo reinó la paz en la capital constantinopolitana. Pero era una cohesión frágil. Cuando el emperador emprendió la guerra contra Máximo y se extendió el rumor de que había sido derrotado, estallaron tumultos, instigados por los homoiusianos. Los amotinados incendiaron la residencia del obispo Nectario, pero no se tiene noticia de otros desmanes: es evidente que la revuelta fue rápidamente sofocada o extinguida. A ruegos de su hijo Arcadio, Teodosio prometió perdonar a la población.

Una mirada a la legislación desde 383 hasta la victoria sobre Máximo en 388 muestra la multiplicidad de los problemas a que debían enfrentarse Teodosio y sus colaboradores, y revela ciertas líneas de su política. Muchas de las cosas que se dirán más adelante

eran ya simple rutina. Pondré de relieve los pocos aspectos que se apartaban de lo esperado.

Teodosio dispensó a los funcionarios el mismo respetuoso trato que a los senadores. Los diferentes grupos vieron confirmados e incluso ampliados sus privilegios. Se les prohibió incluir entre sus filas a los decuriones en los casos en que entraban al servicio del Estado para rehuir los deberes que les incumbían precisamente como decuriones. Se reguló cuidadosamente su orden jerárquico, se procuró que sus remuneraciones fueran adecuadas, pero se combatieron a la vez los intentos de obtener ingresos excesivos. Teodosio ordenó fijar con precisión la especial situación jurídica de los clérigos: los procesos judiciales sobre cuestiones eclesiásticas caerían bajo la competencia del obispo y los gobernadores deberían respetar sus decisiones.

Llegó a su fin, por aquellos años, la preferencia por los militares. Las medidas imperiales se dirigían más bien ahora a la represión de los abusos cometidos por los soldados. Era tarea evidentemente ardua someterlos a la disciplina, pero tampoco se tiene buena información sobre sus motivaciones. Arroja cruda luz sobre la situación la prohibición de que los veteranos forjaran con sus armas herramientas de labranza.

Ocupaban el centro de la atención los problemas financieros del Imperio. Se promulgaban una y otra vez nuevas disposiciones que recordaban a los decuriones y a otros grupos sus deberes fiscales y contributivos; señal de la infructuosidad de los esfuerzos pero también de la tenacidad de la administración. Se llamó severamente al cumplimiento de su deber a los responsables de los cuidados de los edificios públicos. Debían asumir las pertinentes garantías –ellos o sus herederos–, durante un plazo de quince años.

Fue, en cambio, curiosamente escaso el número de disposiciones que se ocuparon de los privilegios de los decuriones, a menudo agobiados bajo el peso los impuestos. Sólo en un terreno le resultó fácil al emperador suavizar la presión: cuando los cargos estaban vinculados a las tradiciones paganas, por ejemplo en el caso de cargos sacerdotales para consejeros cuya investidura exigía gastos:

> Para la concesión del cargo de *archiereus* («sumo sacerdote») tiene preferencia aquel que más ha hecho en beneficio de la

> patria y no se ha alejado del culto de los templos por el seguimiento de la doctrina cristiana. Porque no es conveniente, y para decirlo con más propiedad, no está permitido poner los templos y las festividades de los templos bajo la responsabilidad de aquellos cuya conciencia está llena de la verdad de la religión divina, a los que es conveniente descargar de una tal obligación incluso en el caso de que no lo tuvieran prohibido.[44]

Teodosio se esforzó por dotar a la administración fiscal de mayor eficacia: una batería de leyes afianzó, en parte de una manera considerable, la posición del principal responsable de las finanzas, el *comes sacrarum largitionum*, frente a otros funcionarios. Se tomaron además otras medidas de tipo organizativo que modificaban los procedimientos para el cobro de los impuestos. Algunas proponían que las percepciones de la recaudación se llevaran a cabo de una manera correcta y razonable, por parte tanto de los perceptores de los ingresos como de los contribuyentes. Teodosio intentaba también, al igual que otros muchos soberanos antes que él, contrarrestar la tendencia a entregar el tributo para el mantenimiento del ejército en metálico y no en especie, es decir, poner fin a la llamada *adaeratio*.[45] Tal vez esperaba cortar así los abusos y garantizar en la práctica el mantenimiento de los soldados, por aquel entonces harto precario.

Las medidas que estimulaban el cultivo de los terrenos baldíos se proponían claramente mejorar las bases de la recaudación de impuestos. Se amplió, para abarcar también a Palestina, la vinculación a la gleba y se amenazó con nuevos castigos a quienes acogieran a colonos fugitivos. El emperador intentó protegerse frente a pérdidas innecesarias al garantizar una especial protección para los bienes de los colonos, vigiló la legalidad de las ventas de terrenos imperiales y reguló la utilización del *cursus publicus*, el sistema estatal de transportes –perfectamente organizado– por los funcionarios y los mensajeros oficiales. La administración puso aquí en marcha una normativa tan detallada que resulta a veces desconcertante. Transmite una viva estampa de la situación un rescripto al prefecto de los pretorianos Cinegio:

> Las ropas de lino y los mantos con que hasta ahora se acostumbraba sobrecargar los carruajes no deberán en adelante ir en los

> coches de viajeros, sino que serán transportados en carros tirados por bueyes o en navíos, y donde se hallaren bienes de este género serán retenidos en la tesorería de las ciudades en las que fueron descubiertos, para trasladarlos, en la medida de lo posible, mediante carros de bueyes. La restante ropa fina, incluida la de lino, que es necesaria para el buen aprovechamiento de nuestros atavíos, puede ser enviada en coches de viajeros hasta una carga de 1000 libras.[46]

Se alude aquí a ropas de muy alta calidad destinadas a la corte y cuyo volumen reducía la rapidez de los desplazamientos, de modo que se las transfería a medios de transporte más lentos.

Hubo otros problemas de la vida cotidiana a los que la administración imperial no prestó tanta atención. Las declaraciones al respecto se refieren a apelaciones o a cuestiones de procedimiento ante los tribunales y a la ejecución de las sentencias. Se prohibió someter a tortura a los clérigos, lo que significaba un progresivo aumento de los privilegios del estamento clerical.

Otras disposiciones se dirigían contra las denuncias anónimas y contra el universo de los delatores; se regulaba el derecho de asilo en las estatuas imperiales y se prohibían bajo severas penas los encarcelamientos privados. También caían, por supuesto, dentro del campo de atención de la administración problemas del derecho privado, tales como la validez de la compra de esclavos o la usura. El año 386 –y probablemente no sólo este año– se promulgó una amnistía pascual, un nuevo paso en dirección a la cristianización de la vida cotidiana.

Si bien Teodosio promovió, desde múltiples puntos de vista y en múltiples sentidos, a los funcionarios y los miembros de la elite, no por eso dejó de llevar a cabo inequívocos esfuerzos por poner coto a los excesos del funcionariado de las provincias. Se nos ha descrito con detalle su comportamiento en este aspecto. El legislador acentuó la posibilidad de demandar a los gobernadores ante los tribunales:

> Ordenamos y notificamos que si alguien de entre los *honorati*, los decuriones, los terratenientes o incluso entre los colonos de cualquier estado ha sido de alguna manera extorsionado por un juez, o si alguien sabe que una sentencia jurídica ha sido venal, o se ha

> dictado una condena a cambio de dinero o debido al vicio de la codicia [del juez] o puede demostrar que un juez ha sido –por el motivo que fuere– inicuo, este tal debe presentarse en público –ya durante el tiempo en activo del juez o inmediatamente después de haber dejado el cargo–, denunciar el delito, aportar las pruebas y, tras conseguir el éxito, granjearse la victoria y la gloria.[47]

Se mejoraron las posibilidades de acceso a la corte. Esta conducta prolongaba la que ya podía advertirse a menudo en la presentación que de sí mismo hacía el emperador: se esforzaba por ponerse al alcance de todos. Tuvo una especial significación, para esta línea de la política, la figura del *defensor civitatis* (defensor de la ciudadanía), cuyas funciones definía Teodosio con claridad. Rechazó, en cambio, como sembradores de discordia, a quienes intentaban proclamarse, por su propia cuenta, defensores del pueblo: debían prevalecer las leyes imperiales.

Teodosio se movió con cautela en el campo de la modificación de la organización provincial: ya en los inicios de su gobierno revalorizó el estatus de Egipto como diócesis. La provincia de *Armenia minor*, expuesta a la amenaza persa, fue dividida, entre los años 381 y 386, en dos provincias más pequeñas, la *Armenia prima* y la *Armenia secunda*, tal vez con el objetivo de organizar mejor su defensa. En el espacio sirio, y al parecer también en el ilírico, hubo nuevas divisiones provinciales, aunque se discute si en el ámbito anatolio surgieron ya en esta época las provincias *Honorias* y *Galatia prima* y *Galatia secunda*.[48] Es evidente que Teodosio prolongaba aquí la tendencia, ya perceptible desde Diocleciano (285-306), de crear nuevas unidades administrativas de menor tamaño.

A la vista de la abundante legislación, no parece excesivamente elevado el número de disposiciones que puedan vincularse con la fe cristiana del soberano. En algunos pocos casos se refuerza la posición del clero, aunque otras veces se recortan sus privilegios, como por ejemplo en el ámbito de las competencias jurisdiccionales. Por lo demás, las disposiciones que podrían mencionarse en este punto están todas ellas dirigidas a una sola y misma persona, al prefecto de los pretorianos Cinegio, que, como se dirá más adelante, ha entrado en la tradición como paladín del cristianismo. Cabe imaginar que existe aquí una conexión, pero no es forzoso darlo por seguro.[49]

Las normas que podrían calificarse de cristianas se inscriben en su mayoría en el ámbito del derecho matrimonial: tal vez ya antes los hijos ilegítimos estaban privados del derecho a heredar. Deberían investigarse con especial cuidado los adulterios y los intentos de asesinato de la esposa. Quedaban prohibidos los matrimonios según la ley del levirato, es decir, los contraídos por un hombre con la mujer de su hermano difunto, y de una manera particularmente acentuada los llevados a cabo entre cristianos y judíos, mientras que faltan, en cambio, prohibiciones paralelas para los contraídos con herejes y paganos:

> Ningún judío puede contraer matrimonio con una mujer cristiana. Si alguien se hace culpable de semejante delito, su culpa será equiparable a la de adulterio y existe un derecho general de demanda judicial.[50]

Así pues, cualquier ciudadano podía acudir a los tribunales para denunciar un matrimonio mixto cristiano-judío, que podía acarrear severas sanciones contra los infractores. Teodosio prohibía a los judíos tener esclavos cristianos.[51] Se buscaba claramente impedir contactos estrechos entre ambas comunidades religiosas.

La prohibición de la formación y venta de mujeres flautistas se inscribe en el contexto de la regulación de las relaciones sexuales, porque a estas damas les acompañaba el rumor de que eran también, a la vez, prostitutas. Y reclamaba finalmente regulación un problema que sólo había surgido a consecuencia de la cristianización: el culto a las reliquias.

El factor realmente determinante se formula en los siguientes términos: que apenas es posible hablar de una política sistemática de cristianización de la sociedad a través del emperador. Muchas de las normas relativas al derecho matrimonial respondían a concepciones paganas.

Es cierto, por otro lado, que las posiciones cristianas actuaban con eficacia en ámbitos existenciales cada vez más amplios, de modo que se iba extendiendo lentamente la impregnación cristiana de la sociedad. Pero, en conjunto, Teodosio se mantenía, a través de su legislación, dentro de la órbita de sus predecesores, aunque tal vez con una mayor insistencia en el principio de la equidad. Por lo demás, los resultados fueron limitados. De hecho, aumentó, al parecer, la presión

fiscal y el descontento, al menos en las provincias, que era donde más se dejaban sentir las vueltas de rosca del tornillo impositivo. Se perciben con frecuencia rumores de agitaciones en las provincias provocadas por los procedimientos de la administración.

Existen testimonios de un intento de usurpación en Oriente en torno al año 384, cuyos motivos son oscuros. En este contexto, parece ser que un cierto número de funcionarios permanecieron inactivos durante un tiempo inusualmente prolongado, y se abre paso la sospecha de que tal vez recibieron con agrado los objetivos de la asonada. El emperador impresionó a sus contemporáneos por el hecho de que, tras graves amenazas de castigos, se mostraba benigno con los transgresores,[52] un comportamiento al que siempre se atuvo y que, al parecer, acrecentó las simpatías hacia él.

Es especialmente bien conocida la situación en Antioquía de Siria (hoy Antakya, en Turquía), porque en esta ciudad residían dos autores muy prolíficos, el pagano Libanio y el Padre de la Iglesia Juan Crisóstomo. Por ellos sabemos que el aumento del precio del pan provocó numerosos desmanes.[53] Ambos autores describen con profusión de detalles una rebelión contra los impuestos que el año 387 convulsionó la ciudad y revistió un carácter singular:[54] en enero se difundió el rumor de que el emperador había decretado nuevos impuestos. El pueblo, ya sin duda malhumorado porque Teodosio todavía no había visitado la ciudad, comenzó a alborotarse y se inició una revuelta. Las casas de algunos dignatarios fueron atacadas e incendiadas, las lámparas de los baños destrozadas, las placas de madera con las efigies de la casa imperial destruidas a pedradas, sin respetar la imagen del emperador y la de su familia, ni tan siquiera la de la recientemente fallecida Flaccilla. Cuando, por fin, las autoridades estatales ofrecieron algunos arqueros, los tumultos se extinguieron rápidamente.

Con la profanación de las imágenes imperiales se habían traspasado los límites de lo habitual y lo tolerable: se había incurrido en un delito de lesa majestad. Cuando los antioquenos advirtieron la gravedad de los hechos y supieron que se habían despachado ya mensajeros hacia Constantinopla, cundió el pánico. Eran de esperar graves castigos y algunos se convirtieron en realidad. Se limitaron los juegos y los baños, y se redujo el rango de la ciudad. Corrió el rumor de que los soldados avanzaban ya hacia Antioquía para ejecutar las

severas sanciones. Los consejeros y otros muchos con ellos buscaron refugio en las montañas. Pero Juan Crisóstomo, el más célebre predicador de la ciudad, no abandonó el puesto. En un largo discurso, reprendió a los antioquenos por sus desmanes, que atraían sobre sí las más graves condenas. Pero también les infundió esperanza: estaban en camino hacia Antioquía ermitaños de encumbrada fama, para ponerse del lado de los antioquenos. Y lo que era aún más importante: el anciano Flaviano, aquel obispo de la ciudad con tantas fatigas instalado en el concilio de Constantinopla, había emprendido el viaje hacia la corte para apaciguar la ira del emperador. El agotador viaje del anciano obtuvo su recompensa. Teodosio revocó sus órdenes de duras represiones contra Antioquía.

Todos, en fin, salían bien librados. Los antioquenos podían respirar. El emperador no se veía obligado a humillar a una de las ciudades más importantes y con mayor capacidad contributiva de su Imperio y consolidaba su fama de soberano clemente. El obispo, antes discutido, conseguía acreditar su autoridad. Al suplicar clemencia por su ciudad, y no sólo para la comunidad cristiana, había llevado a cabo una tarea que en épocas anteriores habían asumido los miembros de las elites seculares, aquellos consejeros que ahora se escondían en las montañas. El episodio revela hasta qué punto las estructuras eclesiásticas se acoplaban con el Imperio Romano y permitían una transferencia de la técnica del dominio, porque ahora los actos de clemencia se transmitían mejor bajo los símbolos cristianos.

Aquella evolución de los acontecimientos afectó penosamente a los paganos, que hasta entonces habían gozado de considerable influencia en Antioquía. Su representante y hombre de la más poderosa palabra, Libanio, insistió en que no le obligaran en adelante a componer largos discursos a favor de los suyos, como los que hasta entonces había podido mantener ante el emperador. Que esta conducta contribuyera a mitigar la penosa situación es algo más que discutible.

Junto al triunfo de las autoridades cristianas, hay otro aspecto importante y típico de la rebelión fiscal de Antioquía: al igual que en el año siguiente la revuelta de los homoiusianos en Constantinopla, también aquí las alteraciones se extinguieron rápidamente, sin que se registraran repercusiones duraderas. Aquellos sucesos no amenazaron nunca el poder imperial.

Las actividades de Materno Cinegio se iniciaron con una serie de recusaciones. Existen testimonios de que ya a partir del 18 de enero de 384 ocupaba el cargo de prefecto de los pretorianos. Era de origen hispano y pertenecía al círculo de los más íntimos de Teodosio. El emperador comisionó a este alto funcionario para un viaje a través de su prefectura con el encargo de neutralizar los intentos de eludir sus deberes fiscales por parte de los miembros de las familias curiales. Luego se añadieron nuevas tareas. Así, por ejemplo, hizo público en Alejandría el reconocimiento del obispo Máximo.

A menudo se describe a Cinegio como sistemático destructor de los santuarios paganos, punto en el que nuestros autores de fuentes descargan la responsabilidad –como suelen hacer de muy buen grado– sobre su mujer, una tal Acantia. De hecho, este funcionario respaldaba las iniciativas que perseguían la destrucción de los centros de culto, incluidas las del obispo Marcelo de Apamea, que ordenó la demolición del grandioso templo a Júpiter de la ciudad. Al parecer, también fue destruido durante su mandato el importantísimo santuario de Edesa que Teodosio había protegido en el pasado en virtud de una regulación específica. Pero la chusma cristiana descargaba su furor sobre todo en las zonas campesinas, con el argumento, tal vez cierto, de que allí se celebraban sacrificios paganos.[55]

En circunstancias, parece ser que se apoderó de algunos paganos el sentimiento de injusticia que Libanio expresó en su trigésimo discurso, redactado en sus líneas básicas en torno a 386, *Pro templis*.[56] Estaba formalmente dirigido al emperador, aunque en realidad sólo se difundió entre los círculos de Libanio. Es notable su línea argumentativa, que me propongo ilustrar aduciendo los pasajes que se refieren a la destrucción del templo de Edesa:

> Yace derribado en tierra, en los confines de Persia, un templo absolutamente inigualable a juzgar por las palabras de quienes lo han contemplado. Tenía vastas proporciones gracias a las poderosas piedras y ocupaba tanto espacio como la propia ciudad. Bastaba para dar refugio a los moradores en caso de angustias bélicas, pues detenía el paso de los agresores, que no podían proseguir su avance, porque les resultaba imposible apoderarse de él, dado que la fortaleza de su muralla de circunvalación condenaba al fracaso todas las técnicas de asedio. Quienes subían a

> sus terrazas podían explorar con la mirada una amplísima extensión del campo enemigo, ventaja nada desdeñable para hombres en guerra [...] Pero este santuario de tal estructura y vastedad [...] ahora ha desaparecido [...] Y, sin embargo, si se analiza con detenimiento, no es tuya la culpa, sino del hombre impío, odiado por los dioses, cobarde, codicioso, que es una maldición para la tierra que le ha acogido en su nacimiento.[57]

Libanio pasa por alto en este pasaje el aspecto religioso, a saber, la voluntad evangelizadora del cristianismo. Su propósito es exponer al emperador la importancia de los templos para el Estado. En otro lugar acentúa, por ejemplo, la significación de los cultos para la grandeza de Roma o para la estructura económica del país, mientras que en el caso presente describe las ventajas militares. Descarga, además, la responsabilidad de las destrucciones sobre figuras odiosas. El hombre impío de que aquí se habla no es otro que el prefecto de los pretorianos, Cinegio. En otro pasaje menciona Libanio con desprecio al obispo Flaviano de Antioquía. Ya antes había expresado, en parrafadas empujadas por el odio contra los monjes, las siguientes afirmaciones:

> ¡Estos hombres de negras vestimentas, que tragan más que elefantes, tan sedientos que fatigan a quienes les sirven las bebidas entre cantos, que se ocultan bajo la palidez que se producen con remedios artificiosos, que se precipitan contra los templos a los que arrebatan madera, piedras, utensilios de hierro y algunos, aun sin esto, con pies y manos, aunque (en puridad), la ley existe y sigue en vigor, emperador![58]

No es el emperador –afirma el antioqueno– el culpable de las destrucciones de los templos. Eran incluso contrarias a los objetivos imperiales, y aquí Libanio estaba en lo cierto: las destrucciones de templos no figuraban de hecho en el programa antipagano de Teodosio. Si el discurso hubiera sido pronunciado en su presencia, se habría sentido satisfecho: el fastidio que generaba su gobierno no concernía a su persona, sino a la de otros.

Cuando Libanio hace a Cinegio responsable de los ataques a los templos se limita a repetir lo afirmado por otros. No existen testimo-

nios directos en contra de Cinegio, que mantuvo sin daños el poderoso Serapeion, que, a modo de fortaleza, debió de atraer su mirada en Alejandría.[59] Parece ser, de todas formas, que toleró más agresiones cristianas que los demás funcionarios y contribuyó de esta forma a que en los años 80 se desencadenaran fuerzas antipaganas y a que fuera en aumento la sensación de inseguridad de los círculos tradicionalistas.

Sobre el telón de fondo de aquellos desmanes que Libanio describe con tanto vigor dramático, resulta comprensible la única ley conservada de los más de ocho años que corren desde el 30 de noviembre de 382 hasta el 24 de febrero de 391, en la que Teodosio se ocupa del paganismo. Está fechada el 25 de mayo de 385 y tiene como destinatario a Cinegio:

> Ningún mortal ha de tener la osadía de llevar a cabo un sacrificio de tal modo que mediante la observación del hígado o la interpretación de las vísceras reciba la esperanza de una promesa vana o, lo que aún sería peor, el conocimiento del futuro por medio de una pregunta abominable. Han de esperar el tormento de un castigo singularmente duro quienes, en contra de lo preceptuado, intentan sondear la verdad del presente y del futuro.[60]

Es un texto extraño. Porque lo que esta ley prohibía estaba prohibido desde mucho tiempo antes y, además, por el propio Teodosio. En esta redacción se habla en términos algo más concretos que en ocasiones anteriores de la amenaza de castigos, pero no se precisan, ni entonces ni ahora.

Podría asumirse que aquí se trata únicamente de una más de las numerosas repeticiones de la ley que deben darse por descontadas en la Antigüedad tardía. La firme insistencia en la adivinación podría tal vez explicarse por la circunstancia de que se hubiera descubierto la existencia de tales prácticas.[61] Pero si se recuerda quién es el destinatario, justamente Cinegio, y se tiene en cuenta qué es lo que esta ley prohíbe, se abre paso otra interpretación. No se menciona para nada la destrucción de templos, como tampoco lo hacían las precedentes leyes antipaganas. Quien supiera leer entre líneas captaría bien el mensaje: estas destrucciones no contaban con la aprobación del emperador. Las experiencias recientes habían demostrado una vez

más que suponían una grave amenaza para el orden público. Se diría, pues, que no hay en esta ley un endurecimiento de las medidas antipaganas, sino que lo que se busca es poner coto a los excesos de los enemigos de los paganos.

De donde se desprende que se haría una lectura unilateral si se valorara la misiva a Cinegio únicamente como expresión de una firme política antipagana. Tal vez el prefecto de los pretorianos facilitaba con su pasividad frente a los actos violentos de los cristianos la destrucción de templos paganos, pero el emperador procuraba impedir este tipo de violencia.

Aunque fueron los excesos antipaganos cometidos bajo la prefectura de Cinegio los que más acusada resonancia alcanzaron, tanto entre los paganos como entre los cristianos, sus medidas más significativas, para gobernantes y gobernados, y las que, por supuesto, mayor descontento provocaron, fueron las relacionadas con asuntos profanos, sobre todo las destinadas a mejorar las percepciones contributivas del Estado. En este contexto debe situarse la revuelta fiscal antioquena, aunque Cinegio no estaba directamente implicado, así como las frecuentes agitaciones en Alejandría, la segunda gran metrópoli de Oriente. Aquí llegó incluso a recurrirse al rival Máximo, de quien se esperaba, ingenuamente, una menor presión fiscal. Pero incluso en este episodio puede afirmarse: cierto que el pueblo expresaba su descontento con formas drásticas, pero esto no era suficiente para poner en peligro la soberanía imperial ni tampoco el ordenamiento monárquico.

Aunque probablemente Teodosio se opuso a los ataques antipaganos más graves acontecidos como consecuencia de la actitud permisiva de Cinegio, no se malquistó en ningún sentido con su prefecto de los pretorianos. Tras su muerte, el año 388, fue sepultado con gran asistencia de autoridades públicas, tal vez como uno de los numerosos gestos simbólicos con que el emperador ponía ante los ojos de los cristianos su benevolencia.

Una mirada retrospectiva a todo lo expuesto en este capítulo descubre que la conducta de Teodosio era absolutamente pragmática. Es cierto que honraba a los clérigos, pero no hasta el punto de poner en peligro los ingresos del Estado. Expulsó de las ciudades a los herejes, pero les permitió practicar su culto en la campiña. Declaró su hostilidad a los paganos, pero no se atrevió a poner en marcha una

política demasiado agresiva y fueron muchos los paganos que contaron con la posibilidad de hacer carrera a su servicio. Las gruesas palabras fueron seguidas por una política personal abierta. Dureza real sólo manifestaba el emperador cuando se trataba de dinero. Éste era el más sensible de todos los temas y es aquí donde acentuó la explotación de sus súbditos, que exteriorizaron su cólera en frecuentes agitaciones y tumultos.

Afianzamiento de la dinastía y desgracias familiares

Cuando ascendió al trono, Teodosio contaba con una inapreciable ventaja en perspectiva a largo plazo: ya tenía un hijo, Arcadio, que su esposa Flaccilla había dado a luz durante su estancia en Hispania. Al nuevo emperador se le abría, por tanto, la posibilidad de fundar su propia dinastía. Pero no habría sido prudente dar a conocer con demasiada claridad sus ambiciones a este respecto mientras fuera la dinastía valentiniana, con sus dos jóvenes emperadores, Graciano y Valentiniano II, la que ostentaba el dominio. Ambos contaban, sin la menor duda, con traer hijos al mundo con los que hacer perdurar en el tiempo la soberanía de su propia estirpe.

Todos sabían, en cualquier caso, que Arcadio era un potencial heredero del trono. Su educación tenía, por consiguiente, importancia política. El veterano retórico pagano Temistio expresó su deseo de ser el maestro de Arcadio. En un discurso que debe fecharse en 384/385, dio a entender que el emperador le había confiado la educación de su hijo, aunque sin definir bien sus cometidos.[62] Con independencia de la índole de las relaciones entre el filósofo y el niño, los ambientes tradicionalistas de la ciudad podían mecerse en el sentimiento de que uno de los suyos participaba en la educación del príncipe. Tal vez lo que se pretendía era justamente ganarse la simpatía de estos círculos cuando se acentuaba, en las representaciones plásticas, la capacidad intelectual del presunto sucesor.[63]

Pero hubo otro personaje en esta elevada misión: Arsenio, diácono romano de elevada alcurnia, tal vez incluso de ascendencia senatorial, que tras abandonar la corte, donde había llevado un lujoso tren de vida, se hizo monje y se ganó fama de santidad. Se le llegó a conceder –así lo declaran al menos textos piadosos– el derecho ilimitado a imponer castigos a los hijos del emperador –pues más tarde se



FIGURA 8. El emperador Arcadio. La inscripción en torno al retrato en el anverso dice: D(OMINUS) N(OSTER) ARCADIUS P(IUS) F(ELIX) AGUSTUS: *Nuestro Señor Arcadio, el Piadoso, el Feliz Augusto*. En el reverso: VICTORIA AUGGG (*Victoria, tres augustos*). La imagen muestra a un emperador poniendo el pie sobre un enemigo sometido.

unió Honorio–: debería tratarles no como a príncipes, sino como a ciudadanos normales. Cuando, en cierta ocasión, el emperador encontró a los príncipes sentados y al maestro en pie, los obligó a invertir la situación.[64]

Según las concepciones de la época, la severidad garantizaba la calidad de la educación. El emperador demostraba de esta manera que no tenía en cuenta consideraciones personales cuando se trataba de educar de manera adecuada al sucesor. Por lo demás, daba a entender una vez más su disposición a honrar y respetar las tradiciones educativas.

El 19 de enero de 383 se daba el paso decisivo con la elevación de Arcadio, entonces de 5 años de edad, a la dignidad de *augustus* (*figura 8*). Se hizo todo lo posible por presentarle en escena revestido de la personalidad de un soberano al transmitir la imagen de un hijo que participa en la administración de justicia y ejerce una influencia apaciguadora en el emperador.[65] Por doquier, también en los edificios del Senado de Constantinopla, fue honrado, al lado de su padre, mediante inscripciones y estatuas. Los delegados pronunciaron panegíricos en honor del emperador y del hijo. En las recepciones ocu-

paba un puesto al lado de su padre. La siguiente anécdota revela el gran interés que Teodosio ponía en que se le tributaran a su hijo los honores debidos.

Anfiloquio, obispo de Iconio, intentaba inducir al emperador a una política más rigurosa contra los homoiusianos que, en opinión de los nicenos, consideraban, en el terreno teológico, que el hijo Jesucristo era inferior a Dios Padre. Pero el emperador se negaba.

> Anfiloquio, hombre de agudo ingenio, calló de momento, pero luego urdió un notable ardid. Cuando se presentó de nuevo en palacio y vio al lado de Teodosio a su hijo Arcadio –recientemente nombrado emperador– presentó sus respetos al modo acostumbrado y no tributó ningún honor al hijo. El emperador, pensando que Anfiloquio lo había olvidado, le pidió que se acercara a su hijo y lo besara. Pero respondió que le bastaba con la reverencia que le había tributado a él. El emperador montó en cólera y declaró que consideraba ofensa personal la negativa a presentar respetos a su hijo. Entonces, finalmente, descubrió el ingenioso Anfiloquio el sentido de su conducta y dijo con firmes palabras: «Tú mismo ves, emperador, cuán poco soportas la falta de respeto hacia tu hijo y por el contrario te sientes lleno de cólera contra quienes le ofenden. Cree, pues, que también Dios Omnipotente aborrece a quienes injurian a su Hijo Unigénito y los odia, porque se han mostrado ingratos frente al Salvador y Benefactor». El emperador quedó al instante convencido y promulgó una ley que prohibía las reuniones de los homoiusianos.[66]

Dejando de lado la veracidad de los detalles de esta anécdota, muchas veces y muy justamente citada en los siglos posteriores, merece la pena señalar lo que en la narración se da por sobreentendido: que el emperador reaccionaba con gran sensibilidad en todo lo referente al rango de su hijo, que representaba el futuro de la dinastía.

Era costumbre establecida que quien era encumbrado a *augustus* recibiera en la primera ocasión el consulado y ejerciera aquel cargo, en el que por otra parte seguía resplandeciendo el aura de la grandeza republicana. Arcadio lo recibió el 1 de enero de 385. De este modo, el nombre del niño quedaba inscrito, con brillante fulgor, en los Anales romanos.



FIGURA 9. La emperatriz Flaccilla. La inscripción en torno al retrato dice: AE(LIA) FLACCILLA AUG(USTA). La del reverso: SALUS REI PUBLICAE (*Salvación de la República*). Se representa la victoria personificada pintando el anagrama de Cristo en el escudo.

A una con el encumbramiento de su hijo, aumentaba también la valoración de su madre, Flaccilla, que, como Teodosio, procedía de la Península Ibérica.[67] Al principio se mantuvo en un discreto segundo plano, pero es evidente que con ocasión del nombramiento de su hijo Arcadio o poco después, y en todo caso ya antes de la muerte de Graciano, recibió el honroso título de *augusta*, la primera mujer portadora del título imperial desde Elena, la madre de Constantino el Grande, y de la esposa de este último emperador, Fausta, más tarde caída en desgracia. Como en otras circunstancias desde la perspectiva de Teodosio, también aquí se daba una aproximación a Constantino el Grande.

La concesión del título de *augusta* significa que su efigie podía figurar en las monedas, al principio, y significativamente, según el tipo de Elena. En el reverso aparece siempre la inscripción SALUS REI PUBLICAE, *Salvación de la República* (*figura 9*). La emperatriz se transformaba así, en la imagen, en garantía del bienestar, probablemente, y no en último término, porque, en cuanto madre de un heredero legítimo del trono, aseguraba la paz en el azaroso momento del traspaso del poder.

Al igual que su hijo, también Flaccilla fue celebrada como consejera de la administración de justicia y honrada con una estatua en

el edificio del Senado de Constantinopla. Por los relatos acerca de la rebelión de las estatuas de Antioquía (que tuvo lugar después de la muerte de Flaccilla), sabemos que también fue destruida una de sus estatuas, lo que significa que sus efigies se habían difundido en la provincia. Esta masiva presencia pública de la emperatriz se proponía probablemente consolidar los lazos afectivos de los súbditos con su casa, sobre todo porque los soldados de Roma se acreditaban siempre como leales partidarios del principio dinástico.

Flaccilla gozaba de especial prestigio en los círculos eclesiásticos, en los que se entendía que su fidelidad a la fe nicena era más firme que la de su marido. Se atribuye a su influencia la decisión de Teodosio de rechazar el diálogo con los anomeos.[68] Incluso en Occidente gozaba, al parecer, de fama de defensora de la verdadera fe. Fue a ella, en todo caso, a quien dedicó un cierto Faustino, portavoz de los luciferianos, estrictamente nicenos, un tratado teológico.[69] Todo el asunto debía tener, por tanto, un cierto sabor picante, porque en Occidente la emperatriz Justina favorecía la causa de los homoiusianos. Parece en cambio, dudoso que practicara personalmente obras de caridad con los pobres y los enfermos: el relato de un posterior historiador de la Iglesia, de desbordante fantasía,[70] es tópico y sumamente cercano a las narraciones, no menos problemáticas, sobre Elena, la madre de Constantino, que marcaron la pauta para las descripciones de las emperatrices de la Antigüedad tardía.

Flaccilla había dado a Teodosio no sólo un hijo, sino también una hija, llamada Pulqueria, una muchacha de la que cabía esperar que contrajera un matrimonio estratégico. La dinastía teodosiana parecía firmemente asentada cuando el 9 de septiembre de 384 la pareja imperial fue agraciada con otro hijo, que recibió el hombre de Honorio. Como en aquella sociedad siempre había que contar con la posibilidad de la muerte prematura de los niños, dos hijos no eran una garantía absoluta de seguridad, pero sí de cierta tranquilidad. Y a ello se añadía otro factor: si un matrimonio tenía dos hijos varones, era señal de que el favor divino acompañaba a la pareja imperial.

Pero en medio de aquel esplendor seguía existiendo una mácula que empañaba el prestigio de la familia imperial: la ejecución de Teodosio el Viejo. Su recuerdo debía mantenerse vivo sobre todo en Occidente. Era preciso rehabilitarlo, y así se hizo apenas Teodosio consiguió en este territorio influjo determinante en virtud de su vic-

toria contra Máximo. Sobre todo las inscripciones honoríficas documentan el patente reconocimiento de los círculos senatoriales;[71] tal vez el emperador no tuvo ni que hacer insinuaciones, pues todos cuantos se proponían agradarle podían barruntar que era muy sensible a esta cuestión. Teodosio el Viejo era de nuevo un hombre de honor, la fama de la dinastía se mantenía sin tacha.

El año 386, a continuación del año consular de Arcadio, recibió este cargo su hermano Honorio, un niño de apenas año y medio de edad. Pudo ser sin duda un año jubilar para la dinastía. Y justamente en ese momento se abatió sobre la casa imperial una gran catástrofe: se produjeron, en rápida sucesión, dos defunciones: murió Pulqueria, todavía en edad infantil, y poco después su madre Flaccilla.

Aquella calamidad resultaba aún más inoportuna porque un año antes un terremoto había sacudido los alrededores de Constantinopla. En la óptica de aquellos tiempos todo ello eran signos de la ira divina. Nada podía serle más nefasto al emperador que la difusión de esta idea entre la población, sobre todo en un año en el que la cuestión persa en Oriente se presentaba con tintes inciertos y en Occidente iban en aumento las tensiones entre Máximo y Valentiniano II. Pero una vez más la religión cristiana vino en su ayuda en aquellos azarosos tiempos de la situación política.

La mirada del emperador se dirigió esta vez a Gregorio de Nisa, que no debe ser confundido con el fracasado Gregorio de Nacianzo, obispo de Constantinopla. El niseno era el más célebre predicador de su época. Es verdad que su sede episcopal se situaba en el *hinterland* de Asia, pero prefería con mucho su estancia en Constantinopla, donde esperaba encontrar pasto para su ambición. Ahora se le presentaba una magnífica oportunidad. Tenía que pronunciar la oración fúnebre en honor de Pulqueria con ocasión de las exequias en las que las calles de la ciudad rebosaban del gentío que compartía el dolor de la casa imperial.[72] El discurso describía la magnitud de la pérdida, que era particularmente grave en razón del origen imperial de la niña y conmovía mucho más aún que el terremoto de hacía pocos meses. Le consolaba a Gregorio la idea de lo despreciable de lo terreno, una enseñanza ante la que también el emperador, aunque situado por encima de todo, debía doblegarse en virtud de su propia naturaleza. Con todos los respetos debidos, esto significaba una clara inserción de Teodosio en la esfera humana.

El sermón adquiría así un perfil político. Se configuraba con mayor claridad aún esta dimensión en la oración fúnebre sobre Flaccilla, pronunciada unas pocas semanas después. Tras haber atribuido a la fallecida toda una serie de virtudes de cuño tanto tradicional como cristiano, Gregorio se formulaba la pregunta del porqué. ¿Por qué estas muertes? Y la respuesta se producía de una manera sólo aparentemente diplomática bajo la forma de pregunta: *¿Se ha dictado sentencia contra nosotros a causa de la creciente impiedad de las múltiples herejías?*[73]

Una osada pregunta. Porque imputaba al emperador una culpa, a saber, un esfuerzo insuficiente en la lucha contra los herejes. Y este reproche implícito ganaba aún mayor peso porque la emperatriz era considerada como la auténtica custodia de la fe nicena. Y, además, era ya patente que el emperador pronunciaba duras palabras contra los herejes, pero que en el terreno de la práctica elegía una política más matizada, más bien de tanteo. La crítica estaba, pues, desde la óptica de los nicenos, plenamente justificada.

Aunque los discursos de Gregorio habían sido pronunciados al servicio de la casa imperial y celebraban la gloria del emperador y de su linaje, no son testimonios de la propaganda teodisiana y más bien el discurso sobre Flaccilla se mostraba crítico frente a la reticente conducta del soberano en el ámbito de la política religiosa. El predicador cristiano mantenía una actitud leal al emperador, pero podía, al mismo tiempo, criticar claramente las medidas políticas sin exponerse a la acusación de deslealtad. Aunque los nicenos tenían mucho que agradecer al emperador, el emperador no podía confiar enteramente en ellos y seguían constituyendo un potencial crítico.

Y ahora, vuelta de nuevo a la familia imperial. Tenía que afrontar dos fallecimientos, pero desde la fría y realista perspectiva de la política del poder seguían en vida las figuras determinantes: el emperador mismo y sus dos hijos. La dinastía no estaba amenazada.

Aunque los predicadores cristianos podían acentuar el rango moral de la viudez, respondía a las costumbres romanas un nuevo matrimonio al cabo de poco tiempo. No puede, por tanto, sorprender que Teodosio volviera a casarse ya en el mismo año de la muerte de su primera esposa. La mujer elegida fue la ya mencionada Gala, hermana de Valentiniano II. Por encima de los embellecimientos románticos de algunas fuentes, aquella unión era, como mínimo, razonable desde

el punto de vista táctico y se trataba con toda probabilidad de un matrimonio dictado por las conveniencias políticas. De este modo podía Teodosio crear una vinculación familiar con la dinastía entonces reinante, la de los valentinianos; en caso contrario, las hijas de Valente y Valentiniano I habrían permanecido solteras:[74] con aquella decisión, no podía salir al encuentro de la dinastía teodosiana ningún rival con pretensiones dinásticas. Por muy cínico que pueda sonar: en aquella situación de pesar existencial que tal vez significaba la muerte de su esposa, Teodosio hizo de nuevo lo mejor para consolidar su situación dinástica.

Pudo parecer, una vez más, presagio funesto que el primer hijo nacido del nuevo matrimonio muriera en temprana edad, el año 394, al parecer en el mismo año que su madre.[75] En cambio, una hija de este mismo matrimonio, Gala Placidia, estaba llamada a convertirse en una de las grandes figuras de gobernantes de Occidente. Su hijo llevaría el nombre de Valentiniano III (425-455), en recuerdo del fundador de la dinastía.

Podía asumirse la muerte del último hijo, al menos desde el punto de vista dinástico, en el sentido de que se eliminaban posibles futuros conflictos en el seno de la familia imperial. Los dos hijos supervivientes, ahora adolescentes, revestidos desde su corta edad de cargos importantes, parecían garantizar un porvenir seguro tanto para el linaje de Teodosio como para el Imperio. Aunque cuando alcanzó su victoria sobre Máximo era un hombre todavía relativamente joven –tenía 40 años– había tomado ya todas las providencias necesarias para el caso de su muerte. Muchos de sus éxitos se debían más a la suerte que a sus disposiciones, pero nadie podía negarle los esfuerzos desplegados por cumplir con responsabilidad sus deberes, al menos tal como eran entendidos en aquel tiempo.

V. La extrañez de lo familiar: Teodosio en Occidente (388-391)

Camino de Milán

Tras su victoria sobre Máximo, Teodosio se hallaba en Occidente. ¿Lo respiraba? ¿Se sentía aliviado por volver a tierras donde se hablaba en latín? Es perfectamente posible. Pero no hay ni un solo diario, ninguna carta íntima, ningún testimonio sobre sus conversaciones privadas que informe acerca de lo que pudo sentir y pensar. En todo caso, resulta para nuestra sensibilidad perfectamente comprensible lo que quiso comunicar a través de sus declaraciones y sus acciones y también lo que –de una manera casi siempre distorsionada– veían o querían ver sus contemporáneos. Fuera como fuere, Teodosio conocía mejor Occidente que Oriente, aunque se ignora hasta qué punto estaba familiarizado con la situación específica de Italia. No se sabe si había estado antes en esta región ni por cuánto tiempo.

Roma seguía conservando, ahora como en el pasado, una importancia de primer orden, con su Senado, cuyos miembros poseían inmensas fortunas y podían poner en juego múltiples interconexiones. La antigua capital era también un centro religioso. Aunque su obispo, que sólo con reservas puede ser llamado «papa», aún no poseía una autoridad doctrinal generalmente reconocida en Occidente, hubo siempre personas que se la otorgaban cuando les parecía oportuno. Por otra parte, nadie ponía en duda que al lugar donde desarrollaron sus actividades Pedro y Pablo le correspondía un rango especial. Pero lo verdaderamente determinante era la personalidad de quien asumía este cargo. Aunque sólo con dificultades logró imponerse Dámaso (366-384), se esforzó siempre, y no sin éxito, por preservar la autoridad romana incluso en Oriente, y a él se dirigió Teodosio, ya desde los primeros tiempos, para las cuestiones de fe. Siguió su estela –aunque con menor capacidad para imponerse– su sucesor

Siricio (384-399). Pero la figura más importante de la política eclesiástica de aquellos años estaba en Milán: era el ya varias veces mencionado Ambrosio, quien había logrado alzarse con el triunfo en prolongadas controversias, tanto frente a los homoiusianos locales como a los cortesanos de palacio, y supo extender su área de influencia hasta Iliria y las Galias.

La destacada posición de Ambrosio entre los obispos de Italia se derivaba también de la circunstancia de que Milán fue durante muchos años el centro político de Italia y la residencia del emperador. Desarrollaban allí sus actividades numerosos funcionarios con los que Ambrosio podía entablar relaciones. Había además una larga lista de familias pudientes y distinguidas que favorecían a las iglesias, aunque también expresaban a veces su disconformidad con las normas eclesiásticas, cuando por ejemplo el obispo inducía a las jóvenes a elegir el estado de virginidad, interfiriéndose de este modo en las estrategias de alianzas matrimoniales entre linajes. No estaban, con todo, en esta ciudad las raíces de las grandes alcurnias senatoriales que impregnaban el clima de Roma, de donde se seguía que, en el curso de los conflictos librados en su sede, Ambrosio tenía que enfrentarse a enemigos mucho más débiles.

Formaban parte del Imperio Romano de Occidente vastas regiones que se iban distanciando cada vez más del centro. Eran los habitantes de las Galias y de Hispania quienes más dirigían sus miradas al emperador de Occidente, pero disminuía, de forma creciente, la significación de Britania. África estaba desgarrada en luchas intestinas, porque no resultaba posible reducir a los grupos donatistas cismáticos y en aquellos enfrentamientos se entremezclaban además diversos conflictos sociales. Las incesantes incursiones de los mauritanos acrecentaban las dificultades, de tal suerte que se cernía la amenaza de que aquella región, de hecho una de las más prósperas del Imperio e insustituible granero de Roma, escapara poco a poco al control del poder central, sobre todo porque Gildo practicaba allí una política de amplia autonomía.

Teodosio tenía que dar respuesta satisfactoria a los problemas planteados por todos estos diversos grupos y regiones. Una mirada superficial diría que su política fue en este aspecto errática, si no ya contradictoria. El hecho se explica a partir de sus esfuerzos por integrar a los círculos más amplios que le fuera posible, sin perder de vista

la situación real. Su primer acto de gobierno en Occidente consistió en anular las disposiciones de Máximo. Los títulos, honores y cargos que Máximo había concedido fueron invalidados el 22 de septiembre de 388, en Aquileya. Pocos días más tarde, el 10 de octubre, declaraba Teodosio, ya en Milán, que nadie podría invocar una ley o una sentencia de Máximo, porque todas habían sido abrogadas por el emperador. Al año siguiente se repitieron y endurecieron con particular énfasis estas medidas para la prefectura pretoriana de las Galias, el territorio nuclear de Máximo.[1] Esta decisión de anular y dejar sin efecto las disposiciones del usurpador estaba muy lejos de ser lógica y consecuente, sobre todo si se tiene en cuenta que el propio Teodosio había reconocido durante mucho tiempo su validez. Aquellas medidas debieron de sembrar la preocupación entre las elites, porque afectaban a muchos individuos que se habían puesto a disposición de Máximo de buena fe. Por otro lado, debió infundir tranquilidad la noticia de que no se hablaba de castigos.

Teodosio tenía ya su candidato para el puesto clave de prefecto de los pretorianos de Iliria e Italia en la persona de Trifolio, que se había acreditado en Oriente como *comes sacrarum largitionum*, es decir, director de las Finanzas. De todas formas, permaneció poco tiempo en el cargo y fue sustituido, por razones que ignoramos, por Polemio, un funcionario occidental que había ocupado con anterioridad el puesto de procónsul de África. En la persona de Nicómaco Flaviano elevaba Teodosio, el año 388/389, a *quaestor sacri palatii*, es decir, a la responsabilidad de la redacción escrita de las leyes, a un pagano distinguido e influyente.[2] Para una personalidad tan eminente como Nicómaco el cargo no resultaba particularmente prestigioso, pero se le otorgaba un puesto de confianza. Con la decisión de situar a un pagano en este cargo daba a entender Teodosio su voluntad de cooperación. Tal vez Nicómaco acabaría por convertirse en el Temistio de Occidente.

Ya en fechas tempranas puso en marcha Teodosio la antes mencionada división del Imperio Occidental: Valentiniano II recuperó lo que las fuentes denominan, con fórmulas poco precisas, su imperio propio, o, respectivamente, el de su padre Valentiniano I,[3] que de hecho se reducía a la prefectura de las Galias, en las que se incluían también Hispania y Britania. Allí se dirigió Valentiniano en la primavera de 389, aunque no solo, sino acompañado por el jefe del ejército

Arbogasto, que exhibía ahora el título inespecífico, pero que de alguna manera señalaba su cercanía con el emperador, de *comes*. Este militar había contraído grandes méritos en la guerra civil. Su tío Ricomero actuaba en Oriente como jefe del ejército. A Teodosio debió de parecerle un hombre en quien se podía confiar. Como prefectos de las Galias se encuentran figuras poco perfiladas, primero, el año 389, Constanciano; luego, en 390, Neoterio. Ambos habían servido a las órdenes de Teodosio. Al flanquear a Valentiniano con estos dos hombres, el emperador de Oriente le privaba de espacio de juego propio. Tan sólo Justina habría podido actuar como contrapeso, pero falleció poco después. No le proporcionaba mucha ayuda a Valentiniano la circunstancia de que sus hermanas residieran en la corte y tal vez le dieran ánimos.

Teodosio asumió de hecho la responsabilidad de Italia. Tal vez había analizado y sopesado la posibilidad de consolidar allí su situación mediante el nombramiento de uno de sus hijos como soberano, pero la rechazó y permitió que de este modo Valentiniano salvara la cara. Pero en la acuñación de monedas le postergó al situarlo al mismo nivel que Arcadio.[4] Valentiniano no figuraba en las denominaciones asignadas a las unidades de las tropas, mientras que había algunas que recibían los nombres de Teodosio, Arcadio y Honorio.[5]

El verdadero soberano de Occidente consolidó de una manera eficaz su posición con una medida hace poco mencionada: incorporó al ejército de Oriente los mejores destacamentos del ejército occidental. Y se ocupó, finalmente, de que el año siguiente, el 389, quedara marcado por el signo de su victoria sobre Máximo: dos de los generales decisivos, Timasio y Promoto, fueron elevados a cónsules, mientras que sólo un año más tarde se le dispensaba este honor a Valentiniano.

Teodosio se había encontrado con el obispo Ambrosio ya en Aquileya. Las relaciones de Ambrosio con el vencedor de la guerra civil no estaban, ni mucho menos, libres de hipotecas. Después del concilio de Constantinopla, el obispo milanés había dirigido, como ya se ha mencionado, junto con los obispos reunidos en Aquileya, una osada carta al emperador, en la que ponía en la picota todos los puntos débiles de la asamblea de Oriente.[6] No se sabe hasta qué punto había seguido Teodosio el rastro de las discordias entre Ambrosio y Valentiniano o, por mejor decir, Justina. Pero si lo sabía, le asistían

buenas razones para desconfiar del tenaz obispo. Éste, por su parte, juzgó conveniente apresurarse a salir al encuentro del nuevo soberano en Aquileya para demostrarle su reverencia. El gesto agradó sin duda a Teodosio, que ponía todo su empeño en vincular con él a las secciones más amplias posible de las elites de Occidente.

De acuerdo con su misión episcopal, Ambrosio pidió clemencia para los seguidores de Máximo y se lisonjea a sí mismo por el éxito alcanzado.[7] Tal vez fue el propio emperador quien quiso dar la impresión de que tomaba esta decisión a causa de la visita de Ambrosio. En todo caso, la medida estaba en consonancia con toda su precedente línea política integradora, que supo forrar con motivaciones cristianas. Fuera como fuere, en el primer momento se produjo una concordancia entre el emperador y el obispo de la que ambos sacaron provecho: el obispo gozaba del favor del emperador y el emperador contaba con el apoyo de una de las figuras clave de la Italia septentrional. El primero podía hacerse pasar por defensor de los débiles; el segundo, por benigno emperador cristiano.

Pero aquella inicial armonía se tornó presto en desacuerdo. Ambrosio consideraba, en efecto, que su intervención era imprescindible en otra cuestión mucho más complicada.[8] Muy lejos, en la frontera del Éufrates, se había producido un incidente de extrema gravedad: en la ciudad de Calínico, la chusma cristiana, bajo la dirección del obispo, había entregado a las llamas una sinagoga. Esto implicaba una seria alteración del orden público, cuyo mantenimiento era preciso vigilar y garantizar, sobre todo en las regiones fronterizas. Y añadía especial trascendencia la circunstancia de que el ataque estaba dirigido contra judíos, cuya libertad de culto estaba expresamente protegida por la legislación imperial.

Como los actores habían sido cristianos, monjes incluidos, dirigidos por un obispo, el funcionario competente no había tomado evidentemente ninguna medida inmediata, aunque en su condición de *comes Orientis* ostentaba un título de muy alto rango; por encima de él sólo estaba el prefecto de los pretorianos. En su apurada situación, decidió poner los hechos en conocimiento del emperador. Enredado y fastidiado por este problema marginal, Teodosio dictó lo que era de esperar de acuerdo con la práctica administrativa tradicional: los cabecillas y los monjes debían ser severamente castigados y, además, el obispo debería reconstruir la sinagoga a sus expensas.

Aquí podía haber terminado el incidente. Pero Ambrosio decidió tomar cartas en el asunto. Y tenía que hacerlo, si quería mantener incólume su fama de independencia, ya que poco antes se había enfrentado a Máximo porque había llamado al orden al pueblo de Roma a causa de un ataque contra una sinagoga.[9] Y ahora Teodosio se comportaba de la misma manera. Al principio Ambrosio se conformó con una intervención de viva voz. Pero como no obtuvo fruto, escribió, estando todavía en Aquileya, una enérgica carta de protesta a Teodosio.[10]

Comienza aclarando con detalle por qué ha tomado la decisión de criticar al emperador: los buenos emperadores habían garantizado siempre la libertad de expresión y los sacerdotes, por su parte, están obligados a decir abiertamente lo que piensan, porque son responsables de la salvación de las almas de los demás. El emperador poseía ciertamente todas las virtudes de un buen soberano, pero no estaba enteramente libre de faltas y el sacerdote debe vigilar en este punto. En los asuntos de Dios no puede callar. Tras recordar a Teodosio los deberes del buen soberano y maniobrar para situarse a sí mismo en el puesto de pastor de las almas, dirige la mirada a los acontecimientos de Calínico. El emperador ponía al obispo de aquella ciudad en una situación comprometida y peligrosa si le obligaba a cumplir la mencionada orden. Porque o bien debía convertirse en traidor a su fe –en el caso de que construyera un edificio para creyentes errados–, o bien en mártir –en el caso de que se negara a hacerlo y recibiera el correspondiente castigo:

> Ambas cosas son ajenas a nuestro tiempo, ambas se equiparan a una persecución contra los cristianos si se ve obligado a la traición o al martirio.[11]

A sus ojos, la destrucción de una sinagoga es un acto grato a Dios. Ambrosio insinúa incluso la posibilidad de que los soldados se nieguen a cumplir la orden; de hecho, en Milán había ocurrido algo parecido en la disputa entre él y Valentiniano II. No se trataba, pues, de una amenaza sin contenido.[12]

Tras esta provocación, el obispo, cuya antigua profesión de abogado se trasluce en este documento, menciona una nueva posibilidad: si el emperador, desoyendo las súplicas de Ambrosio, decreta el cas-

tigo del hermano en el episcopado responsable de los incidentes de Calínico, entonces también se verá obligado a convertirse en traidor a la fe el funcionario –cristiano–, porque tendría que reedificar la sinagoga. ¿Es que han de regodearse los judíos por este triunfo sobre los cristianos?

> A ti, emperador, te guía el principio del mantenimiento del orden público. Pero, ¿qué es más importante: la apariencia de orden o la causa de la fe?[13]

¿Quiere acaso ser castigado como el pagano Juliano, que ordenó reconstuir el templo de Jerusalén y tuvo que ver cómo Dios destruía los trabajos por medio del fuego? Otros incendios de casas en revueltas en Roma o en Constantinopla han permanecido impunes, añade Ambrosio. Incluso las devastaciones de iglesias a manos de los judíos en la época de Juliano habían quedado sin castigo.

Y se pasa a continuación a otro tema: había llegado a oídos de Ambrosio el rumor de que se quería castigar a ciertos monjes que habían destruido un centro de culto de una secta gnóstica, la de los valentinianos. También esta sanción es inaceptable. Tras este breve excurso, Ambrosio vuelve al problema de la sinagoga. Se había solicitado, al parecer, la devolución de algunos objetos robados en el curso de los incidentes. El obispo objeta que no es creíble que la sinagoga de una pequeña localidad fronteriza pudiera albergar un botín. Y a los judíos no les asiste ningún derecho a invocar en su favor leyes romanas que ellos son los primeros que no cumplen. Y se alzarían con el triunfo si se reconstruyera la sinagoga con recursos cristianos.

El emperador debería finalmente reflexionar en cómo se atrevería a dirigirse a Cristo, que tantos éxitos le había concedido, si castigaba de este modo a sus fieles. Reaparece de nuevo en el primer plano la argumentación del pastor de almas, apoyada en numerosos ejemplos bíblicos. Y concluye con una sugerencia interesante.

> Si, en los asuntos monetarios, recurres al consejo de hombres entendidos, mucho más conveniente es que en un asunto de la religión te dejes aconsejar por los sacerdotes del Señor.[14]

Se registra luego, bajo la forma de una pregunta retórica, una notable elevación del tono. ¿Cómo podría él justificarse ante los demás obispos, declara Ambrosio, si, a consecuencia de una decisión imperial, se tortura y se mata a cristianos y se expulsa de las curias de la ciudad a clérigos tras largos años de servicios? Se diría que Ambrosio ha pasado aquí a un tema enteramente diferente.[15] Existe la sospecha de que estaba preocupado ante la posibilidad de que se aplicara en Occidente una ley en este sentido promulgada en Oriente, y de que aprovechaba la oportunidad de su escrito de protesta para mencionar este problema, por el que tal vez sus hermanos en el episcopado sentían gran preocupación. Parece mucho más probable, a mi entender, que Teodosio quisiera imponer a los clérigos participantes en el incendio un castigo –se desconocen los detalles de sus disposiciones– y que Ambrosio generaliza aquellas medidas concretas. Pero no puede alcanzarse seguridad acerca de este punto. En todo caso, el obispo vuelve pronto sobre su idea básica y exhorta de nuevo al emperador a reflexionar y mostrar clemencia imperial.

Clementia, la clemencia: éste es el motivo básico de todo el escrito. Resulta sorprendente para las concepciones modernas la naturalidad con que se convierte a los judíos en auténticas víctimas, pero desde el punto de vista de Ambrosio su argumentación era inapelable. Se ve en el papel de suplicante, en este caso en favor de un hermano en el episcopado, y también, en cierto sentido, en favor del funcionario imperial que se vería impelido a llevar a cabo una acción no cristiana. Se trata de una actividad típica de los obispos de la Antigüedad tardía, de modo que Ambrosio se apoya con entera legitimidad en los precedentes actos de clemencia del emperador en respuesta a sus demandas. Las ideas antijudías implícitas y explícitas de este escrito tuvieron fatales consecuencias, pero en la óptica de los contemporáneos respondían a una táctica retórica habitual para inducir al emperador a un acto de clemencia.

El tono exaltado de este escrito debió de irritar al emperador, pero reaccionó con su habitual soberanía y espíritu de conciliación. No dio muestras de sentirse ofendido, pero tampoco atemorizado, y siguió asistiendo a las celebraciones litúrgicas del obispo. Sólo que éste no se dejó engañar. Pronunció, en presencia de su fiel comunidad, de la corte y del emperador mismo, un sermón en el que traía a la memoria el perdón de los pecados concedido por Dios y exhortaba

a la clemencia, sin que faltaran en su discurso puntadas antijudías. Ambrosio apeló directamente al emperador, a quien recordó que debía a Dios todos sus éxitos y le incitaba a adoptar, en justa correspondencia, una actitud benigna. Y hubo luego un rápido intercambio de golpes que describe orgullosamente a su hermana, tras haberle hablado del sermón:

> Apenas había bajado yo [del púlpito], me dijo Teodosio: «Te has referido a nos». Yo respondí: «He tratado de lo que te resulta beneficioso». Entonces él declaró: «De hecho, en el asunto de la reconstrucción de la sinagoga, he sido severamente juzgado por el obispo, pero ya ha sido corregido. Los monjes cometen muchos desmanes». Y entonces el jefe del ejército, Timasio, prorrumpió en vehementes palabras contra los monjes. Yo le repliqué: «Yo trato con el emperador como es necesario, porque sé que teme al Señor, pero contigo tengo que actuar de otro modo, tú que dices cosas tan duras». Y luego permanecí algún tiempo de pie y dije al emperador: «Dame la garantía de que puedo ofrecer el sacrificio por ti, libra mi alma». Y como él se inclinó, pero no hizo ninguna clara promesa y yo seguía en pie, dijo que lo corregiría. Pero yo empecé a presionar que debería olvidarse de todo el asunto para que el gobernador no se aprovechara del proceso para causar algún tipo de injusticia contra los cristianos. Él dejó entrever la posibilidad de que algo así ocurriría. Le dije: «Yo actúo confiando en ti». Y repetí: «Actúo confiando en ti». «Actúa», declaró él. Yo me acerqué al altar y bajo ninguna condición estaba dispuesto a abandonarlo si no me hacía una promesa total. Y en verdad, fue tan grande la gracia del sacrificio, que experimenté incluso cómo Dios nos colma de bondades y cómo nunca nos falta la ayuda divina. Y todo ha ocurrido según mis deseos.[16]

A pesar del tono triunfal de esta última frase, se procedería muy a la ligera si se interpretara el episodio de la iglesia de Milán sencillamente como una derrota del emperador. Es cierto que el poderoso jefe del ejército, Timasio, se hizo acreedor a una severa reprimenda, pero el emperador pudo salvar la cara. Lo sucedido acontecía una y otra vez en el imperio cristiano: un hombre con autoridad espiritual, fuera obispo o monje, presentaba una petición a un mandatario seglar

que formalmente se situaba por encima de la normativa jurídica y se le garantizaba que se atendería su petición. Esto mismo había conseguido ya Ambrosio en Aquileya y Flaviano en Antioquía, tras la rebelión fiscal de esta ciudad. La idea básica que latía tras este proceder no era ajena a la mentalidad pagana, para la que el emperador era la ley viviente. El emperador podía, de acuerdo con esta interpretación, situarse por encima del derecho, a condición de que su decisión fuera más benigna que lo estipulado por la ley.[17] Ambrosio ponía además en juego –con gran habilidad diplomática– las angustias de su propia conciencia, de tal suerte que la acogida favorable del emperador revestía el carácter de un gesto de benevolencia también para él.

El cambio de parecer de Teodosio pudo ser percibido por sus contemporáneos como mucho menos tajante de lo que estiman los hombres modernos. Había garantizado clemencia para el obispo de Calínico y para sus compañeros, había dado muestras de indulgencia, y todo ello en el lugar y el momento más oportunos, en una iglesia y durante la celebración de un oficio religioso. Teodosio no había sido humillado, pero tampoco podía ignorarse que con este proceder se daban alas a la brutalidad de los perseguidores cristianos y crecía el peligro de agitaciones religiosas.

Aunque con sus concesiones daba el emperador un giro radical al incidente y minimizaba los daños, supo extraer las consecuencias que, tal como correspondía a su estilo, eran de carácter pragmático. Se esforzó, al parecer, para que en adelante este obispo, potencial perturbador de la paz, nunca más tuviera conocimiento de los asuntos tratados en el Consejo Imperial. Ambrosio aún pudo conseguir alguna información, pero sus intervenciones se veían dificultadas por el hecho de que podía poner en peligro a sus informantes.

En la antigua capital

El tira y afloja con Ambrosio debe ser contemplado en un contexto de más vasto alcance, porque el emperador se enfrentaba a otras tareas de signo enteramente diferente que el de llegar a acuerdos con un obispo local irritado y a otros objetivos más ambiciosos: quería dirigirse a Roma. Desde mucho tiempo atrás, esta meta había dejado ya de ser algo obvio. Es cierto que la vieja capital seguía siendo impor-

tante para la gran tradición del Imperio, pero desde la perspectiva de la política real tenía poco que ofrecer. Quien visitaba Roma contemplaba a las elites tradicionalistas y podía ser testigo de la gran seriedad con que se tomaban a sí mismos y a su glorioso pasado. Cuando Teodosio nombró prefecto de la ciudad para el año 389 al historiador Aurelio Víctor, pagano de orientación tradicional, enviaba una señal. Consolidaba, además, su posición básica en un rescripto del 19 de enero de 389 en el que afirmaba que se proponía conservar los privilegios de Roma y mejoraba incluso los derechos de los decuriales que estaban al servicio de los titulares de los cargos republicanos, todavía existentes, aunque carentes de poder real. Una precisión del derecho hereditario le valió las alabanzas de los círculos senatoriales, sobre todo porque les proporcionaba ventajas materiales.[18]

Así «preparaba» su entrada en Roma, el 13 de junio de 389. Para celebrar su victoria sobre Máximo, el emperador concedió al pueblo magníficos juegos. Al igual que Constantino el Grande (306-337) tras su victoria sobre Majencio, y Constancio II (337-361) tras la derrota de Magnencio, también Teodosio celebró públicamente –y en contra de las viejas costumbres romanas– su victoria en una contienda civil.

En el curso de los festejos dio a entender cómo se imaginaba el futuro político. Porque no era Valentiniano II –que permanecía en las Galias– quien le acompañaba, sino su hijo menor, Honorio, de cuatro años de edad, a quien había mandado venir desde Constantinopla tras su victoria sobre Máximo. El niño no recibió el título de *augustus*, aunque sí, probablemente, el de *caesar*,[19] pero cualquier observador atento podía conocer así qué planes dinásticos abrigaba Teodosio. Un nuevo acontecimiento vino a confirmar a los romanos que el linaje teodosiano estaba destinado a prolongarse en el tiempo: su sobrina Serena, esposa de Estilicón, dio a luz, en Roma, a un niño: Euquerio.

En la ciudad del Tíber se reencontró Teodosio con muchos viejos amigos que habían mantenido vínculos con él también cuando era sólo emperador de Oriente. Tuvo asimismo que dedicar su atención al orador pagano Símaco, a quien ya hemos conocido como adversario de Ambrosio. Símaco había cometido la imprudencia de pronunciar un panegírico en honor de Máximo. El hecho podía ser considerado crimen de lesa majestad y castigado con la muerte. Símaco

se veía ahora reducido a la benevolencia imperial y, enfrentado a una precaria situación, había buscado asilo en una iglesia. Teodosio dio una vez mas prueba de prudencia y se mostró magnánimo: otorgó su gracia a aquel hombre de distinguida alcurnia que, además, había estado relacionado con su padre,[20] y le concedió, por añadidura, la posibilidad de demostrar tanto su talento oratorio en un discurso de autodefensa como su versatilidad en cuestiones de lealtad. No tardó en recibir de nuevo altos honores y en 391 fue nombrado cónsul. Teodosio subrayaba así su disposición a perdonar los erróneos comportamientos individuales.

Un segundo representante pagano del Senado estaba igualmente llamado a ser distinguido con una alta dignidad: Nicómaco Flaviano, aquel pagano nombrado tiempo atrás *quaestor sacri palatii.* El año 391[21] era prefecto de los pretorianos de Italia, África e Iliria, es decir, recibía un cargo que, además de un sonoro título, confería poder real. Teodosio podía albergar la esperanza de haberse vinculado, mediante su política personal, con círculos que no concordaban con su política religiosa. Cuando, además, hizo su entrada en el Senado, contempló admirado los antiguos monumentos de Roma y honró con su visita personal a ciudadanos privados, demostraba cuán íntimamente unido se sentía con las glorias pasadas y con el Senado.

Teodosio, que renunció deliberadamente a una guardia personal, no perdía de vista las amplias capas de la población: distribuyó, de acuerdo con la tradición imperial, un *congiarium*, un donativo de cereales. Llegaron delegaciones de países extranjeros que podían contemplar con sus propios ojos el poder del emperador. Teodosio se dirigió incluso al pueblo desde los *rostra,* bromeó con la gente sencilla y se divertía con sus chanzas. Roma supo una vez más –tal como le complacía a la vieja capital– desempeñar el papel de República y el emperador se presentaba en público como un ciudadano corriente. La situación queda ilustrada por la anécdota de que, en la más pura tradición monárquica, escuchó un panegírico de labios de un senador.

Se ha conservado este discurso, pronunciado por Drepanio Pacto, oriundo de las Galias.[22] Pudo escucharlo rodeado de un público selecto. Estaban presentes, junto al emperador, su Consejo y el Senado de Roma. La exposición transmite una impresión viva de cómo un romano distinguido de aquella época podía confiar en ganarse el favor del emperador. Aunque no se sabe por encargo de

quién hablaba Pacato, se perfila con claridad uno de sus móviles: Pacato y sus compañeros se hallaban en una situación comprometida: habían festejado a Máximo, pero bajo presión, como afirmaba el propio Pacato a sus oyentes.

Pacato explica que deja que sean otros –es decir, los ciudadanos romanos– quienes relaten las actividades de Teodosio en Roma, porque él quiere dedicarse a otras cuestiones. Y hay una que descuella por encima de todas las restantes: la victoria sobre Máximo. Ésta es, pues, la que proporciona el motivo principal del discurso.

Se establece un contraste entre el usurpador y Teodosio cuando el orador aplica a ambos los *topoi* de alabanza al emperador, por una parte, y crítica al tirano, por otra: Máximo es despótico, cruel, pérfido, criminal y expoliador de los ricos; Teodosio, por el contrario, es el garante de la paz y de la libertad, un buen soldado y un buen señor, que ha aceptado con conciencia de responsabilidad el cargo imperial y se preocupa por el bienestar.

Aunque afloran por doquier los tópicos, Pacato desliza algunos acentos propios. Es comprensible, dado el origen del orador, que se lamente de la precaria situación de las Galias, que tuvieron que sufrir de modo especial las consecuencias del dominio de Máximo. Pero interesa más otro aspecto: Teodosio aparece como soberano sumamente modesto, que no pide para sí privilegios jurídicos. Al contrario, cultiva como emperador –y Pacato destaca esta singular característica– las amistades a nivel personal, se muestra accesible y dialogante en Roma, visita incluso los domicilios privados. Es decir, se comporta tal como los senadores romanos habrían deseado desde los primeros días del principado: como un emperador que trata de igual a igual a señores de alto rango, aunque privados de todo poder. Practica la virtud de la *civilitas*, de la normalidad ciudadana, es «uno de los nuestros». Y por eso viene a propósito que Pacato enriquezca su discurso con numerosos ejemplos republicanos.[23]

Si, según Pacato, Teodosio no desempeña el papel de emperador distante y situado en un plano superior, que era el modelo típico de la Antigüedad tardía, se debía, sin duda, al *genius loci* de Roma, pero no sólo eso. Porque suficientes pruebas de su talante accesible había dado ya antes públicamente el soberano en otras ocasiones, por ejemplo, en sus primeros días en Tesalónica, en el trato con sus súbditos o respectivamente sus «conciudadanos», los senadores. Ante

este emperador tan afable bien podría creerse que en verdad habían vuelto los buenos viejos tiempos.

Y, sin embargo, algo había cambiado. Así se advierte en otro tema, del que también habla Pacato en tono laudatorio:

> Garantizas a los pueblos bárbaros el rango de soldados en igualdad de condiciones, puesto que ellos voluntariamente te prometen ayuda, de tal modo que por un lado se aleja de la frontera al grupo sospechoso y, por otro, se refuerzan nuestras tropas. Seducidos por tu afabilidad, todas las poblaciones godas se precipitan en grupos tales que producen la impresión de que consigues entre los bárbaros los alistamientos que has ahorrado a los tuyos. ¡Suceso memorable! Marchaba bajo estandartes y comandantes romanos el otrora enemigo de Roma y llenaba con soldados las ciudades de Panonia que en otro tiempo había despoblado con hostiles devastadores. Aquel godo, aquel huno, aquel alano respondían cuando se les llamaba, vigilaban cuando estaban en la frontera y temían ser señalados si no estaban presentes suficientes veces. No había alboroto, no había confusión, no había saqueo, como solía acontecer entre los bárbaros.[24]

Estas optimistas declaraciones no respondían ciertamente a la opinión dominante en las elites de Roma, a quienes debía causar espanto el alto porcentaje de bárbaros en el ejército romano. Tal vez Pacato se plegaba a los deseos del emperador, porque es demasiado poco lo que sabemos sobre la génesis de estos discursos para poder afirmar si sus autores recibían determinadas instrucciones, si se confiaba en su probada obediencia o si el discurso formulaba, en definitiva, las opiniones personales del orador. En todo caso, reproducía la posición oficiosa, que apostaba por la integración de los bárbaros.

Repasando los temas del panegírico, llaman la atención dos lagunas. No se menciona a Valentiniano, que gobernaba, en definitiva, en el territorio de donde era oriundo el orador; señal de la pérdida de prestigio del *senior augustus* nominal de aquel tiempo. Y tampoco se toca la religión. Este giro puede interpretarse, por supuesto, como indicio tanto de la mentalidad cristiana como de la pagana del autor. Pero tiene su razón de ser el hecho de que la investigación no haya

conseguido un resultado claro en este punto.[25] El orador no podía, en efecto, proponerse como objetivo transmitir posiciones inequívocas. El Senado estaba escindido en el tema religioso, y si el panegírico pretendía obtener un consenso a favor de la política imperial, no había que molestar a ninguno de los dos grupos.

Es evidente que el discurso obtuvo el beneplácito del emperador. En todo caso, y de acuerdo con las expectativas, nombró al orador Pacato procónsul de África y le promocionó más tarde a *comes rerum privatarum* de Oriente, es decir, responsable de los dominios y las posesiones imperiales. Era un nuevo paso en el camino hacia la vinculación en su sistema de soberanía de las elites occidentales, cuyos miembros, aunque fueran de sólida orientación pagana, eran investidos de altos cargos.[26]

Se ha deslizado la sospecha de que lo que Teodosio se proponía con la promoción de aquellas personalidades era crear un contrapeso a Ambrosio.[27] Pero esto sería sobrevalorar la importancia del obispo que, en una administración suprarregional, no disponía de hecho de amplias posibilidades de influencia. Los conflictos que enfrentaban a Teodosio con Ambrosio eran de carácter local y se encuadraban en el ámbito de la política eclesiástica. Para Teodosio era mucho más importante, ahora igual que antes, ganarse para su causa a los senadores occidentales, muy influyentes a causa de sus riquezas, de su elevada autoestima y sus contactos.

Los senadores, por su parte, tributaron honores al emperador. El prefecto de la ciudad, Ceionio Rufino Albino, hizo erigir en la explanada de la Curia un monumento en memoria de la derrota de Máximo, con tres estatuas cuyas inscripciones estaban dedicadas a Teodosio, Valentiniano II y Arcadio.[28] No se menciona a Honorio, a quien Teodosio había presentado en Roma. ¿Debe verse en esta omisión la expresión de una cierta crítica? ¿Una señal de que Roma seguía aferrada a los criterios tradicionales en las cuestiones de legitimidad imperial y pertenencia al Senado? Cabe pensarlo, pero tal vez, de nuevo, se va demasiado lejos, pues lo cierto es que en aquel momento Honorio no era *augustus*. El propio Teodosio se atenía con escrupulosidad en los textos legales y en las inscripciones a la secuencia tradicional. Otro senador destacado, Petronio Probo, que había acompañado a Valentiniano en su huida a Tesalónica, dedicó, al parecer, al emperador, una composición poética suya, además de las de su

padre y su abuelo. También Nicómaco Flaviano le dedicó su obra histórica. Con estas muestras aceptaba el mundo de los senadores a Teodosio en el ámbito cultural.[29]

Pero en el programa de la estancia en Roma no figuraba sólo el esplendor y la propaganda, sino que había tiempo y lugar para las tareas cotidianas. Bastará aquí con lanzar una ojeada a las disposiciones que afectaban a Occidente. Los maniqueos fueron, una vez más, el blanco de una política agresiva:

> Quien, en nombre de los maniqueos, origine agitación en el mundo, debe ser expulsado de todo el orbe de la tierra y más en particular de esta ciudad (Roma), bajo la amenaza de proceso judicial.

Se trataba, más en concreto, de la pérdida práctica del derecho a heredar y transmitir herencias.[30] Con esta ley se creaba pocos enemigos y se ganaba muchos amigos. Contaba, en efecto, con la aprobación tanto de los cristianos, y más en particular del papa Siricio, que también combatía, por su parte, a los maniqueos, como de los círculos tradicionalistas, a quienes les resultaban extraños aquellos grupos procedentes de Persia. Es un rasgo característico del estilo de la legislación religiosa de la Antigüedad tardía que el texto une palabras altisonantes con limitaciones materiales muy concretas, que únicamente afectaban a los más pudientes.

Destaca una regulación que se ocupa de las prácticas mágicas. Quien descubra a un hechicero, debe llevarlo sin demora ante los tribunales públicos, y no castigarlo por su propia mano.[31] La prohibición de la hechicería es en sí misma evidente. El objetivo auténtico de la ley era, sin duda, poner coto a los intentos de personas privadas de tomarse la justicia por su mano contra los magos que lograban atrapar, o emplearlos en su propio beneficio para conjuros contra sus enemigos. La legislación tenía presentes en particular a los aurigas de carros, en cuyos ambientes estaba muy difundida la práctica de la hechicería; como indican, por ejemplo, las tablillas de maldición que se escondían bajo tierra para dañar a los rivales. La normativa arroja luz sobre la gran importancia que seguía teniendo este fenómeno en aquella sociedad y las grandes dificultades con que tropezaba el monopolio del Estado para castigar estos delitos.

Ya antes de su estancia en Roma se había ocupado Teodosio de cuestiones relativas a los procedimientos legales. Ahora dedicaba su atención, más en particular, a los problemas que atañían a la ciudad. Se clarificaron las competencias procesales del prefecto de Roma, se endureció la prohibición de que los esclavos que trabajaban en las fábricas de armas mantuvieran relaciones estrechas con personas ajenas a ellas; se fijaron las fechas para las vacaciones de los tribunales teniendo en cuenta las necesidades de los cristianos, pues se decretaron exentos de procesos judiciales determinados días festivos cristianos, mientras que se ignoraron las festividades paganas. También se dedicó el soberano a una serie de problemas en torno al avituallamiento de la ciudad que le fueron, al parecer, expuestos sobre el terreno. Y así, se procedió contra la tentativa del estamento de los molineros-panaderos, organizado en una corporación forzosa, de evadirse de su estatus. Intentó sujetar con mayor firmeza a los traficantes de cerdos, sobre los que recaía la responsabilidad del suministro de carne porcina para la población urbana llana y estaban asimismo sometidos a una serie de medidas obligatorias, y de impedir derivaciones abusivas del agua de los acueductos.

El historiador de la Iglesia Sócrates, que trabajaba en Constantinopla, no olvida describir la espantosa situación de Roma que el emperador habría subsanado durante su estancia en la ciudad. En los molinos de los molineros-panaderos, instalados bajo tierra, sólo trabajarían extranjeros aprisionados con astucia y mantenidos en aquellos lugares. Un soldado, forzado a aquellos trabajos, consiguió huir y denunció el hecho ante las autoridades. Teodosio ordenó ejecutar a los culpables y derruir sus casas. A las adúlteras se las condenaba hasta entonces enviándolas a burdeles, para que su culpa fuera aún mayor. También esta práctica fue prohibida por Teodosio.[32] En estos pintorescos relatos pueden haberse deslizado simples rumores que corrían en Oriente acerca de la Babel pecadora Roma, a los que Sozomeno, que tomó mucho material de Sócrates, tal vez ya no prestó ninguna credibilidad. Pero puede haber también aquí un reflejo de los intentos reales del emperador por elevar la situación moral de la ciudad. Sería testimonio de estos esfuerzos una ley –discutida– por la que se castiga con la hoguera la prostitución masculina.

Debieron de ser gratos, en su conjunto, para el emperador los días de Roma, porque con su hábil comportamiento supo ganarse las

simpatías tanto del pueblo como del Senado. Sin embargo, su despedida de la ciudad se producía bajo funesta luz. Apareció en el cielo una nueva estrella, que para los contemporáneos era presagio de futuras calamidades.[33]

A pesar de este mal agüero, a los romanos Teodosio debió de parecerles un brillante soberano. Pero a una mirada atenta no podían escapársele ciertos puntos débiles de indudable gravedad. El supremo comandante militar de África, Gildo, seguía disfrutando de amplios espacios de juego libre. Al parecer, en el contexto de su campaña contra Máximo, Teodosio había movilizado tropas para poner bajo control a aquel *condottiere*, pero no se produjeron graves enfrentamientos armados. En todo caso, parece que Gildo reconoció a los funcionarios civiles designados por Teodosio. También se le enviaron algunas órdenes desde la corte. El territorio no se deslizaba totalmente de las manos del emperador.

En el terreno de los hechos, Teodosio reconocía a Gildo como señor de África. Se ganó su lealtad mediante la política matrimonial: casó a Nebridio, sobrino de Flaccilla, educado en la corte con sus hijos, con Salvina, hija de Gildo. Es seguro que a Teodosio no le pareció inoportuno que Salvina y sus hijos vivieran en Constantinopla donde, llegado el caso, podrían servir de rehenes. Por aquel tiempo recibió Gildo el alto –y de aquella forma general ciertamente inadecuado– título de jefe supremo del ejército (*comes utriusque militiaie*). Una acción militar contra él no merecía evidentemente ni los dispendios ni los riesgos, sobre todo porque, al parecer, estaba asegurada la provisión de cereales de Roma.

Las restantes provincias occidentales causaban escasas preocupaciones a Teodosio. Bajo el aspecto formal, las Galias, Hispania y Britania estaban sometidas a Valentiniano, aunque el auténtico responsable era Teodosio. Se dibujaba aquí una arriesgada tendencia que pocos decenios más adelante cristalizaría en el abandono real de estas provincias. Sidonio Apolinar, uno de los más conspicuos representantes de la latinidad gala, presentó más tarde, en un panegírico ante el emperador Mayorano (457-461), una personificación de las Galias lamentando el abandono del país y su decadencia.[34] Cuando componía sus poesías, predominaban ya los visigodos y sólo con dificultades podían las personas como Sidonio mantener vivos los contactos con Roma. Aquella evolución no era todavía previsible en la época de

Teodosio, pero incluso aunque lo hubiera sido, un cálculo racional prohibía –ante la acumulación de las tareas urgentes a que el Imperio se veía expuesto– concentrarse en aquellas regiones nucleares. Sidonio muestra cómo repercutía en la aristocracia regional: sentía que no se la tomaba en serio, que se la perjudicaba incluso.

A pesar de las solicitaciones que Occidente ejercía sobre Teodosio a causa de sus múltiples relaciones, no perdía de vista Oriente, la parte más importante del Imperio. En sus leyes regulaba cuestiones de la administración y de la justicia, de las fábricas de armas que, al igual que el ejército, debían ser aprovisionadas no con dinero sino con recursos en especie, y del derecho hereditario. También aparece aquí una normativa con contenido político-religioso: a los eunomianos debería privárseles del derecho activo y pasivo de herencia. Durante su estancia en Roma, dispuso Teodosio que en Constantinopla fueron demolidos los edificios privados que mermaban el esplendor de los edificios públicos –¿tal vez su conciencia de arquitectura urbana se había agudizado durante su visita a la antigua capital?[35] Promulgó también disposiciones en contra de los abusos que se cometían en la distribución de cereales.

Pero estas disposiciones no llegaban al nervio del auténtico problema. La mirada a la situación general de Oriente debía de llenar de preocupación a Teodosio. En el curso de su campaña contra Máximo tuvo que vivir una amarga experiencia que los años siguientes no hicieron sino ahondar. Ni siquiera tras diez años de gobierno podía fiarse de su parte de soberanía propia del Imperio, es decir, de Oriente. Ya se ha dicho que en Constantinopla incluso el palacio episcopal había sido entregado a las llamas por los homoiousianos cuando corrió el rumor de que Máximo se había alzado con la victoria en la guerra civil. Es instructiva, en lo que atañe a la fluctuante lealtad de los orientales, una anécdota que refiere el historiador eclesiástico Sócrates a propósito del obispo de Alejandría, Teófilo (384-412):

> Cuando el emperador Teodosio estaba combatiendo contra el usurpador Máximo, Teófilo envió, por mediación de Isidoro, regalos al emperador y le confió una carta en doble redacción, con el encargo de entregar tanto los regalos como el escrito al vencedor. Así provisto, llegó Isidoro a Roma y esperó el desenlace. Pero el suceso no permaneció por mucho tiempo en secreto,

porque un lector que le acompañaba robó las cartas y se las mostró al emperador, por lo que, empujado por el miedo, Isidoro huyó hacia Alejandría tan aprisa como le fue posible.[36]

Teodosio sabía ahora bien lo que podía esperar de hombres como Teófilo, pero el poder imperial no alcanzaba a proceder contra el obispo de Alejandría en su propia ciudad: en los muelles alejandrinos se apilaban las provisiones de cereales de los que dependía la subsistencia de Constantinopla. Si el suministro se interrumpía, aunque fuera sólo durante unas pocas semanas, se cernía la amenaza de revueltas por hambre en la capital. Por otra parte, el ejército romano no tenía ninguna posibilidad de dominar en las estrechas callejuelas alejandrinas al populacho ciudadano, que en su máxima parte sólo estaba entregado al patriarca. A Teodosio no le quedaba otra opción que olvidarse del tema. Por lo demás, tampoco era un hombre rencoroso.

Hubo otro caso en el que el emperador optó por un procedimiento más severo, cuando condenó a muerte al consular Exiquio. En su tentativa por llevar ante los tribunales a Gamaliel, patriarca de los judíos de Palestina, Exiquio había ordenado que le robaran algunos documentos. Aquí no se trataba ya tan sólo de los reprobables procedimientos de Exiquio, sino también de la persona acusada. Como representante supremo de los judíos, asumía la responsabilidad de que este pueblo, que contaba con numerosos residentes en Palestina y se inclinaba con facilidad a acciones violentas, se mantuviera en calma. Si las autoridades romanas hubieran condenado a Gamaliel o encubierto las maniobras de Exiquio, podrían desencadenarse motines. El rango que ostentaba el patriarca judío se manifiesta en el hecho de que más adelante, también bajo Teodosio, se le concedió el nombramiento honorífico de prefecto de los pretorianos.

Pero como norma, Teodosio seguía optando por la política de integración. De ello sacó provecho el retórico pagano Libanio. Había sido denunciado varias veces como simpatizante de Máximo o de comportamiento desleal frente a la casa imperial, pero estas maniobras resultaron fallidas. El orador fue incluso distinguido con nuevas pruebas de confianza por parte del emperador.[37] Pero es justamente un discurso de Libanio el que nos transmite una estampa del malestar imperante en Oriente. El texto se presenta como una alocución dirigida al

emperador, aunque probablemente nunca llegó a sus oídos, acerca de la protección de la población campesina, que dependía desde y como siempre del apoyo de los grandes señores. Está fechado con seguridad después de la victoria sobre Máximo.[38]

Libanio centra su queja en el cambio de la situación en el campo. Hasta entonces, las elites locales habían actuado como protectoras del campesinado y, en caso de necesidad, por ejemplo en las disputas con las autoridades estatales, habían acudido en su ayuda, y por eso se les recompensaba con honores y regalos. Pero ahora asumían esta función oficiales que descargaban severos golpes contra los consejeros, los antiguos patronos. Libanio describe con pinceladas plásticas las vejaciones que tenían que soportar los curiales responsables de la percepción de los impuestos en sus respectivas comunidades, obligados, por añadidura, a recaudar por otros.

> De acuerdo con su tarea y su deber, los encargados de efectuar los ingresos de la recaudación recorren las aldeas, de ordinario sujetas a los oficiales. Primero piden con palabras amables y voz baja, pero si no lo consiguen y son despreciados, se acaloran, alzan la voz y se comportan como es de esperar de personas a quienes se les niega aquello a que tienen derecho. Luego amenazan a los presidentes de los pueblos, pero inútilmente, porque son más débiles que quienes explotan a las aldeas. Entonces empiezan a apresar y a llevarse a los aldeanos. Pero éstos hacen saber que tienen piedras. Así que los perceptores, en vez de impuestos, reciben golpes, se vuelven a la ciudad y demuestran con la sangre de sus ropas lo que les ha acontecido.[39]

Como en sus anteriores discursos, en los que denunciaba y condenaba situaciones deplorables, Libanio se guarda muy mucho de echar la culpa al emperador. Prefiere, más bien, presentarse bajo la luz de ciudadano leal deseoso de informar al soberano acerca del grado de cumplimiento de las iniciativas imperiales. Pero aunque Libanio insiste mucho en su lealtad, lo cierto es que sus denuncias contribuyeron a atizar el descontento sobre el emperador.

Y Teodosio sabía, evidentemente, que este descontento existía. Con el nombramiento de Tatiano como prefecto de los pretorianos y de su hijo Próculo como prefecto de la ciudad había colocado en

puestos de vanguardia a dos hombres que procedían de aquella misma ciudad, que ya habían actuado como funcionarios, que eran paganos y tenían capacidad para imponerse, es decir, que podían atajar o reprimir los intentos de la oposición. Tal vez el emperador se imaginaba que de este modo aseguraba suficientemente su posición, pero se engañaba. Es cierto que estos dos hombres impulsaron una política enérgica, pero en muy buena medida sólo dictada por sus propios intereses familiares –instalaron por doquier personas de su región de origen, Licia– y llegaron a ser tan aborrecidos por los miembros de las restantes elites que fue en aumento el resentimiento contra el emperador. Y las noticias se divulgaron por Occidente.

La historia de Olimpia ilustra bien las difíciles relaciones de Teodosio con la aristocracia de Constantinopla. Olimpia, en razón de su parentesco con el anterior prefecto de los pretorianos, Ablabio –de hecho era su nieta–, pertenecía a uno de los linajes más distinguidos de la «segunda Roma». De acuerdo con su situación social, se casó con Nebridio, que acababa de dejar el cargo de prefecto de la ciudad. Pero Nebridio murió poco después de la celebración del matrimonio. Teodosio quiso entonces desposarla con un pariente suyo, un hispano por entonces poco conocido, llamado Elpidio.[40] De este modo conseguía, por fin, vincular a su familia con el mundo aristocrático de la capital. Pero Olimpia lo rechazó, porque –de acuerdo con la opinión de autoridades teológicas, como la de Jerónimo– no aceptaba un segundo matrimonio y quiso hacerse diaconisa. Entonces el emperador le privó del control de su hacienda hasta que cumpliera los 30 años de edad y la sometió a la tutela del prefecto de la ciudad, justamente el pagano Próculo que, al parecer, vejó cuanto pudo a la piadosa mujer y llegó incluso a prohibirle hablar con los obispos y visitar las iglesias.[41] Este comportamiento del emperador con Olimpia revelaba al mismo tiempo las limitaciones de su respeto por las opiniones de los teólogos.

Ni siquiera en palacio discurrían las cosas en paz. Gala, la mujer de Teodosio, fue «expulsada» el año 390 por el regente de Oriente, Arcadio. La fuente emplea una expresión imprecisa, pero el contenido es claro: la expulsó «del palacio».[42] Tal vez veía en su hermanastro Graciano, hijo de Gala, un posible rival. Tal vez deba situarse por esta época una anécdota, sólo más tarde testificada y, además, dudosa, según la cual Arcadio habría planeado asesinar a su severo profesor

Arsenio, que se vio forzado a huir de palacio y refugiarse en un lugar desconocido del desierto.[43] Este tipo de fricciones debió de hipotecar pesadamente la política de Teodosio y suscitar la impresión de que era incapaz de mantener el orden en su propia casa.

Tampoco sentía aprecio por el estamento militar, como revela un grave incidente que debió de tener lugar el año 390 y alcanzó gran resonancia en Occidente.[44] Tesalónica había sido en varias ocasiones residencia imperial y contaba con magníficos edificios. Era, además, un centro estratégico del espacio balcánico, en el que se hallaban estacionados importantes destacamentos militares, a las órdenes de un comandante de alto rango llamado Buterico, sin duda de ascendencia germánica.

Buterico había adoptado una decisión que, a tenor de las normas de la época, parecía legítima: hizo arrojar a la cárcel a un auriga muy popular, por su condición de homosexual. Tal vez el comandante era un hombre de severas convicciones éticas, pero, por otra parte, se había difundido el rumor de que el propio Buterico había perseguido a un joven que le servía de copero para ostentación de su mesa y tal vez para otros menesteres. Fueran cuales fueren los entresijos concretos, poco después, durante una carrera de carros, la población protestó apasionadamente y reclamó la liberación de su ídolo. La petición fue rechazada y, como acontece de ordinario, la protesta degeneró en disturbios. Pero, a diferencia de los tumultos de Antioquía y Constantinopla, no se agotó con el incendio de algunas casas o la profanación de algunas imágenes, sino que acabó con el linchamiento del propio Buterico.

Se trataba de un incidente de gravedad extrema. Los tesalonicenses habían atacado a un oficial romano de alta graduación y –lo que tal vez resultaba aún más determinante– a un jefe godo. Los suyos rumiaban sin duda la venganza. Ya con anterioridad, el emperador había castigado con gran severidad incidentes incluso pequeños contra los godos. Ahora existía gran peligro de que las tropas bárbaras dieran rienda suelta a su cólera descontrolada y pudieran incendiar la ya de por sí insegura zona balcánica. Teodosio tenía que reaccionar con rapidez y contundencia para canalizar la efervescencia de los godos. Pero no podía barruntar las repercusiones que su reacción estaba llamada a provocar en sus relaciones con Ambrosio, aparentemente ajeno al asunto.

Regreso a Milán: humildad y poder

Teodosio regresó a Milán a ritmo reposado. El 6 de septiembre estaba en Forum Flaminii, al Norte del actual Foligno. Debió de hacer su entrada en Milán en septiembre o en octubre. Los meses siguientes residió, con breves interrupciones, en este centro administrativo de Italia. Durante una corta ausencia, con mucha probabilidad en abril de 390, tuvo que ocuparse del mencionado linchamiento.

Decidió, de acuerdo con el parecer de sus consejeros y tras madura reflexión,[45] castigar a la población de Tesalónica con penas de muerte. Sozomeno, que ofrece por lo demás algunas valiosas informaciones adicionales, indica que se llevó a cabo de hecho un cierto número de ejecuciones.[46] La decisión concordaba plenamente con la conducta seguida por Teodosio pocos años antes en la rebelión fiscal de Antioquía, aunque ahora con mayor severidad que entonces. Su siguiente paso seguía también básicamente el esquema antioqueno: revocó el edicto.

Pero antes sucedió algo que presumiblemente no estaba planificado y entraba en contradicción con el principio rector de la política teodosiana: la orden ya había sido ejecutada, tal vez precisamente para anticiparse a una posible revocación del emperador. Peor aún: las irritadas tropas godas se envalentonaron y llevaron a cabo una matanza. Indujeron a la población, al parecer con engaños, a congregarse en el hipódromo, donde provocaron un auténtico baño de sangre para vengar el asesinato de su jefe. La matanza se prolongó durante horas y arrastró a culpables e inocentes. Las fuentes hablan de 7.000 muertes. Este dato, que ciertamente no puede tomarse al pie de la letra, proporciona un punto de partida para el cálculo de las dimensiones de la carnicería.

Se ha afirmado a menudo, y no sin razón, que la Antigüedad tardía fue una época cruel, pero aquella matanza sumaria y masiva de habitantes del Imperio era contraria al espíritu del tiempo y totalmente opuesta a la política del emperador, que hasta entonces se había inclinado siempre en aquellos asuntos por la clemencia. Puede comprobarse en su conducta un principio dominante que Ambrosio formuló algunos años más tarde, en la oración fúnebre por el emperador:

> Teodosio [...] creía que se le hacía un favor cuando alguien le suplicaba que concediera perdón. Y se estaba tanto más cerca del perdón cuanto más impetuosa había sido la irrupcióm de la ira. Era señal precursora de su (futuro) perdón el hecho de que se sintiera encolerizado y se deseaba ver en él lo que se teme en otros, a saber, que estuviera irritado. Éste era el remedio salutífero de los acusados, porque él, aunque mandaba sobre todos, más quería conceder su absolución como padre que castigar como juez. He visto a personas temblorosas a las que él formulaba reproches y a otros convictos de un delito que luego, cuando estaban hundidos en la desesperación, eran liberados de la acusación. Quería imponerse, no castigar; quería ser juez justo, no señor que castiga, él, que nunca negó su clemencia a quien confesaba su culpa, que prefería confiarlo a Dios cuando alguien ocultaba tal vez algo en su inaccesible interior.[47]

Este contrajuego entre amenazas de castigos y actos de clemencia pudo brotar de las angustias de conciencia del emperador, cuya fe debe ser tomada absolutamente en serio. Pero no debería ignorarse que de este modo demostraba su fortaleza y mantenía con firmeza su reclamación de poder, al tiempo que ampliaba la base de su dominio, porque se ganaba a los agraciados.

Aunque las fuentes antiguas hacen a Teodosio personalmente responsable de la matanza, parece más acertado asumir que la situación de Tesalónica estaba fuera de control. Los sucesos pudieron seguir su curso sangriento tanto más fácilmente cuanto que el emperador no se encontraba en el lugar de los hechos y las unidades de tropas godas eran más difíciles de encauzar que otros contingentes de soldados. Tal vez, además, querían anticiparse a un previsible acto de clemencia por parte del emperador.

El incidente arrojó sobre los hombros de Teodosio una pesada carga. Es posible que le atormentaran auténticos remordimientos y es asimismo posible que le preocupara ser clasificado como emperador cruel. Pero había otra persona que también se sintió afectada, a saber, el obispo de la residencia imperial de Milán, Ambrosio. Para él, la matanza supuso una penosa vivencia. Es verdad que, hablando con objetividad, no dispuso de la posibilidad material de intervenir a tiempo ante el emperador, porque éste no se encontraba en Milán

cuando tomó la decisión de imponer aquel castigo. Pero ya en tiempos anteriores se había preocupado Ambrosio de que los actos de clemencia imperiales estuvieran asociados a su propio nombre. Otros observadores podrían ahora sacar de los acontecimientos de Tesalónica la conclusión de que el obispo de Milán carecía de la autoridad y de la capacidad de imposición necesarias para impedir que el emperador tomara aquella infamante decisión, sobre todo teniendo en cuenta que en el campo de la política religiosa mantenía relaciones con la ciudad y podría haber actuado, por consiguiente, como su abogado potencial.

Un hombre tan consciente de su poder como Ambrosio, y tan preocupado por el prestigio entre sus hermanos en el episcopado, tenía que recuperar el terreno perdido, sobre todo porque por aquellos mismos días se estaba celebrando un sínodo en su ciudad. El sínodo condenó con palabras expresas la matanza y señalaba así su disposición a mantener vivo el conflicto. No debe subestimarse la importancia del evento. Ambrosio menciona que la indignación que el acontecimiento provocaba en los obispos reunidos en Milán se dirigía contra él.[48] Para el historiador Rufino, oriundo de Italia, fueron estos obispos el verdadero motor de la evolución posterior, y ni siquiera Agustín destaca la actuación de Ambrosio.[49] Ambos autores sentían aprecio por el milanés, de modo que no tenían ningún interés en rebajar sus méritos.

Pero, ¿qué podía hacer Ambrosio, una vez ya ejecutada la matanza? Para empezar, evitó el encuentro con el emperador. Cuando Teodosio estaba a punto de emprender el camino de regreso a Milán, Ambrosio, pretextando una enfermedad, se retiró al campo. Con la renuncia a un encuentro personal agravaba la situación. Pero eso no significaba que se mantuviera inactivo. Escribió al emperador una severa carta que en muchas de sus secciones pretendía ser una toma de posición pública.[50]

En ese escrito asumía el papel de miembro del *comitatus* imperial del círculo próximo al soberano, aunque sin razón para ello. Él era tan sólo un obispo local. Lamenta no haber podido intervenir con suficiente eficacia en las decisiones imperiales, porque Teodosio había prohibido que le informaran acerca de las deliberaciones del Consejo. Y este Consejo –prosigue Ambrosio, que, al igual que en su carta sobre el asunto de Calínico, se sitúa rápidamente en el papel de pastor

de almas– se mueve por una pasión natural que, en virtud de nocivas influencias, degenera en lo negativo – lo que lleva implícitamente aparejada la pretensión del obispo de actuar en contra de estas tendencias y aconsejar clemencia.

Este pasaje es muy instructivo no sólo porque transmite una nítida impresión de la función que reclamaba para sí Ambrosio frente al emperador, sino también porque muestra que sentía abiertamente la necesidad de explicar por qué había reaccionado con tanta severidad su «protegido» Teodosio: porque no había tenido a su lado al pastor de almas.

Recuerda Ambrosio a continuación a su emperador el ejemplo del rey David que, a pesar de su majestad, estaba dispuesto a reconocer sus culpas, porque en definitiva era un hombre.

> No es, pues, extraño, que un hombre sea pecador. Pero se hace merecedor de reprensión si no reconoce que se ha equivocado y no se humilla ante Dios.

[Sólo la penitencia puede cancelar el pecado.]

> Aconsejo, suplico, exhorto, pido, amonesto. Porque me pesa que tú, que has sido modelo de una singular piedad, que has conquistado la cima de la humildad, que no has permitido que ni un solo culpable se vea en peligro, no sientas ningún pesar por la ruina de tantos. Pues aunque has sido siempre magnífico vencedor en todos tus combates y digno siempre de alabanza en otros asuntos, ha sido siempre la piedad la cumbre de todas tus obras.

Ambrosio no se atrevía a celebrar el sacrificio en su presencia, porque estaba manchado de sangre. Este giro puede ser fácilmente mal interpretado. No implica la excomunión del emperador. Se trata tan sólo de una decisión de conciencia de Ambrosio.

Y se abre a continuación un pasaje que, según Ambrosio, escribió de su propia mano y tenía como destinatario único al emperador. Un sueño le habría confirmado en su decisión. El emperador debería seguir queriendo estar en gracia de Dios y pensar en sus hijos y potenciales sucesores, con los que podría seguir disfrutando durante mucho tiempo de paz y quietud – una amenaza nada encubierta que,

según las concepciones de la época, debería ser tomada muy en serio, con mención expresa de las calamidades familiares que Dios podría hacer venir sobre el pecador.

El obispo transforma así una situación en la que se cernía la amenaza de la pérdida de prestigio en el manifiesto de una reclamación de poder: el núcleo del escrito está configurado por aquella advertencia a negarse a celebrar el sacrificio de la misa al que ya se había referido con anterioridad –y tal vez entonces de forma espontánea– en el asunto de Calínico. Pero ahora se trataba de una medida perfectamente planificada. El método era la extorsión ejercida por el pastor de almas.

La primera reacción de Teodosio fue eludir la presencia del obispo y retirarse a su cuartel de Verona. Tal vez esperaba que Ambrosio mudara de actitud al advertir que su ciudad perdía las ventajas de que disfrutaba como residencia imperial y que no tenía ninguna posibilidad de movilizar a su fiel comunidad. O tal vez simplemente el soberano tenía tareas rutinarias que cumplir en aquella localidad, al borde de los Alpes. Fuera como fuere, Teodosio se dejaba arrastrar a un gesto que podía ser interpretado como autocrítica cuando promulgó una ley para el prefecto de los pretorianos de Iliria e Italia en virtud de la cual en el caso de castigos graves debería transcurrir al menos un plazo de reflexión de treinta días antes de la ejecución.[51] Es cierto que la ley no hacía una referencia directa al caso de Tesalónica y tal vez por eso no la menciona Ambrosio, pero permitía al emperador escenificar en el futuro su juego predilecto de cambio del castigo a la clemencia frente a los revoltosos sin necesidad de que tener que tomar medidas precipitadas como las de Tesalónica.

Se desconoce la reacción de Ambrosio, y Teodosio regresó a Milán. Le asistían para ello razones tanto políticas como religiosas. El emperador no podía permanecer alejado durante mucho tiempo del centro administrativo de Occidente. Necesitaba estar en contacto con la administración. Además, como bautizado –y no debe infravalorarse este aspecto, por muy extraño que le parezca a la mentalidad moderna– se encontraba en una situación angustiosa: estaba en peligro la salvación de su alma, porque tenía las manos manchadas de sangre. Cuando se había limitado a aceptar el linchamiento de Máximo, podía defenderse el punto de vista de que no tenía ninguna

culpa personal. Y, por otra parte, había renunciado en gran medida –aunque no del todo– a ordenar ejecuciones. Pero ahora tenía que asumir la responsabilidad del asesinato de miles de personas. Tenía que hacer penitencia y someterse, como bautizado, a la disciplina penitencial de la Iglesia.

En las fuentes posteriores se describe con emotivas pinceladas la escena en la que Ambrosio le prohíbe a Teodosio la entrada en el templo, pero se trata con toda seguridad de una dramatización. Al parecer, el emperador y el obispo habían entablado negociaciones en las que es posible que se sirvieran de los oficios de un alto funcionario, el *magister officiorum* Rufino, como intermediario, y encontraron una solución para el dilema. El emperador reconocería públicamente su pecado y se presentaría varias veces en la iglesia sin las insignias de su cargo, hasta que finalmente recibiría el sacramento de la eucaristía de manos del propio Ambrosio. El suceso ocurrió probablemente la noche de Navidad del año 390 o tal vez el Jueves Santo de 391, día dedicado en Milán precisamente a esta finalidad. Así pues, Teodosio recibiría el mismo trato que los restantes bautizados reos de graves culpas. Y así se hizo.

¿Cuál era el significado? ¿Había sufrido el emperador una derrota frente al obispo? ¿Había vencido la Iglesia al Estado? ¿Habían sido sacrificados los intereses políticos en el altar de la praxis penitencial eclesial? No.

Sería anacrónico interpretar el acontecimiento de Milán como un triunfo de la Iglesia sobre el Estado. Estas dos instituciones no se consideraban rivales y la Iglesia tenía todavía por aquel entonces una estructura muy inconsistente. Por otra parte, en el enfrentamiento entre Teodosio y Ambrosio había amplios rasgos de carácter personal. El núcleo del problema consistía en cómo incorporar a la Iglesia al emperador como persona, sobre todo a un emperador que había recibido el bautismo. Porque a través del bautismo, el soberano estaba sometido –aunque de una manera muy distinta a la de los catecúmenos– al poder penitencial del obispo; una de las razones que inducían a muchas personas dedicadas a actividades profanas a retrasar el sacramento.

No había, por otra parte, nada nuevo cuando el obispo exigía al emperador una penitencia eclesial: el historiador de la Iglesia Eusebio (h. 264/265-h. 339/340) había ya relatado cómo al emperador Felipe

el Árabe (244-249), supuestamente cristiano, le prohibió el obispo la entrada en un templo hasta que no confesara sus pecados y se colocara en el lugar asignado a los pecadores.[52] Se trata, sin duda, de una leyenda a la que el propio Eusebio no daba fe, pero lo determinante es la idea aquí perceptible de que incluso el emperador está sujeto a la disciplina penitencial de la Iglesia. Y a ella recurría aquí Ambrosio.

Como poco antes en el enfrentamiento por la sinagoga de Calínico, ambas partes consiguieron salvar la cara. El emperador, que a consecuencia de la matanza de Tesalónica adquiría la caricatura de un tirano, confesaba su culpa y mostraba de nuevo su faz clemente, a pesar de que había otorgado a los godos la posibilidad de dar rienda suelta a sus instintos de venganza. El obispo, que no había podido impedir el baño de sangre, había impuesto su exigencia de inducir al emperador a clemencia.

En todo caso, una idea se imponía sobre el resto, tal como la había expresado ya por ejemplo Gregorio de Nisa en su oración fúnebre en Constantinopla: el emperador era un cristiano más, un cristiano como los demás. Él, que con ocasión del diálogo religioso mantenido el año 383 en Constantinopla, había decidido personalmente cuál era la verdadera confesión de fe, estaba obligado, en cuestiones éticas, a seguir el consejo del obispo. Se reforzaba así, a los ojos de los espectadores, la significación central de la humildad como una de las virtudes cardinales de los soberanos cristianos. Ciertamente alguno o algunos de los miembros del palacio de espíritu tradicional debieron sentirse conmocionados ante el comportamiento del emperador, ante el espectáculo del soberano postrado en tierra. No obstante, en una crisis donde había estado a punto de romperse el consenso, porque los godos presentaban al emperador demandas totalmente distintas de las del resto de la población, Teodosio consiguió finalmente contentar, hasta cierto punto, a todas las partes implicadas y ganarse fama eterna en la Iglesia.

La asignación del puesto del emperador entre los cristianos normales se manifestó también bajo otra modalidad, tal como narra Teodoreto –muy sensible en estas cuestiones– de forma plástica, y no sin estilizaciones:

> Cuando llegó el momento de depositar las ofrendas en el altar, Teodosio se puso en pie y penetró con las mismas lágrimas en el

Santísimo. Tras haberlo hecho, permaneció como de costumbre dentro de las barreras. Pero tampoco ahora calló el gran Ambrosio, sino que le indicó la diferencia entre los distintos espacios. Pero antes le preguntó si necesitaba algo. Cuando el emperador le dijo que esperaba recibir el sacramento divino, Ambrosio le indicó, por medio del primer diácono, lo siguiente: «Al espacio interior, emperador, sólo pueden acceder los sacerdotes. Los demás no pueden ni entrar ni tan siquiera tocarlo. Sal, pues, fuera y toma sitio junto a los demás. La púrpura hace emperadores, no sacerdotes».[53]

El emperador obedeció la indicación del obispo y abandonó el espacio del coro e introdujo además la división espacial entre el emperador y el clero en Constantinopla, donde explicó la situación al perplejo obispo. Mediante esta disposición, se hacía palpablemente perceptible la condición de laico del emperador. Cuando Teodosio introdujo esta diferencia en su parte oriental del Imperio, no lo hacía únicamente guiado por su piedad. También él ganaba algo, a saber, mayor espacio de juego libre. Al confesar sus faltas y aceptar la autoridad moral del obispo, debía soportar ciertamente las críticas a su modo de gobernar. Pero adquiría también la posibilidad de cancelar sus faltas sin perder prestigio, incluso en una acción tan deshonrosa como la matanza de Tesalónica. Y podía así borrar la imagen de tirano empapado en sangre.

El acto de penitencia de Milán fue un episodio que los autores paganos, que por otro lado nunca pierden la ocasión de poner bajo cruda luz todas las debilidades de Teodosio, no mencionan, es decir, no le concedieron especial significación. Y tampoco tuvo repercusiones inmediatas. Nada testifica que a partir de entonces Ambrosio entrara a formar parte del círculo íntimo de los consejeros del emperador. La conducta de Teodosio puede explicarse por factores de influencia de signo enteramente diferente. Desde la óptica política Ambrosio seguía siendo una instancia local. Ello no obstante, el acto de penitencia de Milán es el acontecimiento del tiempo de soberanía de Teodosio que más profunda impresión causó en las generaciones posteriores. Agustín, que no se encontraba en Milán cuando acontecieron los hechos, pero mantenía intensas conexiones con Italia, transmite con penetrantes expresiones la importancia del incidente para la imagen del emperador cristiano:

> ¿Hay algo más admirable que su religiosa humildad cuando sucedió el gravísimo crimen de los tesalonicenses? La intercesión de los obispos había conseguido de él una promesa de indulgencia para el crimen; pero presionado por un levantamiento de sus partidarios, se vio obligado a tomar una represalia. Castigado después él por la disciplina eclesiástica, de tal forma hizo penitencia que el pueblo, orando por él, lloró más al ver postrada en tierra la majestad imperial que la había temido encolerizada por su pecado.[54]

La posteridad ha conferido al conflicto mayor hondura que la que tal vez le otorgaron sus protagonistas.[55] Tiene en este punto una importancia capital Teodoreto, historiador sirio de la Iglesia, que escribió poco antes del 450. Se hallaba en el destierro cuando redactó su obra, de modo que había desarrollado una especial sensibilidad para todo lo concerniente a las relaciones entre el emperador y la Iglesia. Para empezar, con el arco de tensión de su relato impregnado de belleza artística, consiguió conferir un aura de dramatismo a su exposición. Interpretó, además, el conflicto como una pieza doctrinal *acerca de cuáles son las tareas del sacerdote y cuáles las del emperador.*[56] Sus conclusiones arrojan clara luz sobre la concepción de las relaciones entre el emperador y el obispo. *Ambos me causan admiración, en el uno el valor, en el otro la obediencia, en el uno el calor del celo, en el otro la pureza de la fe.*[57] Nunca habría conseguido el diplomático Ambrosio formular con mayor claridad la superioridad del obispo.

Esta versión del acto de penitencia de Milán se difundió en Occidente porque Casiodoro (h. 485-h. 580) la incorporó a su compilación latina de la historia griega de la Iglesia.[58] Su *Historia ecclesiastica tripartita* logró una gran difusión en Occidente y contribuyó a que aquel acontecimiento pudiera desempeñar un importante papel en los debates sobre la querella de las investiduras. Aquí ya no se trataba ciertamente de la pureza de la fe del emperador, sino de su idoneidad para el cargo imperial, un aspecto que Ambrosio jamás puso en duda. Cuando, pues, en el curso de la querella de las investiduras, el emperador Enrique IV hizo penitencia en Canosa el año 1077 y demostraba con ello que aceptaba las pretensiones del papa Gregorio VII, acontecía algo que iba mucho más allá del campo de la disciplina penitencial de la Iglesia. Los argumentos centrales de la querella de las inves-

tiduras en torno al nombramiento e instalación de los obispos en sus sedes no tenían ninguna importancia en la disputa milanesa.

Merece la pena señalar la gran frecuencia con que aparece representado el tema en el arte barroco. Al parecer, aquel universo, en el que surgían las poderosas figuras de emperadores y obispos, hallaba reflejado en el episodio milanés un conflicto bien conocido. Es la era del episcopalismo que acentúa el poder mundano de los obispos.[59] En la posterior investigación científica, a menudo impregnada de una pulsión anticatólica, el acontecimiento fue visto como la funesta derrota del poder del Estado, hasta que una mirada historizante más aguda supo percibir mejor la peculiaridad de la época y permitió comprender más a fondo y suavizar con las categorías del tiempo los tintes dramáticos del conflicto.

Las relaciones entre Teodosio y Ambrosio estaban condicionadas por un complejo de reflejos y antirreflejos, tal como se revela en otro episodio: se presentó en la residencia imperial una delegación de senadores romanos, al parecer para solicitar el restablecimiento de los cultos antiguos, o tal vez únicamente con el propósito de completar los colegios sacerdotales. Ambrosio lo desaconsejó, Teodosio dudaba. A continuación, el obispo se mantuvo varios días alejado del emperador. Al final, Teodosio siguió su consejo sin mostrarse disgustado con él, en contra lo que Ambrosio añade por su propia cuenta.[60] Que en este suceso la conducta de Ambrosio tuviera la gran importancia que él mismo sugiere o que simplemente el emperador, de acuerdo con su estilo conciliador, quisiera poner ante los ojos de los paganos sus serios esfuerzos y quiso para ello dejar transcurrir varios días supuestamente dedicados a reflexionar sobre la petición, es una pregunta abierta. En todo caso, Ambrosio había descubierto una nueva oportunidad de presentarse en el papel de influyente consejero del emperador.

Leyendo los escritos que Ambrosio ha dejado se obtiene la impresión de que el obispo milanés fue la magnitud determinante en el entorno del emperador. Pero es una impresión errónea. Ambrosio era ciertamente una figura poderosa en Milán y marcaba cada vez más profundamente su impronta personal en la ciudad, pero incluso sus propias exposiciones permiten descubrir que no formaba parte del universo cortesano y que sólo con fatiga y a costa de grandes esfuerzos conseguía hacerse oír. Él mismo da a entender que era

mayor la influencia ejercida por el obispo antioqueno Flaviano.[61] Un atento análisis de la legislación descubre la multiplicidad de los influjos, de los grupos de presión y de las necesidades objetivas a que debían enfrentarse el emperador y su plana mayor. Por lo demás, Teodosio no vacilaba a la hora de tomar decisiones que dañaban los intereses eclesiásticos.

La marcha de la legislación estaba marcada sobre todo por la rutina diaria. Se enviaban numerosos rescriptos a los funcionarios de Oriente, sobre todo el prefecto de los pretorianos Tatiano. El emperador estaba siempre absorbido por una amplia gama de temas, tales como nombramientos de cargos, ejercicio abusivo de los mandatos, el derecho de tutela, la administración de justicia, el estatus de los senadores y de los funcionarios de palacio, la posición de los empleados antiguos, los problemas de la percepción de los tributos y las inmunidades de otros cargos. Se esforzaba por mantener estable el número de los armadores (*navicularii*) indispensables para el suministro del grano, por impedir la recíproca explotación de judíos y samaritanos, y una y otra vez, por obligar a los decuriones a conservar su estatus, fueran los que fueren los pretextos o los argumentos profesionales que invocaban para evitarlo. Todo esto era lo habitual; de muchos de estos aspectos ya se ha hablado en las páginas precedentes y otros muchos saldrán más tarde a nuestro encuentro.

Teodosio trató con gran dureza a los herejes. Sus clérigos fueron expulsados de las ciudades al campo circundante e incluso aquí se les privó del derecho de reunión. Otras leyes promovían el lento proceso de cristianización. Quedaban prohibidas las ejecuciones en tiempos de ayuno. La emancipación de los niños vendidos por necesidad por sus padres respondía a la ética cristiana pero también a la idea de que no podían ser mantenidos y educados por paganos. A una con las restantes inmunidades, por ejemplo en beneficio de los gramáticos y los retóricos, confirmaba a la vez Teodosio la de las iglesias.

Algunas de sus medidas debieron de ser acogidas como mínimo con ceño fruncido en los círculos eclesiásticos. Así por ejemplo, había una ley dedicada a los clérigos que habían entrado al servicio de la Iglesia para eludir sus responsabilidades como decuriones. Por lo demás, la normativa era relativamente generosa: quien hubiera ingresado en el clero antes de 388 no sería molestado, quien lo hubiera

hecho a partir de esta fecha debería renunciar a sus bienes. Sonaba a compromiso entre los intereses del Estado y los de la Iglesia.

Debió de parecerles perturbador a muchos romanos de elevada alcurnia la entrada de mujeres en la categoría de diaconisas, sobre todo cuando entregaban la herencia a la Iglesia o se hallaban todavía en edad fértil y, al ingresar en las filas eclesiales, privaban a su familia de la esperanza de estrategias de ventajosos enlaces matrimoniales Teodosio se enfrentó al problema. Dispuso, por un lado, que si una mujer tenía niños en casa, debería haber cumplido como mínimo los 60 años para ser diaconisa. Se preocupó, además, de que su cambio de estatus no fuera causa de notables detrimentos de los bienes familiares, ni siquiera en el caso de muerte: *Cuando ella muera, no podrá nombrar herederos ni a una iglesia ni a un clérigo ni a un pobre.*[62] Se habla incluso, en este contexto, de las artimañas de clérigos astutos. Se castigaba severamente la admisión fraudulenta de mujeres en el diaconado. Esta ley debió de ser formulada en respuesta a la honda preocupación de muchos romanos de distinguido linaje, porque el emperador ponía así coto a las enormes posibilidades de las iglesias de ganar dinero e influencia entre las familias aristocráticas. Se demuestra una vez más que Teodosio estaba muy lejos de tener sólo en cuenta los intereses eclesiásticos.

Parece ser, por otra parte, que el emperador fue un poco demasiado lejos: la ley, promulgada el 21 de junio de 390, fue revocada –con inusual prontitud– el 23 de agosto de aquel mismo año.[63] Dado que la revocación de la ley se producía mientras estaba en todo su apogeo el conflicto de Tesalónica, puede verse en ella un gesto de buena voluntad hacia Ambrosio, al igual que en aquella otra que exigía un plazo de treinta días para la ejecución de sentencias de graves castigos. Por otra parte, no se trataba de un gesto singularmente significativo, porque la normativa estaba dirigida al prefecto de los pretorianos de Oriente y no afectaba, por consiguiente, de forma directa a la diócesis de Milán.

Pero es que, además, las medidas imperiales no eran favorables a la Iglesia –tal como habría podido parecer lógico– ni siquiera en los días en que se estaba desarrollando el conflicto en torno al baño de sangre de Tesalónica. El 2 de septiembre decretaba Teodosio que los monjes sólo podían morar en lugares aislados y en los desiertos y no, por tanto, en las ciudades; el emperador rechazaba, pues, a aquellos

notorios sembradores de discordias por culpa de los cuales unos pocos meses antes el jefe del ejército Timasio había dirigido algunos amargos reproches a Ambrosio. Con esta medida, Teodosio no tenía tanto en cuenta –como se advierte claramente por una ley posterior– los excesos de los monjes cuanto más bien sus intervenciones en los juicios a favor de los acusados, que podían poner en peligro la autoridad de los jueces estatales.[64] Se percibe aquí el esfuerzo por soluciones pragmáticas que tuvieran presentes los múltiples y contrapuestos intereses en el marco de su Imperio. Sin duda, aquí pesaba la poderosa palabra de Ambrosio, pero había otros muchos factores a tener en cuenta, entonces y ahora.

Las medidas dirigidas a los funcionarios occidentales son parecidas en sus líneas esenciales a las de Oriente y, al igual que éstas, configuran una amplia paleta: tratan de los impuestos estatales, de la política urbanística, de la administración de justicia, del comportamiento frente a los deudores, del derecho de compraventa. Se le indica al jefe del ejército, Ricomero, que se evite la contaminación de los ríos junto a los que acampan grandes unidades de soldados.[65] Desde Aquileya, en su viaje de regreso a Oriente, anunció Teodosio la protección de los extranjeros residentes en Roma frente a las alteraciones. Más tarde, pero todavía antes de su llegada a Constantinopla, fijó el derecho a la resistencia en caso de legítima defensa frente a ataques nocturnos, que sería también expresamente aplicable cuando los asaltantes fueran soldados. El emperador era, pues, claramente consciente del malestar que provocaban los militares.

La cancillería imperial se ocupaba de los antiguos empleados de las fábricas de armas. Llama la atención que ahora la autoridad competente en estos centros, antes en manos del prefecto de los pretorianos, haya sido transferida al *magister officiorum*. ¿Había conseguido hacerse con estas competencias el entonces poderoso mandatario Rufino? ¿Pretendía con esta medida el desconfiado Teodosio debilitar el poder del prefecto de los pretorianos? ¿O se trataba simplemente de motivaciones de índole pragmática y organizativa? Se ignora la ocasión que dio lugar a esta nada desdeñable medida administrativa.

En un punto parece ser que la administración de Occidente ponía un acento distinto a la del Este. Parecía insistirse en el Oeste con mayor energía contra las arbitrariedades de los miembros de las elites: ningún gobernador podría entrar en Roma sin una misión impe-

rial. Se prohibían los ataques privados y tomarse la justicia por su propia mano, y se les imponían en este capítulo sanciones especialmente severas a los altos cargos. En este contexto se sitúan tal vez las disposiciones que tanto en Roma como en todo el territorio de la prefectura de Iliria e Italia otorgaban la preferencia a la restauración de los edificios antiguos antes que a la construcción de edificios nuevos. Aquí buscaba indudablemente el emperador el bien común antes que la necesidad de representación de las elites.

Tampoco en este caso promulgaba el emperador nada fuera de lo usual –ya antes se había prohibido la construcción de edificios nuevos– pero lo que ahora salta a la vista es el endurecimiento del tono y la ausencia de una normativa equivalente para Oriente, aunque tal vez deba achacarse a azares en la transmisión. Es posible que el telón de fondo lo constituya el hecho de que Occidente se enfrentaba a una aristocracia incomparablemente más segura de sí que la de Oriente. Una firme determinación, incluso en cuestiones de menor cuantía, contribuía a poner en claro quién ostentaba el verdadero poder.

Los acentos cristianos de la legislación para Occidente, donde debería haberse dejado sentir de una manera particularmente masiva la influencia de Ambrosio, son en realidad escasos. La ya mencionada ley contra la prostitución masculina respondía sin duda a las concepciones éticas cristianas, pero eran compartidas por numerosos paganos de la época. Sólo en la fase final de su estancia en Occidente puede detectarse una legislación acentuadamente cristiana. En su viaje de regreso a Oriente decretó Teodosio sensibles castigos contra los que renunciaban a la fe: quien profanaba su bautismo, perdería todos sus derechos a la herencia y todos sus honores. Cualquier dignatario cristiano que ofreciera sacrificios a los ídolos sería privado de su rango y ni siquiera a través del arrepentimiento por su apostasía podría recuperarlos.

Poco antes de su partida de Italia, el 24 de febrero, decretó el emperador una estricta prohibición del culto pagano en Roma y otra parecida, aunque con cláusulas punitivas ligeramente diferentes, para Egipto, azotado por graves alteraciones religiosas: éstas últimas ya desde Aquileya, el 16 de junio.[66] Aquí interesa sobre todo la legislación referente a Roma, es decir, al centro de la elite tradicionalista de Occidente. El rescripto, dirigido a Albino, prefecto de la ciudad

de Roma –un pagano casado con una cristiana–, tiene una importancia singular para la política de Teodosio y merece ser traducido:

> Nadie debe mancharse con sacrificios, nadie debe sacrificar un animal sin mácula, nadie debe entrar en los santuarios, visitar los templos ni venerar imágenes producidas por trabajo mortal, para que no sea demandado en virtud de artículos punitivos divinos y humanos. El gobernador está obligado a incluir esta ley, de modo que en el caso de que un seguidor del culto pagano, en cualquier lugar, ya sea estando de viaje o en la ciudad, entre en un templo para orar, tendrá que pagar al instante quince libras de oro. De igual modo y con esta misma prontitud deberá pagar esta misma multa su plana mayor, salvo que se haya presentado ante el gobernador y haya redactado un informe bajo testimonio público. [Siguen severas medidas punitivas para los altos funcionarios.][67]

En su contenido material, esta ley no aporta nada nuevo. Los sacrificios, las visitas a los templos, la adoración de las imágenes de los dioses paganos habían sido prohibidos muchas veces; no se mencionaba en esta ley el ejercicio privado del culto, que Teodosio no proscribiría hasta el año siguiente. Pero ahora no se trataba de una de las numerosas repeticiones de la ley. Hay aquí, en efecto, un nuevo centro en virtud del cual la regulación tiene como destinatarios específicos a los empleados de alto rango. Se menciona en primer lugar a los funcionarios de la cúpula de la administración de las provincias de cuyo buen comportamiento se hacía responsable a la plana mayor. A juzgar por el destinatario, la ley se refería a Roma y a su entorno. Al igual que en algunas otras medidas para Occidente, también aquí se percibe la desconfianza de Teodosio frente a lo que a su entender debía ser interpretado como arbitrariedades de los altos mandatarios. Si, además, se exhorta a la plana mayor a presentar denuncias, se recurre –y no era el primer emperador que lo hacía– a los lazos y vínculos de lealtad personales, que eran tenidos en muy alta estima en la tradición romana.

Es perfectamente comprensible la conducta del soberano. ¿Cómo debía interpretar, en efecto, el hecho de que prohibiera los sacrificios paganos y los altos funcionarios no lo cumplieran? Y también cristaliza aquí la particularidad de que la legislación antipagana

del emperador poseía su dinámica propia. Al convertir el rechazo de las prácticas paganas en expresión de lealtad, los mandatarios paganos se veían envueltos en crecientes dificultades. En esta ley se trasluce, por tanto, la influencia cristiana, pero también responde inequívocamente a los intereses de Teodosio o respectivamente de su administración. No debe pasarse por alto, cuando se pretende valorar la influencia cristiana, que por aquel entonces los puestos clave estaban en manos paganas: dos paganos, Símaco y Tatiano, eran cónsules, y aunque el cargo no les daba ningún poder, el año se designaba por sus nombres. Otros dos, Nicómaco Flaviano y de nuevo Tatiano, ocupaban los puestos de prefectos de los pretorianos y desempeñaban, por tanto, funciones poderosas. Una vez más se dan la mano en Teodosio la retórica de principios firmemente formulados y una ágil política personal. Pero estos principios acarrearon graves consecuencias: tal vez hubo cristianos que interpretaron estas leyes como una carta de libertad para descargar su ira contra los santuarios paganos. Otro de los resultados fue el fin, por aquella misma etapa, de los Juegos Olímpicos de la Antigüedad, que se habían venido celebrando a lo largo de muchos siglos y habían tenido una y otra vez capacidad de convocatoria para los amantes de la cultura griega. Ahora se les privaba de su base.

La estancia de Teodosio en Occidente se prolongó por cerca de tres años. Aún no estaba plenamente garantizada la seguridad en esta parte del Imperio cuando se vio obligado a retornar a Oriente. Habían surgido allí síntomas de crisis, en la corte a causa de las desavenencias entre el hijo del emperador, Arcadio, y su madrastra Gala, en la cúpula de la administración a causa del discutido prefecto de los pretorianos, Tatiano, y también en el pueblo llano, que se inclinaba de nuevo hacia las revueltas. Es evidente que Teodosio consideraba más necesaria su presencia en Oriente que su demora en Occidente. Aquí dejaba a Valentiniano II como soberano de una gran porción del Imperio. Seguía residiendo –aunque apenas por su propia elección– en las Galias y tenía a su lado a Arbogasto como prefecto y también –o así lo esperaba Teodosio– como centinela.

La marcha hacia Occidente le había reportado a Teodosio buenos dividendos. Era el señor auténtico del todo el Imperio Romano desde el Éufrates hasta el Rin, desde Egipto a Britania. Pero, en definitiva, no era capaz de llevar a cumplimiento las tareas que aquel

enorme Imperio imponía. Resultaban ser de menor gravedad, desde el punto de vista de la política real, los conflictos con Ambrosio, aunque fueron muy importantes para la acuñación de la imagen de Teodosio en la posteridad. Aquí, en efecto, el obispo y el emperador consiguieron alcanzar un compromiso que permitía salvar la cara a las dos partes.

Más peligrosa resultaba ser la falta de consistencia del dominio en la periferia. El poder de Teodosio llegaba con intensidad mucho menor a las Galias, Britania e Hispania, y en África Gildo seguía actuando con entera libertad. Se produjo incluso, en el entorno mismo del emperador, un palpable enfrentamiento entre los bien acreditados jefes del ejército Promoto y Timasio y el *magister officiorum* Rufino, que había conseguido hacerse con el control de las fábricas de armas. Rufino logró imponerse. Promoto halló la muerte, al parecer como consecuencia de las artimañas de su enemigo, mientras que Timasio conservó la vida y el rango. Pero aquel episodio debió de provocar inseguridad en las filas de la elite militar.

Ahora regresaba Teodosio a aquel Oriente cada vez más agitado para restablecer el orden en aquella su primera porción del Imperio, sobre cuya capacidad económica descansaba el dominio romano. Incluso en una época de acentuada paz, porque los persas se mantenían tranquilos y los restantes pueblos fronterizos se limitaban a pequeñas incursiones, sólo con supremo esfuerzo podía asegurarse la estabilidad del Imperio, lo que permite barruntar la precariedad de la situación de aquel emperador a quien la propaganda presentaba como señor del universo. Las fuerzas del Imperio Romano estaban sometidas a un esfuerzo que desbordaba su capacidad. ¿Qué ocurriría, si un enemigo externo intentaba aprovecharse de la oportunidad?

VI. Regreso a Constantinopla (391-394)

La lucha por la fe verdadera

Desde el inestable Occidente, donde estaba a las puertas una nueva usurpación, regresaba Teodosio a un Oriente sacudido por crisis. Se vio aquí enfrentado a difíciles conflictos de todo tipo. Habían registrado una escalada en primer lugar las hostilidades entre paganos y cristianos, o más exactamente: los ataques de los cristianos a los santuarios tradicionales.

Los disturbios de mayor gravedad se registraron en Alejandría, donde finalmente fue destruida la imagen cúltica del que era tal vez el más importante de todos los santuarios que aún quedaban en pie, el Serapeion.[1] Se veneraba en él, bajo la advocación de Serapis, a un dios greco-egipcio que atraía a devotos procedentes de mucho más allá de las fronteras de Egipto. Su magnífica estatua de oro y marfil llenaba de admiración a los visitantes de Alejandría. En el origen de los persistentes tumultos se hallaba la provocación expresa del obispo Teófilo (384-412), aunque iba, en realidad, dirigida contra otro santuario. El historiador de la Iglesia Sozomeno describe con detalle el hecho y sus consecuencias:

> El obispo de Alejandría había transformado el santuario de Dionisos allí existente en una iglesia. Lo había recibido, en efecto, como regalo del emperador, a quien se lo había solicitado. Tras haber purificado las imágenes cúlticas allí existentes [en perspectiva pagana, por consiguiente, tras haberlas profanado] y haber puesto al descubierto el santísimo, llevó adelante su propósito de hacer burla de todos los objetos del culto pagano y los cambió de lugar. Expuso a la vista del público los falos y todo cuanto había encontrado en el templo de risible o de risible aspecto. Los paganos se sintieron ultrajados ante un suceso tan inhabitual como inesperado. Incapaces de conservar la calma, se infundie-

ron valor unos a otros y atacaron a los cristianos. Tras matar a unos y herir a otros, ocuparon el Serapeion, que era un santuario admirable por su belleza y sus dimensiones, situado en una colina. Desde allí, como desde una fortaleza, lanzaban incursiones, capturaban cristianos y los forzaban, bajo tortura, a ofrecer sacrificios. De entre los que se negaban, a unos los crucificaban, a otros les fracturaban los huesos y a otros les daban diferentes clases de muerte.

Tras haberse prolongado durante algún tiempo el motín, se les acercaron los funcionarios, les recordaron las leyes y les instaron a poner fin a los combates y abandonar el Serapeion. Romano era en aquel tiempo jefe de las tropas acantonadas en Egipto, mientras que Evagrio desempeñaba el cargo de prefecto de Alejandría. Como no consiguieron enderezar la situación, dieron noticia al emperador. La conciencia de cuanto se habían atrevido a llevar a cabo consolidó aún más la decisión de cuantos se encontraban en el Serapeion cuando, además, un cierto Olimpio, que se hallaba entre ellos en hábito de filósofo, los persuadía de que no era lícito abandonar las tradiciones, sino que debían, llegado el caso, afrontar la muerte. Y como advirtió que estaban desalentados por la destrucción de las imágenes del culto, les aconsejó que no abandonaran la fe. Les declaró que las imágenes cúlticas eran materia corruptible y representaciones, y podían, por consiguiente, desaparecer, pero que en ellas actuaban unos ciertos poderes y que ascendían al cielo. Éstas eran sus enseñanzas, y rodeado por una muchedumbre de paganos, se mantuvo firme en el Serapeion. Una vez notificados al emperador estos sucesos, alabó a los cristianos muertos como a personas que compartían el honor del martirio y que habían asumido riesgos a favor de la (verdadera) doctrina. Pero por orden suya, se les ofreció a los asesinos la amnistía. Pues, como señal de respeto ante aquel acto de clemencia, en breve abrazarían el cristianismo. Finalmente, ordenó destruir los santuarios de Alejandría, porque eran los culpables de las agitaciones del pueblo. Se dice que cuando se leyó en público la pertinente carta del emperador, los cristianos prorrumpieron en grandes gritos de júbilo porque él, ya desde el principio, echaba la culpa a los paganos.[2]

Cuatro partidos contribuyeron a la escalada. Los protagonistas más destacados eran, obviamente, el agresivo obispo y los paganos que ofrecieron resistencia. Si se sigue a Sozomeno, Teófilo habría echado deliberadamente leña al fuego. La ya mencionada sensación de alivio que manifestaron los cristianos tras la lectura de la carta del emperador indica que no se consideraban enteramente libres de culpa. Pero había otra lectura de los acontecimientos de signo muy diferente, transmitida por Rufino, historiador occidental de la Iglesia, que escribió antes que Sozomeno.[3] Rufino minimiza el papel del obispo, que jamás habría dado la orden de destruir el santuario, y, en su narración, los cristianos figuran como simples víctimas. Esta versión es menos creíble que la de Sozomeno, porque dada la relación de fuerzas es mucho más probable una agresión por parte del obispo que un ataque pagano.

El dirigente de los paganos era un filósofo,[4] circunstancia nada excepcional en aquel tiempo, cuyas enseñanzas podrían sonarle a un lector desprevenido poco menos que como cristianas, pero que respondían a concepciones ampliamente difundidas en el paganismo de la Antigüedad tardía. Los paganos distaban mucho de ser como ovejas que se dejan llevar sin resistencia al matadero. Actuaban contra los cristianos con gran brutalidad y habían perdido, al parecer, todo temor frente al poder estatal. Se beneficiaban además de la circunstancia de que en las ciudades antiguas los soldados acantonados en ellas eran relativamente poco numerosos y desempeñaban tareas propias de la policía; además, las condiciones urbanísticas, con estrechas callejuelas y templos fortificados, impedían el despliegue de grandes unidades de tropas.

El poder secular estaba representado en Alejandría por dos funcionarios, uno militar y otro civil. Ambos se vieron evidentemente desbordados por los acontecimientos y reaccionaron del mismo modo que pocos años antes había hecho aquel gobernador bajo cuyo mandato había sido saqueada la sinagoga de Calínico. Informaron al emperador, según Rufino tras haber negociado durante algún tiempo con los amotinados. El emperador recurrió a la vieja táctica. No podía sentirse totalmente inocente frente a aquella escalada. El hecho era que había entregado el santuario de Dionisos al obispo. Tal vez sucedió por la época en que Teodosio hizo promulgar la ya mencionada ley que, siguiendo el ejemplo de Roma, prohibía también en

Egipto el ejercicio del culto pagano. Es posible que se interpretara la regulación del santuario de Dionisos como una especie de norma de aplicación práctica. Probablemente Teodosio no había esperado que el obispo aprovechara la ocasión de la purificación del templo para llevar a cabo una infamante escenificación contra los paganos, y tampoco el obispo debió prever una resistencia tan enconada y persistente. Bajo ningún concepto podía el emperador descargar exclusivamente en el obispo la culpa de los incidentes. Tal vez, por otro lado, algunos cortesanos recordaban la conducta ambivalente de que había dado muestras Teófilo durante la campaña contra Máximo. Había llegado el momento de ajustar cuentas. Si, en definitiva, el emperador procedía contra él, evidenciaba una vez más su esfuerzo por vincular para su política al mayor número posible de súbditos, incluidos los escépticos.

La reacción de Teodosio ante la noticia de sus indecisos funcionarios documenta una vez más su versatilidad táctica. Los paganos podían respirar, porque se les ofrecía la amnistía, y el emperador podía justificar aquel gesto de clemencia incluso con criterios cristianos. Se daba también satisfacción a los cristianos, porque se elevaba a sus luchadores callejeros a la categoría de mártires y obtenían además, de acuerdo con sus sentimientos, el derecho a derribar los santuarios de Alejandría, por lo que Sócrates complementa su relato afirmando que el suceso llegó a su fin de acuerdo con los deseos del obispo.[5]

Pero, ¿resulta creíble esta información globalmente considerada? Una medida de este tenor habría resultado ser mucho más radical que la totalidad de las restantes disposiciones antipaganas del emperador de que tenemos noticia, incluida la reciente ley sobre Egipto. No puede, de todos modos, rechazarse de antemano como falsa esta información: a diferencia de los otros historiadores «sinópticos» de la Iglesia, Sozomeno era jurista y conocía las sutilezas del lenguaje jurídico. No son de esperar en él comprensiones erróneas extremas en lo concerniente a la situación legal. Los cristianos, por otra parte, estaban interesados en legitimar las destrucciones de santuarios que se llevaron a cabo poco después remitiéndose al precepto imperial. Tal vez simplemente interpretaron de una manera extremada la declaración del emperador según la cual la culpabilidad recaía sobre los santuarios. El emperador perseguía la finalidad

de evitar el castigo de los cristianos y las consecuencias recaían sobre los templos.

El primero de la lista fue el santuario de Mitra. Pero el que mayor atención suscitaba era el Serapeion, que había servido a los paganos de fortaleza. Su fama no se cimentaba tan sólo en su magnífica construcción, sino también en el poder del dios que, según la creencia común, vigilaba las crecidas del Nilo de las que dependía la suerte de Egipto. Ningún cristiano se había atrevido hasta entonces a levantar la mano contra este lugar. Pero ahora, aquel año 391, veía Teófilo llegada la hora y destruyó la imagen. Demostraba así –y la mentalidad religiosa de la época lo tomaba en serio–, la debilidad de Serapis. Los cristianos admitían sin dificultades la existencia de dioses bajo la forma de perversos demonios. Teodoreto, el más fanático de todos los historiadores eclesiásticos, describe en términos triunfales la destrucción de la imagen cúltica:

> Él [Teófilo] subió al santuario de Serapis –hay quienes afirman que fue en cierto modo lo más grandioso y lo más hermoso de todo el mundo– y contempló la imagen cúltica de enormes dimensiones que (justamente) a causa de su tamaño infundía pavor a quienes la miraban. Aparte las dimensiones, circulaba también la falsa leyenda según la cual si alguien se acercaba a ella ponía al universo en ebullición y todo caería bajo una descomposición absoluta. Pero él consideraba estas leyendas como parloteo de viejas borrachas, tenía en poco el gran tamaño, porque no era sino un objeto inanimado, y ordenó a uno que llevaba un hacha que la derribara con firmes golpes. Cuando descargó los hachazos todos gritaron temerosos de lo que se propalaba. Pero Serapis, que recibió el golpe, ni sintió dolor –era de madera– ni alzó la voz, porque carecía de alma. Cuando le cortaron la cabeza, salieron huyendo enjambres de ratones de su interior. Morada de ratones era el dios de los egipcios. Lo despedazaron en trozos menudos y lo entregaron a las llamas, pero la cabeza la arrastraron por toda la ciudad, bajo las miradas de su adoradores, que se burlaban ahora de la debilidad de lo que antes habían venerado.[6]

Pero la destrucción del santuario de Serapis no discurrió con tanta suavidad como Teodoreto escenifica. Así lo demuestra la des-

cripción de Sócrates, que habla de la cooperación de los altos mandatarios civiles y militares de Egipto y menciona luchas callejeras. Insinúa, además, que hubo un punto en el que el obispo se apartó de la orden imperial. Es cierto que, de acuerdo con la voluntad del emperador, fundió las estatuas, pero no utilizó el material en favor de los pobres, como había ordenado Teodosio, sino para fabricar utensilios para las iglesias de Alejandría.[7]

Con independencia del curso de los detalles concretos, la destrucción del Serapeion fue un fanal cuyos destellos se difundieron por todo el Imperio. Un cierto Sofronio redactó poco después un escrito expresamente dedicado a este acontecimiento. El punto álgido se encuentra en la *Historia de la Iglesia* de Rufino, escrita algunos años más tarde. Se habría cortado, según él, la cabeza de la superstición.[8] En la *Crónica mundial alejandrina* del siglo V se celebra la destrucción y se le añade una expresión plástica con una impresionante ilustración (*figura 10*). Incluso en Constantinopla se comentó durante decenios el evento. Allí buscaron refugio, según Sócrates, dos antiguos sacerdotes paganos que ahora se ganaban el sustento como *grammatici*, es decir, como maestros del escalón inferior de la enseñanza. Uno de ellos, Helladios, podía jactarse, en el clima urbano de la capital, de sus hazañas en las luchas callejeras, en el curso de las cuales habría abatido a nueve cristianos.[9]

Seguía avanzando la «purificación» de la ciudad, tal como la entendían los rigoristas cristianos. Rufino describe con acentos triunfales y con deleitable repulsión las atrocidades paganas que a lo largo de aquel proceso fueron saliendo a la luz. Se eliminaron los símbolos paganos incluso en los domicilios privados. La vara con que se medía la afluencia del caudal del Nilo, considerada como un factor decisivo para la llegada puntual de las inundaciones, de importancia vital, fue trasladada a una iglesia y alejada de la influencia de Serapis. Cierta vez que amenazaba no producirse la avenida, el emperador prohibió los sacrificios paganos, aun a riesgo de provocar la ira de la población.[10] Finalmente, se produjeron las avenidas y la mayoría de los alejandrinos –eso se dice– se convirtieron al cristianismo.

Aun así, Alejandría no era una ciudad enteramente cristiana. Seguían viviendo en ella numerosos paganos, que enseñaban por ejemplo en las escuelas y centros de estudios superiores del Estado. Pero el paganismo había perdido protagonismo y el cristianismo

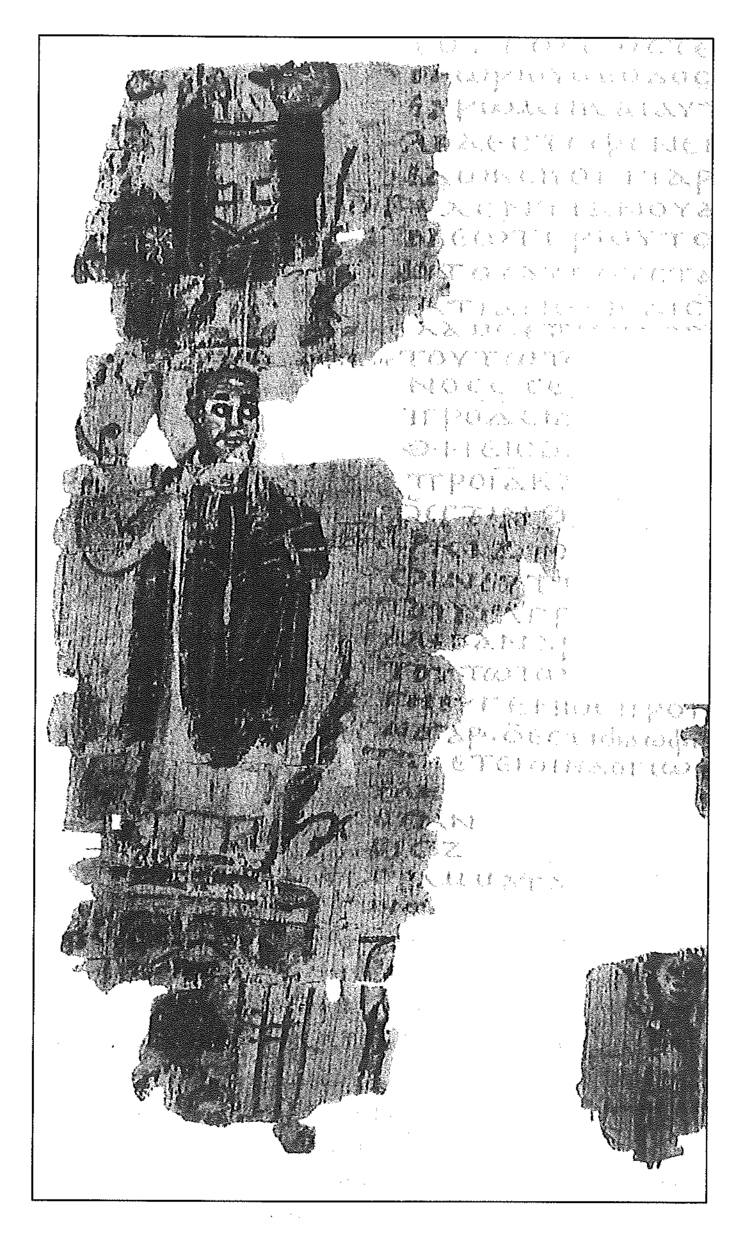


FIGURA 10. Miniatura de la *Crónica mundial alejandrina* (siglo V). El obispo Teófilo triunfando sobre Serapis.

había conquistado el espacio público. Junto a los cristianos, sólo a la fuerte minoría judía le estaba permitido el ejercicio de su culto, aunque siempre bajo amenaza, hasta que, finalmente, durante el mandato del patriarca Cirilo (412-444), sucesor de Teófilo, fueron expulsados de la ciudad. Alejandría se había convertido en el campo de experimentación del poder episcopal.

No era la capital de Egipto el único lugar en el que los paganos recurrieron a las armas en defensa de sus santuarios. En las primeras etapas no aparece testificada una resistencia tan viva de los seguidores de las antiguas creencias. Pero era tal vez ahora cuando advertían que se jugaban el todo por el todo, o tal vez las provocaciones por parte de algunos cristianos habían alcanzado un nivel insoportable.

En varios puntos del espacio sirio-palestino estallaron actos de violencia cuando los paganos vieron sus santuarios amenazados. En la importante ciudad de Apamea fue quemado vivo el obispo local, Marcelo, cuando asaltó un santuario de la campiña. Había que dar por descontado que seguiría un severo juicio de condena y de hecho los hijos del obispo –no podía excluirse que los obispos de aquella época tuvieran hijos de la vida anterior a la entrada en el estamento episcopal– quisieron vengarse, pero el sínodo provincial rechazó su demanda con el curioso argumento de que no podía castigarse a nadie que hubiera proporcionado a un cristiano una muerte martirial que le garantizaba un lugar en el cielo. A los contemporáneos no les sonaba tan absurdo como a los hombres modernos, a quienes les resulta ajena la idea del Más Allá, pero aquí no se trataba tan sólo de una expresión de religiosidad, sino también de la voluntad imperial de pacificación. Teodosio complementaba, como siempre, con suaves aplicaciones prácticas una legislación severa.

El ya mencionado decreto de Alejandría enumera al principio una lista relativamente densa de leyes religiosas que Teodosio había promulgado durante su última estancia en Oriente: la prohibición de celebrar cultos en los templos paganos y las severas amenazas de castigos para los funcionarios que pasaran por alto estas transgresiones o que incluso las cometieran ellos mismos están testificadas en Roma y Egipto. Es posible que también fueran promulgadas en otras regiones, pero faltan los correspondientes documentos acreditativos.

La legislación antipagana adquirió una nueva calidad con el rescripto del 8 de noviembre de 392, dirigido a Rufino, por aquel enton-

ces prefecto de los pretorianos de Oriente, de modo que su validez se extendía más allá de los límites de una sola provincia. Dada su fundamental importancia, merece la pena citar con detalle sus extensas disposiciones, relativamente bien conservadas:

> Absolutamente a nadie, sea cual fuere su origen o su rango entre los hombres y cualquiera que sea su dignidad en el cargo, ya sea que lo tenga ahora o que lo haya tenido en el pasado, sea de poderoso linaje o de humilde estirpe, posición o hacienda, le es lícito en ningún lugar ni en ninguna ciudad ofrecer a las estatuas, carentes de todo sentimiento, el sacrificio de un animal sin mácula o venerar, en ningún santuario oculto, a un lar mediante un fuego, a un genio por medio del vino, o a los penates[11] mediante el incienso o encender (para ellos) una luz, depositar incienso o colgar coronas. Si alguien osare hacer preparativos para el sacrificio de un animal o interroga las temblorosas entrañas, deberá ser acusado –y la acusación compete a todos– de alta traición y se le aplicará el correspondiente castigo, incluso aunque no haya ejecutado nada contra o sobre la salud de los soberanos. Basta, en efecto, como cargo para la acusación, la determinación de derogar las leyes de la naturaleza, de explorar lo desconocido, de revelar lo oculto, de buscar lo prohibido, de indagar el final de una vida ajena, de despertar la esperanza de la ruina de otro. Si alguien venera, mediante el ofrecimiento de incienso, imágenes hechas en virtud de trabajos corruptibles y expuestas al deterioro del paso del tiempo y, de acuerdo con el ridículo modelo, de pronto teme lo que él mismo ha presentado, o intenta, adornando con cintas un árbol o erigiendo un altar con césped excavado, venerar representaciones vanas –aunque lo haga con escaso dispendio económico pero con pleno agravio de la fe– será castigado, como reo de impiedad religiosa, con la pérdida de la casa o de los bienes, porque ha servido manifiestamente a la superstición pagana. Entendemos, en efecto, que todos los lugares en los que se ha difundido claramente el vapor del incienso deben ser asignados a nuestro fisco cuando se compruebe que son propiedad de quienes han ofrecido el incienso. Si alguien osare llevar a cabo en templos o en santuarios públicos o en edificios o lugares ajenos, este tipo de sacrificios, deberá ser

obligado –siempre que se demuestre que lo hizo sin conocimiento del dueño– al pago de 25 libras de oro; y quien hubiere dado su consentimiento recibirá el mismo castigo que quien lleva a cabo el sacrificio.[12]

Hasta entonces, la legislación antipagana de los emperadores cristianos se había dirigido exclusivamente contra el culto pagano público o contra sus nocivas repercusiones, pero ahora el Estado penetra en la esfera privada. Quedan prohibidas todas las manifestaciones del ritual pagano, incluso las realizadas en domicilios particulares. La ley otorga, además, licencia para la denuncia: cualquiera puede acusar a los demás de practicar estos cultos. Incluso personajes de la talla de un Libanio, seguidores del paganismo, pero que habían renunciado a su práctica pública, debían ahora sentirse amenazados.

Pueden aducirse varias razones para la nueva dimensión de la lucha contra el paganismo: por ejemplo, la esperanza de sofocar ulteriores alborotos mediante una conducta enérgica; pueden haber influido las negativas experiencias con algunos paganos concretos, como en el caso de los prefectos Próculo y Tatiano, o la influencia de cristianos comprometidos, entre los que habría que mencionar a Rufino. Y no puede ignorarse, finalmente, que la legislación antipagana podía emplearse como arma contra las elites tradicionalistas, que se inclinaban por prácticas vinculadas al paganismo. Hubo, además, una motivación histórica concreta: en Occidente se había producido la usurpación de Eugenio, que había hecho ciertas concesiones a las antiguas creencias. Con su ley, Teodosio demostraba, por el contrario, que estaba inequívocamente del lado del cristianismo.

En los enfrentamientos religiosos de los años 390, los cristianos tuvieron que lamentar numerosas víctimas, pero consiguieron alzarse con la victoria. En aquellos años, y con escasas excepciones, el paganismo desapareció del escenario público en el Imperio Romano, aunque no se extinguió por completo. Seguía alentando en las mansiones de la aristocracia y en las casas de muchos pobres, en la ciudad y en el campo, y contaba con centros intelectuales en las escuelas filosóficas, sobre todo en la Academia de Atenas.

Los sucesores de Teodosio acentuaron algunas disposiciones. Así lo hizo expresamente Arcadio (395-408): los celebrantes de los cultos fueron despojados de los privilegios que aún les quedaban. Se

recomendó la destrucción de los santuarios en la campiña, siempre que se hiciera –una limitación significativa– sin alteración del orden público. En el ámbito personal les fueron impuestas de modo generalizado a los paganos sanciones que hasta entonces sólo habían afectado a los cristianos renegados (apóstatas): ahora ya no se perseguía la praxis de la fe en cuanto tal, sino a cada uno de sus seguidores, aunque con resultados modestos. Ni siquiera Justiniano (527-565), que se propuso erradicar con absoluta deliberación y con el máximo empeño los últimos restos del paganismo, lo consiguió plenamente. Los filósofos atenienses que habían emigrado a Persia regresaron al Imperio y, a través de su obra, a menudo transmitida por autores cristianos, prolongó su existencia el paganismo de la Antigüedad tardía. Los partidarios de las antiguas creencias aportaron una contribución esencial a la enorme producción intelectual del último tramo de la Antigüedad.

En paralelo con la lucha contra el paganismo, tomó Teodosio medidas que consolidaban el cristianismo de orientación nicena. A los cristianos de otras confesiones se les prohibía ordenar sacerdotes o actuar como clérigos. Se imponían graves penas contra quienes llevaran a cabo acciones de este género en sus tierras y posesiones. Se prohibió asimismo el nombramiento o la confirmación de obispos heréticos. Se daba aquí una discriminación contra los heterodoxos con trasfondo fiscal: los clérigos disfrutaban, en efecto, de una serie de privilegios de los que evidentemente sólo podían beneficiarse los que seguían la confesión que Teodosio consideraba la única verdadera. Quien perturbara la fe católica o provocara disturbios entre la población sería castigado con la deportación; también esta norma se dirigía, obviamente, sobre todo contra los herejes.

Otras medidas se proponían acomodar los ritmos del calendario a los días festivos cristianos. Así por ejemplo, en un rescripto al pagano Próculo, prefecto de la ciudad de Constantinopla, de 17 de abril de 392, se establecía: *Deben prohibirse las carreras de carros en domingo para que el gentío no perturbe a causa de los juegos los venerables misterios de la ley cristiana, salvo los días natalicios de nuestra benignidad*;[13] excepción ciertamente muy significativa. En otro rescripto se establecía que no podía llevarse a cabo ningún tipo de negocios, ni privados ni públicos, en los 15 días en torno a Pascua, para despertar en la conciencia general la importancia de la suprema festividad cris-

tiana. Y, a la inversa, bajo Teodosio llegó a su punto final –aunque no se sabe con certeza la fecha exacta– la costumbre de celebrar el día natalicio de la fundación de la ciudad mediante una procesión en el hipódromo de tinte inequívocamente pagano y cuyo recuerdo se prolongaría a lo largo de los siglos.[14]

La presencia del cristianismo en la vida cotidiana se consolidó en virtud de la anulación, el 17 de abril de 392, del decreto que pocos años había promulgado Teodosio, por el que se les prohibía a los monjes morar en las ciudades. Ahora podían ya hablar de nuevo y actuar en ayuda de los necesitados, interviniendo, por ejemplo, ante los tribunales, lo que a menudo provocaba un especial fastidio y había sido la causa de las medidas precedentes.[15]

Es cierto que en otro lugar se opuso Teodosio a estas actividades de los hombres de la Iglesia: nunca podría nadie rehuir una sentencia o intentar conseguir una apelación recurriendo a la intercesión de los clérigos.[16] Se imponían severos castigos al funcionario que, en una evidente situación jurídica, invocara la ayuda de los eclesiásticos para conseguir la anulación de una sentencia. Ilustra bien el pragmatismo de la administración imperial y la prioridad de la percepción de los impuestos la siguiente ley, dirigida a Rómulo, director de las finanzas en su condición de *comes sacrarum largitionum*:

> Si los deudores públicos juzgan oportuno buscar refugio en las iglesias, se les deberá sacar inmediatamente de su escondite o bien se obligará a pagar la suma a los obispos que han consentido deliberadamente el ocultamiento. Tu autoridad preferente debe saber que de aquí en adelante ningún deudor podrá ser amparado por los clérigos y respectivamente que se verán obligados a pagar la deuda quienes creen que es su deber prestar amparo.[17]

El responsable de los ingresos fiscales podía darse por satisfecho siempre y cuando se recaudaran efectivamente los impuestos. Al mismo tiempo, se descargaba sobre los eclesiásticos la responsabilidad de los ataques a los intereses estatales. Había un aspecto que debía resultar singularmente grave desde la perspectiva de la Iglesia: que el emperador no estaba dispuesto a respetar el derecho de asilo cuando se trataba de evasión de impuestos. Su piedad viva y verdadera topaba con limitaciones fiscales.

En la mejora de la situación de los monjes no debe verse, sobre este trasfondo, ninguna cesión frente a la Iglesia. Más bien, ahora se definían con mayor precisión los problemas al limitar las posibilidades de intervención en los procesos, porque lo que aquí se decía respecto de los clérigos se aplicaba también probablemente a los monjes. Estas leyes merecen particular atención sobre todo porque el propio Teodosio había dispensado en varias ocasiones y de diversas maneras una acogida favorable a las mediaciones de los clérigos, como se vio claramente en los casos de obispos como Flaviano y Ambrosio. Esta legislación no significaba un cambio de rumbo en dirección contraria. Parece más bien evidente que lo que el soberano pretendía era conservar el control sobre las mencionadas intervenciones – y ello muy comprensiblemente, porque de no ser así se abrirían de par en par las puertas al capricho en el ámbito de la administración de justicia. Es también reseñable, para lo relacionado con la evolución de la mentalidad de las elites, el hecho de que se sienta ahora, por vez primera, la necesidad de prevenir a los funcionarios frente a las preferencias a favor de los cristianos.

Como en los años precedentes, y como otros muchos emperadores antes que él, durante su última estancia en Constantinopla Teodosio intentó elevar el nivel de la moral pública. Deberían perseguirse sin demora los adulterios y no deberían aceptarse los subterfugios, por ejemplo, mediante la invocación de lazos de parentesco; tampoco debería servir de ayuda una posición jurídica privilegiada. Pero también aquí debe decirse lo mismo que de la restante legislación moralizante: las exigencias éticas del cristianismo no eran singulares ni excepcionales, sino compartidas por los paganos, conscientes precisamente de sus valores tradicionales.

También los judíos entraban en el punto de mira de la legislación imperial. Quedaba prohibida la poligamia,[18] es decir, se les obligaba a plegarse ante las exigencias morales de los no judíos, una injerencia en las relaciones internas de la comunidad religiosa de la que ofrecía buen ejemplo la prohibición de los matrimonios según la ley judía del levirato. Se confirmaba, de todas formas, el derecho de las autoridades judías a regular los asuntos internos de sus comunidades, aunque según procedimientos que resultaran transparentes para las autoridades romanas.[19] Se acentuó finalmente de forma expresa, de acuerdo con una tradición varias veces centenaria de la legislación romana, el

derecho de reunión de los judíos y la protección de sus sinagogas. El emperador declaró incluso que veía con disgusto que se les prohibieran las reuniones en algunos lugares. Si alguien asaltaba o destruía una sinagoga, debería ser severamente castigado.[20]

No debería verse básicamente en esta ley, remitida el 29 de septiembre de 393 a Adeo, jefe del ejército de Oriente, una reacción al conflicto con Ambrosio en el contexto de la destrucción de la sinagoga de Calínico. Hay, por un lado, una considerable distancia temporal y, por otro, Ambrosio no pedía explícitamente, o no, en todo caso, en primer lugar, un derecho general a la destrucción de sinagogas, sino un acto de clemencia a favor del obispo que había apoyado aquella violencia, a quien la ejecución de la orden imperial habría convertido o en traidor a su fe o en mártir. Pero también sería erróneo calificar la política imperial de benévola para con los judíos: tras aquellas disposiciones había una tradición centenaria y el deseo primero y principal de atajar cualquier pretexto o motivo para alborotos, y los protagonistas más peligrosos eran, una vez más, en numerosos lugares, los cristianos.[21]

Considerada en su conjunto, la política religiosa de los últimos años de Teodosio era muy matizada. Cuando en un rescripto promulgado después de su muerte se dice que había dispuesto que se procediera con mayor rigor contra los paganos y los herejes,[22] se está testificando una templanza en la praxis que fue la característica general de su estilo de gobierno. De todas formas, bajo Teodosio el tono se endurece, se definen como delictivas un creciente número de prácticas religiosas y los castigos avanzan a lo largo de una línea de progresiva severidad. Teodosio promovió la imposición de la fe nicena con mayor intensidad que antes, aunque, una vez más, sin lograr plenamente sus objetivos.

No fueron tan sólo las leyes las que impulsaron el creciente proceso de cristianización, sino que se añadió además un acto simbólico. El 18 de febrero de 392 se trasladó una reliquia de gran valor, la cabeza de Juan Bautista, al Hebdomon, un lugar situado junto a la séptima piedra miliaria de Constantinopla, donde se erigió una iglesia en su honor. Se alzaba ya aquí un palacio imperial en el que, siguiendo el ejemplo de Valente, Arcadio fue proclamado soberano el año 383 y Honorio el año 393, y donde más tarde se agruparían las tropas para la campaña contra el usurpador Eugenio. Con la presencia de la reli-

quia, el lugar adquiría una santidad especial, a la que daba expresión plástica la espléndida iglesia de nueva contrucción. Ya antes, sobre todo bajo el homoiusiano Constancio II (337-361), se habían trasladado reliquias a Constantinopla para añadir nuevo valor a las iglesias, pero ahora podía venerarse aquí una de las más estimadas que, según se dice, hizo su entrada en la ciudad bajo una señal prodigiosa: la reliquia habría sido hallada por monjes macedonios en Cilicia. Valente, el homoiusiano, habría intentado trasladarla a Constantinopla en un carruaje del servicio público. Pero en las proximidades de Calcedonia resultó absolutamente imposible, a pesar de todos los esfuerzos, hacer avanzar el vehículo. Más adelante se acercó Teodosio a aquel punto e intentó convencer a la santa virgen Matrona, que custodiaba la cabeza, que se la entregara. Ésta habría acabado por acceder, porque esperaba que fracasaría, como había fracasado su predecesor. Pero Teodosio envolvió con su manto el relicario y lo trasladó al Hebdomon.

Resultaba, por tanto, evidente que Juan Bautista otorgaba a este soberano el favor que había negado a su antecesor. Se dejó asimismo convencer un sacerdote macedonio que también había sido custodio de la reliquia y la entregaba ahora a los nicenos, pero no, en cambio, la virgen Matrona, que se opuso eficazmente a los intentos de persuasión del emperador. También había aquí un acto de política religiosa integradora: el emperador se apropiaba de un objeto sagrado que hasta entonces había estado bajo la custodia de los herejes y demostraba así que contaba con el favor divino, justamente frente a las confesiones rivales, a cuyos seguidores él, en la medida en que poseían autoridad religiosa, intentaba no perseguir sino vincular a su persona.[23]

Es igualmente importante la escenificación simbólica de este traslado. El emperador honraba a Juan Bautista mediante el gesto de cubrir con su manto el relicario donde reposaba su cabeza. ¿Se trataba de un acto de humildad, como el del episodio de la penitencia de Milán, o demostraba así el emperador su cercanía a Cristo? Sea como fuere, la cristianización y la redefinición de la función imperial formaban parte de un mismo proceso.

En la última fase del gobierno de Teodosio aparecen los rasgos más favorables para la Iglesia. Se llegó incluso a prohibir a los paganos el ejercicio privado de su culto, los herejes fueron expulsados de

todos los puntos, diversas medidas promovían la impregnación de la vida cotidiana mediante el calendario y los valores cristianos. Pero Teodosio conservó su independencia frente a las autoridades eclesiásticas. Si éstas o sus representantes se oponían a los objetivos estatales, forzando por ejemplo las sentencias judiciales o el capítulo de la recaudación de impuestos, incurrían en severos castigos. El Estado seguía siendo la instancia decisiva y el archicristiano Teodosio era, ante todo y sobre todo, un emperador romano.

Tensiones persistentes. Teodosio y la administración del Imperio de Oriente

Aunque la posición de Teodosio en su enorme Imperio pueda parecer, a una mirada atenta, comprometida, supo presentar su soberanía bajo la luz de una escenografía triunfal. Es verdad que su regreso a Constantinopla, en el verano de 391, parece que se desarrolló sin grandes solemnidades, pero cuando se consiguieron algunos éxitos, aunque de alcance limitado, sobre los godos, hizo, el 10 de noviembre de aquel mismo año, una entrada oficial con gran pompa y esplendor: marchaban a su lado sus dos hijos, Arcadio, que se había quedado en la capital, y Honorio, de regreso de Occidente, exponían ante todas las miradas la vocación de permanencia de la dinastía. Ahora, finalmente, la población de Constantinopla salía al encuentro del vencedor de la guerra civil y señor del Imperio Romano, que en aquel momento no se enfrentaba a la amenaza de guerras graves, y exhibía, sin duda, ante los espectadores, rico botín. Desfilaron las poderosas tropas y los juegos proporcionaron distensión y gratitud.

Los miembros de las elites debieron de seguir la evolución de los acontecimientos con mayor reserva. Como en el año 380, en la primera entrada de Teodosio en Constantinopla, le acompañaban muchos hombres de Occidente que disfrutaban evidentemente de la confianza de su señor. El más destacado de todos ellos era el ya varias veces mencionado Rufino.[24] Era oriundo de las Galias y no pertenecía, al parecer, a un linaje especialmente distinguido. Había entrado al servicio del palacio tras la ascensión de Teodosio al trono. En 388 aparece ya testificado como *magister officiorum*, es decir, como el funcionario de más alto rango, estaba considerado a partir de entonces

como el hombre fuerte en el entorno del emperador, el que decidía el resultado de las embajadas y podía promover –o bloquear– las carreras. Se le confió además la responsabilidad de las fábricas de armas. Acompañó al emperador a Roma, debió actuar como intermediario entre Teodosio y Ambrosio para el acto penitencial del emperador y logró imponerse en un enfrentamiento con los prestigiosos generales Timasio y Promoto.

En Oriente continuó Rufino su vertiginosa carrera ascendente, a pesar de que apenas dominaba el idioma griego. En 392 recibió el consulado y el 10 de septiembre de aquel mismo año hay constancia de que ocupaba el cargo de prefecto de los pretorianos. Conservó este puesto incluso después de la muerte de Teodosio. Es indudable que por aquel entonces era el hombre que más poder acumulaba después del emperador, sobre todo porque disponía de tropas propias. Cultivó incluso su propia política urbanística e hizo construir, por ejemplo, una columnata para los antioquenos.

Cierta vez que surgió el peligro de un enturbiamiento de sus relaciones con el emperador, hizo una magnífica demostración de lealtad. Apenas Luciano, protegido suyo y el funcionario de más alto rango en el espacio sirio en su condición *comes Orientis*, atrajo sobre sí la reprensión imperial, Rufino se trasladó con gran celeridad a su residencia de Antioquía y ordenó su ejecución.[25]

Rufino es, junto con otras figuras, como el prefecto de los pretorianos, Cinegio, o el prematuramente fallecido Nebridio, esposo de Olimpia, el representante de una nueva generación de funcionarios que se guiaban por una intensa piedad.[26] En el caso de Rufino, su familia era, al parecer, de un acendrado cristianismo. En todo caso, se sabe que una hermana suya llevó a cabo una peregrinación a Tierra Santa de tres años de duración. El propio Rufino hizo construir a sus expensas, al lado de su pirámide mortuoria, una iglesia provista de reliquias de los santos Pedro y Pablo, junto con un claustro, en el que acogió a monjes egipcios. Siguiendo el ejemplo del emperador, recibió el bautismo siendo prefecto, una decisión por entonces poco habitual entre el alto funcionariado. En una carta a un tercero, Ambrosio le llama su «amigo».[27] Debe, por supuesto, ser tomada en serio esta piedad, pero no debe olvidarse el elemento táctico: Rufino, aislado en Oriente, se labraba por este medio un respaldo en determinados grupos muy influyentes – del mismo modo que algunos años

antes había intentado Teodosio, el emperador extraño procedente del Oeste, vincular consigo a los nicenos.

Entre los restantes funcionarios occidentales que acompañaban a Teodosio eran notablemente numerosos los galos, que tal vez debían su carrera a su paisano Rufino.[28] Uno de ellos era Pacato, a quien ya hemos encontrado como panegirista del emperador y que en 393 aparece en Oriente investido de un alto cargo en el ministerio de las finanzas.

La desconfianza que aquí se percibe de nuevo en Teodosio respecto a los funcionarios orientales distaba mucho de ser paranoica, porque en los casos de Tatiano y Próculo, investidos, durante el tiempo de su ausencia de la capital, de las altas dignidades de prefecto de los pretorianos y prefecto de la ciudad, había acumulado de hecho experiencias negativas, a las que reaccionó con severos castigos.[29] Tatiano fue destituido entre el 30 de junio y el 26 de agosto del año 392 y sustituido en su puesto de prefecto de los pretorianos justamente por Rufino. Su hijo Próculo, prefecto de la ciudad, se dio a la fuga. Se consiguió convencer a Tatiano, bajo promesas, para que permaneciera en la corte, donde fue sometido a un severo procesamiento. En el otoño de 393, Próculo fue condenado a muerte. La sentencia fue ejecutado el 6 de diciembre de 393, en presencia de su padre.

Al parecer, también esta vez quiso Teodosio llevar a cabo uno de sus actos de clemencia, tan rentables de cara al público, al enviar en el último instante un mensajero con la orden de suspender la ejecución. Pero el mensajero, supuestamente retenido por Rufino, llegó demasiado tarde, de modo que Próculo fue decapitado. En el caso de Tatiano, la maniobra tuvo mejores resultados: el verdugo tenía ya firmemente apretada la soga en torno al cuello –así lo cuenta un predicador– cuando llegó la gracia del emperador y, en adelante, pudo llevar la vida propia de un desterrado carente de recursos.[30] Esta conducta con los condenados puede parecer, en perspectiva moderna, contraria a la dignidad humana, pero presentaba al emperador como hombre capaz de hacer cumplir sus órdenes y a la vez como soberano clemente.

Con lógica coherencia procuró el emperador eliminar las consecuencias del mandato de ambos prefectos: se anularon las confiscaciones realizadas bajo Tatiano, también las llevadas a cabo como consecuencia de ejecuciones.[31] Se derogaron asimismo las cargas adicionales

que habían decretado contra las autoridades provinciales o, respectivamente, los decuriones.[32] Causa extrañeza una especie de corresponsabilidad tribal decretada por Teodosio: se privaba a los licios, paisanos de Tatiano, del acceso a cargos, una normativa que no fue derogada hasta después de la muerte del emperador. Hay aquí un indicio del sólido anclaje de ambos dignatarios en su patria y de la profunda significación de las redes regionales en el Estado en la Antigüedad tardía. Fue también anulado el intento de Próculo de proceder a la distribución de víveres a expensas de los ciudadanos de Constantinopla en lugar de vincularla a títulos jurídicos más o menos hereditarios.

Aunque los ambientes paganos guardaban una honrosa memoria de Tatiano y de su hijo, y durante aquellos mismos meses Teodosio promulgó duras leyes antipaganas, no debe interpretarse su destitución primariamente en esta clave: en la prefectura de Iliria e Italia pudo conservar su cargo Flaviano, destacado representante del paganismo. En el caso de Tatiano afloraban más bien las dificultades de las relaciones con la aristocracia oriental nativa. Había fracasado el intento del emperador por forjar vínculos, a través de Tatiano y de su hijo Próculo, oriundos de Oriente, con las familias distinguidas de aquellos territorios, debido, y no en último término, a que las aristocracias orientales no eran en modo alguno un grupo homogéneo, sino que perseguían diferentes y divergentes intereses regionales.

En la distribución de consulados no tuvo Teodosio para nada en cuenta las ambiciones de las aristocracias orientales: el año 392 nombró cónsul, junto con su hijo Arcadio, al prefecto de los pretorianos Rufino, hombre de Occidente y persona de confianza del emperador. Para el año 393 Teodosio se concedió este honor a sí mismo y a un escita, es decir, a un hombre procedente de la región goda y perteneciente a la clase militar, llamado Abundancio, que tal vez estaba casado con Termancia, sobrina de Teodosio.[33] El año 394, cuando se cernía la amenaza de una guerra civil contra Eugenio, alcanzaron el consulado Arcadio y Honorio, para señalar a los ojos de todos la solidez de la dinastía y las inequívocas aspiraciones del emperador respecto de sus hijos. Ciertamente todos estos encumbramientos consulares fueron acompañados de espléndidos festejos en los que tomaban parte todos los habitantes de Constantinopla. Pero los senadores tuvieron que conformarse con el poco gratificante papel de espectadores. Ninguno de ellos fue investido con esta dignidad. Teo-

dosio concedía, por el contrario, una gran importancia a su vinculación con la elite militar. No tiene nada de casual que los hijos del jefe del ejército Promoto fueran educados en la corte.

Habría sido y parecido obvio que ante la creciente difusión del cristianismo entre las clases dirigentes, Teodosio hubiera nombrado representantes de esta religión. De hecho, el obispo de la capital, Nectario, pertenecía a la clase senatorial. Pero, al parecer, Teodosio no consiguió crear relaciones distendidas ni siquiera con los senadores cristianos. La orientación cristiana podía incluso generar dificultades específicas. Así, por ejemplo, Teodosio quiso –como ya se ha dicho– imponer un matrimonio a Olimpia prematuramente enviudada, pero la mujer se opuso, aduciendo el precepto bíblico contrario a segundas nupcias y se mantuvo en el estado de viudez incluso cuando el emperador le privó del poder de disposición sobre sus propios bienes. Pero ahora Teodosio cambió de parecer y no sólo le devolvió aquel poder sino que le concedió incluso permiso para ingresar en el diaconado. Es posible que se tratara de un gesto en dirección a la aristocracia de Constantinopla marcada por el cristianismo, pero se desconocen las motivaciones últimas.

Tal vez le faltaba al emperador un Temistio que, por un lado, transmitiera a los senadores los proyectos imperiales y pudiera generar, por otro lado, comprensión en Teodosio para el gremio senatorial. Pero el orador había muerto y nadie vino a sustituirle. El emperador estaba rodeado de personas de su confianza occidentales y es posible que estuviera incluso aislado respecto de los demás miembros de la elite civil. Y, a la inversa, tras la crisis de Tatiano, es perfectamente posible que la aristocracia oriental no esperara ya mucho del desconfiado emperador.

Analizando la legislación de estos años, llama la atención la importancia que se concede al derecho matrimonial. Pero dejando aparte las disposiciones acerca del adulterio, que no estaban exclusivamente marcadas por el sello cristiano, no puede hablarse aquí de ningún modo de una imposición consciente y deliberada de la moral cristiana. Se trata más bien de cuestiones técnicas, sobre todo en temas patrimoniales. Avanzaba incluso en dirección contraria a las ideas de los cristianos rigurosos la cuestión de un segundo matrimonio, que el propio emperador había contraído y que consideraba y trataba como algo evidente.

La masa principal de las regulaciones se centraba, como en años anteriores, en el problema de la seguridad de los ingresos estatales, sobre todo a través de los impuestos, y también aquí los ámbitos de los problemas son iguales. Vuelve a volcarse todo el empeño en mantener o incluso aumentar el número de los responsables de la recaudación de los tributos estatales, de impedir hasta el máximo posible la evasión de este colectivo o de asegurar incluso, en beneficio de la ciudad, los bienes de quienes lo rehúyen, sin excluir ni siquiera a los pertenecientes al estamento clerical. El ascenso del hijo de un curial a senador sólo se permitía en el caso de hubiera tres hermanos. Por otra parte, los perceptores de impuestos de entre los curiales deberían poder actuar en condiciones aceptables – ya Libanio había descrito con vivas pinceladas las dificultades con que podían topar. También se tuvo en cuenta la racionalidad de las medidas y la transparencia y la eficacia de los procedimientos de recaudación. Las leyes aluden expresamente a las posibilidades de reclamación frente a falsas estimaciones. En las cuestiones de procedimiento se apoyaba Teodosio repetidas veces, también aquí, en leyes anteriores: no debería permitirse la *adaeratio* de los impuestos.

Sólo los dirigentes de los curiales quedaban exentos de castigos corporales, un privilegio que antes los amparaba a todos ellos. Son estas regulaciones las que testifican la diferenciación interna del Estado. Había además otra manera de favorecer a los miembros destacados – pero justamente sólo a ellos, es decir, a una minoría. Para la masa de los curiales, sobre todo los de las ciudades de menor importancia, la situación empeoraba a ojos vistas: de nuevo se cargaba sobre ellos el fardo de las cargas fiscales, sin que pudieran, por otro lado, disfrutar de los privilegios de su clase. Se percibe, con todo, un esfuerzo por proteger a las curias frente a los abusos militares ya denunciados por Libanio – pero también aquí, una vez más, con atención especial a los decuriones de mayor rango.[34]

Había una serie de disposiciones concernientes a los *navicularii*, es decir, a los armadores que aseguraban el abastecimiento de las grandes ciudades. Como en el caso de los decuriones, el centro del interés lo ocupaba el esfuerzo por mantener el número de individuos dedicados a esta actividad, además del objetivo de poner al grupo a salvo de exigencias irracionales. Otro estamento profesional, el de los *archiatri* o médicos eminentes, veía no sólo confirmados sino amplia-

dos incluso sus privilegios. Se advierte una vez más, también aquí, que sería erróneo atribuir a los emperadores de la Antigüedad tardía una simple y lisa voluntad de extorsión de sus súbditos. Sobre todo Teodosio perseguía, con total coherencia, en el tema de la recaudación, una política matizada.

El emperador dedicó más atención que hasta entonces al problema de los terrenos yermos o baldíos. Facilitó la adquisición de las zonas abandonadas, pero también procuró recaudar cuanto antes de los nuevos propietarios los impuestos correspondientes. Se afianzó la vinculación de los colonos con la tierra: incluso aunque fueran hombres libres, se les debería considerar esclavos de la tierra para la que habían nacido.[35]

A los arrendatarios de fincas estatales se les consolidaban sus deberes y se les ratificaban sus derechos. También despertaban el interés de la administración otras fuentes de ingresos. Se confirmaron las tasas de los lavadores de oro y se prohibieron las explotaciones privadas de las canteras de mármol, que eran consideradas propiedades imperiales. Se proscribieron asimismo, y con lógica coherente, las acuñaciones privadas de moneda. Se combatieron una vez más los abusos del *cursus publicus* (lo que, con toda seguridad, significa: una vez más infructuosamente).

Llama la atención la gran frecuencia con que se habla de senadores que tropezaban con dificultades para cumplir sus obligaciones financieras. Se adoptaron medidas específicas para quienes no podían, al parecer, pagar sus impuestos ni desempeñar determinadas funciones públicas. Al final, hubo que poner en manos de los funcionarios de los impuestos el nombramiento de los pretores, cuya principal obligación consistía en organizar juegos que exigían grandes dispendios, porque eran ellos quienes mejor conocían a situación financiera de los ciudadanos. Se consideró necesario proteger frente a cargas financieras excesivas incluso a los exmandatarios de altos cargos, lo que los convertía en personalidades influyentes. Respecto de los senadores de las provincias, obviamente más débiles que los gobernadores, se creó una especie de *defensores* cuyos derechos se confirmaron. Comenzaba a perfilarse ya aquí la tendencia que hacía cada vez más débiles a los senadores normales en la Antigüedad tardía y cada vez incomparablemente más fuerte a un reducido número de altos funcionarios imperiales.

El estamento militar proporcionaba incesantes motivos para nuevas regulaciones, al fondo de las cuales podían adivinarse los graves problemas que las tropas causaban en su entorno. Y así, se hacía necesario insistir en que no era lícito emplear al ejército para llevar adelante negocios privados. Se reguló con exactitud lo que no podían exigir cuando se alojaban en casas privadas. Y se amenazaba, en sentido contrario, con severos castigos a quienes eliminaban las marcaciones de los aposentadores, es decir, a quienes intentaban alejar las señales que indicaban qué casas eran adecuadas para el alojamiento de soldados.

Los ascensos en el ejército deberían hacerse por méritos, no por antigüedad, aunque se apuntaba una excepción: los hijos de soldados podrían ser inscritos de inmediato en la listas de tropas, de modo que disfrutaban en el campo de las promociones de una cierta ventaja, aunque luego los ascensos dependieran de criterios de rendimiento. Además, en el ámbito de las funciones públicas de escasa relevancia, como por ejemplo en la plana de un gobernador, debería tenerse en cuenta el adecuado origen de los designados.

Se abordaban también numerosas cuestiones de procedimiento en los asuntos jurídicos y en los procesos que dejaban traslucir la mala situación de la administración de justicia. Toda una serie de otras disposiciones proporcionan una excelente visión de las dificultades de la vida cotidiana en el Imperio Romano: los delitos cometidos en las diversas regiones deberían ser combatidos por *defensores* propios.[36] Las actrices no podrían llevar vestidos excesivamente lujosos que rivalizaban con el atuendo de los senadores. El prefecto de la ciudad de Constantinopla debería cuidarse de que no se iniciaran nuevas construcciones mientras estuvieran en ruina o permanecieran inacabadas las antiguas. Las personas privadas no deberían verse perjudicadas por las normas de edificaciones públicas o deberían ser indemnizadas. En la minería, que se llevaba a cabo en definitiva bajo la responsabilidad imperial, debería procurarse que los edificios no sufrieran daños a causa de la construcción de galerías.

Le resulta simpática al observador moderno la última regulación que se citará en este capítulo:

> Si alguien, incapaz de comprensión para la mesura y henchido de desvergüenza, ha creído que tiene que injuriar con palabras desaforadas o injuriosas a nuestra Majestad y, sumido en la borra-

> chera, ha demostrado ser el censor de su tiempo, no queremos que se le imponga castigo ni que sufra nada severo o gravoso. Pues si algo brota, en efecto, de su desatino, debe despreciarse; de su desvarío, debe lamentarse profundamente; de su sinrazón, debe perdonarse. Por tanto, todo el mundo, sin excepción, debe poner las cosas en nuestro conocimiento para que, basándonos en la personalidad de los hombres, valoremos sus manifestaciones y emitamos un juicio sobre si deben ignorarse o perseguirse de acuerdo con el orden.[37]

Se revela aquí una vez más un conocido aspecto del emperador: su magnanimidad pragmática. Renunciaba a perseguir todo ultraje y podía así cultivar su imagen de emperador clemente, e impedía al mismo tiempo que las denuncias amenazaran la paz jurídica, pero se reservaba la última palabra. En conjunto, sus leyes se apoyaban en el intento por encontrar soluciones que respetaran los intereses de los súbditos. Pero lo más importante de todo seguía siendo el déficit de los ingresos por las percepciones de los impuestos que el emperador necesitaba en primerísimo lugar para pagar a los soldados, y aquí defendió con incansable tenacidad sus intereses fiscales.

La génesis de la capital: Constantinopla

Desde la óptica posterior, parece obvio que Constantinopla estaba destinada a ser la capital del Imperio de Oriente. Pero esto sólo fue el resultado de una larga evolución. Todavía el predecesor de Teodosio, Valente, había preferido Antioquía, que ofrecía una situación más favorable en el caso de que se proyectara una campaña contra los persas. Constantinopla permitía, en cambio, el control de los Balcanes y estaba mejor preparada para seguir de cerca los acontecimientos de Occidente. Por eso se presentaba como la mejor opción para residencia de Teodosio. Nunca consideró la alternativa de Antioquía, al menos como emperador.

Es cierto que Teodosio se vio obligado a abandonar repetidas veces la «segunda Roma» –el título aparece por vez primera en el concilio celebrado en esta misma ciudad–, para viajes de mayor o menor duración. Pero son muchas las cosas que se pronuncian a

favor de que quería convertir esta ciudad en su residencia permanente, tal como de hecho hicieron sus sucesores. En todo caso, se cuidó con gran generosidad del abastecimiento de la población que, como la de Roma, se beneficiaba de las donaciones imperiales. Ordenó además la construcción de magníficos edificios. Ya en la elaboración de las leyes se tomaron medidas que contribuían al embellecimiento de la imagen de la ciudad. Teodosio se atrevió sobre todo a poner en marcha grandiosos proyectos, con el deliberado propósito de conseguir una espléndida representación: sólo en una reducida medida pueden ser imaginados, porque Constantinopla no sólo ha sufrido varias destrucciones, sino que ha sobrevivido durante mucho tiempo como capital y ha experimentado numerosas remodelaciones, de modo que se han perdido muchas de las construcciones antiguas. Pero hay al menos dos proyectos de los que es posible tener cierta idea, el obelisco que hizo erigir en 392 en el hipódromo, y el Foro de Teodosio, inaugurado en 393 y aún no concluido a la muerte del emperador.

El obelisco, de cerca de 20 metros de altura, se alza sobre una base de doble zócalo *(figura 11)*.[38] Fue consagrado el siglo XV a.C. por Tutmosis III en el santuario de Amón de Karnak para conmemorar sus campañas triunfales en Asia. Sus caras están cubiertas de jeroglíficos que narran las victorias del gran conquistador. Ya emperadores anteriores, desde Augusto (27 a.C.-14 d.C.) habían erigido obeliscos para poner de manifiesto la extensión de su influencia y para vincularse a la tradición de los faraones egipcios, pero sobre todo, para venerar al dios solar. También los emperadores cristianos los siguieron utilizando: últimamente bajo Constancio II (337-361) se había alzado, con gran esfuerzo, un obelisco en la antigua capital, Roma, y Juliano había intentado hacer lo mismo en Constantinopla. Y ahora Teodosio lo conseguía. Consolidaba de este modo la pretensión de la ciudad de tener el mismo rango que la antigua Roma. Así lo acentúa el lugar elegido para la instalación: el centro político de la ciudad, el hipódromo. Empalmaba, por tanto, de nuevo con una tradición más antigua. También Augusto, Nerón (54-68) y Constancio II habían hecho erigir sus respectivos obeliscos en el campo de las carreras.

El hipódromo[39] garantizaba la máxima publicidad. Aquí se congregaba el pueblo de Constantinopla para disfrutar de los magnífi-

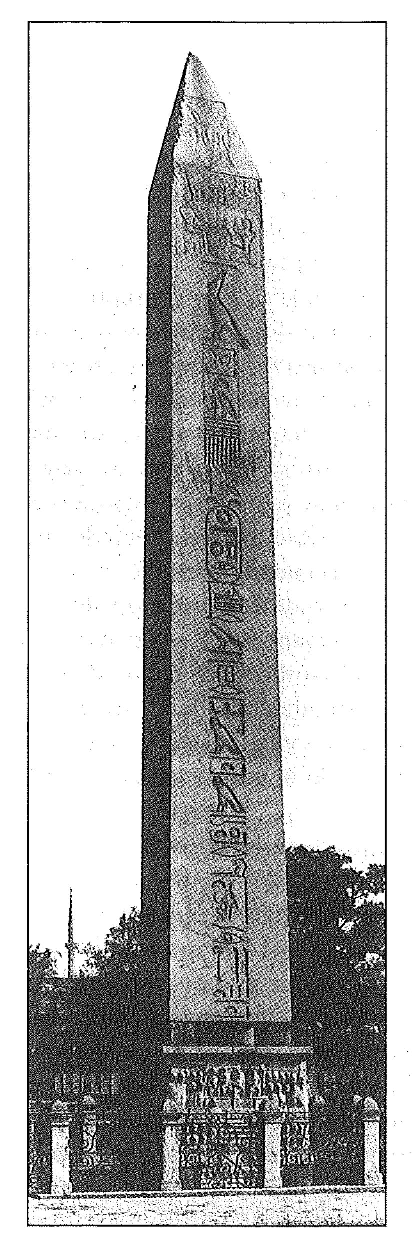


FIGURA 11. Obelisco de Teodosio en Constantinopla. Vista general.

cos juegos que les aseguraba el favor imperial. Aquí entraba en contacto con el emperador, que podía acceder directamente desde el palacio a su tribuna, el llamado *kathisma*. No es posible fijar con exactitud la fecha en que fue erigido el obelisco. Lo único seguro –tal como testifican las inscripciones de que se hablará más adelante– es que aconteció durante el mandato de Próculo como prefecto de la ciudad, es decir, entre el 388 y el 392.

El zócalo del obelisco fue adornado con dos inscripciones y con representaciones escultóricas. A través de sus relieves transmite una viva impresión de la autopresentación política del emperador. La información más transparente es la que aportan las dos inscripciones, una de ellas en latín y la otra en griego, de acuerdo con la situación de Constantinopla, cuya población era grecoparlante, mientras que la administración empleaba el latín. Ambas están compuestas en epigramas, en versos elegíacos, es decir, en intercambio de hexámetros y pentámetros. La inscripción latina de la cara noroccidental frente al *kathisma* se presenta como una alocución del obelisco:

> OTRORA FUI DE DIFÍCIL MANEJO, PERO HE RECIBIDO LA ORDEN DE OBEDECER A LA SERENA CALMA DEL IRRADIANTE SEÑOR Y DE PORTAR LA PALMA DE LA VICTORIA TRAS LA EXTINCIÓN DE LOS USURPADORES. TODO CEDE ANTE TEODOSIO Y SU SIEMPRE PERDURABLE DESCENDENCIA. POR ESO, EN EL ESPACIO DE TREINTA DÍAS HE SIDO VENCIDO Y DOBLEGADO Y ALZADO A LOS ALTOS CIELOS, DURANTE EL MANDATO DE PRÓCULO.[40]

Se establece una conexión entre el triunfo político sobre los usurpadores –se alude evidentemente a Máximo y a su hijo Víctor– y el triunfo de la tecnología. Teodoro demuestra su superioridad en todos los ámbitos.

La segunda inscripción, en griego, está situada en la cara suroriental, frente a las filas del pueblo llano:

> SÓLO EL EMPERADOR TEODOSIO SE ATREVIÓ A ERIGIR LA COLUMNA CUADRILÁTERA QUE YACÍA EN TIERRA COMO FARDO. ORDENÓ QUE PRÓCULO LA ALZARA Y BASTARON TREINTA Y DOS DÍAS PARA PONER EN PIE TAN GRAN COLUMNA.[41]

El obelisco estaba ya, evidentemente, en Constantinopla antes de que nadie se atreviera a acometer la tarea de alzarlo. Aquí no se menciona la victoria sobre los usurpadores, sino tan sólo los logros técnicos.

Las dos inscripciones citan a Próculo, cuyo nombre había sido eliminado después de su caída y restituido de nuevo pocos años después. Su mención es muy instructiva ya que pretende prevenir contra la idea de concebir el monumento tan sólo como un testimonio de la representación imperial. Es asimismo una prueba de la capacidad de rendimiento del estamento senatorial, puesta al servicio del emperador. Se había solicitado, en efecto, la ayuda –absolutamente imprescindible– de Próculo. Se percibe aquí el deseo de participación de los senadores. Resulta también reseñable que las inscripciones sólo aludan al obelisco pero no a los relieves. Y, sin embargo, y de acuerdo con la interpretación histórica, deberían ser estos últimos el verdadero centro de interés. Por otro lado, no se les puede fechar con precisión, porque al parecer fueron acabados tras la instalación del obelisco. Por la peculiaridad de la ejecución, cuyo estilo no es unitario, podría situárselos durante los años de soberanía de Arcadio (395-408).

Comenzaremos por las representaciones del zócalo inferior en ambos lados, que no están adornados con inscripciones. En la cara nororiental (*figura 13*) se reproduce de nuevo la instalación del obelisco y en la suroccidental (*figura 14*) una carrera de carros . Los relieves transmiten la impresión de la dificultad de aquella labor que ya habían subrayado las inscripciones, así como la magnificencia que implicaba la organización de los juegos.

Los relieves del zócalo superior son de mayor tamaño y más claramente visibles que los del zócalo inferior. Cubren los cuatro lados y muestran personas dispuestas en densos grupos. Se trata en cierto modo del público de lo representado en el zócalo inferior o también un reflejo de los espectadores sentados en el hipódromo. Los relieves están distribuidos en los cuatro lados en una hilera superior y otra inferior. En el centro de la hilera superior figura, como no cabía esperar otra cosa, un emperador, pero en diferentes contextos como ocurre en las hileras inferiores, configuradas de muy diversas maneras.

En la cara noroccidental (*figura 12*) se distinguen en la hilera inferior dos grupos de bárbaros que doblan la rodilla, es decir, que

han sido sometidos, y ofrecen presentes. Según el ritual, que exigía que quien visitaba al soberano y su casa debía hacerlo en actitud de respetuosa veneración, los hombres tendrían que aparecer postrados por tierra –lo que es menos atractivo desde la perspectiva de la representación– y, siempre que les asistiera el derecho a ello, besarían la púrpura imperial. La vestimenta identifica con más precisión a los bárbaros. Las pieles los definen como germanos septentrionales y los gorros frigios con pantalones rematados en una banda a la altura de la rodilla como persas orientales, que nunca fueron vencidos por Teodosio. La representación no puede referirse, por consiguiente, a una victoria concreta. Más bien, el emperador sale al encuentro del espectador como el triunfador perenne sobre todos los pueblos.

En la hilera superior, el emperador aparece sentado bajo un arco, junto con otros tres personajes ataviados con espléndidas vestiduras. El arco, claramente destacado mediante el recurso de la especial configuración de las columnas, reproduce sin duda el baldaquino del *kathisma* o tribuna imperial. A los lados figuran soldados de la guardia personal y algunos de los grandes del Imperio con las vestiduras correspondientes a su posición.

En la cara nororiental *(figura 13)*, en la hilera inferior están representados hombres distinguidos, vestidos con la clámide, en diferentes gestos. La puerta que aparece entre ellos es el acceso al hipódromo. En la hilera superior figura de nuevo el emperador bajo un baldaquino, esta vez sentado y rodeado de cuatro figuras: dos niños que le flanquean, un dignatario y un soldado de la guardia.

En la cara suroccidental *(figura 14)* están sentados cuatro personajes bajo el baldaquino que también aparece en la hilera superior. Entre ellos destaca por su tamaño el *augustus*. Los tres más jóvenes tienen el gesto de hablar. En los lados figuran cuatro soldados de la guardia y personajes ricamente vestidos. En la hilera inferior se reproducen personas distinguidas, algunas de ellas con gestos jubilosos. En el centro se diseña una gran escalinata, en la que hay dos hombres en pie que pueden ser identificados como funcionarios.

En la cara suroriental finalmente *(figura 15)*, frente al *kathisma*: en la hilera inferior se encuentran, en densas filas ininterrumpidas, pequeñas figuras menos ricamente ataviadas; debajo de ellas músicos y danzantes, de menor tamaño. En la hilera superior aparece el empe-

FIGURA 12. Cara noroccidental de la base del obelisco de Teodosio.

FIGURA 13. Cara nororiental de la base del obelisco de Teodosio.

FIGURA 14. Cara suroccidental de la base del obelisco de Teodosio.

FIGURA 15. Cara suroriental de la base del obelisco de Teodosio.

rador, pero ahora ya no en el *kathisma*, porque el arquitrabe es recto. Se trata probablemente del llamado *stama*, desde el que se acostumbraba ofrecer coronas a los vencedores de las carreras, tal como aparece claramente representado en el relieve, aunque falta la figura del receptor. En torno a él se hallan en pie, aunque siempre bajo el techo, cinco figuras, delante dos niños, detrás dos soldados y un funcionario, de nuevo flanqueados por soldados de la guardia y altos empleados. Aquí se contempla al emperador recompensando los méritos y ofreciendo generosos juegos.

Plantean problemas los tres –o respectivamente– cuatro personajes que figuran en la cercanía inmediata del emperador.[42] En el caso del *augustus* es seguro que no se trata de Valentiniano II, porque en Oriente el débil soberano de Occidente aparece siempre en las representaciones públicas subordinado a su colega oriental, a pesar de ser, en el aspecto formal, *augustus* de rango superior por su mayor antigüedad en el cargo. Pero aun así, la identificación de este *augustus* ofrece dificultades. Parece sugerirse la identificación con Teodosio, pero también podría tratarse de Arcadio, que estuvo al frente de los negocios en Constantinopla durante la ausencia de su padre y aparece también representado en algunos relieves. Las figuras más pequeñas deben ser miembros de la dinastía teodosiana, pero no resulta posible una exacta ordenación: entre ellos se encontraba con seguridad Arcadio, así como Valentiniano II y Honorio, que había sido encumbrado a *augustus* en enero de 393. Podría tratarse también de Graciano, el hijo de Gala Placidia, que aún no había fallecido en el momento de la instalación del obelisco, o de Euquerio, el hijo de Serena, sobrina e hija adoptiva de Teodosio, casada con el influyente Estilicón. Pero nos falta, por desgracia, la clave para una identificación absolutamente segura.

Por encima de todas las discusiones sobre los detalles, existe claridad acerca del mensaje básico –y en definitiva determinante– del monumento: se celebra la dinastía del emperador y la permanencia de su soberanía. Cuando, además, en la cara suroccidental aparecen representados deudos jóvenes del linaje imperial en ademán de hablar, se pretende resaltar su capacidad intelectual.[43] Se evoca asimismo la concordia de los emperadores, dibujados en sólida comunidad, aunque a Valentiniano se le asigna una posición inferior. Y, finalmente, tanto la representación plástica como la inscripción destacan

al emperador siempre victorioso, reflejado en las carreras del hipódromo. Llama la atención en este punto el hecho de que, aunque en la inscripción de la columna de Teodosio se alude a una victoria concreta, es decir, a la obtenida sobre Máximo, este triunfo no aparece representado en los relieves. En ellos se celebra, en cambio, la victoria sobre la naturaleza, sobre el reluctante obelisco.[44] Tal vez los menos observadores no supieran valorar las sutilezas de la representación, pero ante las delegaciones más importantes aparecía meridianamente claro el mensaje, sobre todo porque la inscripción habla de la descendencia perdurable del emperador.

Se han llevado a cabo algunas tentativas por asignar nombres a los funcionarios que, en diversos lugares, rodean al emperador. Pero son intentos vanos, porque los rostros no reproducen rasgos individuales. Se trata más bien de dos tipos, con variaciones de menor importancia, a saber, hombres maduros y hombres jóvenes. Es, además, improbable que las representaciones de empleados hayan querido referirse a personas concretas y determinadas.[45] Sólo una cosa puede afirmarse con certeza: Próculo y Tatiano no estaban representados, porque de haberlo estado es seguro que sus rostros habrían sido deliberadamente destruidos, y no ha ocurrido.

Merece la pena puntualizar que, a diferencia de las habituales autopresentaciones de la casa imperial, no aparecen figuras femeninas que, por otra parte, podrían haber estado presentes en estos juegos. Parece ser que en los últimos años del gobierno de Teodosio las mujeres pasaron de hecho a un segundo plano. Debe señalarse también que en este monumento no tiene ninguna importancia el cristianismo. Es cierto que en un estandarte de la cara nororiental pueden distinguirse las letras griegas XP, que podrían interpretarse como las primeras del nombre de Cristo. Pero se trata simplemente de la reproducción de una de las insignias habituales y no una indicación de que el emperador desee ser representado como soberano específicamente cristiano. Habría sido, además, difícil, porque numerosos cristianos rechazaban, antes y después, los juegos en cuanto tales.

Es, por lo demás, significativo que no aparezcan figuras de obispos que, por aquel entonces, formaban ya parte de la elite del Imperio. La circunstancia se explica no sólo por el distanciamiento de los dignatarios cristianos frente a los juegos, sino también porque habría

sido totalmente contrario a las convenciones. El cristianismo estaba aún muy lejos de haber penetrado en el tejido total de la sociedad. El arte representativo echaba mano aquí del lenguaje simbólico tradicional: el emperador aparecía como vencedor y benefactor, como cabeza de una dinastía con vocación de permanencia. Sería ir demasiado lejos insinuar que Teodosio había elegido deliberadamente este obelisco para ganarse a la aristocracia pagana,[46] pero tampoco acentuaba tanto su compromiso cristiano que quisiera trasladarlo también a un correspondiente lenguaje simbólico. Probablemente ninguno de los contemporáneos se sintió sorprendido. Es privilegio de la posteridad trasladar a Teodosio este tipo de expectativas.

Ya se ha mencionado, al comentar las inscripciones, el notable papel desempeñado por el prefecto de la ciudad, Próculo. Tal vez esto permita comprender por qué el emperador aparece rodeado de tantas figuras claramente identificables como funcionarios. Este dato habla a favor de la hipótesis de que este monumento no debe interpretarse exclusivamente como una obra de la autopresentación imperial, sino también como un intento de los senadores por afianzar su posición –amenazada por Teodosio– en la residencia preferida del emperador. La ausencia del emperador –que durante la fase de planificación debía residir en Occidente–, pudo facilitar esta aspiración.

Los relieves del obelisco de Teodosio se inscriben entre las obras artísticas más célebres y más señaladas de la Antigüedad tardía. No estaban pensados para conmemorar un acontecimiento concreto: nunca residieron al mismo tiempo en Constantinopla Teodosio, Arcadio, Honorio y Valentiniano II. Subraya bien lo poco que se pensaba en un evento determinado la aparente incoherencia de que en una de las inscripciones se hable de la victoria sobre los usurpadores romanos mientras que uno de los relieves muestra a los bárbaros en actitud sumisa. El objetivo perseguido era más bien mostrar al emperador y a sus descendientes en su posición dominante y permanente.

La dirección de las miradas de las personas no tiene significación psicológica sino funcional: mientras que los emperadores miran frontalmente, los funcionarios y los soldados tienen las caras ligeramente dirigidas hacia ellos y los bárbaros sólo aparecen de perfil. También las relaciones de los tamaños revisten importancia, sobre todo las destacadas dimensiones del *augustus*. Con la claridad de la representación se lograba aquella nitidez del mensaje ideológico

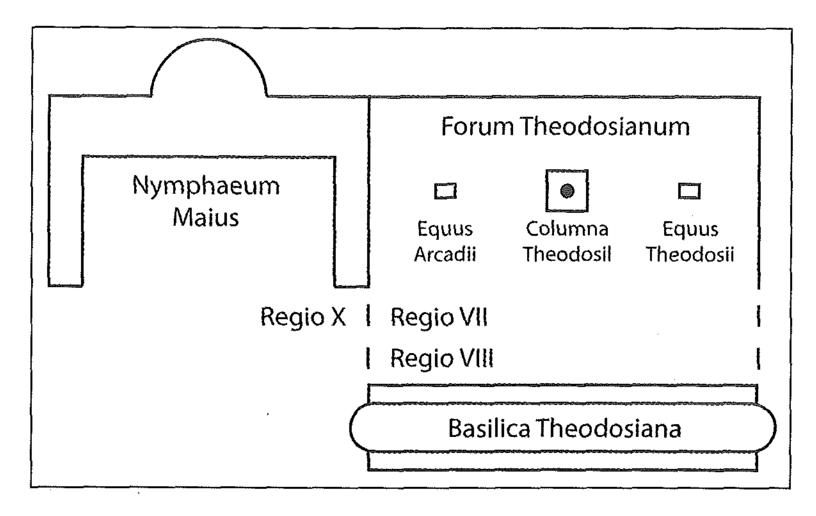


FIGURA 16. Plano esquemático del Foro de Teodosio.

que caracteriza el arte de la Antigüedad tardía;[47] aquí tal vez quebrada por influencias senatoriales. A los ojos del observador moderno los relieves son rígidos y esquemáticos. Pero este tipo de representación no es la consecuencia de una incapacidad artesanal, sino fruto de una determinada voluntad artística específica que alcanza su expresión ejemplar en esta obra maestra.

Hubo otro espacio urbano configurado y marcado por Teodosio, a saber, el foro de su nombre (*figura 16*).[48] Estaba situado en la zona de la ciudad conseguida gracias a la ampliación de Constantino. El lugar no ofrecía una unidad cerrada y homogénea, sino que estaba cruzado por la calle o avenida principal de la ciudad, la Mese, por la que discurría el camino hacia el centro político urbano. Se trataba, por consiguiente, de un espacio muy concurrido. Probablemente ya Constantino y Valente bosquejaron los primeros esquemas para la configuración de aquel punto, pero el diseño, en su conjunto, es inequívocamente teodosiano. Parece enlazar con el Foro de Trajano de Roma, como a veces se ha querido deducir en virtud del origen de Trajano (98-117), también oriundo de Hispania y por aquel entonces considerado como el emperador modélico.[49] Pero no debería insistirse demasiado en esta conexión, que no tuvo gran importancia,

sobre todo en las fuentes orientales: el Foro de Trajano se presentaba, en todo caso, como ejemplo en virtud de su majestuosidad, atestiguada cabalmente por un contemporáneo.[50] Lo realmente importante era que Constantinopla se enriquecía con instalaciones que competían con las de Roma.

El Foro quedaba aislado del resto de la ciudad mediante un muro de circunvalación y dos puertas, de las que se han conservado algunos vestigios. Las puertas contaban, en tiempos de Teodosio, con tres entradas y estaban magníficamente ornamentadas, entre otros elementos, con las estatuas de Arcadio y Honorio sobre los arcos (*figura 17*).

El elemento central del proyecto lo constituía una columna visible a gran distancia, de la que sólo se han conservado algunos pocos restos, pero que puede ser hasta cierto punto reconstruida gracias a las descripciones.[51] Comenzó a erigirse, como ya se ha dicho, el año 386 y no fue coronada con una estatua del emperador hasta 393/394.

Esta columna, transitable en su interior, estaba ornamentada con relieves ascendentes en forma de espiral, al modo de los conocidos a través de las columnas de los mercados de Trajano y Marco Aurelio. El tema de la columna de Teodosio giraba en torno a las victorias sobre los godos; tal vez con alguna alusión a la alcanzada contra Máximo.[52] En todo caso, el monumento se inscribe en el contexto de la propaganda triunfal con la que, ya desde el inicio de su gobierno, había esperado Teodosio atraerse a la población de la ciudad.

Un poema que ha tenido entrada en una colección de pequeñas composiciones poéticas alude, al parecer, a una estatua ecuestre de Teodosio en el Foro. La traducción de estos versos, redactados en el elevado lenguaje griego de la Antigüedad tardía, dice así:

> Del Oeste has surgido, Sol que derrama su segunda luz, Teodosio, benigno con los mortales, como centro del firmamento. Tenías allí el Océano a tus pies hacia la infinita tierra, irradiando por doquier, cubierto con el casco, refrenando con soltura el corcel centelleante, de corazón generoso, aunque es apasionado.[53]

A través de estas líneas, el lector descubría al emperador capaz de controlar las fuerzas rebeldes, simbolizadas por su corcel. La aproxi-

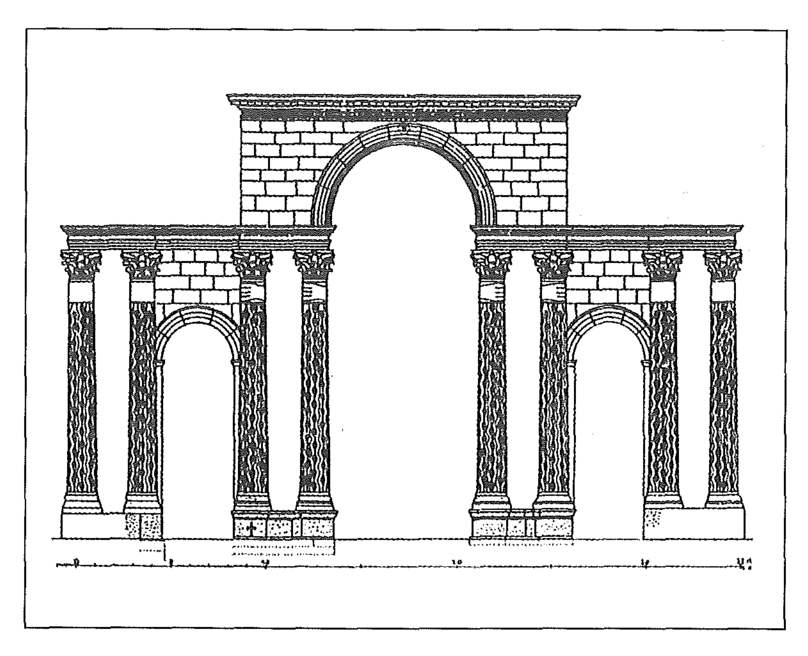


FIGURA 17. Reconstrucción ideal de la entrada al Foro de Teodosio.

mación del emperador al Sol formaba desde hacía ya largo tiempo parte del lenguaje metafórico del culto imperial, que aquí se continuaba sin problemas. Por supuesto, también un cristiano comprendía de inmediato la significación metafórica y por supuesto no había en el poema nada decididamente anticristiano, aunque las asociaciones que suscitaba eran de raíz pagana. Había, además, otra asociación: con Constantino el Grande. Con él había establecido ya antes Teodosio algún tipo de vinculación y el simbolismo solar estaba muy difundido en su entorno.[54] Tal vez pretendía Teodosio situarse, a través de esta inscripción, en la tradición del emperador que había dado su nombre a la ciudad donde él residía.

No es, por lo demás, seguro que en esta composición poética, accesible, en virtud de su ambicioso lenguaje, sólo a hombres cultos, nos hallemos ante un texto oficial colocado sobre el monumento o si se trata simplemente del intento de un poeta por abordar este tema con ocasión de la colocación de la estatua ecuestre.

El emperador hizo construir además en el Foro una basílica, no conservada, es decir, un recinto (28 x 80 x 8 metros) con varias naves. Servía evidentemente como lugar de reunión para determinadas ceremonias profanas.

La construcción del Foro se prolongó durante mucho tiempo. Hasta el año 393 no se celebró la ceremonia de la inauguración, y aun entonces numerosos edificios distaban mucho de estar acabados. Una gran cantidad de los detalles concretos del complejo son discutidos y lo seguirán siendo, dado el estado en que se encuentra el emplazamiento, de modo que lo único que puede deducirse con certeza es su función. El emperador aparecía ante sus súbditos como vencedor tanto sobre los godos como sobre sus adversarios en la guerra civil. Vinculaba además el proyecto de la ciudad con su persona al situar la construcción en un punto neurálgico por el que transitaban todos cuantos se dirigían al centro urbano, y no en último lugar el soberano mismo cuando participaba en los acontecimientos festivos que allí se celebraban.

Es significativa la ausencia de alusiones al simbolismo cristiano en los edificios. La columna de Teodosio no fue adornada ni con un solo signo cristiano, a diferencia de la columna de Arcadio, erigida apenas veinte años más tarde, para conmemorar una victoria, bajo el signo de la cruz. También en este caso renunciaba abiertamente el emperador al nuevo simbolismo que muy pronto ocuparía el primer plano.[55] Pero el hecho no puede sorprender, dado que tampoco en otras representaciones, por ejemplo de las acuñaciones de monedas, utilizó un modo de presentarse que pudiera sugerir asociaciones religiosas.[56]

También en el Augusteion, el centro político de Constantinopla, estaba presente Teodosio. Había aquí una estatua de plata (sólo transmitida a través de fuentes literarias) de Teodosio sobre una columna. Se habla además –aunque con menor fiabilidad– de estatuas de sus dos hijos al pie de la columna.[57] Según esto, si el monumento se erigió en vida de Teodosio, debió de ocurrir en los últimos años de su gobierno. Están también testificadas –con diversos grados de verosimilitud–[58] otras estatuas en diferentes puntos de la ciudad. Es también probable que hubiera estatuas en lugares públicos que despertaban una y otra vez en el pueblo el recuerdo de su emperador, tal como venía siendo costumbre desde los días de Augusto.[59]

El emperador, que a través de la legislación impulsaba el cristianismo con mayor determinación que sus predecesores, se mantenía abiertamente neutral en el aspecto religioso en la representación arquitectónica. Tenía aquí en cuenta la sensibilidad de los habitantes no cristianos, que ejercían una gran influencia entre los senadores de Constantinopla, cuyo número se mantenía muy probablemente en equilibrio entre paganos y cristianos.[60]

Son menos identificables en la política urbanística de Teodosio –hasta donde alcanzan hoy nuestros conocimientos– las iglesias y los monasterios. Había ya, por supuesto, varias iglesias en la ciudad, incluso en el núcleo urbano. Fuentes posteriores y, por tanto, no siempre dignas de crédito, hablan de la construcción de algunas otras bajo Teodosio.[61] Parecen faltar, en cambio, monasterios.[62] La construcción religiosa cristiana más importante fue, sin duda, la ya mencionada en el Hebdomon, a pocas millas de la ciudad, para custodiar el relicario con la cabeza de Juan Bautista. La arquitectura y la ornamentación debieron de ser, sin duda, espléndidas, pero no puede obtenerse una idea más precisa, porque la edificación ha desaparecido. Por lo demás, siguió avanzando el proceso de impregnación eclesial de la ciudad, sin que se necesitara para ello ningún impulso enérgico por parte del emperador.

Es tarea sumamente dificultosa tratar de hacerse una imagen plástica de Constantinopla en tiempos de Teodosio. La ciudad ha vivido a lo largo de su historia demasiadas destrucciones y demasiadas remodelaciones. No puede reconstruirse con exactitud y al detalle ni un solo edificio de aquella época. Tan sólo el obelisco se yergue solitario. Respecto de los edificios civiles, siempre puede percibirse un claro tenor. Servían para presentar al emperador como cabeza de una dinastía perdurable y como vencedor, y subrayaban además la pretensión de hacer de Constantinopla la segunda Roma. Tanto el obelisco como el Foro seguían modelos de la ciudad de Roma. El pequeño número de construcciones de iglesias –que puede parecer extraño a partir del conocimiento de la evolución posterior– no debería dar pie a erróneas interpretaciones. Cabe perfectamente imaginar que Teodosio ordenó erigir otros edificios religiosos de los que no se han conservado ni restos ni noticias. Por otra parte, es palpable y manifiesto que Teodosio no abrigaba el propósito de crear en Constantinopla una ciudad puramente cristiana. Lo que, al parecer,

deseaba era una capital para todos los romanos. En todo caso, no puso los lugares públicos bajo el signo de la cruz.[63]

Comparando la política urbanística de Teodosio con la de Justiniano (527-565), se advierte claramente la gran diferencia de sus actitudes: en Justiniano predominan los edificios eclesiásticos y los símbolos cristianos. Teodosio, por su parte, aunque impulsó la cristianización del Imperio, renunció abiertamente, dentro de lo posible, a todo cuanto pudiera ser o parecer una provocación para los no cristianos.

Paz aparente: la política exterior y las relaciones con Occidente

Durante los años en que Teodosio residió en Constantinopla, las fronteras del Imperio de Oriente gozaron de amplia paz. En el periodo de permanencia del emperador en Occidente estalló una revuelta en los Balcanes. Partía, al parecer, de grupos asentados en aquella zona que nunca aceptaron o que no quisieron seguir aceptando los anteriores acuerdos de paz y también tal vez de poblaciones que habían sido empujadas al otro lado del Danubio. Entre sus dirigentes más destacados aparece el ya por entonces famoso Alarico. Aquella mezcla de poblaciones tenía probablemente un núcleo godo. La presencia, precisamente en Tesalónica, de Buterico, militar romano de alto rango, cuyo asesinato desencadenó un baño de sangre en aquella ciudad, puede ser contemplada en el contexto de este conflicto. Se necesitaba, en efecto, un enérgico esfuerzo para enfrentarse en el terreno militar a estos enemigos que, tras incursiones de saqueo, retrocedían hacia regiones inaccesibles.

No se había dado con una solución. Teodosio, que, como indican los lugares de promulgación de sus leyes, había llegado ya en 391 a Constantinopla, tuvo que retroceder hacia Tracia. Al principio asumió el mando personal de las operaciones, pero perdió una batalla a orillas del Hebrus y habría estado a punto de perecer en un ataque por sorpresa del enemigo, o así al menos lo cuenta una fuente esmaltada de anécdotas. Su jefe del ejército, Promoto, general bien acreditado en la lucha contra los godos, habría conseguido salvarle y se puso al frente de las maniobras militares, que sobrepasaban evidentemente las aptitudes estratégicas de Teodosio.[64] Promoto alcanzó nue-

vas victorias, pero perdió la vida a consecuencia de una artimaña enemiga. Apareció entonces en el primer plano Estilicón, el marido de Serena, sobrina del emperador, y llevó los combates, con grandes esfuerzos, a su conclusión: consiguió incluso acorralar a Alarico y a sus hombres, pero tras la conclusión de un tratado que probablemente se parecía al cerrado el año 382, tuvo que dejarlos en libertad. El poeta Claudiano afirma que Rufino –con quien Estilicón, mecenas de Claudiano, tendría que sostener una rivalidad a vida o muerte tras el fallecimiento de Teodosio– habría inducido traidoramente al emperador a la firma de este acuerdo de paz.[65] De todas formas, el tratado respondía a los intereses de Roma, siempre escasa de soldados, que procuraba evitar en la medida de lo posible los combates que implicaban graves pérdidas de vidas humanas. De hecho, al cabo de poco tiempo Alarico prestaría grandes servicios a Teodosio, en calidad de aliado, en la guerra civil; aunque perseguía siempre, en la medida de sus posibilidades, sus propios fines: bajo la dirección de este Alarico fue conquistada Roma el año 410, por vez primera tras largos siglos de victorias.

En un primer momento parecía renovarse bajo Teodosio la fortaleza romana, o así parecía sugerirlo una primera impresión. Pero una mirada más atenta descubre puntos débiles en la situación del emperador. África seguía disfrutando de una singular posición. En perspectiva histórica, había estado habitualmente vinculada a la prefectura de Italia. Con todo, en un acuerdo entre Teodosio y Valentiniano II, en el año 391, parece preverse que África sería administrada desde Constantinopla. De esta ciudad partían de hecho leyes dirigidas a los funcionarios africanos.[66] En todo caso, Gildo, que había sido distinguido con el sonoro título de jefe de los ejércitos, seguía reteniendo una sólida posición de poder. Cuando llegó el momento de recordarle el juramento y Teodosio reclamó la colaboración del ejército africano contra Eugenio, Gildo se negó. El emperador mostraba aquí de nuevo, también bajo la mirada de los autores que escribían en la época de su sucesor Honorio, una notoria debilidad.[67] Bajo control seguro sólo contaba con Asia Menor, Siria y Egipto. En los márgenes, su Imperio se desmoronaba.

Son pocas las informaciones de estos años sobre Occidente. A Teodosio no le resultaba posible ejercer desde la distancia un control directo. Había partidarios de las antiguas creencias olfateando

alguna oportunidad. Así, por ejemplo, se presentó ante Valentiniano II una embajada que puso sobre la mesa la vieja cuestión: el restablecimiento del altar de la Victoria en la curia del Senado. Por supuesto, la petición fue secamente rechazada, lo que Ambrosio, que ahora comulgaba la misma fe que Valentiniano, atribuye a sus propios méritos.[68]

Occidente tenía en Arbogasto un enérgico general, que superaba ampliamente, por influencia y prestigio, a todos los demás comandantes. Este hombre de origen franco libró victoriosas batallas defensivas contra sus paisanos, que lanzaban incursiones desde la frontera del Rin sobre los alrededores de Colonia. Italia misma se había visto expuesta, hacia el año 393, a la amenaza de pueblos extranjeros, que fueron rápidamente rechazados, pero que dieron, en todo caso, ocasión para que los senadores solicitaran la ayuda de Valentiniano.

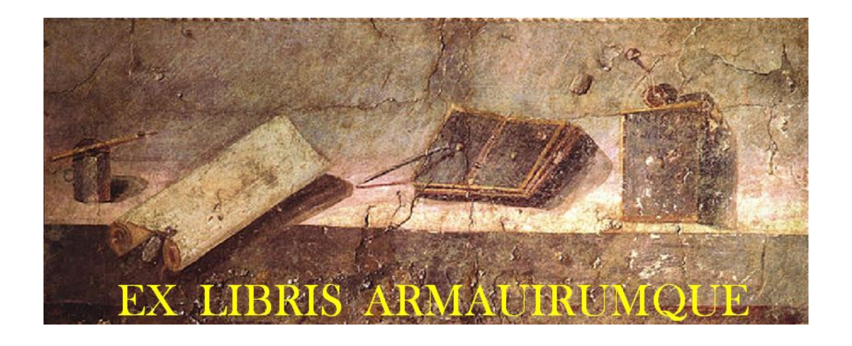
Al mismo tiempo, seguía su curso la política habitual, tal como la podemos rastrear a través de la legislación. Había que proceder en las Galias contra los intentos de apropiación indebida de posesiones imperiales,– una clara señal de la enorme pérdida de autoridad del soberano. Se habla también de gobernadores que no dan nuestras del necesario respeto y sumisión a los funcionarios de la administración central. Y a todo ello se añaden las cuestiones habituales de la administración: a los descubridores de tesoros se les concede, con gran generosidad, el disfrute ilimitado de sus hallazgos. Y había que poner fin a los abusos del *cursus publicus*, del correo estatal.

De la oración fúnebre de Ambrosio en honor de Valentiniano II se deducen algunas conclusiones acerca de su estilo de gobierno.[69] Dado que en presencia de un público contemporáneo de los hechos Ambrosio no se podía permitir hablar a humo de pajas, sus datos son, a pesar de su carácter unilateral, básicamente dignos de fe. Según Ambrosio, Valentiniano había intentado actuar, ante todo, como un soberano que favorecía a sus familiares sin perjudicar a sus súbditos y que respetaba los habituales procedimientos legales. Pero parece haberse preocupado sobre todo por un género de vida declaradamente piadoso al renunciar a muchas comodidades personales, no entregarse a nigún tipo de excesos y evitar las sentencias capitales. En este sentido, es perfectamente comparable con Teodosio. Fue incluso más lejos cuando se abstuvo de asistir a los festejos en los juegos del circo. En realidad, tenía que aceptar este género de vida si deseaba verdaderamente recibir el bautismo:[70] ¿pretendía tal vez Valentiniano

superar a su coemperador en lo relativo a las manifestaciones de fe? Se advierte claramente, en todo caso, que el nuevo estilo cristiano de los emperadores a finales del siglo IV comenzaba a imponerse por doquier y que un hombre como Ambrosio podía conseguir de este emperador más de lo que le ofrecía Teodosio, quien a su vez había superado ya a sus predecesores.

En la presentación que hace de sí mismo Valentiniano, tal como se descubre en sus monedas, intentaba situarse al mismo nivel que Teodosio y poner en un segundo plano a Arcadio, su rival más importante.[71] A juzgar por los textos legales y por las inscripciones occidentales, no parece que Valentiniano pretendiera nunca exhibir ante el emperador de Oriente su posición de *augustus* de mayor antigüedad, pero sí rechazaba la imagen de soberanía que Teodosio intentaba transmitir cuando presentaba al emperador de Oriente como superior respecto de dos *augusti* de rango inferior.

Y, sin embargo, está fuera de toda duda la debilidad de Valentiniano, sobre todo cuando recreció el conflicto entre él y Arbogasto: el emperador deseaba una mayor independencia. Cuando dirigió a Ambrosio su petición de recibir el bautismo, tal vez intentaba ganarse, en lo posible, aliados en el obispo de Milán y en los círculos italianos. De hecho, en la primavera de 392 Ambrosio emprendió un penoso viaje a través de los Alpes. Pero tuvo que interrumpirlo: le alcanzó la noticia de que Valentiniano había perdido la vida en misteriosas circunstancias.



VII. De nuevo en Occidente (394-395)

La segunda usurpación: Arbogasto y Eugenio

Teodosio había conseguido, al parecer, asegurar hábilmente su dominio sobre la totalidad del Imperio cuando rodeó a Valentiniano de hombres de su confianza. Es posible que recibiera con un sentimiento de alivio las acusaciones acerca de las arbitrariedades del jefe supremo del ejército, Arbogasto, que Valentiniano le hacía llegar. Por este camino, su colega, aunque superior desde un punto de vista formal, nunca estaría en disposición de rivalizar con él.

Pero es evidente que Teodosio no había sabido captar en sus justos términos la elevada conciencia que de sí mismo cultivaba Arbogasto. El victorioso general había multiplicado su prestigio entre sus soldados. Parece, además, que fue ascendiendo hasta los puestos clave a personas de su confianza. Y, en último término, debía tener exacto conocimiento de que sólo con grandes dificultades podría Teodosio intervenir en Occidente, lo que le otorgaba a él, por consiguiente, considerable campo de juego libre.

Es ilustrativo un episodio que transmite una viva imagen de la idea que existía acerca de la situación en la corte occidental: Valentiniano habría entregado a Arbogasto la notificación de su destitución, para hacer prevalecer sus disposiciones como emperador frente al obstinado general. Pero el militar habría roto la misiva, riendo con sorna y declarando que no debía su puesto al emperador, sino a sus méritos personales. Y, efectivamente, tras la muerte de Bauto se había declarado por su propia voluntad jefe de todas las tropas. El joven emperador, que había sido humillado por todos y desde todos los costados –por Ambrosio, por Teodosio y ahora por su general en jefe– no tuvo más remedio que encajar la provocación. Circulaban otras anécdotas. Se decía que el emperador había intentado acometer espada en mano a Arbogasto y que se lo habría impedido su propia guardia personal. Un familiar a quien había intentado proteger ante

un ataque de Arbogasto cobijándolo bajo su manto, habría sido asesinado por el germano, que no habría vacilado ni tan siquiera en desgarrar las vestiduras imperiales. Ya el simple hecho de que circularan estos rumores indica la debilidad del emperador, que se iba acercando a la mayoría de edad.

Los enfrentamientos acabaron en catástrofe. El 15 de mayo del año 392 Valentiniano II fue encontrado ahorcado en el palacio de Vienne. No hay respuesta a la pregunta de si se trató de un suicidio o de un asesinato. Hay muchos indicios que hablan a favor de la primera hipótesis, porque al parecer Arbogasto, que sería el único sospechoso de asesinato, estaba mal preparado para tal acontecimiento y se mantuvo durante mucho tiempo indeciso, antes de reaccionar ante la nueva situación. Tal vez Valentiniano no había visto ningún otro camino para salvaguardar su dignidad.[1]

Arbogasto habría podido ahora dirigir los asuntos de gobierno y esperar la decisión de Teodosio acerca del sucesor. En definitiva, el emperador tenía dos hijos a los que recurrir y uno de ellos era ya emperador nominal. Pero decidió, en cambio, tal vez empujado por su mala conciencia, tras algún tiempo de reflexión o acaso de búsqueda, presentar su propio candidato. No debió de considerar en serio la posibilidad de proclamarse él mismo, pagano y «bárbaro», emperador. Pero el hombre por el que se había decidido no podía contar con la aprobación de Teodosio. Se trataba de un cierto Eugenio, un *rhetor* que lucía barba de filósofo tal como la había llevado el último emperador pagano, Juliano, si bien, al menos de cara al exterior, se comportaba como cristiano.[2] Su encumbramiento a emperador tuvo lugar en Vienne, el 22 de agosto del año 392.

Eugenio no estaba totalmente ayuno de experiencia en los asuntos políticos. Había trabajado en Occidente como director de uno de los negociados de palacio, lo que significaba algo más que simple redactor de cartas. Pero carecía de partidarios de peso y, lo que era más importante, no tenía ninguna experiencia militar. Su encumbramiento a emperador sólo se entiende si se trató de un mero expediente o si Arbogasto apostaba deliberadamente por una personalidad débil. Apenas es verosímil la hipótesis de que Arbogasto, que no se había convertido al cristianismo, actuaba por criterios religiosos y que precisamente por eso había elevado a emperador a un hombre que, en cuanto representante de la antigua cultura, estaría más predispuesto a

tolerar el paganismo: Arbogasto responde a la estampa del político ambicioso de poder, frío y calculador, y para cualquiera que pensara en términos realistas debería estar claro que eran muy escasas las fuerzas que todavía podían movilizarse bajo las banderas de la lucha en defensa de las antiguas creencias.

Como cualquier usurpador perspicaz, Eugenio evitó el camino del enfrentamiento con el emperador e intentó ganarse su favor. No retuvo el cadáver de Valentiniano II como garantía, tal como había hecho Máximo con Graciano. Ordenó trasladar el cuerpo del fallecido a Milán, donde fue sepultado antes del verano.[3] Las hermanas de Valentiniano pudieron residir en Milán sin ser molestadas.

El obispo de la ciudad, Ambrosio, gozaba de libertad para intercambiar correspondencia epistolar con Teodosio acerca de los detalles de las honras fúnebres en honor de Valentiniano y aprovechó la oportunidad para adornar ante el emperador de Oriente sus personales relaciones de confianza con el fallecido. Al parecer, Teodosio reaccionó con desconfianza, porque tras la muerte del joven, Ambrosio había permanecido mucho tiempo inactivo.[4] En el sepelio, y tras haber hablado aquel mismo día en el servicio litúrgico sobre Valentiniano, pronunció ante un círculo evidentemente seleccionado una oración fúnebre diplomáticamente pulida[5] en la que alababa al fallecido como encarnación de un soberano cristiano –es decir, entregado, y no en último término, a Ambrosio– pero sin pronunciar ni una sola palabra clara sobre el nuevo régimen, ni aprobatoria ni crítica y sin referirse, por supuesto, a la verdadera causa de aquella muerte. Parece haber deslizado, de todas formas, alguna alusión a que Valentiniano había sido víctima de una usurpación,[6] pero no asumió ningún riesgo real.

Dando muestras de lealtad, Eugenio hizo acuñar monedas con las efigies de Teodosio y Arcadio; él se situaba tan sólo en un modesto tercer lugar.[7] También en una inscripción oficial erigida en Colonia se mencionan los nombres de Teodosio y Arcadio y, además, y de acuerdo con el principio de la antigüedad en el cargo, antes que el de Eugenio.[8] Merece la pena destacar que para entablar negociaciones con Teodosio, Eugenio envió una delegación de sacerdotes. Tal vez pretendía con este gesto disipar las dudas acerca de sus sentimientos cristianos. Parece que en un primer momento Teodosio dispensó a esta embajada una acogida amistosa y dilatoria. Que deba

interpretarse este comportamiento como señal de una inicial indecisión o que estaba más bien dictado por consideraciones tácticas es pregunta sin respuesta. En ningún caso aludió a la posibilidad de iniciar directamente las hostilidades. Primero tenía que poner orden en Oriente. Y la movilización de tropas exigía tiempo y dinero.

Al parecer, lo primero a que renunció Eugenio fue a la idea de avanzar con sus fuerzas sobre Italia, indefensa frente a un ataque procedente de las Galias. Prefirió, por el contrario, marchar a la cabeza de un ejército inhabitualmente nutrido con nuevos reclutamientos hacia el Rin, para renovar con los jefes de los francos y de los alamanes los antiguos tratados. El emperador pretendía demostrar claramente a sus soldados y súbditos su firme determinación de asegurar, ya desde el principio, y fuera cual fuere su origen, también por la vía militar, el gobierno de las fronteras del Imperio.

A diferencia del caso de Máximo, Teodosio dio a entender desde muy pronto que rechazaba las iniciativas del usurpador. En Oriente y Occidente, para el año 393, fueron designados, pares de cónsules diferentes: se hacía así patente la ruptura. Mientras que en Occidente Eugenio se concedía el consulado a sí mismo –de acuerdo con la tradición de los emperadores recién ascendidos– y llamaba a Teodosio su colega, Teodosio nombraba cónsul en Oriente, además de a sí mismo, a Abundancio, hombre de probada capacidad militar, y rechazaba así al usurpador. Además, el 23 de enero hizo proclamar *augustus* a Honorio, destinado desde tiempo atrás a ser el soberano de Occidente, es decir, de Italia, en sustitución de Valentiniano. Es evidente que Eugenio no dio su conformidad a este nombramiento de Honorio, que echaba por tierra sus pretensiones. En otoño se había consumado ya claramente la ruptura por parte de Eugenio. En una inscripción de Capua, fechada el 25 de octubre de 393, se menciona únicamente su nombre como titular del consulado.[9]

Eugenio había conseguido mientras tanto extender su influencia sobre Italia y ganarse para su causa a un influyente aliado: Nicómaco Flaviano, por cuya lealtad tanto se había preocupado en otro tiempo Teodosio y a quien había otorgado el puesto clave de prefecto de Italia y de Iliria. Al parecer, este alto funcionario se pasó sin fricciones al servicio del nuevo señor. Teodosio, actuando una vez más con su habitual habilidad táctica, no le despojó, en un primer momento, de su cargo, pero fue reduciendo poco a poco los distritos que caían

bajo su competencia.[10] Eugenio, por su parte, nombró prefecto de la ciudad a un hijo de Nicómaco Flaviano, de su mismo nombre. El nuevo prefecto aprovechó, al parecer, el tiempo de su mandato para construir un nuevo edificio destinado a la celebración de las habituales sesiones del tribunal de los senadores.[11] El nuevo régimen daba así a entender claramente que concedía una gran importancia a este distinguido gremio.

Habían fracasado, pues, los laboriosos intentos de Teodosio por vincular a su persona a las elites occidentales. Nicómaco fue elevado por Eugenio a cónsul para el año 394, mientras que Teodosio nombraba cónsules a sus dos hijos, Honorio y Arcadio, y acentuaba así una vez más la solidez de su dinastía. A juzgar por las apariencias, Eugenio sólo reclamaba para sí, sorprendentemente, el derecho a nombrar un cargo consular: es evidente que pretendía seguir demostrando que se atenía a la idea de la unidad del Imperio y que le reconocía al emperador de Oriente el derecho a nombrar su propio cónsul. Parece ser que Eugenio consiguió influencia también en África, que nombró funcionarios para aquella zona y se aseguró la importación de cereales. Por lo demás, el dominio ejercido por Gildo sobre aquellas regiones hacía que nadie desde la corte imperial pudiera controlar fácilmente sus movimientos.

Nicómaco no sólo era, como ya se ha dicho, un senador muy influyente, sino también uno de los representantes más conspicuos del paganismo que, a diferencia de muchos de sus correligionarios, hacía algo más que simplemente cultivar la vieja cultura: demostraba un acusado interés, absolutamente práctico, por las artes adivinatorias, y más en concreto por la disciplina de los augures, es decir, por la observación e interpretación de la conducta de las aves, considerada como signo precursor de acontecimientos futuros. La ceremonia, celebrada en todo acto oficial, era uno de los elementos esenciales de la religión romana. Por lo demás, ya desde los días de Constancio II (337-361) habían sido repetidas veces prohibidas las actividades de los augures, de modo que aquella ceremonia sólo podía llevarse a cabo en la clandestinidad, sobre todo desde las medidas corroboradas por Teodosio.

Nicómaco esperaba evidentemente grandes concesiones por parte de Eugenio y no quedó defraudado. Eugenio no dio ninguna muestra de actitud hostil frente al cristianismo y declaró que de nin-

guna manera abandonaba su fe cristiana. Al contrario, hizo donativos a la iglesia de Milán, y quiso orar en ella.[12] Pero era asimismo indudable que concedía mayor espacio de juego libre al paganismo. Esta política de «tolerancia» frente a grupos hasta entonces perseguidos no tenía nada de inhabitual, sino que era, más bien, algo que se esperaba de cada nuevo soberano, que podía esperar ampliar así el número de sus partidarios o, cuando menos, no provocar a nadie.

Eugenio intentó repetidas veces evitar un choque frontal con Teodosio, al menos al principio. Cuando se presentó ante él una delegación de senadores para solicitar la renovación de los cultos antiguos, recibió una respuesta negativa. Eugenio empalmaba así con las decisiones tomadas en este mismo sentido por Valentiniano II y Teodosio. No obstante, una segunda embajada, que tampoco consiguió un éxito inmediato, fue poco después recompensada con una decisión a su favor, tal vez un indicio del creciente distanciamiento entre Eugenio y Teodosio. No parece que Eugenio llegara tan lejos como para decretar la restitución oficial de los santuarios paganos, sino que se los regaló –formalmente sólo los terrenos con sus edificios– a algunos eminentes ciudadanos romanos en reconocimiento por sus servicios. Posibilitaba así de nuevo los cultos, pero sin involucrar al Estado.

Fueran cuales fueren los pasos seguidos por la administración, las donaciones bastaron para provocar el júbilo de los paganos y una gran adhesión, sobre todo en Roma y su entorno, donde más sólida era la influencia de Nicómaco Flaviano. Al parecer, el prefecto de los pretorianos llevó a cabo personalmente una serie de sacrificios cruentos escandalizantes, tal como afirma una composición poética rabiosamente antipagana.[13] Una inscripción de Ostia (*figura 18*) anunciaba la renovación de un templo por medio de un funcionario, que no descuidó hacer demostraciones de reverencia hacia los indiscutiblemente legítimos emperadores Teodosio y Arcadio.[14] Pero no hubo una renovación plena de lo antiguo. Eugenio no restableció la tradicional vinculación entre la religión y el Estado. Aquí sólo había iniciativas privadas. En virtud de esta política, el usurpador se ganó, entre los senadores paganos, a un grupo cuya conciencia de sí y cuyas posesiones eran verdaderamente imponentes, pero cuyo poder era muy limitado. Y, por el contrario, cosechaba la irritación de cristianos comprometidos; por mucho que los paganos se sintieran fortalecidos por los



FIGURA 18. Dedicación pagana en Ostia, de la época de Teodosio, y reconstrucción de la inscripción: PARA NUESTROS SEÑORES, TEODOSIO, ARCADIO Y EUGENIO, VENCEDORES, PIADOSOS Y FELICES EN TODO EL OBRE, SIEMPRE AUGUSTOS. NUMERIO PROYECTO, DEL CUERPO SENATORIAL, DIRECTOR DE LOS ABASTECIMIENTOS, HA RENOVADO EL SANTUARIO DE HÉRCULES.

versos que circulaban, según los cuales el cristianismo, al cabo de tantos años como días tiene el año, estaba destinado a desaparecer.[15] Y estos 365 años estaban a punto de cumplirse, según el cómputo de los súbditos de Teodosio.

¿Cómo reaccionaron los cristianos? No se tienen informaciones sobre los homoiusianos, que podían confiar en salir beneficiados por una política de tolerancia. Al parecer, estaban ya tan debilitados que

no podían poner ningún peso en los platillos de la balanza. De entre los nicenos, se oye bien la voz de Ambrosio, porque percibía desde varios frentes –y no sin buenas razones– la necesidad de justificar su comportamiento. Al parecer, Eugenio se había dirigido por carta, desde muy pronto, al prestigioso obispo. Éste renunció en un primer momento a dar una respuesta, pero acabó por aceptar un intercambio epistolar, aunque tan sólo, como él mismo se apresura a señalar, para intervenir en beneficio de terceros. Cuando en el verano de 394 hizo el usurpador su entrada en Milán, Ambrosio abandonó la ciudad y se retiró a Bolonia, y luego a Faenza y Florencia, para retornar a su sede episcopal cuando Eugenio la abandonó. No se atrevió a una confrontación directa, a la espera del resultado final de la contienda civil.

Es obvio que a Eugenio no pudo complacerle la conducta de Ambrosio. Así se lo reprochó por escrito y Ambrosio le honró con una respuesta.[16] En su misiva le califica de *imperator clementissimus*, «benignísimo emperador» y no deja traslucir ninguna duda acerca de la legitimidad de su posición como soberano. No explica su distanciamiento insinuando, por ejemplo, dudas sobre la legitimidad de Eugenio, sino que prefiere aludir a su política propagana. No tuvo aquí inconveniente en mencionar que esta misma conducta había asumido frente a Teodosio y Valentiniano, con lo que situaba implícitamente a Eugenio en la lista de los emperadores legítimos. Con esta reacción escalaba el obispo la cima de su capacidad diplomática. Se concentraba totalmente en la causa cristiana y rehuía toda declaración política, pero demostraba su lealtad. Más adelante, cuando Teodosio se hizo de nuevo con el poder, Ambrosio desplazó, por supuesto, los acentos para justificar su conducta.

Con independencia de cómo se quiera valorar la amplitud y el alcance de la política de Eugenio favorable al paganismo,[17] hubo un punto en el que tuvo repercusiones contundentes: proporcionó a Teodosio la oportunidad –ciertamente bien aprovechada– de escenificar una guerra de religión. Ya desde el 393 había que dar por supuesto que se producirían enfrentamientos armados. Así lo entendía, en todo caso, Eugenio. Ya se ha indicado que en el verano de 394 hizo alto en Milán. La ciudad era una etapa en su marcha hacia Oriente, donde en algún punto del espacio fronterizo italo-ilirio debería llegar la decisión final entre él y Teodosio, que se acercaba a Occidente con contingentes de tropas fuertemente reforzados.

A diferencia de Máximo, Eugenio no avanzó sobre la mitad oriental del Imperio, sino que esperó a su adversario, al que seguía considerando oficialmente coemperador, dentro de su zona de soberanía, para dejar abierta la puerta a las negociaciones. Pero Teodosio no estaba dispuesto a arreglos pacíficos.

El contragolpe

Cuando se conoció en la corte la muerte de Valentiniano, hubo manifestaciones de tristeza. Existen informaciones fidedignas de que Gala, que al parecer había retornado de nuevo a palacio, se mostró profundamente apenada por el fin de su hermano.[18] Pero en medio de aquella tristeza, real o fingida, debió deslizarse también cierto sentimiento de alivio: de haber alcanzado Valentiniano la mayoría de edad y haberse labrado mayor prestigio, habría que concederle determinación suficiente para rebelarse contra el cerco a que le tenía sujeto Teodosio y para hacer valer sus derechos como *senior augustus*. Ahora, la dinastía teodosiana parecía totalmente libre de peligros. Ya no había que temer que la muerte del emperador acarreara la pérdida de las Galias, porque Arbogasto retenía firmemente el mando y había defendido hasta entonces con éxito aquellos territorios.

Ante la noticia del encumbramiento de Eugenio, la corte debió de sentirse como fulminada por un rayo. A todos debió venirles a la memoria la toma del poder por Máximo. Teodosio debía enfrentarse ahora de nuevo a un usurpador que contaba con el apoyo de un jefe del ejército experimentado, en cuya rápida derrota no cabía ni pensar. Tal vez Teodosio se arrepentía de haberse llevado consigo a Oriente tantos hombres de su confianza que ahora le faltaban amargamente en Occidente.

El rayo descargó en un momento en el que Teodosio no había puesto en orden todavía la situación en Oriente. Seguían siendo tensas sus relaciones con la aristocracia local. No había conseguido imponer la paz en Tracia, con sus inquietos godos. Es, por consiguiente, comprensible que el emperador despidiera a la embajada de Eugenio con una respuesta dilatoria. El peor de los escenarios habría sido un rápido avance sobre Oriente de su adversario en una contienda civil.

Los preparativos para el contragolpe fueron muy amplios, tanto en sus aspectos pragmáticos como religiosos. Con la proclamación de Honorio como *augustus* en el mes de enero, daba a entender Teodosio que ignoraba las pretensiones de Eugenio. La celebración del nombramiento debía revestir carácter triunfal. En una solemne ceremonia, que serviría de ejemplo para posteriores nombramientos de emperadores, Honorio fue llevado a la ciudad y presentado a sus habitantes.[19] Pero hubo un signo aciago: hacia la hora tercia se abatió la oscuridad.

Aún quedaban cosas por hacer en el terreno militar. No sólo era necesario garantizar la paz con los imprevisibles godos, sino que había que ganárselos para la campaña. Los esfuerzos de Teodosio con sus severas normas para fortalecer del ejército mediante el reclutamiento de ciudadanos romanos no habían conseguido los resultados apetecidos. Aunque se movilizó una gran parte del ejército oriental, se necesitaban contingentes extranjeros. Los godos podían tal vez estar formalmente obligados a sumarse al ejército, pero sabían con certeza que Teodosio dependía de ellos. También aquí, una vez más, supo el emperador sacar partido del hecho de que los godos no negociaban en bloque y todos unidos, sino que obedecían a diferentes jefes que a veces rivalizaban entre sí y que su disposición a seguirle registraba diferentes intensidades.

Zósimo cuenta que una fracción de los godos planeaba una traición. De ahí que en el curso de una visita al palacio imperial se produjeran enfrentamientos entre ellos a los que tuvo que poner fin la guardia del emperador.[20] Se dice que el principal representante de los godos fieles a Roma era Fravitta, un pagano a quien el emperador favoreció tanto que le permitió incluso casarse con una mujer romana. Se le enfrentaba un cierto Eriulfo. Deben tomarse, por supuesto, con prudencia las noticias sobre sus actuaciones, porque los historiadores paganos estaban interesados en poner de relieve el fracaso de la política imperial. Resultaba, por otra parte, evidente que eran numerosos los godos que no estaban interesados en sumarse a una nueva campaña hacia Occidente para derrotar a un rival de Teodosio, porque el usurpador no tendría más remedio que reconocerles su posición. Por otro lado, algunos jefes concretos podían confiar en que, en la competitiva sociedad goda, podrían ganar, a través de sus triunfos militares, prestigio e influencia entre sus tropas. Se consiguió, pues, a pesar de

las resistencias, movilizar fuertes contingentes de soldados godos. De este modo, el emperador no sólo conseguía valiosos combatientes sino que, al mismo tiempo, apaciguaba la situación en los Balcanes al alejar de aquella zona a potenciales agresores. Durante la campaña contra Máximo había tenido que vivir Teodosio amargas experiencias a este respecto.

Se puso a la cabeza de los godos Alarico, que antes –y hay aquí una prueba de su versatilidad– se había visto envuelto en varios disturbios antirromanos. Había estado sometido a otro godo, llamado Gainas. Este hecho le resultaba aún más humillante a Alarico debido a la circunstancia de que, aunque descendiente del linaje real de los bálticos, tenía que obedecer las órdenes de un godo de inferior origen. No se sabe con certeza cómo estaban reguladas en sus detalles concretos las relaciones de la cadena de mando y en qué medida los godos estaban directamente sometidos a los oficiales romanos. En todo caso, no hubo en el curso de la campaña ninguna insubordinación entre los contingentes godos.

Para su campaña, Teodosio disponía de un cuerpo de comandantes renovado respecto del que había participado en la marcha contra Máximo, pero muy bien acreditado. Originariamente debería haber sido Ricomero el jefe de las unidades de caballería, aunque estaba emparentado con Arbogasto, pero había contraído una enfermedad que le llevó a la muerte. El mando supremo recayó entonces en otro hombre también experimentado, Timasio, que estaba acompañado por el también jefe del ejército Estilicón, esposo de Serena, sobrina del emperador. Junto con Gainas, comandaba las unidades extranjeras uno cierto Saulo, y otro hombre de origen ibérico, llamado Bacurio. Posiblemente se concedía importancia a que los jefes militares tuvieran el mismo origen que sus soldados. Estos jefes marchaban al frente del grueso del ejército romano de Oriente. Era evidente que Teodosio consideraba que la amenaza de Eugenio era tan grave que debería asumir el riesgo de dejar militarmente desprotegidas las fronteras orientales.

En el terreno administrativo ocupaba el primer plano la necesidad de una reorganización del espacio ilírico. Las competencias recaían propiamente en Nicómaco Flaviano, a cuya prefectura de los pretorianos pertenecía la región, pero lo más tarde a partir de su defección tuvo que buscar Teodosio una nueva solución. Los datos sobre los dis-

tritos de los diferentes cargos de aquellos a quienes se dirigían las leyes indican que en el invierno de 392-393 Teodosio fue reduciendo cada vez más la zona de dominio de Nicómaco.[21] Sólo podría conseguirse el control efectivo de la región mediante ocupación militar. De África eran pocas las ayudas con que Teodosio podía contar, sobre todo porque Gildo se inclinaba más bien a favor de Eugenio. De todas formas, Gildo nunca se dejó arrastrar a una traición abierta frente al emperador de Oriente. Siguieron saliendo de Constantinopla leyes en dirección a África –que nunca se sustrajo formalmente a la soberanía constantinopolitana– en las que se regulaban aspectos no bélicos, como el adulterio. Pero la orden de apoyar al emperador legítimo no tuvo ninguna repercusión en Gildo, que mantuvo una desleal actitud expectativa.

Teodosio no quiso confiar únicamente en sus divisiones, sino también, y sobre todo, de acuerdo con la imagen que de sí mismo transmitía a los cristianos, en el consejo y la ayuda de Dios. Ordenó que se elevaran plegarias en los diversos lugares santos dentro y en las cercanías de Constantinopla. Como ya había hecho con anterioridad en su marcha contra Máximo, solicitó el consejo del ermitaño egipcio Juan. De él quiso saber si debería iniciar el ataque contra Eugenio o esperar a ser atacado. El eunuco Eutropio recibió el encargo, en su condición de Camarero Mayor, de traer a Juan a la corte o formularle al menos la pregunta. Dado que a los eunucos no cabía atribuirles ambiciones políticas ni dinásticas, se les podía confiar sin peligro esta clase de misiones confidenciales. Juan no se dejó convencer para viajar a Constantinopla, pero sí dio una respuesta a Eutropio: Teodosio vencería y derribaría al usurpador, pero tras la victoria debería despedirse de la vida en Italia, o así al menos lo narran las fuentes cristianas, que refieren la anécdota después de haberse cumplido el acontecimiento profetizado.[22] Cuando, bajo Arcadio, Eutropio se convirtió en uno de los hombres más poderosos del Imperio, parece haber alardeado de sus conexiones con Juan, «pues los hombres santos sirven cada vez más para legitimar la posición de poder de los soberanos del mundo». Pero para empezar, Teodosio podía proclamar por doquier que se había ganado a la autoridad suprema para su plan de campaña.

Es posible que deba interpretarse también como reacción al usurpador otra señal de tipo religioso-político: pocos meses después de la

proclamación de Eugenio, el 8 de noviembre de 392, promulgó Teodosio la ya mencionada ley antipagana con la que se pretendía impedir incluso los cultos paganos privados. ¿Quería tal vez el emperador enviar una señal inequívoca, con componentes religiosos y políticos, contra el usurpador amigo de los paganos?

No se sabe cómo se hizo frente en aquellos días a otra señal indudablemente nefasta, que nos ha sido transmitida con seguridad y que sorprendió a Teodosio durante los preparativos para la marcha: el 29 de abril de 394 fallecía de sobreparto su mujer Gala, junto con el recién nacido. El emperador no tuvo mucho tiempo para llorar la muerte de su joven esposa, porque al cabo de poco se puso en movimiento la campaña militar.

La campaña milagrosa

La primera estación de la marcha del emperador y el ejército fue el Hebdomon, aquel complejo de palacio y templo a siete millas de distancia de Constantinopla al que había hecho trasladar Teodosio la cabeza de Juan Bautista. Aquí elevó una plegaria suplicando la ayuda del Bautista y el buen final de la campaña. En ese lugar fue de nuevo colocado el ejército bajo el signo de la fe cristiana, aunque era indudable que las tropas orientales incluían –desde los altos mandos hasta las últimas filas– a muchos paganos.[23]

El avance fue lento. Está testificada la presencia de Teodosio el 20 de mayo en una Heraclea, donde se tomó tiempo para dictar algunas medidas legales que de hecho no tenían ninguna importancia para el curso de la guerra. Se referían a los empleados que trabajaban en las dependencias de los altos funcionarios; se establecían además reducciones en los gastos de los juegos públicos (aunque aquí podía verse una medida de ahorro impuesta por la guerra) y se acentuaba una vez más que estas celebraciones no podían llevarse a cabo los domingos. Teodosio instaba además a alejar las imágenes de los actores de los teatros y de los aurigas de los lugares en que se honraba al emperador, que las actrices no deberían vestirse de monjas y que los cristianos debían mantenerse apartados de la profesión de actores teatrales.

El 20 de junio del año 394 Teodosio se hallaba en Adrianópolis. Promulgó allí una ley en virtud de la cual los eunomianos conservarían

el derecho a testar y a heredar, revocando así expresamente un edicto anterior en sentido contrario. No debe vincularse esta ley a un cambio de mentalidad hacia una política más tolerante de la que, por otra parte, no existe ningún testimonio. Es más probable que Teodosio pretendiera cubrirse las espaldas en el ámbito de la política eclesiástica, porque los eunomianos tenían una posición señaladamente fuerte en Constantinopla.

El siguiente lugar del que puede testificarse una estancia de Teodosio se halla muy al oeste, en los límites de la zona de dominio de Eugenio. En la marcha desde Emona (Laibach) a Aquileya, avanzó a través de los Alpes Julianos, en la actual Eslovenia. Es posible que contara con la presencia de fuerzas enemigas en los desfiladeros. Pero no había nadie. Cuando Teodosio se atrevió a iniciar el descenso, le llegó la noticia de que Arbogasto le esperaba con sus fuerzas frente a un angosto paso. El general en jefe del ejército del Oeste había elegido hábilmente el emplazamiento, porque allí no podía desplegarse el ejército imperial y ofrecía, al parecer, fácil presa. El 5/6 de septiembre de 394 se trabó la batalla, llamada del Frigidus, por el nombre de un pequeño arroyo del lugar.[24]

Pero el combate siguió un curso distinto del esperado. Lo que allí sucedió sólo puede explicarse, para las concepciones de la época, como un milagro. Teodoreto, el historiador de la Iglesia más proclive a relatos milagrosos, transmite la versión cristiana, rica en detalles ornamentales: primero habla de un sueño favorable que se le habría concedido a Teodosio tras una noche dedicada a la oración. En él, los paladines Juan Bautista y el apóstol Felipe le habrían ordenado situar a sus tropas en orden de batalla. En confirmación, también un soldado habría tenido este mismo sueño.[25] Al día siguiente, ambos ejércitos ocuparon sus posiciones:

> Cuando las filas de combatientes se ordenaron, la masa del enemigo era cuatro veces superior. El número del ejército a las órdenes del emperador era mucho más pequeño. Cuando ambos bandos comenzaron a disparar sus dardos, mostraron los adalides [es decir, Juan Bautista y Felipe] que sus promesas eran verdaderas. Pues, en efecto, un fuerte viento, que soplaba de cara al enemigo, desviaba sus flechas. Sus jabalinas y sus venablos y todos sus proyectiles eran inútiles. Ni un solo hombre pesadamente

armado, ni un arquero, ni un hombre ligeramente armado pudieron causar ningún daño al ejército del emperador. Una gigantesca acumulación de polvo los obligaba además a cerrar los párpados y ocuparse de sus ojos lastimados. Los soldados del emperador, que no habían sido afectados por aquella tempestad, dieron muerte con resolución a sus enemigos. Cuando éstos lo vieron y advirtieron la ayuda divina, arrojaron las armas y suplicaron la clemencia del emperador.[26]

¿Qué es lo que se puede creer de esta fuente? La topografía proporciona al relato de Teodoreto una notable confirmación: la región situada junto al antiguo Frigidus es célebre por las súbitas y violentas ráfagas de viento que se registran en ella.[27] De aquí puede deducirse que se produjo realmente aquel acontecimiento natural, narrado también por otras fuentes,[28] sobre todo porque no se trata de un *topos*. No puede, en cambio, admitirse la afirmación de Teodoreto de que el ejército imperial era muy inferior en número. Tras su victoria sobre Máximo, Teodosio había fortalecido el ejército oriental con las mejores unidades de las tropas occidentales y, además, había preparado a fondo su campaña. Es evidente que el historiador de la Iglesia estaba interesado en resaltar con vivas pinceladas el carácter milagroso de la victoria.

El pagano Zósimo no dice nada, por supuesto, sobre ningún milagro, pero informa de que Teodosio habría sorprendido con su gente a las tropas de Eugenio, que ya se sentían vencedoras, cuando estaban comiendo.[29] Es el único autor que aporta esta noticia, lo que le resta credibilidad, sobre todo porque este tipo de detalles eran frecuentes en las antiguas descripciones de batallas. Tal vez Zósimo recurrió aquí a una especie de pieza sustitutiva para no tener que mencionar el papel desempeñado por las fuerzas de la naturaleza.

Los autores cristianos no se contentan con transmitir el milagro, sino que escenifican –manteniendo así la línea de la propaganda teodosiana– toda la batalla como un combate entre el cristianismo y el paganismo. Hablan, por ejemplo, de los estandartes paganos que los seguidores de Eugenio habrían colocado cerca del lugar de la batalla.[30] La noticia no es necesariamente falsa, pues Eugenio se mostraba tolerante frente al paganismo. Pero llama la atención que sólo figure en fuentes tardías.

Y, a la inversa, los cristianos destacan que fue el propio Teodosio quien consiguió el cambio decisivo en el curso de la batalla mediante una plegaria que habría dirigido o bien –así Teodoreto– la noche anterior al día decisivo o bien aquel mismo día.[31] Puede admitirse, por supuesto, el hecho de que se elevaran plegarias. Es cuestión abierta cuánto se extendieron. Es indudable que más adelante, ya bajo los hijos de Teodosio, la plegaria del emperador tuvo una importancia tal para el resultado de la batalla en la percepción de los contemporáneos que ya ni siquiera parecía necesaria su presencia física en el curso del combate.[32] Es posible que se produjera una retroproyección al reinado de Teodosio de acontecimientos posteriores.

Más allá de todos los milagros y de su trasfondo real, pueden advertirse algunos elementos concretos de la batalla. Casi todos los testigos fiables, entre ellos el contemporáneo Ambrosio, refieren un episodio algo anterior a la victoriosa batalla que Teodoreto no menciona: Teodosio habría enviado por delante unidades godas, con la misión, al parecer, de abrir brecha en las filas enemigas. Pero varios miles de ellos fueron descuartizados o, por decirlo en la jerga militar, exterminados. Fue grande el júbilo que experimentó el piadoso obispo por aquella carnicería; también el historiador cristiano Orosio, que escribe más tarde, da por buena la matanza de godos.[33] El historiador de la Iglesia Rufino llega incluso hasta la declaración de que Dios había querido señalar que Teodosio no había tenido ninguna necesidad de los bárbaros para alzarse con la victoria.[34] El mandamiento del amor al prójimo tenía evidentemente limitaciones cuando se trataba de no romanos, que, además, ni siquiera estaban de parte de los nicenos. A pesar de las edulcoradas interpretaciones de autores posteriores, una cosa parece clara: en la tarde del primer día del combate, la marcha de los acontecimientos presentaba mal cariz para la causa del emperador.

Para la victoria conseguida el día siguiente pudo haber tenido una importancia decisiva la heroica actuación del comandante ibérico Bacurio, que tal vez sucumbió en el campo de batalla. De hecho, los autores proclives a la fe en milagros resaltan su contribución, que no tiene ninguna vinculación específica con las creencias cristianas.[35] Al parecer, Teodosio habría intervenido personalmente y, como ocurre a menudo en cuestiones militares, habría hecho mal los cálculos. Parece ser que cayó en manos de un oficial germánico del bando de

Eugenio, llamado Arbitio, que había maniobrado para situarse de espaldas a las tropas imperiales, pero los frentes cambiaron: si la información es cierta, una vez más la fortuna le fue fiel a Teodosio.

He recopilado aquí informaciones que las diversas tradiciones transmiten fragmentariamente. ¿Qué es lo que puede decirse sobre la batalla con algún margen de seguridad? El primer día, las pérdidas fueron tan elevadas que al final Teodosio tuvo que intervenir personalmente en los combates. Con todo, al día siguiente, y gracias a un fenómeno de la naturaleza, se alzó con la victoria. Fuera cual fuere su papel en el enfrentamiento, la fortuna vino en su ayuda. O, en terminología cristiana, Dios hizo un milagro en favor de Teodosio.

En Constantinopla se contaba que, en el momento del combate, apareció un demonio en la iglesia del Hebdomon que recriminaba a Juan Bautista haber consentido su derrota. En la óptica de los contemporáneos, se trataba de un relato verosímil. Ya nadie podía poner en duda que Teodosio era el emperador querido por Dios.[36]

Los adversarios reconocieron su derrota. Al parecer, Eugenio corrió la misma suerte que Máximo, a no ser que simplemente los autores de las fuentes lo hayan trasladado del uno al otro:[37] suplicó la clemencia de Teodosio, pero fue asesinado por los soldados del emperador, de modo que éste no tuvo ninguna responsabilidad directa. Arbogasto eligió el suicidio. Parece que el mayor de los Nicómacos Flavianos optó también por esta solución, que la Antigüedad juzgaba honorable.

Teodosio se mostró clemente con los enemigos de que pudo apoderarse y no pronunció ninguna sentencia capital. En lugar de ello, despachó a su chambelán Juan para que garantizara la seguridad de los que habían buscado asilo en las iglesias. Esta conducta respondía a su estilo de gobierno integrador y a sus pretensiones cristianas, pero también estaba dictada por su interés ante la notoria escasez de reclutamientos, porque le permitía hacerse con el mayor número posible de soldados para reforzar su ejército. Es significativo que se dispusiera inmediatamente a dictar una nueva regulación: ambos ejércitos, el vencedor de Oriente y el vencido de Occidente, quedaban unificados en un solo ejército del Imperio, a las órdenes de Estilicón.

Teodosio llevó adelante su escenificación como emperador cristiano. Sintió remordimientos –o así al menos lo cuenta Ambrosio– aquella tarde a la vista del gran número de los caídos, hasta que sus

filii llegaron del Este sanos y salvos, y le testificaron así que seguía gozando del favor de Dios.[38] Se dan aquí la mano la piedad personal y el cálculo político: con este proceder podía Teodosio demostrar tanto a sus godos como a las tropas de Arbogasto incorporadas a su ejército hasta qué punto le entristecían sus pérdidas. A Alarico, que debió sentirse conmocionado ante la muerte de tantos hombres de su pueblo, intentó, al parecer, consolarle otorgándole un título romano.

Ya no hubo más rebeliones contra Teodosio, que hizo mostrar, al parecer, la cabeza de Eugenio por toda Italia. El Imperio Romano estaba ahora unido bajo una sola mano. Por última vez había conseguido un emperador romano el dominio no sólo formal sino también real sobre la totalidad del Imperio.

La muerte del emperador y el camino hacia la escisión

Se apilaban sobre el Imperio las tareas a que debía hacer frente el emperador: las fronteras estaban amenazadas, en el Rin, donde hasta entonces Arbogasto se había preocupado por proporcionar protección fiable, pero también en el Danubio y en el Éufrates, de donde se habían retirado guarniciones de tropas. África había escapado desde tiempo atrás al control de la administración central. Reinaba entre sus tropas godas un clima de viva agitación, pues en la batalla del Frigidus tuvieron que pagar un enorme tributo de sangre. Había que reorganizar el dominio de Occidente, porque era palpable desde hacía ya muchos años que el emperador necesitaba colegas o *caesares* subordinados para ejercer su soberanía en la totalidad del Imperio. Y había, en fin, que integrar a los adversarios internos, una cuestión en la que, tras las experiencias con Tatiano, tampoco podía perderse de vista el Oriente.

La siguiente gran ciudad en su camino hacia el Oeste era Aquileya. Allí acudieron quienes deseaban felicitar a Teodosio y quienes tenían mala conciencia. Entre éstos últimos se contaba el milanés Ambrosio, que había fluctuado entre el usurpador y el emperador, y a ambos había dirigido obsequiosas cartas. Esta conducta era a los ojos del obispo legítima, porque había tenido en cuenta los intereses de su diócesis y los de su situación personal, pero a los ojos del emperador se trataba de un indicio de falta de lealtad. Ambrosio se apresuró a

escribir para justificar su comportamiento. Ya desde la primera carta puede deducirse que el emperador le había echado en cara que Ambrosio había abandonado Milán porque pensaba que Dios había abandonado a Teodosio. En su interior, el obispo lo sabía. Pero afirma que lo hizo tan sólo porque no quería encontrarse con Eugenio:

> No abandoné a la Iglesia milanesa que Dios me ha confiado sino que quise evitar la presencia de quien se había hundido en la blasfemia.[39]

El obispo celebraría con mucho gusto la misa de acción de gracias que, en sustitución de los antiguos arcos triunfales, había ordenado Teodosio, y a continuación se desborda en un torrente de palabras de glorificación del emperador que desembocan en una alabanza a la clemencia que podría manifestar también frente a sus enemigos.

Pero Ambrosio seguía estando inseguro. Había hecho llegar al emperador, por medio de los camarlengos, su agradecimiento por su benevolencia –lo que significaba que Teodosio había tenido algún tipo de reacción–, pero le perseguía el sentimiento de no haber hecho lo suficiente. Por eso enviaba ahora al diácono Félix, es decir, a una persona de confianza, para hacerle llegar la carta. Debería, además, solicitar, en nombre de Ambrosio, clemencia para quienes se habían refugiado en la iglesia. El final del escrito adquiere un tono implorante:

> Mucho es lo que suplicamos, pero lo suplicamos de aquel a quien el Señor ha concedido cosas inauditas y dignas de admiración, de aquel cuya clemencia conocemos y de cuya piedad le consideramos rehén. De él esperamos, y así lo confesamos, aún más, pues del mismo modo que con tu diligencia te has alzado con la victoria, así con tu piedad triunfarás sobre ti mismo. Porque a ti se te ha concedido la victoria, y así debe juzgarse, según la manera y acompañada de los antiguos milagros, como a los santos Moisés, Josué, Samuel y David, no según los cálculos humanos, sino en virtud de una dádiva de la gracia celestial.[40]

Una vez más intentaba el obispo utilizar su autoridad espiritual y su ministerio de intercesor por los desdichados, en este caso por los

enemigos de Teodosio derrotados, para fundamentar el contacto con el emperador y perseguir, en última instancia, sus propios intereses. Pero aunque el escrito rezumaba una gran habilidad, no tuvo éxito. Esta vez tendría que presentar personalmente sus súplicas ante el emperador en Aquileya. No se ha transmitido información sobre el curso del encuentro, pero puede admitirse como seguro que tras sus anteriores encuentros con aquel obispo experimentado, a Teodosio le complacía el gesto de sumisión que implicaba, ya en sí mismo, aquel viaje. Finalmente, el obispo obtuvo el perdón.

Teodosio emprendió el camino hacia su residencia de Milán y llegó a la ciudad un día después de Ambrosio. Es posible que no concediera ninguna importancia a la compañía del obispo, o tal vez Ambrosio quería dar pruebas de su adhesión al acompañar, en cierto modo, al emperador en su viaje. En cualquier caso, en Milán se produjo la reconciliación. Allí recibió de nuevo Teodosio la eucaristía y, en el curso de una ceremonia litúrgica, encomendó al obispo a su sucesor. Milán era el lugar adecuado para la reorganización del gobierno de Occidente. Teodosio tenía ya probablemente bosquejado en su líneas básicas el proyecto en su anterior estancia en el Oeste, cuando el año 388 visitó Roma en compañía de Honorio, y probablemente lo encumbró a *caesar*. Honorio sería en adelante el soberano de Occidente, como lo era Arcadio de Oriente. Por esta razón se hizo venir al muchacho a Milán, donde llegó un poco más tarde, en compañía de su madre.

¿Presentía Teodosio que padecía una enfermedad mortal? En todo caso, nombró tutor de Honorio, entonces un niño de diez años, al comandante de origen germánico Estilicón, casado con Serena, hija adoptiva del emperador. Al igual que Rufino, hombre de Occidente, que no había conseguido conectar con las redes orientales, así tampoco Estilicón, un hombre del Este, disponía de contactos con los altos puestos occidentales.[41] Tal vez esta circunstancia configuraba uno de los elementos del plan, porque Teodosio desconfiaba de las elites tradicionales y debió de ver confirmada su actitud en los acontecimientos de los últimos años, sobre todo a causa de la deslealtad de muchos senadores durante la usurpación de Eugenio.

Reinaba entre los senadores el sentimiento de mala conciencia: no olvidaron, por supuesto, organizar fiestas para celebrar la victoria. Llegó a Milán una embajada de Roma para sondear el estado de ánimo

de Teodosio. Debieron de sentir alivio los legados romanos al oír cómo el emperador lamentaba la muerte del mayor de los Nicómacos. Y fue, sin duda, un dato tranquilizador el perdón concedido a su hijo.

La situación en su conjunto debió de parecerles a los senadores propicia para sugerir al emperador el nombramiento de nuevos cónsules en las personas de Olibrio y Probino, hijos, todavía en edad infantil, del recientemente fallecido y altamente apreciado Probo, que había sido a su vez cónsul el año 371.[42] La sugerencia era hábil: Probo no era tan sólo el representante de uno de los más conspicuos linajes senatoriales del siglo IV, sino también cristiano y hombre muy leal al emperador reinante. Su familia era una patente demostración de cómo podían conciliarse el rango senatorial y la fe cristiana en un sentido acorde con los intereses de Teodosio.

Pero, ¿podría el emperador aprobar la sugerencia? ¿No había mantenido alejados de los puestos consulares a los senadores del Imperio de Oriente? ¿No sería más adecuado elevar al consulado a algún miembro de la familia imperial, para hacer patente el poder nuevamente alcanzado sobre todo el Imperio? Todas estas ideas debieron cruzar por la cabeza de Teodosio. Y, con todo, accedió a la propuesta de Roma, que probablemente él mismo había insinuado. Con este gesto no conseguían los senadores ni una migaja de poder, pero se les enviaba una señal de buena voluntad y una indicación acerca de dónde estaba ahora su futuro: en el cristianismo y en la lealtad para con la dinastía gobernante. Claudiano celebró el acontecimiento con brillantes palabras en un panegírico, pero se cuidó mucho de deslizar en él ningún tipo de alusiones cristianas. Se observaba, pues, evidentemente, en los círculos palaciegos, el código de la neutralidad religiosa. Parece, de todos modos, que Teodosio hizo algún intento por lograr la conversión de los senadores paganos,[43] y sus exhortaciones debieron de ser recibidas con la paciencia generada por una mala conciencia.

Frente al pueblo adoptó Teodosio una actitud menos severa que la que Ambrosio habría imaginado en Valentiniano II o en Valentiniano: el emperador llegó incluso a organizar juegos en el circo. Se manifestaba de nuevo la disposición a conseguir arreglos –a pesar de las negativas experiencias– con los círculos más amplios que fuera posible, sin imponerles con excesivo rigor las prescripciones de la doctrina cristiana.[44]

En 394, año en que Arcadio y Honorio fueron cónsules, Teodosio había dejado a Arcadio y Honorio en Oriente. Para la mayoría debería ser claro que, dada la juventud de los hijos del emperador, la figura dominante era el prefecto de los pretorianos, Rufino. Ya ejercía una considerable influencia cuando Teodosio residía en Constantinopla, y su poder debió de acrecentarse aún más en los periodos de ausencia del emperador. Por otra parte, eran las tareas de la política cotidiana las que él dominaba, y aunque tiempos ofrecían crisis, no se quería renunciar a solemnidades tales como la inauguración de la columna de Teodosio en el foro de su mismo nombre. Parece, además, que también se inauguraron aquel mismo año las termas de Arcadio, una nueva y grandiosa instalación de baños públicos.

Un concilio en el que se congregaron altos dignatarios puso término, aquel mismo año, a la disputa surgida en torno a la provisión de la vacante de la sede episcopal de la árabe Bostra. Al parecer, no hubo ninguna injerencia por parte de la administración imperial.[45] Es posible que, de haber estado presente, Teodosio hubiera dejado sentir con más fuerza su poder en esta cuestión.

Tal vez fue por este tiempo cuando se concertó el matrimonio entre Arcadio y Eudoxia, hija del jefe del ejército de origen germano Bauto, que se celebraría el 27 de abril de 395, tres meses después de la muerte de Teodosio. Tal vez ese enlace tenía como objetivo llevar la paz a los bárbaros, inquietos a consecuencia de la muerte de Arbogasto, y de la matanza de godos en la batalla del Frigidus. En todo caso, el acontecimiento se interpretó como una derrota del prefecto de los pretorianos Rufino, de quien se rumoreaba que había pretendido casar a Arcadio con una de sus hijas.

Las leyes promulgadas en Oriente durante esta etapa mantenían una línea de continuidad con las precedentes y se referían a viejos problemas. Los gobernadores se permitían demasiadas licencias ya sea en la política urbanística o en decisiones como la del gobernador de Egipto, que se atrevió a despojar de su cargo a un gobernador de rango inferior. Se combatían una vez más las deserciones de los decuriones, se prohibía a los cristianos no nicenos cualquier tipo de actividades religiosas, se regulaba la praxis del arrendamiento de los dominios estatales y se dictaban nuevas normas para atajar los abusos en los servicios de correos del Estado.

Parece que a lo largo de estos meses estallaron alborotos como los que marcaban la cadencia de la vida urbana en la Antigüedad tardía. Una fuente afirma que bajo el pagano Honorato, prefecto de la ciudad el año 394, se construyó en Constantinopla una gran sinagoga que provocó alteraciones del orden público pero que, a instancias de Ambrosio, Teodosio perdonó a los revoltosos y prohibió en adelante la construcción de sinagogas en Constantinopla. Tal vez el incidente de Calínico influyó en el relato del escritor bizantino, cuya veracidad histórica está sujeta a graves dudas.[46] Pero aparece testificado también por otras fuentes que durante la ausencia del emperador se registraron en la capital ligeras revueltas, de tal modo que no debería rechazarse de antemano el núcleo de la información, a saber, la existencia de disturbios antijudíos.

En el invierno de 394/995 la frontera oriental, que había permanecido relativamente tranquila durante largo tiempo, se mostró vulnerable. Hubo irrupciones de los hunos, que penetraron profundamente en el interior del Imperio.[47] También Egipto fue víctima de incursiones de saqueo de los pueblos de la estepa. Así pues, no estaba en modo alguno asegurado el Oriente del Imperio. También desde aquí debían dirigirse las miradas a Milán, para ver cómo intentaba el emperador solucionar los numerosos problemas, con la esperanza de que volvería a incrementarse de nuevo la presencia de tropas.

Con gran preocupación observaban los contemporáneos los funestos presagios de aquel invierno: fuertes seísmos, lluvias incesantes, eclipse de sol. Teodosio no sucumbió al activismo y mostró a la población milanesa el esplendor del poder imperial. El 17 de enero de 395 celebró, en compañía de su hijo y heredero del trono, recién llegado a Milán, carreras de carros. El historiador de la Iglesia Sócrates describe con sobrias palabras lo entonces acontecido:

> Cuando su hijo [Honorio] llegó a Milán, él [Teodosio] se recuperaba de la enfermedad y presenció las carreras de carros en celebración de la victoria. Antes de la comida del mediodía, mientras contemplaba las carreras, experimentó una gran mejoría. Pero después de la comida comenzó a sentirse repentinamente indispuesto. No tenía fuerzas para asistir a los juegos y encargó a su hijo que suspendiera las carreras. Al llegar la noche murió, el 17 de enero, bajo el consulado de Probino y Olibrio.[48]

Al parecer, en sus horas postreras buscó la asistencia espiritual de Ambrosio, quien difundió la noticia de que las últimas palabras del emperador, con desmayada voz, fueron: *Dilexi*: «He amado». El obispo las relacionaba con un salmo en el que se canta el amor a Dios.[49]

Teodosio había gobernado casi exactamente 16 años y sólo tenía, al morir, 47 años de edad. Le había arrebatado la vida una enfermedad banal, la hidropesía. ¿Qué ocurriría a continuación? Ambrosio asumió la tarea de pronunciar, el 25 de febrero, una oración fúnebre, aquel discurso que ya se ha citado en el Prólogo. Esto significaba una firme decisión por un entierro claramente cristiano, lo que, en aquellas circunstancias, distaba mucho de ser algo en sí mismo evidente. Se habían registrado discusiones acerca de la fecha y probablemente también acerca del desarrollo del ceremonial. Pues en efecto, la función que cada cual desempeñaba en la ceremonia del enterramiento del emperador indicaba la posición que se le asignaba en el futuro. Se decidió finalmente esperar –de acuerdo con la costumbre milanesa– un plazo de cuarenta días, que Ambrosio se vio en la necesidad de justificar aduciendo numerosos ejemplos del Antiguo Testamento.[50]

En su discurso, el obispo ensalzó al emperador como la encarnación de un soberano genuinamente cristiano. Habría combatido las falsas creencias, sometido el paganismo y perdonado a sus enemigos. En el cielo se encontraría no sólo con los familiares que le precedieron, sino también con Constantino. Se expresa claramente en este pasaje aquella vinculación con el primer emperador cristiano que Teodosio había evocado en sus autopresentaciones.

La oración fúnebre sirvió también, y no en último término, para aludir a preocupaciones enteramente mundanas. Ambrosio exhortó a los hijos a hacer prevalecer por doquier, siguiendo el ejemplo de su padre, la clemencia y a poner en práctica –y aquí el discurso adquiría perfiles muy concretos– una reducción de la carga de los impuestos que Teodosio habría ya planificado. Con estas dos «exhortaciones» sometía a presión al gobierno, porque ahora resultaba difícil renunciar a estos objetivos populares una vez que el obispo los había expresado en público. Aquí utilizaba Ambrosio por última vez la autoridad que le confería su sede episcopal, porque en los años siguientes pasó a un segundo plano. El cuerpo embalsamado de Teodosio fue trasladado a Constantinopla y enterrado, el 8 de noviembre

de 395, muchos meses después de su muerte, en la iglesia de los Apóstoles, panteón de los emperadores romanos de Oriente.[51]

Un aspecto parecía haber regulado Teodosio con especial cuidado: su sucesión. Ambos hijos ostentaban ya la dignidad de *augusti*, y si bien en su oración fúnebre Ambrosio estimó conveniente recordar y acentuar ante sus oyentes el deber de la lealtad frente a los hijos,[52] no hubo ningún intento por disputarles la herencia, ninguna usurpación. Honorio, que ya estaba en Milán, era a partir de ahora el soberano de Occidente y Arcadio de Oriente. Actuaba además en la corte occidental un hombre cuyo poder descollaba sobre todos los demás. Su nombre ha sido citado repetidas veces: Estilicón, esposo de Serena, la hija adoptiva de Teodosio, jefe supremo del ejército, *magister utriusque militiae,* es decir, revestido de la máxima autoridad militar. Podría haber rivalizado con él, en cuanto al rango, Timasio, pero no estaba emparentado con la familia imperial. La importancia de este factor se veía además incrementada por el ascenso de Estilicón a tutor del joven emperador – punto en el que se preocupó además por difundir la noticia de que en sus últimos días Teodosio le había confiado la responsabilidad por sus dos hijos.[53]

Y aquí arrancaba el problema decisivo. Estaba fuera de toda duda la responsabilidad de Estilicón como tutor de Honorio. Pero en Oriente, donde residía Arcadio, era Rufino, prefecto de los pretorianos, quien dominaba la situación, alimentaba una considerable ambición de poder y no estaba dispuesto a reconocer la posición de predominio de Estilicón. Por otra parte, no se alcanzaba a ver por qué Arcadio, que había alcanzado los 18 años de edad, tenía necesidad de un tutor. Por lo demás, es cierto que Rufino ocupaba una posición notablemente más débil que la de su rival, porque había fracasado su tentativa de establecer relaciones de parentesco con la casa imperial y, además, carecía de poder militar. Oriente había quedado ampliamente desguarnecido de tropas y estaba agobiado por la presencia de pueblos extranjeros en sus fronteras.

Afloraba además ahora, de nuevo, un antiguo problema: los godos regresaban a Oriente furiosos por las dramáticas pérdidas sufridas en el Frigidus. Estilicón les había permitido este regreso poco después de la muerte de Teodosio. Pero se les estaban suministrando provisiones de víveres claramente insuficientes. Vivían sobre el terreno y es probable que esta situación fuera debida a un deliberado propósito

de Estilicón: saqueando e incendiando cruzaron los Balcanes. La población nativa se enfrentaba a ellos inerme y desprotegida.

Es indicio de la impopularidad de Rufino el rumor que circulaba de que había dado acogida a los godos en el país. La noticia apenas es creíble, porque los saqueos iban en contra de sus propios intereses. Pero le venía muy a Estilicón, que se había librado de ellos y, al mismo tiempo, perjudicaba a su rival. Aunque los godos avanzaron hasta las murallas de Constantinopla, Rufino consiguió superar la difícil situación. Disfrazado con vestimenta goda, se presentó en el campamento de los enemigos que, en sentido estricto, seguían siendo tropas romanas, y forzó la retirada de Alarico. De todas formas, se trataba de un simple respiro.

En la primavera de 395 Estilicón emprendió una campaña contra Alarico. Para ello, tuvo que marchar hacia Oriente, lo que provocó el nerviosismo del gobierno, casi totalmente desprovisto de protección militar. El jefe del ejército occidental consiguió interceptar y cerrar el paso a Alarico y los suyos. La victoria parecía estar al alcance de la mano, pero Estilicón vaciló en entablar el combate decisivo, tal vez para evitar cuantiosas pérdidas de soldados o tal vez con la intención de apoderarse de la persona de Alarico y mantenerlo bajo custodia como rehén frente a Oriente, o tal vez como resultado de algún acuerdo secreto con los godos. Pero al actuar así se colocaba en una disyuntiva enmarañada. Constantinopla exigió la devolución de los aliados orientales y se sintió fortalecida por las vacilaciones de Estilicón, que acabó cediendo y dejó en libertad al ejército oriental, bajo las órdenes de Gainas. ¿Es acaso que Estilicón respetaba la autoridad del *senior augustus* Arcadio? ¿Temía un conflicto con Rufino o con Gainas? ¿Quería concentrarse y acentuar su poder en Occidente? El hecho es que se retiró a Italia y dejó a Alarico las manos libres en los Balcanes. Y la región quedó sometida a nuevos saqueos.[54]

Arcadio y Rufino debieron de saludar con alivio la llegada de los soldados que aseguraban de nuevo una defensa militar eficaz del Imperio. El 27 de noviembre de 395 las cosas parecían haber llegado a su punto final. Los dos se trasladaron, siguiendo la costumbre, ante la muralla de la ciudad para recibir solemnemente al ejército. Arcadio pasó revista a las tropas, acompañado por su prefecto de los pretorianos, Rufino, que se comportaba con gran amabilidad. Pero, a una orden de Gainas, fue rodeado por los soldados, que le remataron ante

los ojos del inerme emperador. La noticia del linchamiento se difundió con la rapidez del viento. La gente se agolpó en el lugar de los hechos, entonaron canciones burlescas y ultrajaron brutalmente el cadáver, porque todos habían tenido que soportar leyes fiscales de las que hacían responsable a Rufino, que, además, pretendía, al parecer, arrogarse la condición de soberano. La muerte de Rufino provocó tal sensación que se convirtió en el ejemplo predilecto de los teólogos para ilustrar las rápidas e inescrutables mudanzas de la fortuna.[55]

Había quedado sobradamente demostrada la falta de poder del emperador y la falta de escrúpulos del militar. El asesinato de Rufino habría podido convertir a Estilicón en el señor de todo el Imperio y se divulgó rápidamente, por supuesto, el rumor de que era él el auténtico instigador del asesinato. Pero estos cálculos no salieron bien. Fue Gainas quien se encumbró como la figura militar dominante de Oriente. Es cierto que tuvo que vigilar mucho más de cerca que Estilicón los sólidos ambientes civiles de la capital y tolerar a su lado, como la auténtica cabeza política, a Eutropio. Este eunuco de origen armenio había ido ascendiendo desde puestos ínfimos en el palacio hasta la posición de hombre de confianza de Teodosio. Fue él quien visitó al ermitaño Juan para consultarle acerca de los planes de campaña del emperador. Bajo Arcadio siguió en ascenso su carrera. El año 399 sería investido del consulado, contrariamente a toda la tradición. Pero acabaría perdiendo el favor del emperador y, a una con ello, la vida. Declinaba también la estrella de Gainas. No sólo tenía que enfrentarse a la creciente oposición de los habitantes de la capital, sino a la competencia de otros militares, hasta que en 400 fue expulsado de la ciudad, junto con sus partidarios. Los godos que se quedaron en la capital fueron víctimas de un linchamiento colectivo. Gainas sucumbió en la matanza.

Estilicón no consiguió hacerse con el poder a raíz del golpe contra Rufino y ni siquiera pudo mantenerse a la larga en la parte del Imperio bajo su mando. Cayó en 407, a consecuencia de intrigas palaciegas. Es cierto que durante los diez años siguientes a la muerte de Teodosio sus dos hijos consiguieron mantenerse en el trono. Pero los planes hereditarios teodosianos se habían hecho añicos y el desgarramiento del Imperio seguía su curso imparable. El emperador había subestimado la apasionada capacidad destructiva de las rivalidades entre la gente de su confianza. No deja de ser una ironía de la

historia que fueran los godos de Alarico el último vínculo de conexión entre Oriente y Occidente, al moverse, saqueando, de un punto a otro, hasta demostrar espectacularmente, con su conquista de la ciudad de Roma, la total inanidad del poder imperial de Occidente.

Ya en los decenios anteriores había vivido el Imperio experiencias de división. Pero lo acontecido bajo los hijos de Teodosio revestía mucha mayor gravedad.[56] Occidente, por el que tanto había luchado Teodosio, sucumbió finalmente ante el embate de los pueblos germánicos. El Este del Imperio, en cambio, en el que sólo con gran esfuerzo había logrado imponer su soberanía interna, consiguió una etapa de estabilización. Aquí se alzaron con la supremacía fuerzas civiles romanas. Bajo la forma de Imperio Bizantino, el Imperio Romano se mantendría en pie durante más de mil años. Las generaciones posteriores entendieron que aquel proceso de escisión era irreversible. Para los contemporáneos, la distribución de la soberanía entre los hijos de Teodosio era algo que habían vivido ya varias veces en años anteriores. Podían, por consiguiente, dar por descontada la posibilidad de que alguna vez, y de alguna manera, surgiría de nuevo un soberano fuerte que volvería a unificarlo bajo su mando, tal como lo había conseguido Teodosio. Durante mucho tiempo siguió alentando esta efímera esperanza.

VIII. Teodosio el Grande

¿Quién habla de victoria? Resistir: eso es todo.
RILKE. *Requiem por Wolf Graf von Kalckreuth*

En los últimos meses del gobierno de Teodosio se venía acumulando el descontento. Tras la muerte de este emperador, los acentos se desplazaron. Arcadio –¿o habría que decir Rufino?– exigió que se cumpliera con mayor rigor la legislación religiosa.[1] Se anularon las concesiones a los eunomianos, se rescindieron, ya el año 396, las discriminaciones contra los licios dictadas como consecuencia de las actividades del prefecto de los pretorianos Tatiano, y el propio Tatiano fue rehabilitado. Su familia vivió incluso, en una etapa posterior, un nuevo encumbramiento. En Occidente se proclamó una amplia amnistía para los funcionarios y titulares de cargos del usurpador Eugenio. Los godos, por los que tanto se había preocupado Teodosio, fueron abandonados a su suerte.

No se sabe qué cuchicheos pudieron intercambiarse en la corte y la administración sobre el fallecido: tal vez el sentimiento predominante era el de distanciamiento. Apenas podemos percibir las voces de los pragmáticos, de los militares y de quienes tenían que asumir responsabilidades políticas directas. En todo caso, un historiador cercano en el tiempo e inserto en aquel ambiente transmite una imagen matizada del emperador, no influida por prejuicios religiosos, que impresionaba, al parecer, por la pureza de sus costumbres.[2] La inmensa mayoría de las fuentes que se manifiestan sobre el modo de ser de Teodosio están, por el contrario, de alguna manera inspiradas en criterios religiosos y casi todas se remontan, además, a una época posterior.

Para los cristianos no nicenos la tradición más importante se encuentra en Filostorgio, historiador de la Iglesia de tendencias eunomianas.[3] Declara que Teodosio tuvo una buena muerte porque alcanzó victorias, dejó dos hijos y les pudo entregar el Imperio sin guerra civil. La causa de tales éxitos era para los cristianos algo evidente: fue su

apasionada lucha contra los ídolos paganos. Ello no obstante, este autor denuncia las malas costumbres del emperador, su estilo de vida desaforado y despilfarrador. Desde su punto de vista, Teodosio era, además, hereje.

El concepto de la descomposición moral se sitúa en el centro de la crítica pagana a Teodosio. Quien más por extenso lo describe es Zósimo, cuya obra es frecuentemente –y no por casualidad– citada en nuestras páginas. Extrae su información de un cierto Eunapio, quien, en su calidad de contemporáneo de Teodosio, se pronuncia, con actitud beligerante, en su obra, a favor de las tradiciones pasadas y del momento presente del paganismo.[4] Teodosio aparece en esta tradición como un soberano de naturaleza tiránica, perezoso, colérico, derrochador, enormemente influenciable, aunque Zósimo admite que poseía capacidad suficiente para tensar sus fuerzas en casos de necesidad. Con todo, a propósito de numerosas medidas concretas, Zósimo formula una crítica demoledora: al permitir la entrada de los godos en las tierras del Imperio, Teodosio habría acelerado su descomposición; su reorganización del ejército lo habría debilitado; en su lucha contra el paganismo le habría privado de sus bases; bajo su gobierno se habrían hundido en la ruina las ciudades.

Estas opiniones negativas, contrarias a la imagen imperial oficialmente difundida, son, por lo demás, una minoría en el conjunto de la tradición antigua. Inaugura la lista de los autores encomiásticos Ambrosio, con su oración fúnebre, en la que se traza el perfil de Teodosio como el emperador auténticamente cristiano.[5] Este estilo de soberanía no excluye en modo alguno fallos en casos concretos, entre los que Ambrosio menciona sobre todo el baño de sangre de Tesalónica. Pero el obispo podía lavar esta mancha aduciendo ejemplos bíblicos, como los de los gloriosos reyes del Antiguo Testamento David y Salomón, que también cometieron pecados. Ambrosio aprovecha esta oportunidad para adjudicar una nueva función a los clérigos: son el correctivo indispensable de los poderosos: del mismo modo que el profeta Natán reprendió al rey David, también Ambrosio se consideraba autorizado a criticar a Teodosio. En esta tradición se inserta la imagen de Teodosio transmitida por Agustín, que junto a los triunfos militares y religiosos, destaca la humildad (*humilitas*) del emperador, marcando de este modo, con rasgos firmes y permanentes, la concepción medieval de Teodosio.[6] En Oriente, fue el obispo

de Constantinopla, Juan Crisóstomo, quien acuñó la imagen, menos matizada, de un emperador piadoso y victorioso.[7]

Las obras de los historiadores eclesiásticos nicenos que, en el marco de su confesión, transmiten las representaciones más matizadas, acentúan expresamente, al igual que Ambrosio, la fe y las virtudes cristianas del emperador: Rufino, que estaba profundamente influido por el obispo de Milán, escribió en latín, pero su obra fue traducida al griego, de modo que tuvo repercusión en Oriente. No se ha conservado la *Historia de la Iglesia* de Gelasio de Cesarea, que fue probablemente muy utilizada para las exposiciones posteriores. En este campo figuran sobre todo las historias de la Iglesia –muy utilizadas en el presente libro– de Sócrates, Sozomeno y, sobre todo, Teodoreto. Es éste último quien ha bosquejado la imagen más persistente del emperador:

> Luchando siempre por la verdadera fe, cometió ciertamente, de acuerdo con la condición humana, graves errores, pero se arrepintió siempre gracias a las exhortaciones de los hombres de la Iglesia, y por eso fue un buen gobernante.[8]

La actitud básica de los nicenos cristalizó en la denominación «el Grande». En sus orígenes, este término aludía al griego *mégas*, añadido a su nombre, para indicar que era «el mayor» en relación con su nieto Teodosio II (408-450). Pero muy pronto el título incorporó la significación de «grandeza histórica». Está testificado por primera vez en este sentido en el Concilio ecuménico de Calcedonia de 451.[9] Esta asamblea suministró una prueba de la desunión de la Iglesias, pero hubo un aspecto en el que reinó la unanimidad entre todos los partidos: todos estaban de acuerdo en lo relativo a la grandeza de Teodosio. En adelante, el término quedó firmemente adherido al nombre y así se difundió también en el espacio latinohablante.

Había ya otro emperador cristiano de la Antigüedad con ese mismo sobrenombre de «el Grande»: Constantino (306-337). Ambos forman con frecuencia una pareja en la tradición. Uno fue el primer emperador romano que abrazó el cristianismo, el otro contribuyó a la implantación de este cristianismo bajo su formulación nicena. El propio Teodosio había señalado ya esta conexión cuando aludía de buen grado a Constantino en sus autopresentaciones. Los méritos

contraídos por ambos emperadores en torno a esta fe han marcado su imagen en la historiografía medieval y en la primera etapa de la modernidad, de acusada impronta cristiana, aunque ya entre los protestantes comenzaron a dejarse sentir voces que presentaban a Teodosio como defensor de una fe «católica» y a su figura complementaria, Ambrosio, como el exponente de una errónea influencia de la Iglesia en los asuntos del Estado.

La historiografía profana de la Edad Moderna se mostró muy reticente respecto de una concepción de la «grandeza» de cuño eclesiástico. Para la mayoría, Teodosio era una pálida figura de soberano. Jacob Burckhardt (1818-1897), a quien debemos fundamentales reflexiones sobre el tema de la grandeza histórica, lo analiza con gran tacto, a la hora de pasar revista a los personajes a quienes se atribuye este sobrenombre.

Si se le concede a Teodosio este calificativo, es en el sentido de que consiguió una vez más, una última vez, unir *de facto* y asegurar hasta cierto punto el Imperio Romano frente a sus enemigos exteriores. El final de su reinado es considerado como una fecha que marca la historia.[10] Pero también su religiosidad desempeña un papel central: para Otto Seeck (1850-1921), por ejemplo, marcado por la mentalidad de la Ilustración, y cuya descripción del «ocaso del mundo antiguo» es hasta hoy insustituible, aquella religiosidad se convirtió en una característica ampliamente negativa. Admite, por supuesto, que Teodosio se esforzó seriamente por atenerse a los principios cristianos y por estar personalmente a la altura de sus elevadas pautas éticas, pero su fe habría degenerado a menudo en superstición y habría empujado al emperador a decisiones irracionales. Describe a Teodosio como un hombre con respetables objetivos que, debido a su debilidad interior, estuvo expuesto a las sugestiones de su entorno y cedió siempre ante ellas. Leemos lo siguiente:

> No es [...] buena voluntad lo que le faltó a Teodosio, pero dada la inconsistencia de su carácter interior, que pensaba hallar en la Iglesia el único apoyo firme, pero nunca lo encontró, no puede depositarse ninguna confianza en él. Aparecen incluso en su personalidad rasgos de ambigua alevosía, porque ser totalmente sincero y noble es privilegio de un fuerte carácter varonil, completamente ajeno a este emperador.[11]

Toma mucho más en serio la fe de Teodosio Wilhelm Ensslin (1885-1965). Desde que recibió el bautismo, Teodosio se esforzó por convertir al cristianismo en el hilo conductor de sus actos:

> Jamás se apartó, durante todos los años de su gobierno, del objetivo reconocido como justo y querido por Dios de actuar en beneficio de la fe cristiana ortodoxa y de la Iglesia que la custodiaba.[12]

Profundizaban y matizaban esta interpretación los fundamentales enunciados de su discípulo Adolf Lippold, que es una autoridad en Alemania en esta materia.[13] Su importancia es comparable a la que ejercen en el ámbito de habla inglesa los puntos de vista de Noel King, que cree poder descubrir una política poco menos que sistemática encaminada a la estructuración de una soberanía de impronta cristiana.[14]

En estas páginas se ha intentado bosquejar una imagen distinta del emperador, a saber, la de un gobernante que no se atenía a unos principios fijos y determinados, sino que se esforzaba más bien por la integración del Imperio y que, más que encauzar los problemas, reaccionaba cuando se presentaban. Pero antes de exponer una vez más los criterios determinantes, debo adelantar una confesión: que, a pesar del optimismo de algunos investigadores, es poco lo que se puede extraer acerca de la personalidad de Teodosio a partir del material de fuentes de que disponen los historiadores de la Antigüedad.

No tenemos testimonios directos de Teodosio, sino tan sólo juicios y valoraciones de terceras personas o, a lo sumo, textos oficiales surgidos en su entorno. Es tarea singularmente arriesgada valorar la pregunta central acerca de su religiosidad. He mencionado en numerosos pasajes medidas del emperador que a la investigación le complace explicar como derivadas de su piedad, pero que también admiten otras interpretaciones. Esto no significa que yo ponga en tela de juicio la sinceridad de sus sentimientos cristianos, un aspecto acerca del cual no puede el historiador emitir ninguna valoración. Lo único que se puede hacer es bosquejar hipótesis, a partir de las acciones comprobables acerca de los motivos de los actores históricos y contraponerlas entre sí. En modo alguno es posible comprender la conducta

de Teodosio a partir únicamente de su fe. Sus miradas tuvieran que estar también forzosamente guiadas por la seguridad del poder. Volveremos sobre este tema cuando se analice su política religiosa.

Se oye decir que Teodosio cultivó un trato llano y afable, pero aquí puede haber simplemente una autoescenificación, muy difundida entre las figuras de los soberanos de la Antigüedad. Nadie quería ofrecer la estampa de un sombrío tirano. Pero sí parece verosímil señalar una cualidad, debido a la amplia coincidencia de las fuentes, muy divergentes en otros puntos: los repentinos arrebatos de cólera del emperador. El poeta Claudiano afirma que tan sólo su sobrina Serena era capaz de calmarle en sus accesos de ira o de mitigar sus depresiones.[15] Algunas de sus decisiones políticas fueron achacadas a su ira, aunque en este terreno hay que moverse una vez más con precaución. Dado que la irascibilidad se presenta a menudo como una de las características o rasgos excusables de los antiguos soberanos, podría fácilmente anticiparse esta razón para proporcionar una base creíble a los rápidos cambios en sus decisiones.

Ahora bien, aunque no es posible trazar un psicograma de Teodosio, se le puede, en cambio, comprender fácilmente como persona pública, como personaje escenificado, como protagonista que actúa de acuerdo con los criterios de las ciencias de la Antigüedad. Aquí es claramente visible su actitud básica integradora en sus relaciones tanto con los godos como con los paganos, con los cristianos no nicenos y con los judíos, con los decuriones y con las elites del Imperio. Puede tal vez explicarse este esfuerzo recurriendo a su benevolencia o a sus sentimientos cristianos, pero son mucho más convincentes los imperativos tácticos. En su condición de emperador, raras veces podía Teodosio jugarse el todo por el todo en los conflictos y tenía que economizar al máximo los recursos del Imperio.

Su política exterior se caracteriza por su propensión a la paz. No llevó su lucha contra los godos hasta su exterminio, sino que les dio acogida en el Imperio. Renunció a acciones expansivas y no llevó a cabo, a diferencia de algunos de sus predecesores, campañas de prestigio por naderías, simplemente para demostrar su capacidad de victoria. Es significativo que este soberano no asumiera ningún sobrenombre asociado a triunfos, mientras que sus predecesores y numerosos sucesores gustaban de adornarse con refulgentes títulos, como Gothicus, Alamannicus o Sarmaticus.[16]

Pueden aducirse, también aquí, preceptos cristianos para fundamentar esta política, pero se sitúa en el primer plano la necesidad de reservar las tropas romanas: el ejército había quedado seriamente debilitado tras el desastre de Adrianópolis. A juzgar por su infructuosa penetración en los Balcanes, el emperador poseía escasas cualidades estratégicas. Dependía, por tanto, de sus buenas relaciones con el estamento militar al que, como hijo de un general, cortejaba claramente más que a los altos cargos civiles. Intentó vincularlos a su persona mediante su política de enlaces matrimoniales. Pero si los generales conseguían fortalecer su posición mediante éxitos sensacionales, podían ser fácilmente arrastrados por el ansia de poder, como tuvieron ocasión de experimentar muy pronto y a su propia costa los soberanos del Imperio de Occidente. Ya sólo por esto era razonable no proporcionarles demasiadas oportunidades de alcanzar fama como guerreros.

La mediocridad y debilidad de Teodosio en el campo militar podría haber tenido desastrosas consecuencias, por muy atrayente que les resulte a ciertos modernos observadores continentales, si la buena suerte (en tiempos anteriores se habría dicho la Fortuna), que le acompañó durante tantos años, no le hubiera favorecido también bajo este aspecto. Debía la paz en la frontera oriental sobre todo a la debilidad interna de Persia, devastada por guerras sucesorias. El hecho de que, a pesar de todo, en el reparto de Armenia, Persia se quedara con la mayor parte del territorio ilustra bien la debilidad militar de los romanos en Oriente. La situación se tornó aún más crítica cuando el emperador se vio obligado, en su campaña contra Eugenio, a desguarnecer de tropas las fronteras orientales. Como consecuencia de esta decisión, las provincias de aquellas regiones fueron sometidas a múltiples calamidades en el invierno de 394/395, cuando pueblos extranjeros invadieron el territorio robando y saqueando. Le habría esperado aquí a Teodosio una dura tarea, si hubiera regresado.

De hecho, a la conducta seguida por Teodosio apenas se le ofrecía ninguna otra alternativa, porque la principal amenaza a su dominio no procedía de los enemigos exteriores, sino de los interiores, los usurpadores. Ya el simple hecho de que se produjeran usurpaciones, pero sobre todo sus éxitos iniciales, testifican la gran dificultad de mantener el Imperio bajo control. Durante la mayor parte del

gobierno de Teodosio, el Imperio Romano estuvo dividido en Oriente y Occidente, cada uno de ellos con su propio centro de poder. Esta situación ofrecía ventajas en lo relativo a las defensas exteriores del Imperio. Tanto Máximo como Eugenio supieron asegurar la frontera del Rin y del Danubio con una eficacia mucho mayor que más tarde Honorio, hijo de Teodosio. No hay respuesta a la pregunta de si, en su condición de soberano único del Imperio Romano, habría podido conservarlo unido y defender con eficacia sus fronteras. En todo caso, considerado en su conjunto, fue capaz de mantener la posición del Imperio frente al exterior: no habrían conseguido más ni siquiera generales de tan grandes cualidades estratégicas como sus predecesores Valentiniano I o Constantino el Grande.

En el terreno administrativo no puso Teodosio acentos verdaderamente nuevos. Fracasó su intento, acometido en el inicio de su gobierno, de fortalecer el ejército con reclutas romanos. Por otro lado, mantuvo, como los emperadores anteriores, el peso de los impuestos sobre la población y procuró curar los síntomas del déficit financiero crónico del Imperio Romano. Acentuó aquí a menudo el principio de la equidad, pero impuso de ordinario con total firmeza los intereses del Estado, de modo que siguió su marcha imparable el proceso de decadencia de muchas ciudades, hundidas en la miseria.

La disposición general de Teodosio a la integración estuvo contrarrestada, en lo concerniente a las elites, por su desconfianza frente a la clase aristocrática, sobre todo la de Oriente. De aquí se derivó que elevara a los primeros puestos a gente de su confianza procedente de Occidente, a quienes les faltaba a menudo conocimiento de las circunstancias locales y capacidad de influencia. Proporciona un buen ejemplo Rufino, quien ciertamente pudo imponer su poder con brutalidad durante cierto tiempo, pero fue siempre odiado y pereció asesinado poco después de la muerte de Teodosio. Pero la desconfianza de Teodosio frente a las elites tradicionales estaba muy lejos de ser paranoide: cuando, para el tiempo de su campaña contra Máximo, confió al pagano Tatiano, hombre de Oriente, la prefectura de los pretorianos de aquella región, cometió un grave error, porque éste se dedicó a cultivar sus propios intereses. Fue asimismo una decisión errónea el nombramiento de Nicómaco Flaviano, otro pagano, como prefecto de los pretorianos de Occidente el año 390, porque se pasó al usurpador.

La actitud reservada de Teodosio frente a las elites civiles no brotaba en modo alguno de un menosprecio radical por la cultura tradicional cultivada en estos círculos. Al contrario, el emperador favoreció a muchos de ellos, precisamente a causa de esta cultura.[17] Fueron numerosos los autores, sobre todo historiadores, que se mostraron unidos al emperador y que confiaban, al parecer, en que disfrutarían de su favor. Se dice incluso que el propio Amiano, autor pagano, había confiado en hallar eco en la corte con su obra histórica.[18] Nicómaco Flaviano dedicó una obra histórica a Teodosio, a quien más tarde traicionaría.[19] Aurelio Víctor llevó a cabo una composición en honor del emperador.[20] Y es bien sabido que el historiador Eutropio fue recompensado con altos cargos.

También en la presentación que hacía de sí mismo con ayuda de las artes plásticas estaba Teodosio vinculado a los métodos tradicionales. Al igual que en los panegíricos, también en el arte representativo se esforzó por la neutralidad religiosa. No se menciona a Cristo, ni tampoco la cruz fue, hasta donde alcanzan nuestros conocimientos, objeto de veneración, sino que sencillamente aparece reproducida como un objeto de uso cotidiano, por ejemplo, en los estandartes de las tropas. La orientación clásica del estilo de aquella época da expresión sensible a esta actitud.[21]

Respecto de la masa de la población –donde tenían relevancia política sobre todo las metrópolis– Teodosio siguió el rumbo de sus predecesores. Concedió, como correspondía al emperador, juegos y carreras de carros, aspecto en el que se diferenciaba de Valentiniano II. Procuraba impresionar mediante la construcción de grandiosos edificios y la concesión de generosos donativos. Con una actitud distinta a la de algunos otros emperadores, se esforzó por difundir por doquier –no sólo en Roma– la impresión de un modo de ser llano y afable. Así parece reflejarlo su retrato –si es auténtico– en el que aparece representado con la corona civica, es decir, la corona para la salvación de los ciudadanos (*figura 19*).[22]

Estallaron, con todo, numerosas revueltas que Teodosio sofocó con una mezcla alternativa de severidad y clemencia, tanto en Constantinopla y Antioquía como en Tesalónica o Alejandría. Aquellos tumultos nunca supusieron una amenaza seria para su gobierno, pero sí constituyen un síntoma claro de un persistente descontento a nivel local.

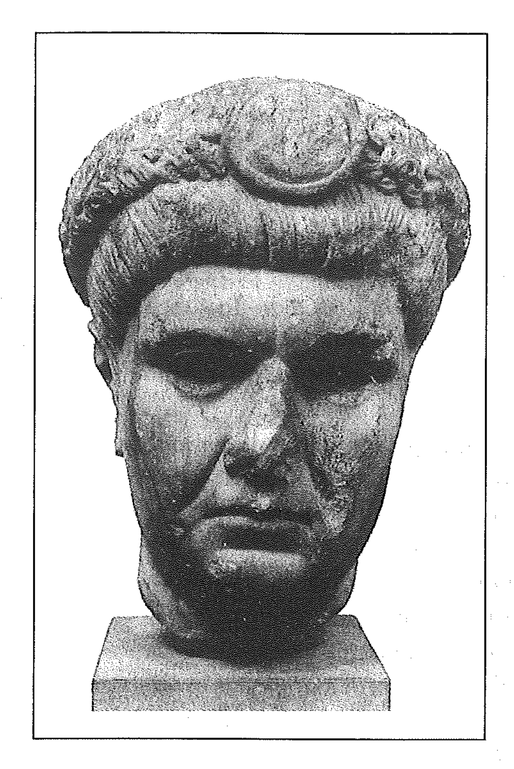


FIGURA 19. Supuesto retrato, de tamaño superior al normal, de Teodosio con la corona cívica.

La política religiosa poseía en la Antigüedad una importancia determinante. En Teodosio estuvo marcada desde el principio por su confesión clara y patente de la fe nicena, por un lado, y la atenta consideración de las necesidades de la política práctica, por otro. Supo escenificar bien su papel de emperador piadoso. No era pura máscara, como se deduce del hecho de que en una grave situación existencial pidiera el bautismo, que limitaba sus posibilidades de acción, porque a partir de aquel momento quedaba sujeto a la disciplina penitencial de la Iglesia. También puede establecerse una cierta conexión entre su género de vida y las enseñanzas cristianas: fue relativamente moderado en sus gastos personales y fiel a su mujer, lo que, de todas formas, a finales del siglo IV se esperaba también en la ética pagana.

Es preciso señalar aquí, por otra parte, una reserva: desde un punto de vista cristiano severo, habría sido preferible la viudez a su segundo matrimionio con Gala.

En algunos ámbitos de su política, el emperador se orientó por principios que se derivaban del cristianismo, como por ejemplo en su resistencia a pronunciar sentencias de muerte. Pero no debe olvidarse que esta misma actitud está testificada de diversas formas en otros anteriores emperadores paganos. Además, en algunas ocasiones, como por ejemplo en los casos de los usurpadores Máximo y Eugenio, Teodosio evitó hábilmente mancharse las manos de sangre, pero permitió que lo hicieran sus soldados. En las batallas procedió con la misma falta de escrúpulos que sus predecesores. Asumió sin compasión la matanza de godos durante los combates del Frigidus.

En la legislación religiosa favoreció el cristianismo, sobre todo el de orientación nicena, pero no vaciló en anteponer los intereses del Estado en la cuestión, por ejemplo, de las cargas fiscales. Llama la atención una cierta tensión entre las declaraciones y las acciones, especialmente patente en el trato dispensado a los paganos. Mediante la promulgación de leyes de creciente rigor, intentaba Teodosio suprimir los cultos paganos, incluso los del ámbito privado hasta entonces tolerados. Bajo su gobierno fueron totalmente erradicados de la escena pública en numerosas ciudades y poblaciones menores. Y, sin embargo, no sólo permitió, sino que promovió la presencia de numerosos paganos en su entorno y no puso, al parecer, especial empeño en trasladar enérgicamente al terreno de la práctica sus medidas antipaganas.

Fue más consecuente su actitud frente a los grupos que consideraba heréticos. Sus comunidades fueron expulsadas de las ciudades, sus organizaciones eclesiales disueltas y sus edificios expropiados. Pero los individuos concretos no sufrieron, al parecer, especiales vejaciones. Podría tal vez afirmarse que Eunomio fue el único dirigente de una confesión herética castigado con el destierro y su vida en el exilio no estuvo sujeta a especiales privaciones. Pero incluso en el caso de que el número de los desterrados hubiera sido mayor, la tradición transmite la impresión de que los castigos fueron leves. También es cierto, por otro lado, que –al contrario de los paganos– no existen testimonios de herejes ocupando puestos elevados, aunque tal vez algunos desempeñaran por este tiempo funciones en la corte.

Es, tal vez, la moderación del emperador en la aplicación de las medidas punitivas contra herejes concretos la mejor explicación del modo tan silencioso como se produjo el paso de un régimen eclesial homoiusiano al régimen niceno. Cabe suponer que en la mayoría de las ciudades –y así puede testificarse en algunos casos concretos– los obispos nicenos admitieron sin oposición a un gran número de clérigos homoiusianos. Al final del gobierno de Teodosio, los homoiusianos habían desaparecido casi por completo, fenómeno verdaderamente sorprendente al que el emperador proporcionó un notable impulso. Pero no con ello retornó la paz interior a la Iglesia. Nuevos enfrentamientos la desgarraron en la siguiente centuria.

En el trato con los judíos, Teodosio recorrió sendas transitadas durante siglos. Toleró la presencia de sus comunidades e incluso, hasta cierto punto, las protegió, pero ningún judío practicante contaba con la más mínima oportunidad de ascender hasta la elite del Imperio y Teodosio no reprimió con la necesaria energía las crecientes amenazas que se cernían en la vida cotidiana sobre la población religiosa judía. Como en los restantes ámbitos de su política, también en el de la esfera religiosa estaba dispuesto a salir al encuentro de los diversos grupos, siempre que pudiera justificarlo frente a los nicenos.

Esta política tolerante e integradora del emperador se desarrollaba en un paisaje religioso donde estallaban una y otra vez acciones violentas protagonizadas por los más diversos grupos. Fueron muchos los enfrentamientos a nivel local que no aparecen mencionados en nuestras fuentes. Cuando los motines adquirían singular virulencia, las autoridades competentes solicitaban la decisión del emperador. A veces se recurría a él como a cristiano, otras como a cabeza del Imperio, que debería sentirse firmemente interesado por el orden público. En la conducta práctica, Teodosio protegía como norma a los cristianos: ni se vieron obligados a reconstruir la sinagoga que habían destruido en Calínico, ni fueron castigados por sus provocaciones a los paganos de Alejandría. Los no nicenos no podían esperar un trato igual bajo su gobierno. En todo caso, el emperador se esforzó por evitar duras medidas contra ellos, por ejemplo cuando, también en Alejandría, renunció a castigar los homicidios cometidos contra cristianos.

Con esta conducta se pudo, hasta cierto punto, canalizar el malestar por la política religiosa del emperador. Los ataques de los

paganos alejandrinos no iban dirigidos contra el gobierno imperial, sino contra los cristianos. Y aunque es cierto que la actitud abierta de Eugenio respecto a los paganos propició la ruptura de algún que otro senador con Teodosio, no se desencadenó un movimiento masivo de los seguidores de los cultos tradicionales.

Fueron muchos los temas en los que Teodosio siguió de cerca los pasos de sus predecesores. Lo novedoso en su gobierno parece situarse, a mi entender, en lo siguiente: en la capacidad de servirse del cristianismo, que se había convertido en una potencia social de primer orden, para afirmar su poder. Así pudo comprobarse en el modo coherente con que puso la orientación de la fe nicena al servicio de la seguridad de su dominio en Oriente. No debe hablarse aquí ciertamente de una Iglesia del Estado, ya por el simple hecho de que ambas instituciones estaban lógicamente gobernadas por personas diferentes: los mandatarios del Estado no eran a la vez dignatarios eclesiásticos, aunque el emperador intervenía de varias maneras en la Iglesia y los obispos iban adquiriendo *de facto* un creciente poder mundano. A ello se añade que, desde los tiempos de Constantino, el cristianismo había aparecido siempre como un firme aliado del Estado. Nunca se integró en la vida estatal ni estuvo tan dominado por las elites seculares como lo había estado antes la religión pagana. Los clérigos tenían, por lo demás, una posición más independiente que la de los funcionarios civiles, pues dependían menos del favor imperial. La crítica de los obispos a ciertos comportamientos del emperador podía interpretarse como peligrosa y destructora. La constante exhortación a la clemencia se prestaba a debilitar la capacidad de coacción del Estado.

Pero Teodosio consiguió neutralizar la crítica de obispos como Flaviano o Ambrosio justamente merced a su estilo de gobierno. Al ceder a sus amonestaciones, se situaba en una ventajosa situación que le permitía corregir sus severos castigos sin perder la cara. El acto de penitencia de Milán, tantas veces descrito como una humillación del emperador, le ofreció una vía de escape en una situación peligrosa que le hacía aparecer bajo la luz de un tirano cruel. Con aquel acto conseguía una escenificación que le presentaba como emperador clemente. Y, dado que, por otro lado, no renunciaba a imponer severos castigos, se aseguraba el respeto de sus súbditos.

Fueron cristianos radicales quienes marcaron en aquel tiempo la senda del futuro: hombres como Agustín o Paulino de Nola, que

habían introducido un giro radical en su anterior estilo de vida para dedicarse al servicio exclusivo de Dios. Incluso su piadoso prefecto de los pretorianos, Rufino, o su colega Valentiniano II parecían ser más consecuentes que el propio Teodosio. Observaban los preceptos cristianos con una rigurosidad que les parecía extraña a muchos contemporáneos, aunque fue cada vez más frecuente en la siguiente generación.

No se debería, por tanto, conceder un valor excesivo a la promoción del cristianismo por parte de Teodosio en el proceso de cristianización del Imperio. No puede descubrirse en su conducta un esquema claro. Incluso en el apoyo prestado a los nicenos o en la lucha contra los paganos se dejó guiar claramente en muy elevada medida por los intereses de la política cotidiana. Y tampoco la admisión de los godos en el territorio del Imperio respondía a una expresa voluntad de unir a bárbaros y romanos, sino al reconocimiento de una situación militar doblemente angustiosa: el Imperio era incapaz de rechazar a los invasores y adolecía de un déficit crónico de soldados. Y son precisamente esta sensibilidad para el curso de los acontecimientos políticos y religiosos, y la certera visión de su utilización las características más señaladas del emperador.

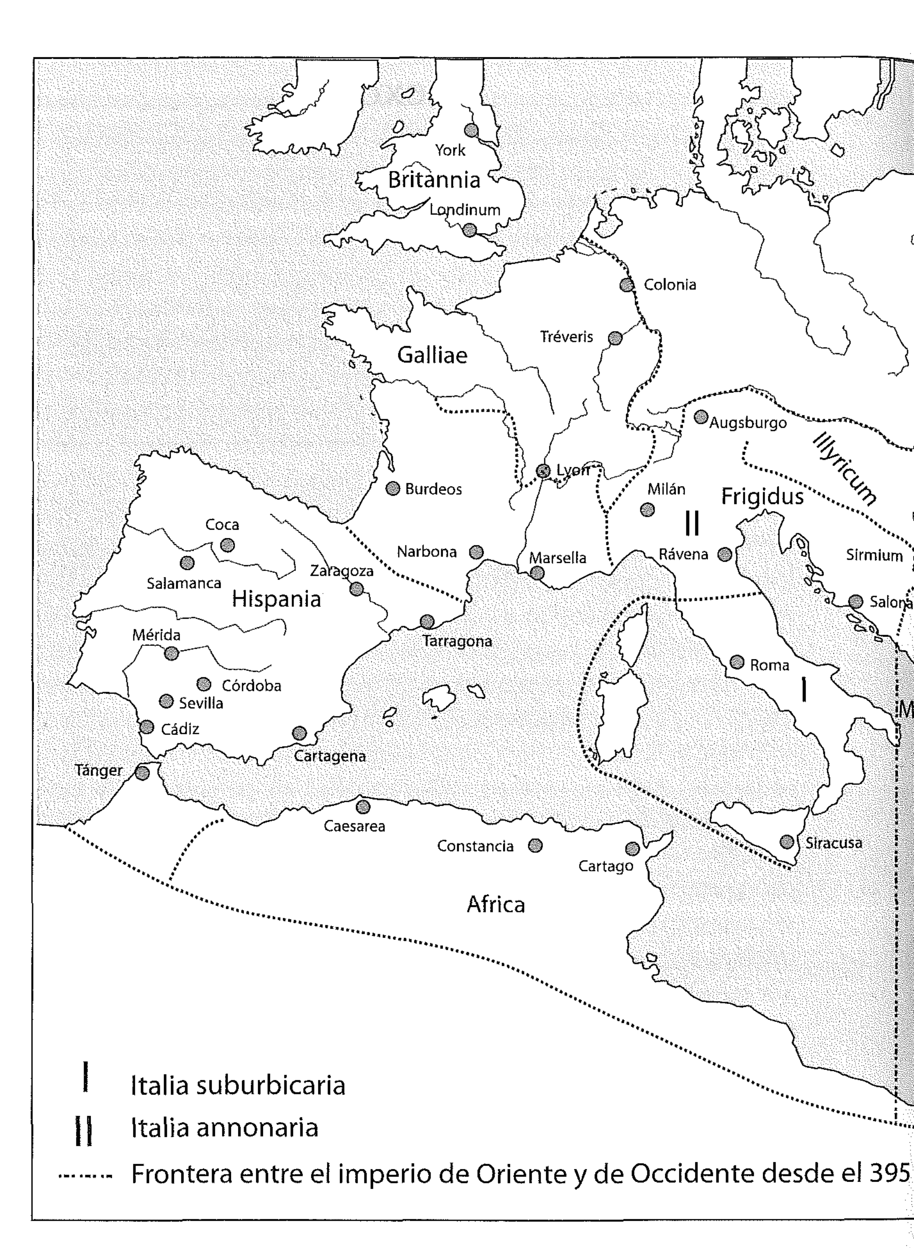
Teodosio reaccionaba ante los problemas que surgían y procuraba solucionarlos de tal forma que pudiera integrar al mayor número posible de ciudadanos del Imperio y de potenciales enemigos. No fue un modelador de la historia, un impulsor, no hay en él nada brillante. Lo que él hizo podrían haberlo hecho otros muchos. No se le puede considerar «grande» en el sentido en que Jacob Burckhardt entiende este concepto. Se esforzó con ahínco por acomodarse a las circunstancias, por vincular con él a las elites del Imperio, por reprimir a los usurpadores y por canalizar el nuevo poder de la Iglesia. Y aquí la fortuna le fue constantemente fiel. Fortuna, suerte, azar, acontecimientos contingentes, ventura o como se lo quiera llamar ayudaron a Teodosio a superar las dificultades. De ello ofrece el más expresivo ejemplo la batalla del Frigidus, con aquellas violentas ráfagas de viento artífices de la victoria.

Para los contemporáneos cristianos, aquello no fue un producto de la casualidad, sino justamente una señal irrefutable de la gracia de Dios que Teodosio se había ganado con su piedad. Es en su actitud religiosa, fuera sincera o no, donde se encuentra la clave de su signi-

ficación histórica. La actuación de Teodosio fue eficaz porque la Iglesia de Nicea se había hecho fuerte y el emperador supo aprovecharla para sus propios fines. Consiguió ganarse, merced a sus correligionarios y con la ayuda de la nueva religión, nuevos espacios de acción, de tal suerte que, sobre el fundamento de su humildad y su clemencia, pudo conservar su poder.

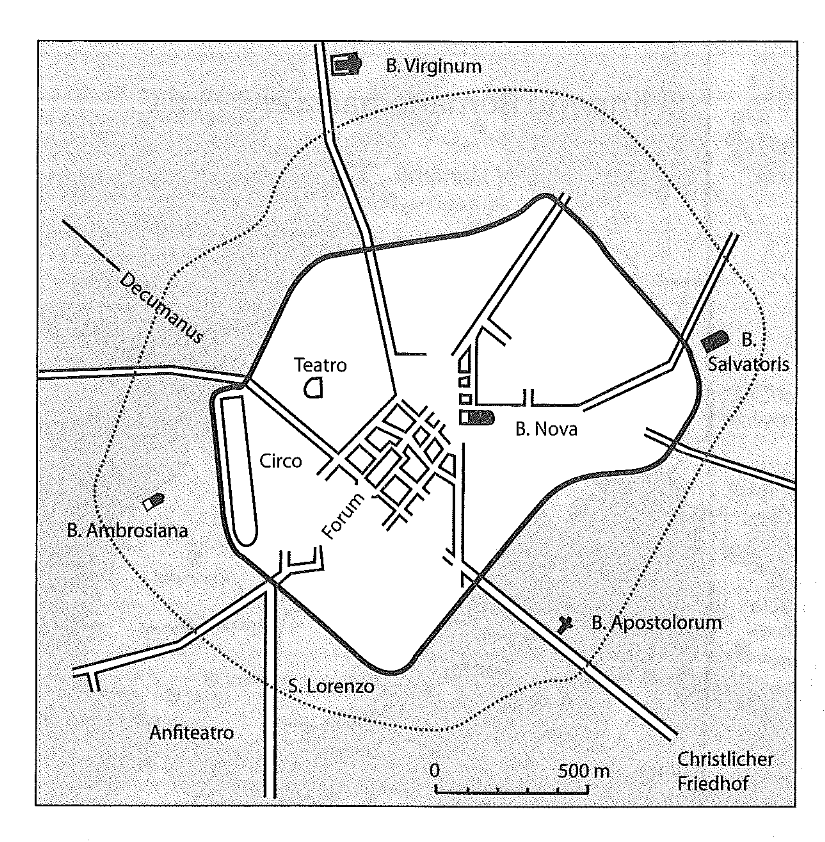
Al mismo tiempo, y a pesar de las precauciones del emperador, también los cristianos ganaban creciente influencia tanto en la vida cotidiana como en el estilo de gobierno. En este sentido, la Iglesia ha actuado correctamente al conceder a Teodosio el título de «el Grande» y la historiografía puede seguir este mismo camino, con conciencia de fidelidad a la tradición.

Anexos

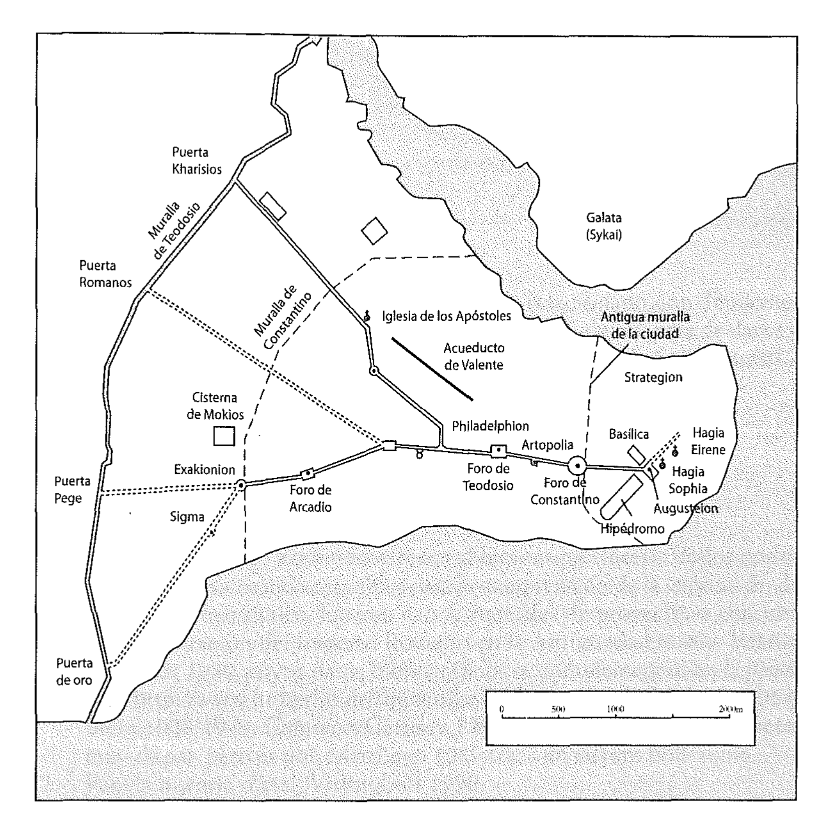


El Imperio Romano hacia el año 395 d.C.


El Imperio Romano hacia el 395 d.C.
quincum
acia
Tracia
Adrianópolis
Constantiopla
Sínope
Artaxata
Tesalónica
Nicomedia
Ponto
donia
Ankara
Asiana
Atenas
Éfeso
Antioquía
Susa
Ctesifonte
Esparta
Palmira
Babilonia
Oriens
Tiro
Jerusalén
Cirene
Alejandría
Menfis
Egipto
Tebas



Plano de Milán hacia el año 400. En la ciudad de la residencia imperial se hallan los habituales lugares de esparcimiento, pero las iglesias (B = basílica) y los cementerios confieren al plano una creciente marca cristiana.



Plano de Constantinopla en la época de Teodosio. La muralla de Teodosio fue construida bajo Teodosio II.

Notas

Prólogo

1 Son indispensables, para cualquier estudio relacionado con Teodosio, los trabajos de Lippold de 1973 –debido a la gran abundancia de datos y testimonios– y 1980. Es muy convencional la síntesis de S. Williams/G. Friell, *Theodosius. The Empire at Bay,* Londres 1994.

2 Ambrosio, Ob. Theod. 33-35.

I. Introducción: El Imperio de la diversidad

1 Este capítulo sólo pretende ofrecer al lector una síntesis de los conocimientos básicos indispensables para la comprensión de la exposición de las páginas que siguen. Existen varios manuales de provechosa consulta para la situación del Imperio Romano en la Antigüedad tardía. Véanse Demandt 1989, cuyos datos bibliográficos se complementan en la *homepage* http://www.fu-berlin.de/fmi/antike/Bibliographie.html; Jones 1964; Stein 1928/1949; Cameron/Garnsey 1998 tiene obviamente un carácter muy dispar, pero es útil; Matthews 1989 traza un cuadro polícromo.

2 Para la historia social, Vittinghoff 1990.

3 Para lo relacionado con el ejército romano, M. Clauss, «Heerwesen», *RAC* 13 (1986), 1073-1113; Elton 1996; es también de fundamental importancia, a pesar de la aparente limitación del tema, Hoffmann 1969/70.

4 De entre los manuales dedicados a la administración civil se citará aquí la densa síntesis de R. Delmaire, *Les institutions du Bas-Empire romain de Constantin à Justinien. I. Les institutions civiles palatines,* París 1995; es importante para las ciudades, aunque su centro de gravedad es ligeramente posterior, J. H. W. G. Liebeschuetz, *Decline and Fall of the Roman City,* Oxford 2001.

5 Para los problemas de interpretación, entre otros, Harries 1995.

6 R. Rilinger, «Die Interpretation des späten Imperium Romanum als *"Zwangsstaat"*», *GWU* 36 (1985), 321-340; H. J. Horstkotte, *Die «Steuerhaftung» im spätrömischen «Zwangsstaat»,* Fráncfort del M. 21988.

7 S. T. Honoré, *Law in the Crisis of Empire 379-455 A.D. The Theodosian Dynasty and its Quaestors. With a Palingenesia of Laws of the Dynasty,* Oxford 1998, cuyo optimismo no comparto.

8 Salzman 2002, obra importante para el conocimiento de la aristocracia occidental.

9 A. Winterling (ed.), *Comitatus. Beiträge zur Erforschung des spätantiken Kaiserhofes*, Berlín 1998.
10 Para la nueva significación de los obispos, Brown 1992.
11 Para este fenómeno, Brown 1982.
12 Sobre este problema, E. Baltrusch, «Die Christianisierung des Römischen Reiches. Eine Zäsur in der Geschichte des Judentums?», *HZ* 266 (1998), 23-46, aunque tal vez insiste demasiado en las líneas de continuidad.
13 Hanson 1988; una acertada introducción en W. D. Hauschild, *Alte Kirche und Mittelalter*, Gütersloh [2]2000. Las numerosas investigaciones sobre puntos concretos (puede mencionarse, a este propósito, como ejemplar, por su excelente calidad, H. C. Brennecke, *Studien zur Geschichte der Homöer [Beiträge zur historischen Theologie 73]*, Tubinga 1988), están aún a la espera de una elaboración sistemática.

II. La juventud de un soldado

1 Para el curso de su carrera, Demandt 1972; Nixon/Rodgers 1994, 517ss., que sólo difieren en algunas cuestiones.
2 Wesch-Klein 2002, 59s.; R. Tomlin, «The Date of the "Barbarian Conspiracy"», *Britannia* 5 (1974), 303-309, 303.
3 Amiano Marcelino 27,8,3; cf. 28, 3, 1s.
4 Amiano Marcelino 28, 5, 15.
5 Amiano Marcelino 29, 4, 5s.
6 Amiano Marcelino 29, 6, 15s.; con parecida tendencia Zósimo 4, 16, 6.
7 Para las motivaciones últimas –muy controvertidas–, entre otros, Demandt 1969; Rodgers 1981; Errington 1996[a], 441ss.
8 Así Errington 1996a, 447s.
9 Orosio 7, 33, 7; aquí Chron. Ad a. 376.

III. Los primeros años: un emperador extranjero en Oriente (379-382)

1 Rufino, HE 11, 13.
2 La denominación se justifica en razón de la evolución posterior, es decir, con godos occidentales (visigodos) asentados en Hispania y godos orientales (ostrogodos) al este de los anteriores, es decir, en Italia, que son los nombres habituales en nuestros días. Son más antiguas y más ajustadas las denominaciones de tervingos (de donde proceden los visigodos) y greutungos (a partir de los cuales evolucionan los ostrogodos). Para la prolija controversia sobre la etnogénesis o *ethnicity* de los pueblos germanos, que aquí no puede analizarse con mayor detalle, véase, a título de ejemplo, W. Pohl/H. Reimitz, *Strategies of Distinction. The Construction of Ethnic Identities 300-800*, Leyden etc. 1998.

3 Para el avance de los godos por las tierras del Imperio Romano, Wolfram [3]1990, 125ss. y, con gran profusión de detalles pero menor visión de conjunto, Wanke 1990, 111ss.; con numerosos y poco habituales acentos propios Heather 1991, 122ss.
4 Eunapio, Frg. 42. Es bien sabido que las elevadas cifras proporcionadas por los autores antiguos no son fiables.
5 P. Barceló, *Roms auswärtige Beziehungen unter der Constantinischen Dynastie (306-363) (Eichstätter Beiträge 3)*, Ratisbona 1981, 115s.; 135s.; 141; Heather 1991, 128ss.
6 Errington 1997, 27ss.
7 Para los detalles de las operaciones militares, Hoffmann 1969/70, I 440ss.; Wolfram [3]1990, 129ss.; Wanke, 1990, 111ss.; también M. Speidel, «Sebastian's Strike Force at Andrianople», *Clio* 78 (1996), 434-437.
8 N. Bitter, *Kampfschilderung bei Ammianus Marcellinus*, Bonn 1976, 108ss.; Matthews 1989, 295ss.
9 Para la valoración del comportamiento de los funcionarios romanos antes de Adrianópolis, MacMullen 1988, 183ss. Pero Barnes 1998, 183 recuerda que uno de los objetivos de la exposición de Amiano era destacar la creciente y rampante corrupción hasta Valente, de modo que deben tomarse con cautela sus afirmaciones.
10 Amiano Marcelino 31, 13, 19.
11 Amiano Marcelino 31, 16, 8.
12 Libanio, Or 24.
13 En los relatos posteriores de los autores nicenos sobre la muerte de Valente se percibe una cierta sorna, v. Leppin 1996, 100ss.
14 Teodoreto HE 5, 5s. Para el encumbramiento de Teodosio a emperador es fundamental Errington 1996a; también H. Sivan, «Was Theodosius I a Usurper?», *Clio* 78 (1996), 198-211; Lizzi 1998, 135-148.
15 Leppin 1996, 105ss.
16 Teodoreto es, por supuesto, consciente del problema y afirma que Teodosio no conoció a Melecio hasta más tarde (HE 5, 7, 22s.), lo que no hace más creíble su exposición. Vanderspoel 1998, 193 pasa por alto este pasaje. No puede, por consiguiente, fundamentarse aquí su afirmación de que Teodosio habría buscado ya en etapas tempranas el apoyo de los obispos orientales. Habría sido más lógico, por lo demás, mencionar como interlocutor al poderoso Petros II de Alejandría citado más adelante (CTh 16,1, 2) como uno de los obispos normativos, y no al débil Melecio.
17 Pan. Lat. 2 (Pacato), 10-12.
18 Temistio, Or. 15, 198 a. Para la interpretación del pasaje, Vanderspoel 1998, 187s. No debería insistirse demasiado en la búsqueda de la palabra exacta para el modo de expresarse, poco técnico, de Temistio.
19 Sócrates 5, 2, 2s.; 5, 6, 2; Sozomeno 7, 2, 2; 7, 4, 1s. También Filostorgio 9, 17; 19 suscita esta impresión.
20 Temistio, Or. 14, 182 c; 15, 198 a; Pan. Lat. 2 (Pacato) 10. Aus., Grat. Act. 2, 8 atribuye la victoria a Graciano, de acuerdo con la costumbre,

porque en aquel momento era él el emperador, no Teodosio. Errington 1996a, 449s. defiende con sólidos argumentos que la victoria contra los sármatas fue anterior al nombramiento de Teodosio como jefe del ejército. En tal caso, habría tenido gran importancia para su encumbramiento a emperador una victoria muy reciente.

21 Cons. Constan., Ad a. 379,1; Const. Ital., Ad a. 379; Marc. Com., Ad a. 379.

22 Errington 1996a; Vanderspoel 1998, 190.

23 Así Sivan 1996.

24 Son fundamentales para el curso de los acontecimientos militares de los siguientes años Hoffmann 1969/70, I 458ss.; Wolfram 31990, 138ss.; Gutmann 1991, 192ss.; Errington 1996b.

25 Libanio, Or. 1, 186.

26 Temistio, Or. 14, 182 c.

27 Cons. Const., Ad a. 379, 3; 380, 2; 380, 3; para éste último v. Sócrates 5, 6, 6; Chron.. Pasch., Ad a. 378; Zósimo, 4, 33, 1, que critica la magnificencia desplegada para la ocasión. Sobre la fecha exacta, Errington 1996b, 16, nota 90.

28 Const. Const., Ad a. 382, 2.

29 Zósimo 4, 25, 2-4.

30 Zósimo 4,33

31 Errington 1996b, 22ss.

32 Para este tema, entre otros, Gutmann 1991, 204ss.; Schulz 1993, 178; otra opinión, con sólidos argumentos, en Heather 1991, 334ss.

33 Temistio, Or. 15, 190d-191a.

34 Ambrosio, Spir. 1, prol. 17. Este escrito pudo ser redactado entre febrero y el verano del año 381.

35 Temistio, Or. 16, 209 a/b.

36 Es fundamental Schulz 1993, 57ss. con una visión global de las fuentes 178s.

37 En esta dirección se mueve también, aunque va demasiado lejos, F. M. Ausbüttel, «Die Dedition der Westgotten von 382 und ihre historische Bedeutung», *Athenaeum* 66 (1988), 604-613; v. M. Mirkovic, «Iphkooi und summacoi. Ansiedlung und Rekrutierung von Barbaren bis zum Jahr 382», en K. Dietz y otros (eds.), *Klassisches Altertum, Spätantike und Frühes Christentum*. FS A. Lippold, Würzburg 1993, 425-434, que destaca la peculiaridad del acuerdo de 382; también G.Wirth, «Rome and its Germanic Partners in the Fourth Century», en W. Pohl (ed.), *Kingdoms of the Empire. The Integration of Barbarians in Late Antiquity (Transformation of the Roman World 1)*, Leyden y otros, 1997, 13-55.

38 Errington 1996b, 22ss.; también Vera 1983.

39 Temistio, Or. 16, 208 b.

40 Temistio, Or. 16, 211 a/b; cf. Or. 34, 25.

41 Sobre este tema, por ejemplo, L. J. Daly, «Themistius' Concept of *Philanthropia*», *Byzantion* 45 (1975), 22-40; para la retórica triunfalista, que también salpica a Temistio, v. P. J. Hether, «Foedera and Foederati of

the Fourth Century», en P. Pohl (ed.), *Kingdoms of the Empire. The Integration of Barbarians in Late Antiquity (Transformation of the Roman World 1)*, Leyden etc. 1997, 57-74.

42 Para los detalles, Wolfram [3]1990, 141ss.; Heather 1991, 157ss.

43 Zósimo 4, 40, especialmente 5; cf. O. Schmitt, «Der "Gotensieg" von Timi. Verlauf und Hintergründe», *Historia* 46 (1997), 379-384.

44 Es dudoso que más adelante se le confiara un nuevo puesto en Achaia (PLRE I 394); en definitiva, se trata de un nombre no demasiado infrecuente.

45 Libanio, Or. 19, 16.

46 Pero sí algunos de sus acompañantes, v. Lizzi 1998, 140.

47 Gluschanin 1989, 228.

48 Zósimo 4,27; sobre este punto, con visión crítica, Demandt 1970, 720ss.; concede más fiabilidad Errington 1996b, 5. Hoffmann 1969, 497 establece una conexión entre este pasaje y la reforma de la estructura de mandos del año 388.

49 Así, Vanderspoel 1998, 192s., basándose en los confusos testimonios de algunos cronistas.

50 Para las particularidades prosopográficas, que indican que formaban parte del séquito personas de otras regiones, v. Matthews 1971, 1073s.; 1975, 107ss.; Errington 1996b, 2s.; Bravo 1996; 1998.

51 Amiano 31, 16, 8; Eunomio, Frg. 42 B: Zósimo 4, 26,2-9; para este acontecimiento, C. Zuckerman, «Cappadocian Fathers and the Goths», *T&M* 11 (1991), 473-486, 479ss.; Barnes 1998, 185; es determinante Gregorio de Nisa, *De sancto Theodoro* 61,15-62,2; para la fecha anterior S. Elbern, «Das Gotenmassaker in Kleinasien (378 n. Chr.)», *Hermes* 115 (1987), 99-106.

52 Zósimo 4, 26, 5s.

53 Para este personaje, uno de los favoritos de la reciente investigación, Leppin, «Einleitung», en *Themistios, Staatsreden. Übersetzung mit Erläuterungen* (Bibliothek der griechischen Literatur 46), Stuttgart 1998, 1-26 (en este volumen se encuentran también los argumentos a favor de las fechas de los discursos que en nuestro texto se dan por supuestas); Vanderspoel 1998; Heather 1998; Errington 2000.

54 Temistio, Or. 17, 216 b/c.

55 A ello alude P. Heather (Oxford).

56 Libanio, Or. 24.

57 Zósimo 4, 30, 3-5.

58 Sobre este tema, Downey 1959, especialmente 46s.

59 A. M. Schneider, *Das Regium sepulchrum apud comitatum zu Konstantinopel* (reimpresión de la Academia de las Ciencias, Gotinga, Phil.-hist. Kl. 1950, 15) Gotinga 1950.

60 S. Rebenich, «Vom dreizehnten Gott zum dreizehnten Apostel? Der Tote Kaiser in der Spätantike», *ZAC* 4 (2000), 300-324.

61 CTh 9, 35, 4.

62 Gregorio de Nisa, *De deitate filii et spiritus sancti* (PG 46, 557 b).

63 Son fundamentales para la interpretación de la política religiosa de Teodosio, Ehrhardt 1964; Lizzi 1996; también MacLynn 1994, 106ss., que destaca las motivaciones tácticas de Teodosio y su rivalidad con Graciano; MacLynn 1998 acentúa, además, con razón, que no cabía esperar en Teodosio, dado su origen, una sólida fe nicena.
64 Sócrates 5, 6, 2-5.
65 Sozomeno 7, 4, 3-6; CTh 16, 1, 2.
66 G. Bardy, «Le concile d'Antioche (379)», *RevBén* 45 (1933), 196-213; A. de Halleux, «"Hypostase" et "Personne" dans la formation du dogme trinitaire (ca. 378-381)» *RHE* 7 (1984), 313-369; 625-670, 640ss.
67 Barnes 1977.
68 Gottlieb 1973, 60ss.
69 Gregorio de Nacianzo, Or. 36,2; es posible que se aluda a este proceso en *De vita sua* 859-862 (pasaje del nombramiento por parte de Petros) o 1072-1112.
70 Ensslin 1953, 27. Este excelente trabajo es característico de la anterior etapa de la investigación, que veía en Teodosio al partidario y ejecutor de firmes objetivos político-religiosos; la investigación moderna pone más énfasis en las circunstancias concretas en que tomaba sus decisiones. Es fundamental para este aspecto y para algunos de los puntos que se desarrollarán más adelante, Lizzi 1996.
71 CTh 16, 1, 2 y 16, 2, 25.
72 Gottlieb/P. Barceló 1993.
73 Gregorio de Nacianzo, *De vita sua* 1282s.
74 Gregorio de Nacianzo, *De vita sua* 1287-1304.
75 CTh 16, 5, 6.
76 Errington 1997, 48ss.
77 Para el concilio, Ritter 1965; R. Staats, *Das Glaubensbekenntnis von Nizäa-Konstantinopel. Historische und theologische Grundlagen*, Darmstadt 1996; desde la óptica de la historia antigua, Errington 1997, 41ss.; Gómez Villegas 2000, 79ss.; 159ss.
78 Sozomeno 7, 8.
79 Gregorio de Nacianzo, Ep. 88; 202. MacLynn se pronuncia, con sólidos argumentos, a favor de la datación posterior de la segunda carta, es decir, no el año 383, sino el 387, en «The Voice of Conscience. Gregory Nazianzen in Retirement», en *Vescovi e pastori in epoca teodosiana* 2 (Studia Ephemeridis Augustianum 58), Roma 1997, 299-308, 304ss.
80 Sólo las actas del concilio de Calcedonia (451) transmiten una confesión de fe que se remontaría al concilio de 381. De todas formas, se discute la fecha del texto en su forma actual.
81 Ambrosio, Ep. e.c. 9 (13), especialmente 3 y 8.
82 Parast. 1 (Patria II 110). Es verdad que, en principio, estas fuentes son poco fiables, pero dado que la imagen de Teodosio como favorecedor de los homoiusianos que este pasaje deja traslucir no concuerda con la posterior tradición teodosiana, entiendo que esta noticia es digna de fe (contra Berger 1988, 635s.).

83 CTh 16, 1, 3 y Errington 1997, 64s.; Noethlichs 1971 sigue siendo básico para el tema de la legislación de Teodosio.

84 Se dice que fue Graciano el primer emperador que renunció a esta función (Zósimo 4, 36, 5), aunque las fechas son inseguras (en una horquilla que abarca desde 376 hasta 383). Es cuestión abierta si los emperadores actuaron aquí de común acuerdo o si Teodosio no tuvo que enfrentarse en Oriente a este problema. Es muy posible que el acontecimiento no tuviera tintes tan dramáticos como a menudo se supone, v. Errington 1997, 33s., nota 63, con bibliografía.

85 CTh 16, 5, 9 y Noethlichs 1971, 138s.

86 En la homoiusiana Diss. Max. 41; 64.71-73 se describe a Teodosio como forzado a seguir las ideas de Graciano, pero esto debe ser entendido como un pensamiento desiderativo de los homoiusianos.

87 Sócrates HE 5, 10, 6-30; Sozomeno HE 7, 12, 1-10; para esta anécdota M. Wallraff, «Il "Sinodo di tutte le eresie" a Costantinopoli (383)», en *Vescovi e pastori in epoca teodosiana* 2 (Studia Ephemeridis Augustianum 58), Roma 1997, 271-279.

88 Sozomeno 7, 12, 12; v. Gregorio de Nacianzo, *De vita sua* 1293s. Esta conducta mesurada en lo concerniente a la aplicación de las leyes se ve confirmada en una fuente posterior independiente: CTh 16, 10, 13.

89 Según la acertada observación de R. P. Vaggione, *Eunomius of Cyzicus and the Nicene Revolution*, Oxford 2000, 317s.

IV. Asegurar lo conseguido (383-388)

1 V. *supra*. Para la política de Teodosio frente a los persas, v. Blockey 1992, 39ss.

2 Temistio, Or 16, 212d-213a. Esta última observación alude a Joviano, que tuvo que entregar la ciudad a los persas el año 364.

3 Pan. Lat. 2 (Pacato), 22, 3, una noticia que tiene que ser complementada con fuentes árabes; v. I. *Shahid, Byzantium and the Arabs in the Fourth Century*, Washington 1984, 203ss., que, por otra parte, desarrolla ideas especulativas y en parte excesivamente personalizadoras.

4 Vera 1979.

5 Para Máximo, Ensslin 1930; Matthews 1975, 173ss.; A. R. Birley, «Magnus Maximus and the Persecution of Heresy», *BRL* 66 (1983), 13-43.

6 Así, en su carta al papa Siricio, Coll. Avellana 40, 1 (CSEL 35).

7 Epit. Caes. 47, 6; Zósimo 4, 35, 2.

8 T. D. Barnes, «Patricii under Valentinian III», *Phoenix* 29 (1975), 155-170, 159s.; otra visión en Rodgers 1981, 93ss.

9 Pan. 2 (Pacato), 24, 1.

10 F. H. Weissbach, «Theodosiopolis 1», *RE* V 2 (1934) 1922-28.

11 Para el reparto de Armenia, R. C. Blockley, «The Division of Armenia between the Romans and the Persians at the End of the Fourth Century A. D.», *Historia* 36 (1987), 222-234; también Gutmann 1991, 226ss.;

G. B. Greatrex, «The Background and the Aftermath of the Partition of Armenia in A.D. 387», *AHB* 14 (2000), 35-48; para la situación de los cristianos, Blockley 1992, 44; F. Decret, «Les conséquences sur le christianisme en Perse de l'affrontement des empires romain et sassanide de Shapur I à Yazdegerd I», *Recherches Augustiniennes* 14 (1979), 91-152, 148ss.

12 Baldus 1984. Tal vez con esta propaganda se pretendía evocar el recuerdo de los éxitos del padre de Teodosio en Britania.

13 Para este problema, Barnes 2000.

14 Temistio, Or. 19, 227 b/c.

15 Vera 1979.

16 D. Vera «I rapporti tra Magno Massimo, Teodosio e Valentiniano II nel 383-384», *Athenaeum* 53 (1975), 267-301; Dörner 2001; para las monedas, Baldus 1984, 188; J. Kent, «"Concordia" Solidi of Theodosius I. A Reappraisal», *La nouvelle Clio* 153 (1993), 77-90, 80ss. (v. Barnes 2000, 297s.); para Eudoxio, Barnes 2000, 296.

17 Sobre Ambrosio, MacLynn 1994; una síntesis en Leppin 2000, 61ss. Gross-Albenhausen 1999, 63ss, dedica un atento anălisis a los conflictos aquí mencionados.

18 Es de fundamental importancia para las embajadas de Ambrosio su carta 30 (24); cf., sobre este tema, Gross-Albenhausen 1999, 94ss.; Dörner 2001 (que atribuye a las estilizaciones de Ambrosio menos importancia que la que yo le doy); también, para las relaciones entre Ambrosio y Máximo, C. R. Raschle, «Ambrosius in psalm. 61, 16-27. Eine Predigt gegen den Usurpator Magnus Maximus», *GFA* 5 (2002), 225-243.

19 Habla en favor de una fecha anterior Ep 30 (24), 12, donde hay, a mi parecer, una alusión al proceso contra los priscilianistas (que tampoco puede datarse con seguridad) y también Dörner, 2001, que en 219s.; 237ss. ha analizado minuciosamente el problema de las fechas y la correspondiente investigación; a favor de la datación temprana, también Barnes 2000, 293ss.

20 Ambrosio, Ep 30 (24).

21 Ziegler 1970, 74ss.

22 La fuente principal es Sulpicio Severo, *Chronica* 2, 46-51; para Prisciliano y su movimiento, H. Chadwick, *Priscillian of Avila: the Occult and the Charismatic in the Early Church*, Oxford 1976; V. Burrus, *The Making of a Heretic: Gender, Authority, and the Priscillianist Controversy*, Berkeley/Los Ángeles/Londres 1995.

23 Sulpicio Severo, *Chronica* 2, 50, 5. También el pagano Pacato considera que la conducta de Máximo es digna de mención y de condena (Pan. 2, 29, 2s.).

24 Ambrosio, Ep. 72 (17); 73 (18); para este episodio, también Ambrosio, Ob.Val. 19s.

25 Se trata del llamado Feriale Campanum (ILS 4918 [CIL X 3972]); v. D. E. Trout, «Lex and iussio. The Feriale Campanum and Christianity in the Theodosian Age», en R. W. Mathisen (ed.), *Law, Society and Authority in Late Antiquity*, Oxford 2001, 162-178.

26 Ambrosio describe ufanamente y con riqueza de detalles este episodio en una carta a su hermana: Ep. 77 (22); v. también Agustín, Conf. 9, 7, 16; Paulino, V. Ambr. 15s.; v. MacLynn 1994, 211ss., que infravalora la influencia de la emperatriz, de la que el propio Agustín, a quien aduce como testigo principal, dice que puso fin a la persecución.
27 Coll. Avellana 39 (CSEL 35).
28 MacLynn 1994, 218.
29 Zósimo 4, 42, 3; v. Pan. Lat. 2 (Pacato), 30, 2.
30 Ambrosio, Ep. 25 (53), 2s. Tras esta observación, halagadora para Teodosio, podría hallarse la noticia de Teodoreto (HE 5,15) de que fue Teodosio el primero que consiguió la conversión de Valentiniano a la fe nicena y concuerda con el propósito de este autor de situar la política del emperador totalmente bajo el signo niceno, v. Leppin 1996, 160. Gross-Albenhausen 1999, 129s, se muestra escéptico respecto de la conversión.
31 De entre la abundante literatura, v. MacCormack 1981, 214ss.; Kiilerich 1993, 19ss.; Meischner 1996 (que piensa que se refiere a Teodosio II, pero en contra, y con razones convincentes, Raeck 1998, 520ss.); Kolb 2001, 220ss.
32 Pan.Lat. (Pacato), 32, 1s.
33 Gluschanin 1989, 238s.
34 Baldus 1984, 387ss.
35 Agustín, Civ. 5, 26; v. Agustín, *De cura pro mortuis gerenda* 21; Rufino, HE 2, 19. Se le atribuye a san Martín una profecía en cierto modo complementaria contra Máximo, v. Sulpicio Severo, V.Mart. 20, 8s.
36 Ambrosio, Ep. 74; e.c. 1a (40), 22.
37 Pan. Lat. 2 (Pacato), 44, 2.
38 Hoffmann 1969/70, I 480ss.
39 Wiemer 1995, 104s.; para el tema de la cultura de los funcionarios, v. Haehling 1978, 586, nota 271.
40 Liebeschuetz 1990, 24.
41 Gregorio de Nacianzo, Ep 202; también la oración fúnebre de Gregorio de Nisa por la emperatriz Flaccilla, según la interpretación de Leppin 2000 a.
42 Coll. Avellana 2 y 2ª; para estos sucesos, vistos desde otra óptica, J. F. Ubiña, «El *libellus precum* y los conflictos religiosos en la Hispania de Teodosio», en R. Teja / C. Pérez (eds.), *Congreso internacional «La Hispania de Teodosio»*, Segovia 1998, 59-68.
43 Sócrates, 5, 20, 4-6.
44 CTh 12, 1, 112.
45 Para este problema, K. L. Noethlichs, «Spätantike Wirschaftspolitik und Adaeration», *Historia* 34 (1985), 102-116.
46 CTh 8, 5, 48.
47 CTh 9, 27, 6.
48 Wesch-Klein 2002, 67; también Mal. 12,37: 41.
49 CTh 15, 5, 2, que pone limitaciones a la asistencia de los altos funciona-

rios a los juegos podría dirigirse también, en contra de la tradición, a Cinegio; v. Errington 1992, 450, nota 50; pero v. Matthews 1997, 208.
50 CTh 3, 7, 2 (= 9, 7, 5 = CI 1, 9, 6).
51 CTh 3, 1, 5; v. G. De Bonfils, «CTh. 3, 1, 5 e la politica ebraica di Teodosio I», *BIDR* 92-93 (1989/90), 47-72.
52 Libanio, Or. 1, 239-241; 19,21; 20,15; 23,13; Temistio, Or. 19, 229. No puede excluirse que las observaciones de Temistio y de Libanio aludan a dos casos diferentes, lo que acentuaría aún más la impresión de un clima de inquietud. Tal vez se refiere a un tercer atentado Temistio, =r. 16, 216, cuando habla de jóvenes de las Galias y de Galacia.
53 H. U. Wiemer, «Der Sophist Libanios und die Bäcker von Antiochia», *Atenaeum* 84 (1996), 527-548, 531ss. para las crisis de los años 383 y 384/385.
54 Sobre este punto, Leppin 1999.
55 Libanio, Or. 30, 9, 15. Se interpreta como repercusión indirecta de esta política la destrucción de un santuario en Palmira: B. Gassowska, «Maternus Cynegius, Praefectus Praetorio Orientis and the Destruction of the Allat Temple in Palmyra», *Archelogia* 33 (1982), 107-123.
56 Para el problema, con bibliografía, Wiemer 1995, 123ss., que por lo demás cuenta con una publicación sólo para el año 390.
57 Libanio, Or. 30, 44-46.
58 Libanio, Or. 30, 8.
59 Del relato de Teodoreto sobre la destrucción del santuario de Apamea se desprende que fue Marcelo el que tomó la iniciativa, aprovechando una ausencia del prefecto (HE 5, 21, 7), pero que, en un segundo intento por destruir el templo, sus compañeros, armados, le dejaron en la estacada y halló la muerte martirial; v. Sozomeno 7, 15, 12-14; Teodoreto, HE 5, 21, 16; también *infra*.
60 CTh 16, 10, 9; v. 16, 10, 7 de 21 de diciembre de 381.
61 Noethlichs 1971, 169s.
62 Temistio, Or. 16, 213 a/b; 18, 224 b/c-225 c.
63 V. por ejemplo el *Missorium* de Teodosio (*figuras 6 y 7*) o el obelisco (*figuras 12 y 14*) con Raeck 1998.
64 Zonaras 13, 19; AA SS 19.7., IV 606; Cirilo de Escitópolis, *Vita Euthymii*; Apophth. Patr. Arsenios 4; 29; v. 1; Según 36 y 42, se le consideraba incluso, en su papel de educador, como padre de los príncipes.
65 Temistio, Or. 19, 231 a; Ambrosio, Ep. 74; e. c. 1a (40), 13.
66 Teodoreto, HE 5, 16, 1-5; v. *Vita Amphiloquii* (PG 39,24 B-25 A); Símaco, *Vita Amphiloquii* 7 (PG 116, 965 D-968 C); Zonaras, 13, 19. Tal vez Teodoreto se refería a CTh 16, 5, 11, si es que tenía presente una ley concreta.
67 Holum 1982, 6ss.; M. Marco, «Política dinástica en la corte de Teodosio I. Las imágenes de Aelia Flavia Flaccilla», en R. Teja / C. Pérez (eds.), *Congreso internacional «La Hispania de Teodosio»*, Segovia 1998, 155-164; Leppin 2000 a; sobre un supuesto retrato, J. Meischner, «Zum Porträt der "Poppäa" Albani», *Latomus* 52 (1993), 399-406.

68 Sozomeno 7, 6, 3; Teodoreto, HE 5, 19, 1-5.
69 Gennadio, *De viris illustribus* 16 (PL 58, 1069).
70 Teodoreto, HE 5, 19, 2-4.
71 ILS 780 (CIL IX 333; 8950); v. Símaco, *Relationes* 9, 4. Es fundamental Vera 1979.
72 Editado por A. Spira en Gregorii Nysseni Opera 9, Leyden 1967-459-472.
73 GNO IX 481; para la interpretación, Leppin 2000 a, 497s.
74 Scharf 1998.
75 S. Rebenich, «Gratian, a Son of Theodosius, and the Birth of Galla Placidia», *Historia* 34 (1985), 372-385; ídem, «Gratianus redivivus», *Historia* 38 (1989), 376-379. Se menciona a este Graciano en Ambrosio, Ep. e. c. 11 (51), 17; Ambrosio, Ob.Theod 40 y ILS 818 (CIL XI 276; ILCV 20), con Rebenich 1985, 376. Son aún más densas las sombras en torno a la existencia de un hijo, de nombre Juan, que sólo aparece en la mencionada inscripción.

V. La extrañez de lo familiar: Teodosio en Occidente (388-391)

1 CTh 15, 14, 6-8.
2 Errington 1992, 446; Vera 1983; Matthews 1997, 210.
3 Así, por ejemplo, el Chron. Gall. 388; Agustín, Civ. 5, 26; Teodoreto HE 5, 15, 3; Zósimo 4 47,2.
4 Pearce 1934, 128ss.
5 Hoffmann 1969/70, I 486.
6 Ambrosio, Ep. e.c. 9 (13).
7 Ambrosio, Ep. 74 (40); e. c.1 a (40) 25; e. c. 11 (51), 1; Ob.Theod. 17; Pan. Lat. 2 (Pacato) 45, 4-7 no menciona, por supuesto, a Ambrosio cuando se refiere a los actos de benevolencia del emperador, porque cultiva una esmerada neutralidad religiosa.
8 Es fundamental Gross-Albenhausen 1999, 99ss. Muy sugerente, aunque en algunos aspectos discutible, MacLynn 1994, 298ss. Las únicas fuentes acerca de estos sucesos proceden de Ambrosio o de su entorno. Se trata de un escrito al emperador: Ep. 74 (40); e.c. 1a (40). La carta se ha conservado en dos redacciones, que sólo difieren en aspectos secundarios. Una de ellas es la publicada por el propio Ambrosio, la otra (la carta e.c. = *extra collectionem*) iba como adjunto a una carta a su hermana. En esta segunda no se menciona la amenaza de reprender en público al emperador, lo que parece indicar que es ésta la versión original, porque en el momento de la redacción de la carta a su hermana no era todavía previsible que llegara a hacerse inevitable aquella confrontación; v. la argumentación y la tablilla en los prolegómenos de M. Zelzer a CSEL 10,3 (Viena 1982), XXIs. Ambrosio escribió además una carta a su hermana sobre este mismo asunto, e.c. 1 (41). A ello se añade Paulino, V. Ambr. 23. Zonaras 13,8 relaciona la intervención de Ambrosio con disturbios antijudíos en Constantinopla.

9 Ambrosio, Ep. 74 (40), 23.
10 Ambrosio, Ep. 74; e. c. 1a (40).
11 Ambrosio, Ep. 74; e. c. 1a (40), 7.
12 Merece la pena reseñar que la amenaza desaparece en la versión reelaborada del § 9, donde falta la palabra *milites*.
13 Ambrosio, Ep. 74; e. c. 1a (40), 11.
14 Ambrosio, Ep. 74; e. c. 1a (40), 27.
15 MacLynn ha llamado la atención sobre este cambio, pero dispara muy alto cuando entiende en 302 que el objetivo principal del escrito es la preservación de los privilegios de los clérigos. No guarda relación con sus proporciones.
16 Ambrosio, Ep. 74; e.c. 1 (41), 27s.
17 Leppin 1998, 25.
18 Símaco, Ep. 2, 13, con clara referencia a CTh 4,4, 2.
19 Otro punto de vista en Cameron 1969, 260, nota 25.
20 J. Matthews, «Symmachus and the magister militum Theodosius», *Historia* 20 (1971), 122-128.
21 Para la fecha, Errington 1992, 453.
22 Es el segundo de la serie de los Panegyrici Latini. La edición más útil, traducida y comentada, es la de C. E. V. Nixon y B. S. Rodgers, Berkeley/Los Ángeles/Oxford 1994, con una introducción 437ss. Sobre este punto, Lippold 1968; Ernesti 1998, 321ss.; sobre Pacato, Matthews 1971, 1078ss.
23 Analiza este tema Lippold 1968, 241ss., que establece una conexión verosímil entre los ejemplos aducidos por Pacato y el intento por suscitar la memoria del gran pasado romano. Ernesti 1998, 328ss.
24 Pan. Lat. 2 (Pacato), 32, 3-5.
25 Bibliografía en Ernesti 1998, 335ss.
26 Bravo 1996, 387.
27 Así, entre otros, Seeck 1920-23, V 225.
28 CIL VI 31413s.; 36959. Acerca de este punto H. von Heintze, «Der spätantike Kaiserkopf in Tivoli, Villa d'Este», *MDAI* (R) 91 (1984), 399-415; Bauer 1996, 17; 19.
29 Resulta improbable, en este contexto, la noticia de que Serena, la sobrina del emperador, habría profanado por aquel entonces el santuario de la *Magna Mater* y que, como resultado de esta acción, tuvo que huir (Zósimo 5, 38, 3s., con una referencia temporal poco creíble).
30 CTh 16, 5, 18; v. Noethlichs 1971, 151s.
31 CTh 9, 16, 11.
32 Sócrates 5, 18, 3-11; v., para la primera parte, G. C. Hansen, *Illegale Zwangsarbeit im spätantiken Rom* (Sbb. de la Academia de las Ciencias de la República Democrática de Alemania 14 G), Berlín 1987, 17-22.
33 Filostorgio 10, 9.
34 Sidonio Apolinar, C 5, 354-363.
35 CTh 15, 1, 25; v. CI 8, 11, 6. Estas medidas legislativas se insertan dentro de una cierta tradición, v. A. Geyer, «"Ne ruinis urbs deformetur".

Ästhetische Kriterien in der spätantiken Baugesetzgebung», *Boreas* 16 (1993), 63-77, especialmente 69ss.

36 Sócrates 6, 2, 6-8; v. Sozomeno 8, 2, 17s.

37 Wiemer 1995, 105.

38 Libanio, Or. 47, 35.

39 Libanio, Or. 47, 7s.

40 Consideraciones en Scharf 1998, 497.

41 Sobre este punto, Ensslin, «Olympias», *RE* 10, RE XVIII 1 (1939), 183s.

42 Marc. Com. Ad a. 390.

43 Zonaras 13, 19.

44 Son centrales las siguientes fuentes: Ambrosio, Ep. e. c. 11 (51); Ob. Theod. 34; Rufino, HE 11, 18; Paulino de Milán, V. Ambr. 24; Sozomeno 7, 25; Teodoreto HE 5, 17, 3-18; Agustín, Civ. 5, 26. Los textos bizantinos que hablan de ataques de los soldados en presencia del emperador o bien se refieren a otros sucesos o tienen lagunas de conocimiento, v. Zonaras 13, 18; Juan Malalas, *Chronographia* 13, 42; Teófanes 5884; Georgios Ced., *Historia Comparata* (PG 121, 605 A). De la bibliografía v., entre otros, Kolb 1980, 41-74; MacLynn 1994, 315ss.; Gross-Albenhausen 1999, 118s.; éstos dos últimos valoran de una manera considerablemente más negativa que el autor el papel de Ambrosio. Para las fechas, A. Vecchio, «La strage di Tessalonica. Nuove ricerce sulla data: 389 o 390?», en S. Felici (dir.), *Humanitas classica. Fs. R. Iacoangeli*, Roma 1992, 115-144, que, en contra de la mayoría de los investigadores, y con argumentos no convincentes, sitúa el acto penitencial en el año 390.

45 Las fuentes cristianas sugieren un estallido de cólera del emperador, lo que concuerda con su idiosincrasia. Pero la exposición del bien informado Paulino de Milán (V. Ambr. 24) permite descubrir que la decisión fue precedida de deliberaciones y discusiones.

46 Sozomeno 7, 25, 4.

47 Ambrosio, Ob. Theod. 13; v., sin interpretación cristiana, Ps.-Aurelio Víctor, Epit. 48,13.

48 Ep. e. c. 11 (51), 6.

49 Rufino, HE 11, 18, que reconoce plenamente los méritos de Ambrosio; Agustín Civ. 5, 26.

50 Ep. e.c. 11 (51).

51 CTh 9, 40, 13. Errington 1992, 448ss. se inclina, con razones atendibles, por una fecha en el 382, pero me parecen convincentes las objeciones de Mattews 1997, 202ss.

52 Eusebio, HE 6, 34. Otra versión del mismo episodio en Juan Crisóstomo, Bab. 6.

53 Teodoreto, HE 5, 18, 20.; v. Sozomeno 7, 25, 9.

54 Agustín, Civ. 5, 26.

55 R. Schieffer, «Von Mailand nach Canossa. Ein Beitrag zur Geschichte der christlichen Herrscherbusse von Theodosius dem Grossen bis Heinrich IV», *DA* 28 (1982), 333-370, 340ss.

56 Teodoreto, HE 5, 18, 5. Sobre esto, Leppin 1996, 114ss.
57 Teodoreto, HE 5, 18, 25.
58 Casiodoro, Historia 9, 30, 5 ss.
59 Una exposición modélica en P. Stephan «*Im Glanz der Majestät des Reiches*». *Tiepolo und die Würzburger Residenz*, 2 vols., Weissenhorn 2002, I 125ss.; 281ss.
60 Ambrosio, Ep. e. c. 10 (57), 4.
61 Ambrosio, Ep. 70 (56), 3.
62 CTh 16, 2, 27; v. Sozomeno 7, 16, 11, que ve aquí una reacción a la decadencia moral. La ley se refiere indirectamente a regulaciones del Nuevo Testamento, v. 1 Tim 5,9s.
63 CTh 16, 2, 28. Al parecer, Sozomeno no tuvo conocimiento de esta ley, ni tampcoo de la CI 1, 3, 9, que recurre a la primera. J. Evans Grubbs, «Virgins and Widows, Show-Girls and Whores. Late Roman Legislation on Women and Christianity», en W. Mathisen (ed.), *Law, Society and Authority in Late Antiquity*, Oxford 2001, 220-241, atribuye estas leyes al deseo del emperador por apartar a Olimpia de su porfiada conducta.
64 CTh 16, 3, 1s.
65 CTh 7, 1, 13.
66 CTh 16, 10, 10s,; v. Lizzi 1996, 356ss.
67 CTh 16, 10, 10.

VI. Regreso a Constantinopla (391-394)

1 Sobre esta cuestión, A. Baldini, «Problemi della tradizione sulla "distruzione" del Serapeo di Alessandria», *RSA* 15 (1985), 97-152; Haas 1997, 161ss.
2 Sozomeno 7, 15, 2-7; Teodoreto HE 5, 22, 1-3.
3 Rufino, HE 11, 22s.
4 Para este problema, G. Fowden, «The Pagan Holy Man in Late Antique Society», *JHS* 102 (1982), 33-59; H. Leppin, «Proklos. Der Philosoph als Theurg», en A. Goltz y otros (eds.), *Gelehrte in der Antike. FS Alexander Demand*, Colonia/Weimar/Viena 2002, 251-260.
5 Sócrates 7, 16, 1.
6 Teodoreto, HE 5, 22, 3-6; Sócrates 5, 16; Rufino, HE 2, 23, que destaca menos el papel del obispo y menciona que las diferentes partes de la estatua fueron entregadas a las llamas en diversos puntos de Alejandría.
7 Sócrates 5, 16, 5-11.
8 Rufino, HE 11, 24.
9 Sócrates 5, 16, 9-14.
10 Rufino, HE 11, 24-31.
11 Los lares, genios y penates eran divinidades veneradas en los domicilios privados.
12 CTh 16, 10, 12.

13 Cth 2, 8, 20.
14 Patria II 87 (= Parast. 5) con Berger 1988, 550ss.
15 CTh 16, 3, 2.
16 CTh 9, 40, 15.
17 CTh 9, 45, 1.
18 CI 1,9, 7.
19 CTh 16, 8, 8.
20 CTh 16, 8, 9.
21 Para las repercusiones de la política de Teodosio sobre los judíos, R. L. Wilken, «The Jews and Christian Apologetic after Theodosius I *Cunctos Populos*», *HThR* 73 (1980), 451-471, 465s.
22 CTh 16, 10, 13.
23 Para el trasfondo, también S. Dietenfach, «Frömmigkeit und Kaiserakzeptanz in frühen Byzanz», *Saeculum* 47 (1996), 35-66, 43ss.
24 Para este personaje, Clauss 1981, 187ss.; Fitschen 2001.
25 Respecto de este episodio, O. Seeck, «Libanios gegen Lucianus», *RhM* 73 (1920-24), 84-101; T. D. Barnes, «The Victims of Rufinus», CQ 34 (1984), 227-230.
26 Sobre este punto, Matthews 1975, 127ss.
27 Ambrosio, Ep. 45 (52), 1.
28 Información en Matthews 1971. Haehling 1978, 583s. opina que, tras el acto penitencial de Milán, Teodosio se mostró más cauto en el nombramiento de funcionarios paganos, pero menciona, honestamente, ejemplos en contra de su afirmación.
29 Para las fechas y el curso de los acontecimientos, S. Rebenich, «Beobachtungen zum Sturz des Tatianus und des Proculus», *ZPE* 76 (1989), 153-165.
30 Asterio, Homilias, 4, 9, 3 (PG 40, 224s.); Focio, Bibl. 258.
31 CTh 9, 42, 12s.
32 CTh 11, 1, 23; 12, 1, 131.
33 Scharft 1998, 498s.
34 CTh 12, 1, 128.
35 CI 11, 52, 1.
36 CTh 1, 29, 8.
37 CTh 9, 4, 1.
38 Para la interpretación histórica, Rebenich 1991; Raeck 1998; Kiilerich 1998; Kolb 2001, 225ss.; Ritzerfeld 2001. Publicación a cargo de G. Bruns, *Der Obelisk und seine Basis auf dem Hippodrom zu Konstantinopel* (Istanbuler Forschungen 7), Tubinga 1935.
39 Para este tema, Bauer 1996, 247ss.; para el obelisco, 251ss.; para el emplazamiento exacto, en parte a partir de simples especulaciones, L. Safran, «Points of View. The Theodosian Obelisk Base in Context», GRBS 34 (1993), 409-435. Para la prehistoria del obelisco, A. Effenberger, «Überlegungen zur Aufstellung des Theodosios-Obelisken im Hippdrom von Konstantinopel», en B. Brenk (ed.), *Innovation in der Spätantike (Spätantike – Frühes Christentum – Byzanz B 1)*, Wiesbaden 1996, 207-271.

40 ILS 821 (CIL III 737).
41 ILS 821 (AP 9, 682); para la lectura P rok1w. Al. Cameron, «A Biographical Note on Claudian», *Athenaeum* 44 (1966), 32-40, 33s. El hecho de que en la inscripción griega se hable de 32 días y sólo de 30 en la latina debe ser atribuido a licencia poética.
42 V. por ejemplo Rebenich 1991; Ernesti 1998, 145ss. con bibliografía; Kolb 2001, 236ss. con síntesis sobre el estado de la investigación.
43 Raeck 1998.
44 Aspecto que, con justa razón, destaca Ritzerfeld 2001; v. J. Geyssen, «Presentations of Victory on the Theodosian Obelisk Base», *Byzantion* 68 (1998), 47-55.
45 Kiilerich 1998, 42; tiene lógica metodológica la tentativa de Kolb, 2001, 233s., de identificar con cierto grado de verosimilitud a determinados personajes a partir de su vestimenta, pero renunciando a la adjudicación de nombres.
46 En esta dirección: E. Demougeot, «Obélisques égyptiennes ă Rome en 357 et à Constantinople en 390», en ídem: *L'empire romain et les barbares d'occident (IVe-VIIe siècle), Scripta varia,* París 1988, 253-272.
47 Sobre esta cuestión W. Raeck, *Modernisierte Mythen. Zum Umgang der Spätantike mit klassischen Bildthemen,* Stuttgart 1992, 15ss.
48 Berger 1988,323ss.; Bauer 1996, 187ss. con una reconstrucción convincente que, con todo, y dada la situación de las fuentes, no tiene pretensiones de certeza. Para el Foro estaba muy difundida también la denominación de *Forum tauri;* para el telón de fondo, Bauer 1996, 187.
49 Ps.-Aurelio Víctor, Epit 48, 1-10; Claudiano, IV Cons. Hon. 18-20; Orosio 7, 34,, 2s.
50 Amiano Marcelino 16, 10, 15.
51 V., además de la bibliografía general sobre el Foro, Kiilerich 1993, 51ss.; M. Jordan-Ruwe, *Das Säulenmonument. Zur Geschichte der erhöhten Aufstellung antiker Porträtstatuen* (Asia Minor Studien 19), Bonn 1995, 140ss.
52 M. Speidel, «Die Garde des Maximus auf der Theodosiussäule», *IM* 45 (1995), 131-136.
53 AP 16, 65; v. Bauer 1996, 198ss.; Ernesti 1998, 96ss.
54 V., a este respecto, el concepto de «*Sol invictus*» en E.Brandt 2007.
55 E. Dinkler, «Das Kreuz als Siegeszeichen», *ZThK* 62 (1965), 1-20 = ídem, *Signum crucis. Aufsätze zum Neuen Testament und zur christlichen Archäologie,* Tubinga 1967, 55-76, aquí 69s., cree que una cruz mencionada en Patria II 50 y atribuida en este pasaje a Constantino el Grande fue alzada en realidad en el Foro de Constantino por Teodosio y esta opinión ha conseguido muchas adhesiones (p. e. Berger 1988, 290; Bauer 1996, 354 se mantiene a cubierto). Ahora bien, esta datación se apoya exclusivamente en criterios estilísticos y parte del supuesto previo de que Teodosio habría sido, en todos los sentidos, un emperador estrictamente cristiano.
56 Para la acuñación de moneda, C. Vera García/M. García Martínez «Aproximación al estudio de Teodosio I en la moneda de su época», en

R. Teja / C. Pérez (eds.), *Congreso internacional «La Hispania de Teodosio»*, Segovia 1998, 729-737.

57 Berger 1988, 238s.; Jordan-Ruwe 1993, 161s.; Bauer 1996, 162.

58 Berger 1988, 275s.; 494s.; 555; v. 723; Bauer 1996, 165; 223.

59 Recientemente se ha defendido la opinión de que la Puerta de oro por la que hacían su entrada en la ciudad los desfiles triunfales fue erigida por Teodosio el Grande; v. J. Bardill, «The Golden Gate in Constantinople. A Triumphal Arch of Theodosius I», *AJA* 103 (1999), 671-696. Pero, a diferencia del obelisco, en la inscripción sólo se menciona a un tirano. Y esto, a mi entender, parece aludir –al menos en lo que concierne a la inscripción– a la época de Teodosio II (408-450). La explicación de Bardill (1999, 683, nota 36) de que estaba condicionado por la rima del verso me parece –ante un fenómeno tan importante– insuficiente.

60 Es dudosa la ordenación de los relieves del templo de Éfeso, que podrían tal vez situar al emperador y a sus familiares entre los antiguos dioses; v. Ernesti 1998, 154ss.

61 Bien analizado en Berger 1988, 501; 642; 651s.; 743s.

62 Fitschen 2001, 100.

63 Esto no acontecía exclusivamente en Constantinopla; v., para la ciudad de Afrodisias, en Caria, cuya investigación se puede seguir en condiciones excepcionalmente favorables, R. R. Smith, «Late Antique Portraits in Public Context. Honorific Statuary at Aphrodisias in Caria. A. D. 300-600», *JRS* 89 (1999), 155-189.

64 Los detalles, que he formulado aquí de una manera deliberadamente genérica, son imprecisos y deben extraerse a partir de fuentes muy dispares. V. especialmente Zósimo 4, 48s.; también Claudiano VI cons. Hon. 107s.; v. Get. 524; son fundamentales Wolfram ^{3}1990, 142s.; Heather 1991, 181ss.; pero v. también Hoffmann 1969/79, II 204s., nota 195. Sobre todo en el relato del peligro a que se vio expuesto el emperador podría tratarse de una duplicación del motivo dentro de la obra de Zósimo.

65 Claudiano, Stil 1, 94ss.; In Ruf. 1, 314ss.

66 CTh 1, 12, 4; 9, 7, 9; 10, 19, 14; 12, 1, 133; 13, 11, 6.

67 Claudiano, VI cons. Hon. 106ss.; Gild. 235ss.

68 Ambrosio, Ob. Theod. 52; Ep. e. c. 10 (57), 5.

69 Ambrosio, Ob Val. 15-17; 37; 66.

70 Así lo afirma Ambrosio, Ob.Val. 23; 25; Ep. 25 (53), 2.

71 J. W. E. Pearce, en RIC X, 8.

VII. De nuevo en Occidente

1 Aporta sólidos argumentos a favor de la hipótesis del suicidio B. Croke, «Arbogast and the Death of Valentinian II», *Historia* 25 (1976), 235-244; para la evolución de los acontecimientos en la óptica de Ambrosio MacLynn 1994, 330ss.

2 Es básico, para la figura de Eugenio, Szidat 1979, que subraya, con razón, que fue Teodosio quien forzó el carácter religioso en la contienda civil.
3 Para el trasfondo, Biermann 1995, 154ss.
4 Ambrosio, Ep. 25 (53), 1-3.
5 Sobre esta oración fúnebre, con excelentes observaciones concretas, Biermann 1995, especialmente 87ss. y 154ss. (para ambas oraciones v. 134, nota 57, fundamentado en Ambrosio, Ob. Val. 30, donde menciona un *sermo ad plebem*). Para el telón de fondo teológico, Gerbenne 1999.
6 Ambrosio, Ob. Val. 79; v. 25-27. Pero no debería olvidarse que la oración fúnebre fue publicada más tarde. No puede excluirse que Ambrosio la retocara después de la victoria de Teodosio.
7 J. W. E. Pearce, «Eugenius and His Eastern Colleagues», *Nueva Clío* 17 (1937), 1-27, 1ss.; v. P. Bastien *Le monnayage de l'atelier de Lyon. Du règne de Jovien à la mort de Jovin (363-413) (Numismatique romain 16)*, Wetteren 1987, 68s. Su hipótesis de que Eugenio llegó incluso a acuñar monedas con la efigie de Honorio (69s.) no está tan firmemente testificada que invalide las consideraciones históricas generales, que se pronuncian en contra.
8 ILS 790 (CIL XIII 8262).
9 CIL X 4492. Por lo demás, la inscripción se debía a una inicitiva privada, de modo que no reproducía incondicionalmente la posición oficial.
10 Sigo a Errington 1992, 445.
11 ILS 5222 (CIL VI 1718); v. Bauer 1996, 11s.
12 Paulino de Milán,V. Ambr. 31.
13 *Carmen contra paganos*, que aduce, como es obvio, los cultos más repelentes; v. sobre este punto J. F. Mattews, «The Historical Setting of the *Carmen contra paganos*» (Cod. Par. Lat. 8084), *Historia* 19 (1970), 464-479; este autor (1975, 241ss.) atribuye a Nicómaco una enorme capacidad de influencia. La fecha es discutida.
14 AEp 1948, 128.
15 Agustín, Civ.18, 53s.; v. Rufino, HE 11, 33.
16 Ambrosio, Ep. e. c. 10 (57); Gross-Albenhausen 1999, 120ss.
17 La afirmación según la cual, al despedirse en Milán, Nicómaco y Eugenio habrían amenazado con convertir, después de su victoria, las iglesias en establos y de forzar a los clérigos a alistarse en el ejército (Paulino, V. Ambr. 31) es, a todas luces, un derivado de la propaganda ambrosiana, porque semejante conducta habría provocado agitaciones innecesarias.
18 Zósimo 4, 55, 1; Juan Ant., Frag. 187. Su retorno a palacio parece estar confirmado por el hecho de que en el verano del año 393 Teodosio tuvo un hijo de ella, v. *infra*.
19 Const. Porph., Caer. 1, 9, 1, 412,18-417,7; v. V. Tiftixoglu, «Die Helenianai nebst einigen anderen Besitzungen», en H. G. Beck (ed.), *Studien zur Frühgeschichte Konstantinopels* (Misc. Byz. Mon. 14), Múnich 1973, 49-120, 79ss.

20 Zósimo 4, 56, 2s.
21 Errington 1992, 444s.
22 Sozomeno 7, 22, 7s.; Rufino, HE 11, 32; Paladio, *Historia Lausiaca* 35; Teodoreto, HE 5, 24, 1s.
23 Szidat 1979, 504s.
24 Tentativas de una reconstrucción de la batalla desde la óptica militar en Seeck 1920-23, V 251ss. (aunque ya es en sí mismo discutible que Ambrosio, Ob.Theod. 7, deba referirse a este combate); F. Paschoud, Apéndice 3, en ídem (ed.), *Zosime. Histoire nouvelle. Libre IV.* París 1979, 474ss. Debo confesar que, dada la fuerte coloración ideológica de las fuentes (v. por ejemplo B. Buck 1988, 48ss.; Gerbenne 1999, 171ss.), me siento escéptico frente a los esfuerzos por armonizar al máximo los numerosos datos que nos proporcionan y conseguir de este modo una imagen convincente del curso de los acontecimientos. En este mismo sentido, M. Springer «Die Schlacht am Frigidus als quellenkundliches und literaturgeschichtliches Problem» en R. Bratoz (ed.), *Westillyricum und Nordostitalien in der spätrömischen Zeit* (Situla, vol. 34), Liubliana 1996, 45-92, a pesar de las reservas de F. Paschoud, «Por un mille six centième anniversaire. Le Frigidus en ébullition», *AntTard* 5 (1997), 275-280.
25 Teodoreto, HE 5, 24, 5-10.
26 Teodoreto, HE 5, 24, 11-14.
27 M. Kovac, «Bora or Summer Storm. Meteorological Aspects of the Battle of Frigidus», en R. Bratoz (ed.), *Westillyricum und Nordostitalien in der spätrömischen Zeit* (Situla, vol. 34) Liubliana 1996, 109-118.
28 Ambrosio, *In psalmum 36*, 25; Rufino, HE 11, 33; Juan Crisóstomo, CPG 4441, 6 (PG 63, 491); Agustín, Civ. 5, 26; Orosio 7, 35, 17s.; Sócrates 5, 25, 14; Sozomeno 7, 24, 6; Claudiano, III cons. Hon. 93ss.; v. Ambrosio, Ep. e.c. 2 (61), 3; Ep e. c. 3 (62), 4.
29 Zósimo 4, 58, 4; Juan Ant., Frg. 187.
30 Júpiter: Agustín, Civ. 5, 26; Hércules: Teodoreto, HE 5, 24, 4; 5, 24, 17.
31 La noche anterior: Orosio, Hist. 7, 35, 14s.; Teodoreto, HE 5, 25, 4. Durante la batalla: Rufino, HE 11, 33; Sócrates, 5, 25, 12; Sozomeno, 7, 24, 4; Juan Ant., Frg. 187
32 V., por ejemplo, Leppin 1996, 135ss.
33 Orosio, Hist. 7, 35, 19 (10.000 muertos); v. Sócrates, 5, 25, 11s. Zósimo, 4, 58, 2s. habla de pérdidas, pero menciona también un eclipse de sol, que debe ser asimismo una pieza sustitutiva tomada de las descripciones de otras batallas, porque por aquella época no hubo ningún eclipse solar.
34 Rufino, HE 11, 33.
35 Rufino, HE 11, 33; Sócrates, 7, 25, 13; Zósimo, 4, 58, 3.
36 También el panegírico de Paulino de Nola parece haber sido escrito como reacción a esta batalla; v. S. Mratschek, *Der Briefwechsel des Paulinus von Nola. Kommunikation und soziale Kontakte zwischen christlichen Intellektuellen* (Hypomnemata 134), Gotinga 2002, 218ss.

37 Rufino, HE 11, 33; Sócrates, 5, 25, 15; Sozomeno, 7, 24, 7; Orosio, Hist. 7, 35, 19. Zósimo, 4, 58, 5 y Teodoreto, HE 5, 24, 14-17, ofrecen versiones divergentes menos creíbles.
38 Ambrosio, Ob.Theod. 34. El problema radica en el plural *filiorum*, porque, al parecer, Arcadio no estaba en Milán. Tal vez el pasaje se refería a Serena, hija adoptiva, que acompañó a Honorio, o a su hermanastra Gala Placidia; v. también Paulino, V. Ambr. 32.
39 Ep. e. c. 2 (61), 2.
40 Ep. e. c. 3 (62), 4.
41 Es posible que en el díptico de Monza muestre su personal presentación, aunque la asignación es controvertida; v. K. J. Shelton, «The Diptych of the Young Office Holder», *JbAC* 25 (1982), 132-171; R. Warland, «Status und Formular in der Repräsentation der spätantiken Führungsschicht», *RM* 101 (1994), 175-202, 177ss. (escéptico); B. Kiilerich / H. Torp, «Hic est, hic Stilicho. The Date and Interpretation of a Notable Diptych», *JdI* 104 (1989), 319-371.
42 Para Probo, M. G. Schmidt, «Ambrosii carmen de obitu Probi. Ein Gedicht des Mailänder Bischofs in epigraphischer Überlieferung», *Hermes* 127 (1999), 99-116.
43 Agustín, Civ. 5, 26; Prudencio, *Contra Symmachum* 1, 408ss. (además J. Harries, «Prudentius and Theodosius», *Latomus* 43 [1984], 69-84, 80ss.); en perspectiva pagana, Zósimo, 4, 59, 1.
44 Pero no hizo una segunda visita a Roma, en contra de lo que Zósimo (4, 59, 1-3) le atribuye; así Paschoud 1975, 100ss., con razón, en contra de Cameron 1969.
45 Fitschen 2001, 92s.
46 Zonaras, 13, 18, 19-29; v. por ejemplo Dagron 1974, 259s.
47 Sobre este punto G. y M. Greatrex, «The Hunnic Invasion of the East of 395 and the Fortress of Ziatha», *Byzantion* 69 (1999), 65-75.
48 Sócrates, 5, 26, 3s.; Sozomeno, 7, 29, 3s., que, a diferencia de Sócrates, no habla de una fiesta en conmemoración de la victoria; v. también, de entre las numerosas noticias, Hidacio, Ad a. 395.
49 Ambrosio, Ob.Theod. 18; v. 35.
50 Ambrosio, Ob.Theod. 2s.
51 Sócrates, 6, 1, 3; Marc. Com., Ad a. 395; Chron. Pasc. Ad a. 395; v. M. J. Johnson, «On the Burial Places of the Theodosian Dynasty», *Byzantion* 61 (1991), 330-339, 330ss. Mencionan, con las debidas cautelas, la existencia de un cenotafio en Roma R. Biering/H. von Hesberg, «Zur Bau– und Kulturgeschichte von St. Andreas apud S. Petrum. Vom Phrygianum zum Kenotaph Thedosius des Grossen?», *RQA* 82 (1987), 145-182.
52 Ambrosio, Ob.Theod. 11.
53 Claudiano, In Ruf. II 4-6; *De Nuptiis Honorii et Mariae,* 307 s.; III cons. Hon. 151ss.; IV cons. Hon. 432s.; Cons. Stil. 2, 50ss.; Olymp. Frg. 2; v. Claudiano, In Ruf. II 152; Cons. Stil. 1, 140s.; In Eutr. 2, 599-601; Zósimo, 5, 4, 3; 5, 34, 6; para el telón de fondo, Al. Cameron 1969,

267ss. (que insinúa, aunque no de manera muy convincente, la existencia de dos *settlements* diferentes).
54 V. también las observaciones en Claudiano, In Ruf. 197ss.
55 Jerónimo, Ep. 60,16; Asterio, Hom. 4 (PG 40, 224 C).
56 Bajo el aspecto formal, en periodos de trono vacante, Oriente y Occidente estaban de nuevo unidos. Pero esto no cristalizaba en una reunificación real del gobierno.

VIII. Teodosio el Grande

1 CTh 16, 10, 13pr.; para lo que sigue, v. CTh 16, 5, 25; 9, 38, 9; TAM II 186s. y L. Robert, *Hellenica* IV, París 1948, 47ss.; R. Scharf, «Die Familie des Fl. Eutolmius Tațianus», *ZPE* 85 (1991), 223-231; CTh 15, 14, 9-11.
2 Ps. Aurelio Víctor, Epit. 48, 8-19; para las fechas, Al. Cameron, «The Epitome de Caesaribus and the Chronicle of Marcellinus», CQ 51 (2001), 322-327.
3 Filostorgio 11,2.
4 Zósimo 4, 50; v. Paschoud 1975, 133ss.; Buck 1988; V. Escribano, «*Tryphé* y cristianismo en Zósimo. La representación tiránica de Teodosio», *Athenaeum* 86 (1998), 526-539; F. Paschoud, «La figure de Théodose chez les historiens païens», en R. Teja / C. Pérez (eds.), *Congreso internacional «La Hispania de Teodosio»*, Segovia 1998, 193-200.
5 Para sus repercusiones, F. E. Consolino «Teodosio e il ruolo del principe cristiano dal *De obitu* di Ambrogio alle storie ecclesiastiche», *CrSt* 15 (1994), 257-277.
6 Agustín, Civ. 5, 26.
7 Juan Crisóstomo, CPG 4441, 6; v. Ernesti 1998, 293ss., cuyo trabajo es una mina de informaciones para los testimonios de los contemporáneos o cercanos a Tedosio.
8 Leppin 1996, 105ss.
9 ACO 2, 1, 2; 53, 3; 2, 1, 3; 118, 4.
10 Demandt 1984, 218. Está muy difundida la idea de que también la batalla de Adrianópolis –a la que debió Teodosio su encumbramiento a emperador– es una fecha que marca el curso de la historia.
11 1920-23, V 180.
12 Ensslin 1953, 88.
13 1973; 1980.
14 N. Q. King, *The Emperor Theodosius and the Establishment of Christianity*, Londres 1961, especialmente 96.
15 Claudiano, L. Ser., 134 ss.
16 A pesar de Pacato, 5, 6; v. Nixon/Rodgers 1994, 454, nota 20.
17 Wiemer 1995, 104s.
18 Matthews 1989, 8s. basándose en Libanio, Ep. 1063.
19 ILS 2948 (CIL VI 1783).
20 ILS 2945 (CIL VI 11869).

21 Kiilerich 1993.
22 J. Meischner, «Studien zur spätantiken Kaiserikonographie», *JdI* 110 (1995), 431-446, 436ss., especialmente 439; ídem, «Das Porträt der theodosianischen Epoche I (380-405 n. Chr.)», *JdI* 105 (1990), 303-324, 311.

Glosario

ADAERATIO: Entrega de determinadas contribuciones para el mantenimiento del ejército en metálico, en vez de hacerlo en especie.

AFRICA: Bajo el Imperio Romano, el territorio latinohablante norteafricano, pero no Egipto. Coincide, en sus grandes líneas, con las zonas habitables del actual Magreb.

ANOMEOS: Confesión cristiana que enseñaba que Cristo y Dios son enteramente diferentes *(anhomoios)*. Su figura principal fue Eunomio, y de ahí que a sus seguidores se les aplique también la denominación de eunomianos.

APOLINARISTAS: Confesión cristiana según la cual en Cristo se habría unido el espíritu divino con carne humana. Los nicenos la consideraron, en medida creciente, doctrina herética.

ARRIANOS: En sentido estricto, seguidores de Arrio, que enseñaba que, en la creación del cosmos, debió darse un instante en el que Cristo todavía no existía. Esta concepción, convertida más adelante por los nicenos en la idea a batir, debería ser sustituida, en la medida de lo posible, por ideas más precisas. El arrianismo designa también la forma del cristianismo adoptada por los pueblos germánicos, que se distancia de las confesiones homoiusianas.

AUGUSTUS: Título de los emperadores romanos de la Antigüedad tardía. Muchos *augusti* –entre ellos los hijos de Teodosio en vida de su padre– ostentaban el título de una manera meramente nominal. El *senior augustus* era el emperador de mayor antigüedad en el cargo y poseía, por tanto, un rango superior en el plano formal. Las esposas de los emperadores no recibían automáticamente el título de *augusta*, sino que debían acceder a esta posición mediante un nombramiento expreso.

CAESAR: Título de la persona designada como heredera del trono y que, con frecuencia, asumía, ya a partir de ese momento, la responsabilidad sobre una parte del Imperio.

COMES ORIENTIS: Funcionario civil de rango inmediatamente inferior al del prefecto de los pretorianos, que ejercía su actividad en el ámbito siriopalestino. En cuanto administrador de una diócesis se situaba al mismo nivel que los vicarios, pero los superaba en cuanto al rango jerárquico.

Comes rerum privatarum: «Ministro de las posesiones privadas». Alto funcionario de las finanzas, encargado de la administración de las posesiones imperiales.

Comes sacrarum largitionum: «Ministro de las donaciones imperiales». Alto funcionario de las finanzas. Entraba dentro de sus competencias el control de los ingresos y los gastos estatales efectuados en metales nobles.

Curiales: Miembros del Consejo Ciudadano. Tenían el deber de asegurar la percepción de los impuestos asignados a su ciudad, lo que implicaba una pesada carga.

Cursus publicus: Sistema estatal de transportes que abarcaba la totalidad de los territorios del Imperio. Su misión principal consistía en asegurar los desplazamientos rápidos de los funcionarios y los legados, pero atraía, por su gran eficacia, a numerosos usuarios.

Decuriones: v. Curiales.

Díptico: Conjunto formado por dos tablillas rectangulares abatibles la una sobre la otra y unidas mediante bisagras. Podían ser utilizados como soporte de la escritura, porque la cara interna estaba recubierta de cera. A partir del s. IV se extendió la costumbre de confeccionar la cara externa (habitualmente adornada con pinturas) a base de marfil y de añadirle una rica ornamentación, lo que los convertía en objeto de regalo, por ejemplo, con ocasion del nombramiento para un cargo.

Donatistas: Grupo cismático de África, formado en los primeros años del s. IV, como consecuencia de la persecución de Diocleciano contra los cristianos. La ocasión concreta fue su negativa a reconocer como válida la ordenación de un obispo de la Gran Iglesia por otro obispo que no se había mantenido firme durante la persecución. Contaba con numerosos seguidores en África y prestó con frecuencia su apoyo a la oposición contra el poder central.

Eunomianos: v. Anomeos.

General: v. Jefe del ejército.

Greutungos: Aglomeración de tribus de núcleo germánico de las que proceden los ostrogodos.

Homeos: v. Homoiusianos.

Homoiusianos: Confesión cristiana que enseñaba que Cristo y Dios tienen una naturaleza o esencia parecida (*homoios*), pero no igual (*homos*). Los nicenos la rechazaban como herética. Contó con el favor especialmente de Constancio II (337-361) y Valente (364-378). Sus adversarios los calificaban de arrianos.

HOMOUSIANOS: v. Nicenos.

HONORATUS: Ciudadano del Imperio de rango superior al de los decuriones y favorecido con varios privilegios. De ordinario desempeñaban altos cargos en la administración imperial.

JEFE DEL EJÉRCITO (*MAGISTER MILITUM*): Escalón supremo de la jerarquía militar. Su función exacta era fluctuante. Podía haber varios del mismo rango en una misma demarcación, y también podía darse el caso de que uno de ellos estuviera por encima de todos los restantes de una parte del Imperio.

MACEDONIANOS: Confesión cristiana formulada por el depuesto obispo de Constantinopla, Macedonio, que afirmaba que el Espíritu Santo es inequívocamente inferior al Padre. Casi siempre se les identifica con los pneumatómacos.

MAGISTER MILITUM: v. Jefe del ejército.

MAGISTER OFFICIORUM: Especie de mayordomo mayor o director de la administración de la corte.

MANIQUEOS: Movimiento religioso de origen persa, caracterizado por su acentuado dualismo. Como asumían algunos elementos del cristianismo, la legislación los consideraba y trataba a menudo como herejes.

NICENOS: Confesión cristiana que, remitiéndose a las enseñanzas del concilio de Nicea (325), defendía la idea de que Cristo y Dios tienen una misma (*homos*) esencia o naturaleza. Fue promovida por Teodosio el Grande.

NOVACIANOS: Grupo cristiano que coincidía, en cuanto al dogma, con los nicenos, pero elegía otro género de vida y se distinguía sobre todo por su valoración de la disciplina de la penitencia.

PREFECTO DE LA CIUDAD (*PRAEFECTUS URBIS*): Cargo de las ciudades de Roma y Constantinopla, fundamentalmente representativo, aunque los prefectos también desempeñaban algunas funciones administrativas de alcance local.

PREFECTO DE LOS PRETORIANOS: Rango supremo del funcionariado, sólo por debajo del emperador. Existían varias prefecturas regionales, cuyas fronteras variaban, aunque el núcleo territorial se mantenía estable: Oriens (Asia Menor, Siria, Egipto); algunas veces Illyricum (los Balcanes y Grecia), Italia et Africa; Galliae (Hispania, las Galias y Britania); podían registrarse algunos cambios en las delimitaciones de los distritos.

PRISCILIANISMO: Doctrina difundida en Hispania y las Galias que cultivaba prácticas ascéticas de extremado rigor. Fue condenada por herética por los nicenos y perseguida por el usurpador Máximo.

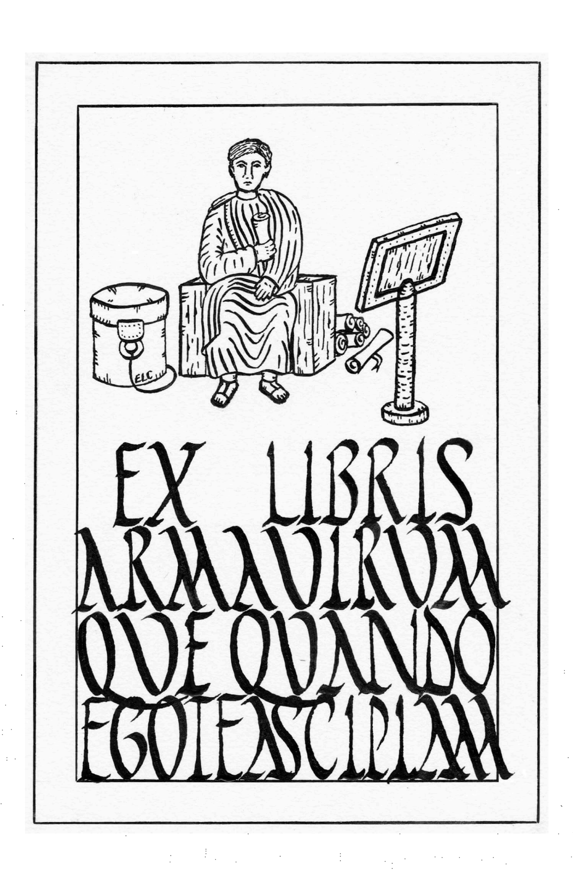
QUAESTOR SACRI PALATII: Alto funcionario, encargado de la redacción por escrito de las leyes. Debe distinguírsele del cargo de *quaestor* de la República, cuyas competencias se situaban básicamente en el sector de las finanzas.

RESCRIPTO: Disposiciones imperiales para cuestiones concretas sobre las que era consultado el emperador.

SENIOR AUGUSTUS: v. Augustus.

TERVINGOS: Conglomerado de tribus básicamente germánicas del que surgieron los visigodos.

VICARIO: Funcionario de rango intermedio entre los gobernadores y los prefectos de los pretorianos, cuyas competencias se situaban sobre todo en el ámbito de las apelaciones a los tribunales.



Bibliografía

Fuentes históricas antiguas

Agustín . . . . . *De civitate Dei* (Civ.); *Confessiones* (Conf.).

Ambrosio . . . . . *Epistolae* (extra collectionem) (Ep) (e.c.); *De obitu Theodosii* (Ob. Theod.); *De obitu Valentiniani* (Ob. Val.); *De Spiritu Sancto* (spir.)

Amiano Marcelino . . . . . *Res gestae*

Asterio . . . . . *Homiliae* (Hom.)

AurelioVíctor (Pseudo) . . . . *Epitome de Caesaribus* (Epit.)

Casiodoro . . . . . *Historia ecclesiastica tripartita* (Hist.)

Claudio Claudiano . . . . . *Stilicho* (Stil.); *In Rufinum* (in Ruf.)

Clavis Patrum Latinorum (CPL)

Codex Theodosianus (CTh)

Eunapio . . . . . *Historiae* (Frg.)

Eusebio . . . . . *Historia ecclesiastica* (HE)

Filostorgio . . . . . *Historia ecclesiastica* (HE)

Focio . . . . . *Bibliothecae Codices* (Bibl.)

Gregorio de Nacianzo . . . . *Epistulae* (Ep.); *Orationes* (Or.)

Hidacio . . . . . *Addimentum ad consularia Constantinopolitana*

Juan Malalas . . . . . *Chronographia* (Chron.)

Libanio . . . . . *Orationes* (Or.)

Orosio . . . . . *Historiarum adversus paganos libri VII* (Hist.)

Panegyrici Latini (Pan. Lat.)

Paulino de Milán . . . . . *Vita Ambrosii* (V. Ambr.)

Rufino . . . . . *Eusebii historia ecclesiastica a Rufino translata et continuata* (HE)

Sidonio Apolinar . . . . . *Carmina* (C.) ; *Epistulae* (Ep.)

Símaco . . . . . *Orationes* (Or.)

Sócrates . . . . . *Historia ecclesiastica* (HE)

Sozomeno . . . . . *Historia ecclesiastica* (HE)

Sulpicio Severo . . . . . *Chronica, Dialogi, Via Sancti Martini* (V. Mart.)

Temistio . . . . . *Orationes* (Or.)

Teodoreto de Ciro . . . . . *Historia ecclesiastica* (HE)

Teófanes . . . . . *Chronographia* (Chro.)

Zonaras . . . . . *Epitome historiarum libri XIII-XVIII*

Zósimo . . . . . *Historia nova*

Bibliografía contemporánea

Ausbüttel, F. M., «Die Dedition der Westgoten von 382 und ihre historische Bedeutung», *Athenaeum* 66 (1988), 604-613.
Baldus, H. R., «Theodosius der Grosse und die Revolte des Magnus Maximus», Chiron 14 (1984), 175-192.
Barceló, P., *Roms auswärtige Beziehungen unter der Constantinischen Dynastie (306-363)* (Eichstätter Beiträge 3), Ratisbona 1981.
Barnes, T. D., «The Collapse of the Homoeans in the East», *Studia Patristica* 29 (1997), 3-16.
Barnes, T. D., *Ammianus Marcellinus and the Representation of Historical Reality,* Ithaca / Londres 1998.
Barnes, T. D., «Ambrose and the Basilicas of Milan in 385 and 386. The Primary Documents and their Implications», *ZAC* 4 (2000), 282-299.
Bauer, F. A., Stadt, *Platz und Denkmal in der Spätantike,* Maguncia 1996.
Berger, A., *Untersuchungen zu den Patria Konstantinupoleos* [POIKILA BYZANTIN 8] Bonn 1988.
Biermann, M., *Die Leichenreden des Ambrosius von Mailand. Rhetorik, Predigt, Politik* (Hermes-ES 70), Stuttgart 1995.
Blockley, R. C., «The Division of Armenia between the Romans and the Persians at the End of the Fourth Century A.D.», *Historia* 36 (1987), 222-234.
Blockley, R. C., *East Roman Foreign Policy. Formation and Conduct from Diocletian to Anastasius* (ARCA 31), Leeds 1992.
Brandt, H., *Constantino,* Barcelona, Herder 2008.
Bravo, G., «Prosopografía teodosiana (I). En torno al llamado "clan hispano"», *Gerión* 14 (1996), 381-398.
Bravo, G. , «Prosopografía teodosiana (I). El presunto "clan hispano" a la luz del análisis prosopográfico», en R. Teja / C. Pérez (eds.), *Congreso internacional «La Hispania de Teodosio»*, Segovia 1988, 21-30.
Brown, P., *Society and the Holy in Late Antiquity,* Londres 1982.
Brown, P., *Power and Persuasion in Late Antiquity, Towards a Christian Empire,* Madison 1992.
Buck, D. F., «Eunapius of Sardis and Theodosius the Great», *Byzantium* 58 (1988), 36-53.
Cameron, Al., «Biographical Note on Claudian», *Athenaeum* 44 (1966), 32-40.
Cameron, Al., «Theodosius the Great and the Regency of Stilico», HSCPh 73 (1969), 247-280.
Cameron, Al., Claudian. *Poetry and Propaganda at the Court of Honorius,* Oxford 1970.
Cameron, Al. / J. Long, *Barbarians and Politics at the Court of Arcadius,* Berkeley / Los Ángeles / Oxford 1993.
Cameron, Al., «The Epitome de Caesaribus and the Concile of Marcellinus», CQ 51 (2001), 322-327.

Cameron, Av. / P. Garnsey (eds.), *The Cambridge Ancient History. Vol. XIII. The Late Empire, A.D. 337-425*, Cambridge 1998.
Clauss, M., *Der magister officiorum in der Spätantike (4.-6. Jahrhundert). Das Amt und seine Einfluss auf die kaiserliche Politik* (Vestigia 32), Múnich 1980.
Dagron, G., *Naissance d'une capitale. Constantinople et ses institutions de 330 à 451* (Bibliothèque Byzantine. Études 7), París 1974.
Demandt, A., «Der Tod des älteren Theodosius», *Historia* 18 (1969), 598-626.
Demandt, A., «Magister militum», *RE S XII* (1970) 553-790.
Demandt, A., «Die Feldzüge des älteren Theodosius», *Hermes* 100 (1972), 81-113.
Demandt A., *Der Fall Roms. Die Auflösung des Römischen Reiches im Urtel der Nachwelt*, Múnich 1984.
Demandt, A., *Die Spätantike. Römische Geschichte von Diocletian bis Justinian 284-565 n. Christ.* (HdA 3, 6), Múnich 1989.
Dörner, N., «Ambrosius in Trier. Zu den Hintergründen der zweiten Gesandschaft bei Maximus (Ambrosius epist. 30 [24])», *Historia*, 50 (2001), 217-244.
Downey, G.; «The Tombs of the Byzantine Emperors at the Church of the Holy Apostles in Constantinople», *JHS* 79 (1959), 27-51.
Duval, Y. M., «La présentation arienne du concile d"Aquilée de 381. A propos des "Scoliers Ariennes" sur le concile d'Aquilée par R. Gryson», *RHE* 15 (1964), 1-17.
Ehrhardt, A., «The First Two Years of the Emperor Theodosius I», *JEH* 15 (1964) 1-17.
Elbern, S., «Das Gotenmassaker in Kleinasien (378 n. Chr.)», *Hermes* 115 (1987) 99-106.
Elton, H., *Warfare in Roman Europe, AD 350-425*, Oxford 1996.
Ensslin, W., «Maximus 33», *RE* 14,2 (1930), 2546-2555.
Ensslin, W., *Die Religionspolitik des Kaisers Theodosius der Grosse* (SBAW 1953, 2), Múnich 1953.
Ernesti, J., *Princeps christianus und Kaiser aller Römer. Theodosius der Grosse im Lichte zeitgenössischer Quellen* (Paderborner Theologische Studien 25), Paderborn / Múnich / Viena / Zúrich 1998.
Errington, R. M., «The Praetorian Prefectures of Virius Nicomachus Flavianus», *Historia* 41 (1992), 439-461.
Errington, R. M., «The Accession of Theodosius I», *Clio* 78 (1996), 438-453 (= 1996a).
Errington R. M., «Theodosius and the Goths», *Chiron* 26 (1996), 1-27 (= 1996b).
Errington, R. M., «Church and State in the First Years of Theodosius I», *Chiron* 27 (1997), 21-72.
Errington, R.M., «Themistius and His Emperors», Chiron 30 (2000), 861-904.
Fitschen, K., «Der Praefectus praetorio Flavius Rufinus. Ein hoher Reichsbeamter als Gestalt der Kirchengeschichte zur Zeit der "Theodosianischen Wende"», *ZAC* 5 (2001), 86-103.

Gerbenne, B., «Modèles bibliques pour un empereur. Le "De obitu Theodosii" d'Ambroise de Milan», en: *Rois et reines de la Bible au miroir des Pères* (Cahiers de Biblia patristica 6), Estrasburgo 1999, 161-176.

Girardet, K. M., «Trier 385. Der Prozess gegen die Priszillianer», *Chiron* 4 (1974), 577-608.

Gluschanin, E. P., «Die Politik Theodosius' I. und die Hintergründe des sogenannten Antigermanismus im Oströmischen Reiche», *Historia* 38 (1989),224-249.

Gómez Villegas, N., *Gregorio de Nazianzo en Constantinopla. Ortodoxia, heterodoxia y régimen teodosiano en una capital cristiana* (Nueva Roma 11), Madrid 2000.

Gottlieb G., *Ambrosius von Mailand und Kaiser Gratian* (Hypomnemata 40), Gotinga 1973.

Gottlieb, G. / P. Barceló, «Das Glaubensedikt des Kaisers Theodosius vom 27. Februar 380: Adressat und Zielsetzung», en K. Dietz y otros (eds.), *Klassisches Altertum, Spätantike und frühes Christentum*. FS Adolf Lippold, Würzburg 1993, 409-423.

Greatrex, G., «The Background and the Aftermath of the Partition of Armenia in A. D. 387», *AHB* 14 (2000), 35-48.

Gross-Albenhausen, K., *Imperator christianissimus. Der christliche Kaiser bei Ambrosius und Johannes Chrysostomus* (FAB 3), Fráncfort del Meno. 1999.

Gutmann, B., *Studien zur römischen Aussenpolitik in der Spätantike (364-395 n. Chr.)*, Bonn 1991.

Haas, C., *Alexandria in Late Antiquity. Topography and Social Conflict*, Baltimore, Md. 1997.

Haehling, R. v., *Die Religionszugehörigkeit der hohen Amsträger des Römischen Reiches seit Constantins I. Alleinherrschaft bis zum Ende der Theodosianischen Dynastie (324-450 bzw. 455 n. Chr.)* (Antiquitas 3,23), Bonn 1978.

Hanson, R. P. C., *The Search for the Christian Doctrine of God. The Arian Controversy 318-381*, Edimburgo 1988.

Harries, J., «Prudentius and Theodosius», *Latomus* 43 (1984), 69-84.

Harries, J., *Law and Empire in Late Antiquity*, Cambridge 1995.

Heather, P., «The Crossing of the Danube and the Gothic Conversion», *GRBS* 27 (1986), 289-318.

Heather, P., *Goths and Romans 332-489*, Oxford 1991.

Heather, P., «Themistius. A Political Philosopher», en W. Whitby (ed.), *The Propaganda of Power. The Role of Panegyric on Late Antiquity* (Mnemosyne Suppl. 183), Leyden 1998, 125-150.

Hoffmann, D., *Das spätrömische Bewegunggsheer und die Notitia Dignitatum*, 2 vols. (Epigraphische Studien 7), Düsseldorf 1969 / 1970.

Holum, K,. G., *Theodosian Empresses. Women and Imperial Dominion in Late Antiquity* (Transformation of the Classical Heritage 3), Berkeley / Los Ángeles / Londres 1982.

Honoré, T., *Virius Nicomachus Flavianus, mit einem Beitrag von J. F. Matthews* (Xenia 23), Constanza 1989.

Jones, A. H. M., *The Later Roman Empire 284-602. A Social, Economic, and Administrative Survey,* 3 vols., Oxford 1964.
Jordan-Ruwe, M., *Das Säulenmonument. Zur Geschichte der erhöhten Aufstellung antiker Porträtstatuen* (Asia Minor Studien 19), Bonn 1995.
Kelly, C., «Emperors, Government and Bureaucracy», en Cameron / Garnsey 1988,138-183.
Kiilerich, B., *Late Fourth Century Classicism in the Plastic Arts. Studies in the So-Called Theodosian Renaissance* (Odense University Classical Studies 18), Odense 1993.
Kiilerich, B., *The Obelisk Base in Constantinople. Court Art and Imperial Ideology* (Acta ad archaelogiam et artium historiam pertinentia. Series altera in 8° 10), Roma 1998.
King, N. Q., *The Emperor Theodosius and the Establishment of Christianity,* Londres 1961.
Kolb, F., «Der Bussakt von Mailand. Zum Verhältnis von Staat und Kirche in der Spätantike», en H. Boockmann / K. Jürgensen / G. Stoltenberg (eds.), *Geschichte und Gegenwart.* FS Karl Dietrich Erdmann, Tubinga 1980, 41-74.
Kolb, F., *Herrscherideologie in der Spätantike,* Berlín 2001.
Leppin, H., *Zum Wandel des spätantiken Heidentums.* Jahrbuch zu Kultur und Geschichte des ersten Jahrtausends n . Chr. 1 (2004).
Leppin, H., *Vom Constantin dem Grossem zu Theodosius II. Das christliche Kaisertum bei den Kirchenhistorikern Socrates, Sozomenus und Theodoret* (Hypomnenmata 110), Gotinga 1996.
Leppin, H., «Steuern, Aufstand und Rhetoren: Der Antiochener Steueraufstand in heidnischer und christlicher Sicht», en H. Brandt (ed.), *Gedeutete Realität. Krisen, Wirklichkeiten, Interpretationen (3.-6. Jh. n. Chr.),* (Historia ES 134), Stuttgart 1999, 103-123.
Leppin, H., *Die Kirchenväter und ihre Zeit. Von Athanasius bis Gregor dem Grossen,* Múnich 2000.
Leppin, H., «Das Bild der kaiserlichen Frauen bei Gregor von Nyssa», en H. Drobner / A. Viciano (eds.), Gregory of Nyssa: *Homilies on the Beatitudes. An English Version with Commentary and Supporting Studies.* Proceedings of the Eighth International Colloquium on Gregory of Nyssa, Leyden / Boston / Colonia 2000, 487-506 (2000a).
Liebeschuetz, J. H. W. G., *Barbarians and Bishops. Army, Church and State in the Age of Arcadius und Chrysostom,* Oxford 1990.
Lippold, A., «Herrscherideal und Traditionsverbundenheit im Panegyricus des Pacatus», *Historia* 17 (1968), 228-250.
Lippold, A., «Theodosius I», *RE S* XIII (1973), 837-961.
Lippold, A., *Theodosius der Grosse und seine Zeit,* Múnich 1980.
Lizzi, R., «La politica religiosa di Teodosio I, Miti storiografici e realtà storica», *RAL* 9, 5, 7 (1996), 323-361.
Lizzi, R., «L´ascesa al trono di Teodisio I», en R. Teja / C. Pérez (eds.), *Congreso Internacional «La Hispania de Teodosio»,* Segovia 1998, 135-148.
MacCormack, S. G., Art and Ceremony in Late Antiquity, Berkeley 1981.

MacLynn, N., *Ambrose of Milan. Church and Court in a Christian Capital*, Berkely / Los Ángeles 1994.
MacLynn, N., «Theodosius, Spain and the Nicene Faith», en R. Teja / C. Pérez (eds.), *Congreso Internacional «La Hispania de Teodosio»*, Segovia 1998, 171-178.
MacMullen, R., *Corruption and the Decline of Rome*, New Haven / Londres 1988.
Matthews, J., «Gallic Supporters of Theodosius», *Latomus* 30 (1971), 1073-1099.
Matthews, J., *Western Aristocracies and Imperial Court, A. D. 364-425*, Oxford 1975.
Mattews, J., *The Roman Empire of Ammian*, Londres 1989.
Mattews, J. F., «Codex Theodosianus 9.40.13 and Nicomachus Flavianus», *Historia* 46 (1997), 196-213.
Meischner, J., «Das Porträt der theodosianischen Epoche I (380-405 n. Chr.)», *JdI* 105 (1990), 303-324.
Meischner, J., «Das Missorium des Theodosius in Madrid», *JdI* 111 (1996), 389-431.
Nixon, V. / B. S. Rodgers, *In Praise of the Roman Emperors. The Panegyrici Latini*, Berkeley / Los Ángeles / Oxford 1994.
Noethlichs, K. L., *Die gesetzgeberischen Massnahmen der christlichen Kaiser des vierten Jahrhunderts gegen Häretiker, Heiden und Juden*, Tesis doctoral Colonia 1971.
Noethlichs, K. L., «Heidenverfolgung», *RAC* 13 (1983), 1149-1190.
Paschoud, F., *Cinq études sur Zosime*, París 1975.
Pearce, J. W. E., «Notes on Some Aes of Valentinian II and Theodosius», *NC* 14 (1934),114-130.
Raeck, W., *Doctissimus imperator. Ein Aspekt des Herrcherideals in der spätantiken Kunst*, AA 1998.
Rebenich, S., «Beobachtungen zum Sturz des Tatianus un des Proculus», *ZPE* 76 (1989), 153-165.
Rebenich, S., «Zum Theodosiusobelisken von Konstantinopel», *IM* 41 (1991), 447-476.
Ritter, A. M., *Das Konzil von Konstantinopel und sein Symbol* (Forschungen zur Kirchen- und Dogmengeschichte 15), Gotinga 1965.
Ritzerfeld, U., «"Omnia Theodosio cedunt subolique perenni". Überlegungen zu Bildprogramm und Bedeutung des Theodosiusobelisken und seiner Basis in Konstantinopel», *JbAC* 44 (2001), 168-184.
Rodgers, B. S., «Merobaudes and Maximus in Gaul», *Historia* 30 (1981), 82-105.
Rubin, Z., «The Conversion ot the Visigoths to Christianity», *MH* 38 (1981), 34-54.
Salzman, M. R., *The Making of a Christian Aristocracy, Social and Religious Change in the Western Roman Empire*, Cambridge, Mass. 2002.
Scharf, R., «Verwandte des theodosianischen Kaiserhauses. Ein Nachtrag zur PLRE», *Historia* 47 (1998), 495-499.

Schmitt, O., «Der "Gotensieg" von Tomi. Verlauf und Hintergründe», *Historia* 46 (1997), 379-384.

Schulz, R., *Die Entwicklung des römischen Völkerrechts im vierten und fünften Jahrhundert n. Chr.* (Hermes-ES 61), Stuttgart 1993.

Seeck, O., *Geschichte des Untergangs der antiken Welt,* 6 vols., Berlín 2-41920-23 (ND Darmstadt 2000).

Speidel, M., «Sebastian's Strike Force at Adrianople», *Klio* 78 (1996), 434-437.

Staats, R., *Das Glaubensbekenntnis von Nizäa-Konstantinopel. Historische und theologische Grundlagen,* Darmstadt 1996.

Stein, E., *Geschichte des spätrömischen Reiches I; Histoire du Bas-Empire II,* Viena 1928, Bruselas / Amsterdam 1949.

Szidat, J., «Die Usurpation des Eugenius», *Historia* 28 (1979), 487-508.

Vaggione, R. P., *Eunomios of Cyzicus and the Nicene Revolution,* Oxford 2000.

Vanderspoel, J., *Themistius and the Imperial court. Oratory, Civic Duty, and Paideia from Constantius to Theodosius,* Ann Arbor 1995.

Vera, D., «I Rapporti fra Magno Massimo, Teodosio e Valentiniano II nel 383-384», *Athenaeum* 53 (1975), 267-301.

Vera, D., «Le statue del senato di Roma in onore di Flavio Teodosio e l'equilibrio dei poteri imperiali in età teodosiana», *Athenaeum* 57 (1979), 381-403.

Vera, D., «La carriera di Virius Nicomachus Flavianus e la prefettura dell'Illirica orientale nel IV secolo d.C.», *Athenaeum* 61 (1983), 24-63; 390-426.

Vittinghoff, F., «Gesellschaft», en ídem (ed.), *Europäische Wirtschafts– und Sozialgeschichte in der römischen Kaiserzeit* (Handbuch der europäischen Wirtschafts– und Sozialgeschichte 1), Stuttgart 1990, 687-712.

Wallraff, M., «Il "Sinodo di tutte le eresie" a Constantinopoli (383)», en *Vescovi e pastori in epoca teodosiana* 2 (Studia Epemeridis Augustianum 58), Roma 1997, 271-279.

Wanke, U., *Die Gotenkriege des Valens. Studien zu Topographie und Chronologie im unteren Donauraum von 366 bis 378 n. Chr.,* Fráncfort del M. y otros, 1990.

Wesch-Klein, G., «Der Laterculus des Polemius Silvius. Überlegungen zu Datierung, Zuverlässigkeit und Aussagewert einer antiken Quelle», *Historia* 51 (2002), 57-88.

Wiemer H. U., «Die Rangstellung des Sophisten Libanios unter den Kaisern Julian, Valens und Theodosius. Mit einem Anhang über Abfassung und Verbreitung von Libanios' Rede Für die Tempel (or.30)», *Chiron* 25 (1995), 89-130.

Wilken, R. L., *John Chrysostome and the Jews. Rhetoric and Reality in the Late 4th Century,* Berkeley 1983.

Wirth, G., «Rome and Its Germanic Partners in the Fourth Century», en W. Pohl (ed.), *Kingdoms of the Empire. The Integration of Barbarians in Late Antiquity* (Transformation of the Roman World 1), Leyden y otros, 1997, 13-55.

Wolfram, H., *Die Goten. Von den Anfängen bis zur Mitte des sechsten Jahrhunderts*, Múnich 31990.
Ziegler, J., *Zur religiösen Haltung der Gegenkaiser im 4 Jh. n. Chr.* (FAS 4), Kallmünz 1970.
Zuckermann, C., «Cappadocian Fathers and the Goths», *T&M* 11 (1991), 473-486.

Índice de personas, lugares y conceptos*

Ablabio (cónsul 331), 178
Abundancio (cónsul 393), 215, 244
Acantia (mujer de Cinegio), 144
Acolio (obispo de Tesalónica, h. 380), 78s, 88
Adeo (jefe del ejército, 393-396), 210
Adrianópolis (batalla de, 378), 37-49, 53, 58, 62s, 66s, 102, 128, 253, 275, 286s, 311
Aecio, 29
Afrodisias, 307 n 63
Agustín (Padre de la Iglesia, obispo de Hipona 395-430), 122, 129, 182, 187, 270, 281,317
alamanes, 32, 49, 103, 244
alanos, 37, 40, 51, 104s
Alarico (jefe godo, h. 390-410), 236s, 251, 258, 266, 268
Alaviv (jefe tervingo, h. 378), 39s
Albino (prefecto de la ciudad de Roma, 389-391), 171, 193
Alejandría, 82, 85ss, 89, 92s, 95, 99, 144, 146s, 175s, 197-204, 277, 280, 286s, 304 n6
altar de la Victoria, 119s, 238
Ambrosio (Padre de la Iglesia, obispo de Milán 374-397), 11s, 25, 53s, 93s, 116, 158, 167, 209s, 241, 248, 256, 317
–relaciones con Máximo, 111-117, 130
[Ambrosio] –relaciones con Teodosio, 130, 160-166, 171, 179-196, 213, 243, 257-265, 270-272, 281
–relaciones con Valentiniano II, 111-113, 118-122, 238s
Amiano Marcelino (historiador, h. 330-h. 395), 40, 317
Andragatio (jefe del ejército, 383-388), 104, 132
Anfiloquio (Padre de la Iglesia, obispo de Iconio, 373-h. 400), 80, 150
anomeos, v. *eunomianos*
Antioquía, 13, 16s, 42, 44-46, 50, 59s, 72s, 86s, 89-93, 98, 145, 213, 220, 286s
–rebelión de las estatuas, 152, 179, 277
–rebelión fiscal, 142s, 180, 277
–sínodo de, 80
apolinaristas, 91, 97, 130, 313
apóstatas, 89, 97, 207
Aquileya, 131, 162, 192s, 254
–concilio de, 94, 160
árabes, 102
Arbitio (comandante, h. 394), 257
Arbogasto (jefe del ejército, h. 385-394), 52, 62, 121, 128, 132, 160, 195, 238s, 241-249, 251, 254, 257ss, 262

* Se registran los nombres de todas las personas, pero sólo una selección de los topónimos y de los conceptos. Se dan con deliberada concisión (y entre paréntesis) los datos sobre las funciones de los personajes; las fechas son, en ocasiones, discutidas.

Arcadio (*augustus*, 383-408), 11, 36, 74, 102, 126, 136, 148-153, 160, 171, 178, 195, 206, 210, 212, 215, 224, 228, 230, 232, 234, 239, 243, 245s, 252, 260, 262, 265ss, 269, 310 n 38
Armenia, 80, 108, 140, 275, 297 n 11
arrianismo (v. también *homoiusianos*), 28, 78, 87, 313
Arrio, 28, 313
Arsenio (educador cristiano de los príncipes), 148, 179
Artajerjes (rey persa, 379-383), 107
Atanarico (jefe tervingo, 365-381), 38s, 51, 53s, 73, 84
Atenas, 206
Augusto (27 a.C-14 d.C.), 127, 221, 235
Aurelio Víctor (historiador, segunda mitad del s. IV), 167, 277, 317

Bacurio (comandante ibérico), 251, 256
Basilio de Cesarea (también Basilio el Grande, Padre de la Iglesia, obispo de Cesarea de Capadocia, 370-h. 378), 80, 135
Bauto (cónsul, 385), 52, 113, 115, 121, 241, 262
Bostra (sede episcopal árabe), 262
Buterico (comandante militar romano, 389), 179, 236

Calcedonia, 84, 135, 211
–concilio (451), 271, 296
Calínico, 161ss, 166, 182, 184, 186, 199, 210, 263, 280
carreras de carros, 23, 207, 224, 227ss, 263, 277 (v. también *hipódromo*)
Casiodoro (autor latino, h. 485-h. 580), 188, 317
Cinegio (prefecto de los pretorianos, 384-388), 144s, 147
Cirilo (obispo de Alejandría, 412-444), 204
Cirilo (obispo de Jerusalén, 350/351-386), 92
Cirilo de Escitópolis (autor latino, h. 524-h.558), 300
Claudiano (poeta latino, h. 400), 237, 261, 274, 317
Clearco (cónsul, 384), 133
comes, 160
–*Africae*, 33, 18
–*Armeniae*, 108
–*Orientis*, 19, 161, 213, 313
–*rerum privatarum*, 20, 171, 314
–*sacrarum largitionum*, 20, 128, 138, 159, 208, 314
–*utriusquae militiae*, 174
Constancia (hija de Constantino el Grande), 74
Constanciano (prefecto de las Galias, 389), 160
Constancio II (*augustus*, 337-361), 22, 29, 50, 57s, 70, 74, 83s, 88, 99, 119, 167, 211, 221, 245, 314
Constante (*augustus*, 337-350), 29
Constantino el Grande (*augustus*, 306-337), 22, 27, 31, 73s, 89, 117, 151, 167, 231, 233, 264, 271, 276, 281, 306 n 55
Constantino II (*augustus*, 337-340), 29
Constantinopla, capital del Imperio Romano de Oriente, 23, 37, 41, 53s, 61, 64, 66s, 69-74, 79, 98, 110, 124, 133, 135s, 142, 167, 173s, 176, 178, 202, 206, 212, 216, 220-236, 264, 266, 286s (v. también *Hebdomon*, *hipódromo*)
–cisma de, 88, 254
–concilios (381 y 382), 88-95, 143, 160
–diálogo religioso (383), 96s, 186
–entradas y triunfos, 51, 53, 65, 73, 78, 107, 192, 197-239

[Constantinopla] –festejos, 215, v. también *carreras de carros, hipódromo*
–moral pública, 209
–residencia imperial, 11, 17, 61, 98, 262
–sede episcopal, 81-91, 98, 187, 210s, 272, v. también *cristianización*
–senado, 21s, 50, 65, 73, 136, 149, 152
–sinagoga, 210, 263
–terremoto (385), 153
–tumultos y revueltas, 143, 163, 175, 179, 263, 277, 301 n 8
–y los godos, 42s, 56, 58s, 212, 266
cristianización, 27, 76, 99, 139, 141, 190, 210s, 236, 282 (v. también *homoiusianos, nicenos, obispo, paganismo, Teodosio: política religiosa*)
Crónica mundial alejandrina, 202s
curiales, 18, 21, 25, 75, 77, 144, 177, 217, 314 (v. también *decuriones*)

Dámaso (obispo de Roma, 366-384), 82, 87, 89s, 95, 99, 115s
David (rey bíblico), 183, 259, 270
decuriones, 18s, 96, 137, 139, 190, 215, 217, 262, 274 (v. también *curiales*)
Deméter, 26
Demófilo (obispo homoiusiano de Constantinopla, 370-380), 85
Diocleciano (*augustus* 284-305), 140, 314 (*s. v.* DONATISTAS)
Dionisos, 197-200
donatistas, 81, 158, 314

Edesa, 95, 144
Éfeso, 286s, 307 n 60
Elena (madre de Constantino el Grande), 151s
Elpidio (pariente de Teodosio), 178
Enrique IV (monarca alemán, 1056-1106), 188
Eriulfo (jefe godo, h. 390), 250
Estilicón (*magister militum*, 391-408), 11, 135, 167, 228, 237, 251, 257, 260, 265-267
Eudoxia (hija de Bauto), 262
Eugenio (*augustus*, 392-394), 50, 206, 210, 215, 237, 241-260, 269, 275-281, 308 nn 2, 7, 17
Eunapio (filósofo, 345/346-420), 270, 293 n 4, 317
eunomianos o anomeos, 28, 84, 87, 135, 152, 175, 253s, 269, 312 (*s. v.* ANOMEOS)
Eunomio (jefe de los anomeos), 84, 135s, 279, 312 (*s. v.* ANOMEOS)
Euquerio (cónsul, 381), 48
Euquerio (hijo de Estilicón), 167, 228
Eusebio (historiador de la Iglesia, h. 264/265-h. 339-340), 185s, 317
Eutropio (eunuco, camarero mayor), 252, 267
Eutropio (historiador; prefecto de los pretorianos 380/381; cónsul 387), 70, 134, 277
Evagrio (*praefectus augustalis*, 391), 198
Evodio (cónsul, 386), 111, 117
Exiquio (cónsul después de 391), 176

Fausta (esposa de Constantino el Grande), 151
Faustino (autor eclesiástico, segunda mitad del s. IV), 152
Felipe (apóstol), 254
Felipe el Árabe (*augustus*, 244-249), 185s
Félix (diácono, h. 394), 259
Filadelfia de Lidia, 71
Filostorgio (historiador de la Iglesia, h. 368-después de 425), 269, 317

Firmo (usurpador en África, 372-374/375), 33, 103, 118
Flaccilla (esposa de Teodosio, h. 376-385/386), 36, 85, 142, 148, 151-154, 174
Flaviano (obispo de Antioquía, 381-404), 90-98, 143, 145, 166, 190, 209, 281
fotinianos, 87
francos, 31, 244
Fravitta (jefe godo, h. 390), 250
Frigidus, riachuelo (batalla de 394), 254s, 258, 262, 265, 279, 282
Fritigern (jefe godo, h. 378), 38s, 53s

Gainas (jefe del ejército, 396-399), 251, 266s
Gala (hermana de Valentiniano II, segunda esposa de Teodosio, 387-394), 122s, 154s, 178, 195, 249, 253, 279
Gala Placidia (hija de Teodosio), 155, 228
Galo (*caesar*, 351-354), 31
Gamaliel (patriarca judío), 176
Gelasio de Cesarea (historiador de la Iglesia, obispo de Cesarea de Palestina, 365-395), 271
Geroncio (oficial, h. 385), 58s
Gervasio (santo) reliquias de, 121
Gildo (*comes Africae*, h. 385-398), 118s, 158, 174, 196, 237, 245, 252
godos, 15, 38s, 40-46, 49-60, 62, 67, 72s, 94s, 100ss, 107, 179, 186, 212, 232, 234, 237, 249-258, 262, 265-270, 274, 279, 282 (v. también *greutungos, ostrogodos, tervingos, visigodos*)
Graciano (*augustus*, hijo de Valentiniano I, 367-383), 35s, 39, 41, 43s, 47s, 51s, 56, 58, 73s, 81, 88, 93s, 99, 100-107, 111, 113, 116, 119s, 132, 148, 151, 243, 293 n 20, 297 n 84
Graciano (hijo de Teodosio), 178, 228
Gregorio de Nacianzo (Padre de la Iglesia, obispo de Constantinopla, 380/381), 80-86, 89-93, 97, 153, 296 n 69, 299 n 41, 317
Gregorio de Nisa (Padre de la Iglesia, obispo de Nisa desde 371/372), 77, 80, 153s, 186, 295 n 51, 299 n 41
Gregorio VII (papa, 1073-1085), 188
greutungos, 37, 107, 292 n 2, 314 (v. también *godos, ostrogodos*)

Hebdomon, 210s, 235, 253, 257
Helladios (*grammaticus*, según Sócrates), 202
Hellebich (*magister militum*, 382/383-387), 16s, 62
Hércules (santuario de), 247
herejes, herejías, 28, 83, 87, 91, 95, 98, 115, 130, 135s, 141, 147, 154, 190, 207, 210s, 270, 279s (v. también *apolinaristas, eunomianos, homoiusianos, maniqueos, priscilianistas*)
Hermogeniano Olibrio (cónsul, 379), 11, 66, 261, 263
hipódromo, 23, 64, 180, 208, 221-229
homoiusianos, 29, 38, 77-80, 85-96, 119ss, 135s, 143, 150, 152, 158, 247, 280, 296 n 82, 297 n 86, 314
Honorato (supuesto prefecto de Constantinopla, h. 394), 263
Honorio (hijo de Teodosio, *augustus*, 393-423), 11, 149, 152s, 160, 167, 171, 210, 212, 215, 218, 230, 232, 237, 244s, 250, 260, 262s, 265, 276, 308 n 7, 310 n 38
hunos, 37ss, 51, 263

Iliria, 53, 56, 70, 78-81, 88, 94, 130, 158s, 168, 184, 193, 215, 244
Ilírico, 20, 34, 52
Isidoro (familiar de Teófilo), 175s
Isis, 26

Jerónimo (Padre de la Iglesia, 347-419/420), 178
Jezabel (reina bíblica), 120
Joviano (*augustus*, 363/364), 68, 77, 108, 297 n 2
Juan (chambelán, h. 390), 254
Juan (ermitaño), 129, 252, 267
Juan (hijo de Teodosio, según una tradición dudosa), 301 n 75
Juan Bautista, 210s, 234, 253s, 257 (v. también *Hebdomon*)
Juan Crisóstomo (Padre de la Iglesia, obispo de Constantinopla, 397- 404), 142s, 271, 303 n 52
Juan Malalas (historiador bizantino, 565), 317
judaísmo, judíos, 26s, 76, 96ss, 141, 161-165, 176, 190, 204, 209s, 263, 274, 280
–matrimonio mixto entre judíos y cristianos, 141
–pascua judía, 96
–poligamia, 209
Juliano (*augustus*, 361-363), 24, 31, 42, 69, 72, 119, 133, 163, 221, 242
Julio (jefe del ejército, 371-378/379), 62, 67
Justina (madre de Valentiniano II), 120, 122, 152, 160
Justiniano (*augustus*, 527-565), 207, 236

Libanio (314-h. 393, *rhetor* de Antioquía), 16, 42, 72, 142-146, 176s, 206, 217, 300 n 52, 317
Luciano (*comes Orientis*, 393), 213
luciferianos, 152

macedonianos, 92, 315
Macedonio (*magister officiorum*, 382/383), 116
Macedonio (obispo de Constantinopla, 342-360), 84, 315
magister officiorum, 20, 116, 185, 192, 196, 212, 315
Magna Mater (santuario), 302 n 29
maniqueos, maniqueísmo, 27, 89, 96, 116, 172, 315
Marcelino (hermano de Máximo), 113
Marcelo (obispo de Apamaea, h. 390), 144, 204, 300 n 59
Martín (obispo de Tours, santo, 372-397), 117s, 299 n 35
Matrona (santa virgen), 211 (v. también *Hebdomon*)
Máximo (*augustus*, 383-388), 59, 102-121, 128-133, 134, 136, 147, 153, 155, 157, 159-162, 167, 169, 174-177, 184, 200, 223, 229, 232, 243s, 249-253, 257, 276, 279, 298 n 18, 299 n 35, 315
Máximo (pretendiente a la sede episcopal de Constantinopla), 85s, 89, 93s, 144
Mayorano (*augustus*, 457-461), 174
Melecio (obispo de Antioquía, 360-381), 44s, 80, 86s, 89s, 293 n 16
Merobaudes (cónsul, 377, 383, 388), 105, 329
Milán, 11, 111, 113s, 119,121, 157-196, 211, 243, 246, 248, 259-263, 265, 281, 286ss, 305 n 28, 308 n 17, 310 n 38
Missorium de Teodosio, 123-128
Mitra (santuario), 201
Modares (jefe del ejército, 380-382), 51, 61s
monacato, 25s, 77, 143, 145, 148, 161, 163, 165, 191s, 208s, 211, 213 (v. también *Juan ermitaño*)

movimientos migratorios, 38, 42
Natán (profeta bíblico), 170
Nebridio (prefecto de Constantinopla, 386), 178, 213
Nebridio (sobrino de Flaccilla), 174
Nectario (obispo de Constantinopla, 381-397), 91, 93, 95, 98, 136, 216
Neoterio, 66, 121, 160
Nerón (*augustus*, 54-68), 221
Nicea, concilio de, 28, 78, 83-100, 315 (*s. v.* NICENOS)
–iglesia de, 283
nicenos, 28s, 39, 42, 45s, 77-102, 113-119, 123, 128-136, 150ss, 179, 188, 207, 210s, 248, 256, 262, 269, 271, 274, 278-282, 293 n 13, 296 n 63, 299 n 30, 315 (v. también *homousianos*)
Nicómaco Flaviano el Joven (prefecto de la ciudad, 392-394, 399/400, 408), 134, 245
Nicómaco Flaviano el Viejo (prefecto de los pretorianos, 391-392), 159, 168, 195, 215, 246, 251, 276s
Nísibe, 108
novacianos, 97, 136, 315
Numerio Proyecto (*praefectus annonae*, 393/394), 247

obelisco en el hipódromo, 221-229
Olibrio (cónsul, 395), 11, 261, 263
Olimpia (viuda del prefecto de la ciudad Nebridio), 178, 213, 216, 304 n 63
Olímpicos, Juegos, 193
Orosio (historiador cristiano, primera mitad del s. V), 256, 317
ostrogodos, 292 n 2 (v. también *godos, greutungos*)

Pablo (apóstol), 157, 213
Pablo (obispo de Constantinopla), reliquias de, 83s
Pacato (*comes rerum privatarum*, 392/393), 46s, 169ss, 214, 298 n 23, 302 n 23
paganismo, 26s, 68ss, 76, 84, 95s, 98, 127, 137, 141, 144, 146, 166, 173, 193ss, 197-211, 215, 243-248, 253, 264, 270
Paulino (obispo de Antioquía, 362-388), 87, 90, 93s
Paulino de Milán (autor eclesiástico, h. 370-h. 429), 303 n 45, 317
Paulino de Nola (obispo de Nola, h. 410-431), 281
Pedro (apóstol), 82, 157, 213
Perinthos (Heraclea), 43
persas, Persia, 15, 27, 39, 80, 100-104, 107-110, 128, 140, 144, 172, 196, 225, 275, 297 n 1
Petronio Probo (cónsul, 371), 171
Petros (obispo de Alejandría, 373-380), 82, 85ss, 93, 95, 99, 293 n 16, 296 n 69
Poetovio, batalla de (388, hoy Pettau), 131
Polemio (prefecto de los pretorianos, 390), 159
priscilianistas, Prisciliano, 115-118, 298 n 19, 315
Probino (cónsul, 395), 11, 261, 263
Próculo (prefecto de la ciudad de Constantinopla, 388-392), 177s, 206s, 214s, 223s, 229s
Promoto (cónsul, 389), 107, 128, 160, 196, 213, 216, 236s
Protasio (santo) reliquias de, 121
Pulqueria (hija de Teodosio), 152s

Quaestor sacri palatii, 159, 168, 316

Ricomero (cónsul, 384), 39s, 62s, 128, 133s, 160, 192, 251
Roma (capital del Imperio Romano de Occidente), 20ss, 27, 46, 55, 60, 80, 145, 152, 157, 166-179, 192, 232, 235, 237, 260s, 268, 310 n 44

[Roma] –abastecimiento de víveres y donaciones, 33, 119, 158, 221, 246
–ataque a una sinagoga, 162
–concilio de 382, 94
–Foro de Trajano, 231
–incendios, 163
–obelisco de Constancio II, 221
–paganismo y prohibición de los cultos, 119, 134, 193s, 199, 204
–sede episcopal, 92 (v. también *Dámaso, Siricio*)
–senado 65, 103, 110, 157s
–y los godos, 107, 250
Romano (*comes Africae*, 364-373), 33, 35, 198
Rómulo (*comes sacrarum largitionum*, 392), 208
Rufino (cónsul 392), 37, 42, 182, 185, 192, 196, 202, 204, 206, 212-215, 237, 260, 262, 265ss, 269, 276, 282
Rufino de Aquileya (autor cristiano, h. 345-411/412), 199, 256, 271, 317

Safrax (jefe alano h. 378), 40
sajones, 31, 130
Salomón (rey bíblico), 270
Salvina (hija de Gildo), 174
samaritanos, 190
Sapor II (rey persa, 309-379), 100
Sapor III (rey persa, 383-388), 107
sármatas, 33s, 47, 50, 62, 118, 294 n 20
Saturnino (cónsul, 383), 54-57, 62, 64, 69s, 100s, 103
Saulo (comandante, 394),
senado, v. *Constantinopla, Roma*
Serapis, Serapeion, 146, 196, 198, 201ss
Serena (sobrina e hija adoptiva de Teodosio), 135, 167, 228, 237, 251, 260, 265, 274, 302 n 29, 310 n 38
Siagrio (cónsul ,381), 48
Sidonio Apolinar (senador, obispo y poeta, siglo V), 174s, 317
Símaco (cónsul, 391), 119s, 132, 167s, 195, 317
Siricio (obispo de Roma, 384-399), 117, 158, 172
Sirmio, 17, 47, 50
Sócrates (historiador de la Iglesia, h. 380-después de 439), 46, 78ss, 136, 173-176, 200, 202, 263, 271, 317
Sofronio (autor cristiano, h. 390), 202
Sozomeno (historiador de la Iglesia, h. 380-después de 446), 46, 79, 91, 98, 173, 180, 197, 199s, 271, 304 n 63, 317
Sulpicio Severo (autor cristiano, h. 363-h. 420)118, 298 n 22, 317

Tarraco, 14, 286s
Tatiano (cónsul, 391), 128, 177, 190, 195, 206, 214ss, 229, 258, 269, 276
Temistio (*rhetor*, h. 317- después de 385), 50, 53-57, 65, 67-70, 84, 98, 101, 109, 133s, 148, 159, 216, 300 n 52, 317
Teodoreto de Ciro (historiador de la Iglesia, h. 393-h. 466), 45-50, 186, 188, 201, 254ss, 271, 293 n 16, 299 n 30, 300 n 59, 317
Teodosio el Grande, 11s, 35, 132, 268-283
–acto penitencial en Milán, 180-188
–ascensión al trono, 43-49
–columna de, 229, 232, 234, 262
–Foro de, 107, 221, 231, 233
–obelisco de, 221-229
–origen, 31s, 33-36
–política religiosa, 76-83, 129, 154, 168, 182, 196-212, 274, 278-283, 296 n 63

[Teodosio el Grande] –política urbanística, 175, 219-236
–relación con las élites: v. *–senado* en *Constantinopla, Roma*
–representación imperial, 126ss, 221, 224s, 228-231, 235, 264
–tratado de paz con los godos, 48-60
Teodosio el Viejo, 31ss, 35s, 103, 118, 152s
Teodosio II (*augustus*, 402-450), 271, 299 n 31, 307 n 59
Teodosiópolis, 108
Teófilo (obispo de Alejandría, 384-412), 175s, 197-204
Termancia (sobrina de Teodosio), 215
tervingos, 38s, 292 n 2, 316
Tesalónica, 49s, 52, 65, 69, 78s, 86, 122ss, 129s, 169, 179s, 236, 286 s
–matanza, 179-191, 270, 277
Timasio (cónsul, 389), 122, 128, 160, 165, 192, 196, 213, 251, 265
Timoteo (obispo de Alejandría, 380-384), 93, 95
Trajano (*augustus*, 98-117), 231s
Tréveris, 13, 17, 111-117, 286s
–concilio, 117
Trifolio (prefecto de los pretorianos, 388/389), 159
Tutmosis III (faraón, siglo XV a.C.), 221

Ulfilas (obispo godo, 341-381), 93
usurpaciones, 11, 24, 29, 33, 59, 60, 104-115, 118, 122, 127-132, 142, 159-169, 175, 206, 210, 223s, 230, 241-253, 260, 275s, 279 (v. también *Máximo, Eugenio*)

Valente (*augustus*, 364-378), 24, 29, 36-48, 50, 53, 61, 63, 68
Valentiniano I (*augustus*, 364-375), 19, 22, 24, 29, 31, 35s, 61, 66, 73, 77, 81, 132, 159, 276
Valentiniano II (*augustus*, 375-392), 110, 119, 132, 159, 195, 238, 246, 282
–ascensión al trono, 35s
–autorrepresentación, 126, 171,239
–disputas con Ambrosio de Milán, 162, 261
–muerte, 238s, 242s
–relación con Graciano, 74, 104, 148
–relación con Máximo, 105s, 111, 113, 115, 118, 121, 131, 153
–relación con Teodosio, 43, 74, 129s, 134, 167, 228, 230, 237, 277
Valentiniano III *augustus*, 425-455), 155
Víctor (hijo de Máximo), 106, 118
visigodos, 38s, 58, 107, 174, 292 n 2, 316 (*s. v.* TERVINGOS)

Zósimo (historiador, h. 500), 51, 58s, 63, 67, 72, 122, 250, 255, 270, 317

Procedencia de las ilustraciones

FIGURA 1. A partir de Asociación Arqueológica Tarraconense, *Iulia Victrix Urbs Triumphalis Tarraco*. [http//www.innovatecno.com/Tarraco3DCas.php, acceso 29-2-08]

FIGURAS 2, 3, 4, 8, 9. A partir de de catálogos de subastas 43-500, 43-399, 169-1424, 38-661, 38-640. Münzen und Medaille, Basel.

FIGURA 5. Foto archivo DG.

FIGURAS 6, 7. Real Academia de Historia. Madrid. Foto archivo DG.

FIGURA 10. Según Denkschriften der kaiserlichen Akademie der Wissenschaften BD51, Wien 1906.

FIGURAS 11-15. Foto DAI, Istanbul (Derechos reservados).

FIGURAS 16-17. A partir de Bauer F.A., *Stadt, Platz und Denkmal in der Späntike*, Mainz 1996.

FIGURA 18. *Harvard Theological Rev* 1945, 38, 201 (Drechos reservados).

FIGURA 19. Foto DAI, Athen (Derechos reservados)

MAPAS 1, 3. Autor.

MAPA 2. Modificado de Karautheimer, R. *Three Christian Capitals*, Berkeley et al 1999.